

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ADAMS

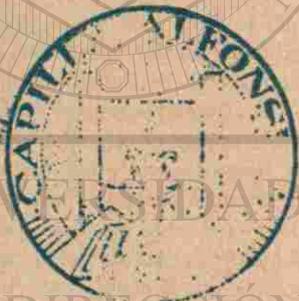
ION G

86

PQ6186

V3

V. 5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOTAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS

Las notas biográficas y críticas, que ha de contener este tomo V, serán el complemento de mi obra. Algo quiero decir en ellas singularmente de cada uno de los 152 poetas de quienes en el FLORILEGIO se insertan composiciones.

Evidente es, por lo tanto, que yo no puedo ni debo extenderme en escribir la vida de cada uno, propósito que requiere siempre prolijas investigaciones y mucho mayor espacio del que yo dispongo. Esta dificultad es mayor en el día en que tal vez se investiga y se profundiza demasiado y en que sobre cualquier personaje, aunque sea poco importante y de cuarto ó quinto orden, el historiador crítico que le toma por su cuenta no cree que dilucida y juzga bien cómo vivió, cuanto hizo y cuanto dijo, si no compone un tomo de 500 á 1000 páginas, autorizándolo é ilustrándolo todo con riquísima copia de documentos fehacientes.

Yo me limitaré, pues, á decir con sobriedad

010508

y modestia algunas pocas palabras sobre la vida de cada poeta y un breve juicio de sus obras en general, examinando y estimando más detenidamente las que en esta colección van insertas. Cuidaré también de remediar ó de suplir aquí las faltas y omisiones que en mi introducción y en los artículos contenidos en el primer tomo pueden notarse, no repitiendo lo ya dicho allí acerca de algunos poetas, y procurando apreciar y tasar el mérito de otros, no mentados ó apenas mentados en la introducción y artículos susodichos.

Don Juan Meléndez Valdés

va al frente de los líricos españoles del siglo XIX, ya que, sea cual sea su mérito relativo ó absoluto, debe ser considerado, como el principal restaurador de las buenas letras en España, reconocido como tal por sus ilustres contemporáneos, Cadalso, Fray Diego González y Jovellanos, y no menos ensalzado y respetado luego por sus gloriosos discípulos, entre los cuales descuella Quintana. A la vida que éste escribió de su maestro, con tanto primor como entusiasmo, remitimos á quien desee conocerla en sus pormenores. Bástenos decir aquí que Meléndez nació en Ribera del Fresno el 11 de Marzo de 1754. Protegido por el Obispo de Segovia D. Alonso de Llanes, algo pariente suyo, estudió las Humanidades y pasó luego á Salamanca á seguir la carrera de leyes. Pronto se distinguió como poeta y cobró

extensa y envidiable fama. Sabio jurisconsulto también, íntegro y laborioso, obtuvo y desempeñó importantes empleos en la magistratura. Su carácter, más dulce que enérgico, la fuerza de las circunstancias y la agitación de una época de guerras y trastornos, le llevaron, sin duda contra los generosos impulsos de su corazón, si no á seguir el partido, á someterse á los invasores franceses, aceptando de ellos empleos y honores. Terminada la guerra de la Independencia, vencido Napoleón y restaurado Fernando VII, Meléndez, pobre y desvalido, tuvo que expatriarse en Francia, y murió en Montpellier el 24 de Mayo de 1817.

Sus restos mortales han sido recientemente restituidos á la patria. Con esta ocasión reverdecieron el recuerdo y la fama de Meléndez; volvió á ser celebrado su estro poético, y el que escribe ahora estos apuntes tuvo la honra de encomiarle en un discurso leído en la Real Academia Española.

Quizás en este discurso, como en la precitada vida que Quintana escribió de Meléndez, se prodiguen á este poeta alabanzas en demasía. Quizas nadie le ha juzgado con más imparcialidad y tino que D. Antonio Alcalá Galiano en un bello artículo crítico que puede leerse en el tomo LXIII de la Biblioteca de Rivadeneyra, y que precede á las poesías del vate extremeño.

No poco dista este vate de que podamos calificarle de *genio*, calificación de la que en el día con profusión se abusa; pero fué un lírico ele-

gante y fácil, de apacible y suave fantasía, de sensibilidad viva y delicada, aunque no profunda, y de inspiración, estilo y lenguaje, muy españoles, á pesar su admiración y de su conocimiento y estudio de no pocos poetas extranjeros, muy en moda en su tiempo, como los ingleses Thomson y Pope, el francés Delille, el alemán Gesner y el italiano Metastasio. Tal saber y tal afición á poetas extranjeros y más aún á transpirenaicos pensadores y prosistas, prestaron á Meléndez carácter y modo de ser muy propios en su época para que fuese comprendido y popular, sin que por eso se perdiese ó se bastardease la condición castiza de su labor poética.

Resulta de aquí que Meléndez sea el más celebrado entre los poetas de su tiempo, descolando por el conjunto de cuanto escribió sobre no pocos otros que en algunas determinadas composiciones se le adelantaron y sobrepusieron, mostrando prendas que él no tenía. Por el hondo sentimiento de la naturaleza y por la energía moral del espíritu, nada hay en Meléndez superior á Jovellanos en la descripción del Paular y en las Sátiras. Moratín (D. Leandro) acaso vale más también por la nitidez del estilo, por la corrección, elegancia y pureza del lenguaje, y en algunos, aunque pocos versos, por una sensibilidad más pura y más sincera. El brío, la gracia, la espontaneidad y el espíritu verdaderamente español de Moratín (D. Nicolás), no tienen tampoco en Meléndez nada que

los eclipse, ni siquiera que los iguale, cuando dan muestra de sí en las famosas quintillas, en varios romances caballerescos y moriscos y en la linda oda al torero insigne Pedro Romero.

Meléndez, no obstante, aunque así vencido en parte por el singular valor de algunas composiciones, vence y domina á todos los mencionados poetas por la totalidad fecunda de su obra.

Bien merece, pues, el título de principal restaurador de las buenas letras en España é ir á la cabeza de nuestros líricos del siglo XIX.

Sus endecasílabos, sus églogas, aunque huelan á tomillo, y sus odas y epístolas filosóficas y encumbradas, si son siempre estimables, no se ha de negar que ofrecen en el día escaso atractivo y deleite al vulgo de los lectores. En alguno de sus versos, pongamos por caso en los muchos que compuso á la palomita de Filis, se nota hoy con pena una pueril y empalagosa dulzura. Pero estos mismos defectos, tan del gusto de la época en que escribió Meléndez, conquistaron entonces para él mayor nombradía y más decidido favor del público, con cuyas aficiones coincidía el poeta y se ponía en íntima y completa concordancia.

En cambio, gran número de romances y letrillas, casi siempre de asuntos amorosos, ya por la viveza y primor de las descripciones, ya por la elegante y sencilla expresión de los bien sentidos afectos, tienen y tendrán siempre mucho encanto y su lectura agrada á cuantos entienden y sienten la poesía y saben ver y apreciar

las bellezas que puede mostrar y con que puede engalanarse el habla de Castilla.

Modelo y dechado de tales perfecciones son, á mi ver, la letrilla *El despecho* y el romance *Rosana en los fuegos*, que en esta colección insertamos.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos es acaso la más noble y bella figura que aparece y descuella á fines del siglo XVIII y principios del XIX, en la historia de nuestra patria. Imposible sería contar aquí su importante vida, aun resumiéndola con extraordinaria concisión, porque es muy pequeño el espacio de que podemos disponer y los acontecimientos que sería menester referir son los mayores y más trascendentales que en aquella época se realizaron. Remito, pues, á quien desee enterarse de dicha vida, á la que con tanta elegancia, imparcialidad y tino, escribió D. Cándido Nocedal, y puso al frente de las obras del egregio patricio asturiano, publicadas en la Biblioteca de Rivadeneyra.

Bastena decir ó recordar aquí que Jovellanos nació en Gijón el 5 de Enero de 1744 y murió en Puerto de Vega el 27 de Noviembre de 1811.

Generoso protector de literatos, poetas y artistas, gran promovedor de la cultura intelectual, del bienestar y de la riqueza de su patria, sobresalió entre sus contemporáneos por su variado saber, por la elevación de sus miras

y de sus pensamientos y por la castiza, correcta y gallarda forma de los muchos escritos que sobre tan diversos asuntos y materias escribió y dió á la estampa. Si colocamos y apartamos en mucho más alto lugar al manco de Lepanto, y si prescindimos de algunos eminentes autores de obras místicas, devotas y ascéticas, y de tres ó cuatro historiadores de los siglos XVI y XVII, bien puede afirmarse que fué Jovellanos quien hasta entonces tuvo más brillante y firme estilo y escribió mejor la prosa castellana. Y así en lo que escribió, como en los actos todos, privados y públicos, de su activa y fecunda existencia, fué, á mi ver, su mayor mérito el claro y evidente testimonio que dió siempre su alma de que conservaba estrechamente enlazados en ella la profunda fe religiosa, patriótica y monárquica, de los más ejemplares varones españoles de las antiguas edades, sin el menor atavismo y sin nostalgia retrospectiva, sino de acuerdo con las ideas de su siglo y con cuantos planes y generosos propósitos pueden concebir hoy y anhelan realizar la voluntad más liberal é ilustrada y el recto y sereno juicio.

Ni por su propensión á todo prudente y moderado progreso, ni por lo más esencial de sus opiniones políticas y administrativas, hubo nadie, en el año de 1808, con mayor motivo ó si se quiere con mayor disculpa que Jovellanos para ser afrancesado. Á serlo, le convidaban y excitaban sus amigos con súplicas y con ejemplos. Cabarrús, Mazarredo y Urquijo, lo eran.

A serlo, el nuevo poder triunfante le llamaba con sus halagos, nombrándole Ministro del Rey intruso. Y para que lo fuese bien podían disipar toda consideración escrupulosa la multitud de injustas persecuciones, la serie de agravios, el destierro y la prisión con que le castigó y probó su fidelidad la dinastía destronada. Jovellanos, no obstante, no vaciló un momento solo, y poco después de salir libre del castillo de Bellver, rechazó el favor y la posición con que José Bonaparte le brindaba, y se puso del lado de los que se alzaron contra él, anhelando romper su cetro. La serenidad estoica, el fervoroso patriotismo, la fidelidad á sus legítimos príncipes y los más puros sentimientos religiosos, monárquicos y castizos, resplandecen en todos los actos del noble patricio, pero más que nunca en aquella solemne ocasión y en los últimos casos de su gloriosa vida.

Si Jovellanos no hubiera sido más indulgente y blando, que adusto y severo, mejor de él que de Alfieri, hubiera podido decir Leopardi:

*Disdegnando e fremendo immacolata
Trasse la vita intiera
E morte lo scampò dal vedel peggio.*

No quisiera yo pecar de maldiciente pesimista, apartándome de mi ordinario modo de pensar, pero recelo que Jovellanos, si más hubiera vivido, hubiera tenido que ver y que sufrir cosas mucho peores: sospechoso ó culpado de liberalismo, de 1815 á 1820 hubiera ido á la

emigración, de nuevo al castillo de Bellver ó quizás al presidio de Ceuta: y desde 1820 á 1823 no es extraño imaginar que le hubieran perseguido, silbado y tal vez apedreado por fanático, clerical y oscurantista.

Indicios de que las cosas hubieran sido así, á seguir viviendo Jovellanos, se advierten en su fama póstuma, y singularmente en la estimación, poco lisonjera, que como á poeta por lo común se le concede. Influyen en esto dos motivos, tan naturales y frecuentes como infundados. Es el primero, que después de asegurar que Jovellanos fué correcto y elegante prosista, algo filósofo, jurisconsulto, perito en bellas artes, economista, arqueólogo, etc., la gente se cansa de elogiar y escatima el elogio ó se niega á darle á sus composiciones de poeta. Y es el segundo motivo, lo arraigada que está en casi todos los espíritus, aún sin darse cuenta de ello, la sentencia, atribuída por Horacio á Demócrito, de que para ser buen poeta se requieren más vehemencia, desequilibrio y apasionado fervor de sentimientos, y cierta falta de serenidad y de reposo en el ánimo. Pero á pesar de la sentencia de Demócrito, y aunque sea alguien el más tranquilo, juicioso y equilibrado de los hombres, todavía podremos preconizarle de buen poeta por lo correcto, rico y primoroso de su dicción, por sus versos bien medidos y sonoros y por la elevación en su sentir y en su pensar, así cuando el alma contempla la naturaleza y comprende y goza su hermosura, como cuando

penetra en el propio centro buscando y tal vez hallando allí lo infinito.

No aseguraré yo, por muy simpático que me sea Jovellanos, que se den muchas veces en sus versos las precitadas excelencias. El amaneramiento pseudo-clásico apaga en Jovellanos el fuego de la inspiración y abate el vuelo de su fantasía. Sus ternezas eróticas, sus travesuras anacreónticas y sus piropos y requiebros á las zagalas, no agradan ni pueden agradar mucho en el día; pero, cuando abandona su culto á las musas, á Citerea y Apolo, huye del Pindo y vuelve al Auseva, reniega de los dioses del gentilismo y piensa en el único Dios de los cristianos y se olvida de Grecia y de Roma, por amor á España, su piedad religiosa, el amor que le inspira la contemplación del universo visible, su ardiente y sincero patriotismo, y su vigorosa indignación contra los vicios, pecados y bajezas que empañan el lustre de su pueblo, convierten á Jovellanos en poeta verdadero y legítimo.

Acaso la composición en que dan más clara muestra de sí los mencionados afectos y nobles cualidades, es la epístola á Anfriso, donde el poeta describe el Paular en tan hermosos como sentidos versos. Recogida allí su alma en austera y esquiva soledad, en el seno agreste y enriscado de los frondosos bosques, contempla con deleite á la naturaleza, la comprende y la ama, y por esta comprensión y por este amor, se eleva hasta el Dios que la ha creado.

Mas originales que los versos en el Paular,

más vigorosas y con menos precedentes en la historia de nuestra poesía, son las dos sátiras que hemos insertado en este FLORILEGIO. Si hay en ellas reminiscencias é imitaciones de otras sátiras latinas ó españolas, el sentimiento propio del poeta nos obliga á olvidarlo ó á no verlo y á reconocer que habla ó escribe sin otro modelo y sin otro ejemplo que la voz de su conciencia.

En realidad, no pertenecen estas dos sátiras á la poesía del siglo XIX. Casi faltaban aún veinte años para que el siglo XVIII terminase, cuando estas dos sátiras se escribieron; pero tal vez por eso mismo merecen ir al frente de nuestras poesías del último siglo pasado. Son fatídicas: están llenas de vaticinio. Los radicales mudanzas que iba á haber en toda Europa, se pronosticaron allí en términos claros:

.... el más humilde ciego
Fermenta y brota spiritus altivos,
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.

Pero al poeta nada le importa la revolución.
La considera justificada. Venga, dice,

La humilde plebe en irrupción y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetria; no haya,
Clases ni estados.....

Suena todo esto como maldición eficaz y como amenaza que se cumple. La nobleza que suscita maldición y amenaza, está pintada con negros colores; pero bien se advierte que no hay hinchada declamación en quien escribe, y que no

es el odio, sino la piedad ó la devota inclinación á la moral, á la justicia y al orden, quien mueve su pluma.

Tal vez antes de escribir sus dos sátiras Jovellanos, Parini habia escrito, si no todo, parte del *Giorno*: tal vez *Il matino* habia llegado á las manos y al conocimiento de nuestro poeta; pero tanto la inspiración, como la manera de expresarla, son harto diferentes en el vate de Italia y en el de España: en Parini prevalece una refinada, persistente, elegantísima y graciosa ironía, que se complace en pormenores, filigranas y delicados perfiles: en Jovellanos todo es conciso, enérgico y rudo. El asunto que tratan ambos poetas viene á ser el mismo, pero son tan opuestos los modos de tratarle, que anulan la semejanza y se oponen á la comparación entre ambas composiciones. Sólo coinciden, una y otra, bajo el predicamento de buenas.

No cabe aquí poner notas ó comentarios que aclaren algunos pasajes oscuros en el dia para la generalidad de las gentes, de las dos sátiras de Jovellanos. Bástenos decir, para terminar, que todavía castigó y azotó Jovellanos con mayor dureza y con más marcada intención política, los vicios de su tiempo en algunas otras composiciones suyas, pero fué en ellas menos poeta, menos artista y harto más desaliñado. Así, por ejemplo, en los versos que llevan hoy por título *Manifestación del estado de España, bajo la influencia de Bonaparte, en el Gobierno de Godoy*, donde llega á exclamar nuestra nación personificada:

Los talleres desiertos, del arado
Arrumbado el oficio,
El saber sin estima, en trono el vicio,
La belleza á la puja, Marte airado,
Sin caudillo las tropas....
¿Tornan, Señor, los tiempos de Don Opas?

Versos á la verdad, donde aflige casi tanto como las amargas verdades que se expresan, el desmayado y prosaico tono en que son expresadas.

Don José de Vargas y Ponce nació en Cadiz el 10 de Junio de 1760. Sirvió á su patria en la Marina de guerra, tomando parte y distinguiéndose en varias campañas de mar y otras empresas militares, así como también en la composición del excelente atlas hidrográfico de Tofiño.

Su bien cultivado entendimiento y su decidida y constante afición á las ciencias y á las letras, le dieron muy estimables y sazonados frutos y le granjearon merecida fama.

Sus principales obras en prosa son, además de las muchas facultativas y propias de su profesión de marino, los elogios y las vidas de don Alonso el Sabio, de Ercilla, de los tres generales Oquendo, de Pedro Niño primer Conde de Buelna, de Ambrosio de Morales, de Juan Sebastián El Cano, de D. Juan José Navarro primer Marqués de la Victoria, de Pedro Navarro, de Hugo de Moncada y de D. Vicente Tofiño.

No pocos de los escritos de Vargas Ponce ó han quedado inéditos ó son ya raros, aunque estén impresos.

Si llega á continuarse la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, como parece que piensan en realizarlo los Sres. Bailly-Baillère y la viuda de Rodríguez Serra, sin duda vendría dedicar un tomo á lo más escogido de cuanto escribió en prosa Vargas Ponce.

Como poeta no traspasó nunca los límites de una culta y agradable medianía, pero sus chistes urbanos y alegres y sus sátiras sin hiel, le hicieron muy popular y celebrado en su tiempo. Todavía se lee con gusto la *Proclama del solterón*, que en nuestro FLORILEGIO va incluida, y en la cual, á pesar de estar escrita en combinación de rimas y en metro tan artificiosos como las octavas, hay tan sencilla naturalidad y gracia tan fácil y espontánea, que no pocas personas, y particularmente las mujeres, que son las criticadas, guardaron durante muchos años en la memoria y recitaron con deleite, largos trozos y hasta toda la mencionada proclama, aunque no es corta. Quien esto escribe recuerda que en su mocedad y antes de leerla la oyó con frecuencia en labios femeninos.

Muy diverso carácter tiene esta sátira de las dos tan celebradas de Jovellanos. No la inspira la alta indignación que sentía Jovellanos al notar los vicios y la corrupción de su patria. No imita tampoco el enérgico estilo con que zahiere Juvenal las maldades, el impudor y los cri-

menes de las pervertidas damas romanas de la decadencia. Ni hay tampoco, en la proclama de Vargas Ponce, nada parecido al tono hiperbólico y mordaz que pone tanto vigor, aunque algo afectado, declamatorio y artificioso, en la sátira contra el matrimonio de Quevedo.

Vargas Ponce, aunque coincida á veces en el asunto y en varios pormenores, no sigue las huellas ni el ejemplo de Juvenal, de Quevedo y de Jovellanos al escribir su proclama. Sólo sigue y sólo dice lo que su propia observación y sus ideas y sentimientos le sugieren. Nada más natural, más espontáneo y más sencillo, que su sátira. Es una burla graciosa y ligera, sin amargura y hasta mitigado lo picante por muy fina galantería, de todos los defectos, caprichos y extravagancias de las mujeres de entonces. Mas que de encumbrado poeta, da muestra Vargas Ponce, en su proclama, de hábil versificador y de chistoso, popular y desenfadado *coplero*, sin que este vocablo de *coplero* rebaje, en mi sentir, el mérito de la obra, aunque explique bien la aprobación y el general aplauso que obtuvo.

Réstame decir que Vargas Ponce, no menos estimado como sabio y erudito, que por el gracioso y ameno prosaismo de sus versos, perteneció á las Reales Academias Española y de Nobles Artes, y fué durante algún tiempo Director de la de la Historia.

Diré, por último, que se distinguió por su odio contra las corridas de toros elocuentemen-

te manifestado en discursos, escritos y poesías, entre las cuales fué muy leída y recitada, en el primer tercio del siglo XIX, la que compuso en un romance á D. Angel de Saavedra, más tarde Duque de Rivas y famoso autor del *Don Álvaro*, que en su florida mocedad se complació en ser torero de afición como otros jóvenes de la aristocracia.

Don Leandro Fernández de Moratín nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760. Fué hijo del notable poeta lírico D. Nicolás, á quien no igualó en estro, en imaginación y en energía de estilo, pero á quien superó en elegancia, en sana y atinada crítica y en alta concepción y entusiasta amor de toda natural y artística belleza.

No entra en nuestro plan, ni cabe en este libro dar detenida noticia de la vida de cada uno de los poetas de los que hemos incluido composiciones en el FLORILEGIO.

Baste decir aquí que D. Leandro ejerció el oficio de joyero en casa de su tío D. Melitón, antes de darse á conocer y distinguirse como literato.

Encomiado y animado por el sabio escolapio D. Pedro Estala, y protegido más tarde por el Conde de Cabarrús, acompañó á éste en París como Secretario, donde conoció y trató á Goldoni.

En certámenes de la Real Academia Españo-

la, obtuvo dos accésits, pero nunca el premio.

Fuerza es confesar que la Real Academia Española, al menos al examinar la *Lección poética, sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, anduvo poco acertada en su juicio. La posteridad ha puesto la *Lección poética* muy por cima de la composición de D. Juan Pablo Forner, que fué la que consiguió el primer premio.

Protegido Moratín más tarde por D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, escribió varias comedias, que se representaron y fueron muy aplaudidas, singularmente *El café ó la Comedia nueva* y *El sí de las niñas*, ambas en prosa.

Así por sus obras para el teatro, como por sus elegantes poesías líricas y por el ameno y gracioso escrito satírico en prosa *La derrota de los pedantes*, el crédito y la fama de Moratín, crecieron y se afirmaron.

El agradable viaje que hizo por Francia, Inglaterra, Bélgica é Italia, ilustró más su espíritu, prestándole cierto carácter cosmopolita, que no eclipsó nunca, por dicha, lo castizo y radicalmente español que en él había.

El clasicismo de Moratín, su observancia severa de las reglas del arte, y su firme oposición al desenfreno de poetas y de escritores, en quienes ya la antigua y alta inspiración española no disimulaba ni compensaba los errores, distan mucho de ser prueba de que fuese Moratín un apasionado y servil imitador de los autores franceses. Quería en España y para España el orden, la mesura, la sobriedad juiciosa y la

firme y limpia nitidez en el pensamiento y en su expresión por medio de la palabra; pero nada de esto se oponía á su patriotismo literario y á la fervorosa admiración con que miraba á nuestra literatura á pesar de los extravíos y defectos de no pocos de los poetas que más la honraron y enriquecieron en su brillante y gloriosa edad de oro.

Consideradas las cosas sin pasión, la censura de los defectos, la burla de los extravíos, todo cuanto en Moratin es critica negativa, me parece razonable y fundado, lo mismo cuando señala y pone de realce las faltas de nuestros autores dramáticos, que cuando traduce el *Hamlet* de Shakespeare y señala, nota y condena sus rudezas, rarezas y extravagancias.

Acaso pueda Moratin merecer la acusación de ser deficiente en la critica positiva, ó dígame en la alabanza; de que encadenado y como abrumado su juicio estético por la estrecha sumisión á los preceptistas de moda en su tiempo, no acierte á descubrir las bellezas y sublimidades de esos mismos autores, cuyas faltas nota y zahiere, ni llegue á compensar con el encomio el agravio quizás, harto irrespetuoso, pero no completamente injusto, que censurándolos les hace.

Moratin pagó el favor y la protección de Godoy con adhesión y gratitud constantes, pero no con desmedida lisonja, si se atiende al natural y extraordinario respeto que infundian entonces los hombres encumbrados á muy alta posición

y el brillo prestigioso de que se los rodeaba fuesen cuales fuesen el origen y la base de su encumbramiento y poderio. Justo es confesar, además, hoy que miramos desapasionadamente los personajes y sucesos de entonces, que el favorito de María Luisa y de su regio y cándido esposo, estaba moralmente dotado de algunas cualidades estimables y que deseaba aprovechar la elevación en que le había puesto la fortuna para bien, prosperidad y honra, no sólo de sus amigos, sino también de la patria. El carácter dulce de Moratin y la educación que había recibido le inclinaban además á venerar á los poderosos, á reconocer y aplaudir sus aciertos y sanas intenciones y á disimular ó más bien á no ver sus pecados y sus errores. Moratin era pacífico y leal por naturaleza, y su rendimiento y sus elogios al Principe de la Paz apenas suponen culpa, y si culpa hubo, bien merece absolución completa.

Por las mismas razones debemos absolverle también de haber sido afrancesado, coincidiendo en esto con otros hombres de no escaso saber, virtud y talento, y de verdadero amor á la patria, como lo fueron los Reinosos, Meléndez, Burgos y Silvelas, todos los cuales de buena fe y con el más acendrado y puro patriotismo pudieron creer y creyeron que convenía más á España aliarse con Francia y tener por Rey á un Bonaparte que sostener con fidelidad heroica la causa y los derechos de una dinastía contra la expresa voluntad de los Príncipes

mismos que de tales derechos se habían despojado.

Como quiera que ello fuese, Moratin se castigó á sí propio y purgó su pecado en la casi involuntaria emigración que le llevó á Francia, donde vivió bajo el amparo de los Silvelas, muriendo en París el 21 de Junio de 1828.

Las poesías de Moratin, incluidas en esta colección, creo yo que son muy características y dan claro testimonio de su sentir y de su pensar, de sus excelentes prendas de poeta y de la candidez, blandura y ligereza infantiles que las amenguaban. Apenas puede concebirse nada más atildado, más sobrio, más elegante y pulido que toda la composición *El filosofastro*. Aquellos endecasílabos sueltos son un primor por la dicción y por la medida: siempre se leen con deleite ya que no se aprendan de memoria.

Nos reimos de D. Ermeguncio, pero no le queremos mal, le perdonamos y hasta nos inclinamos á creer que Moratin se muestra con él sobrado severo, y en no pocas cosas injusto. No merece el pobre don Ermeguncio estimular el enojo de Moratin y ser promovedor de la diatriba que, imitando á Juvenal, lanza contra los hipócritas, que predicán virtud y son viciosos y criminales. ¿Á qué viene imitar aquello de

*Quis tulerit Gracchos de seditione querentes?
Qui cælum terris non misceat, et mare cælo,
Si fur displiceat Verri? homicida Miloni?
Clodius accuset mæchos, Catilina Cethegum?*

¿Qué ha hecho D. Ermeguncio para excitar tanta ira y para renovar sátira tan amarga? Las frases aduladoras que dirige á Moratin ¿qué le valen? Una jicara de chocolate y unos bollos, que apenas valdrían media peseta. Indudablemente y en vista de la mezquindad de la paga, debe presumirse que D. Ermeguncio aduló al poeta más que por interés por afecto bondadoso. ¿Y en qué peca después D. Ermeguncio mientras se toma el chocolate y se come los bollos? ¿Pues qué para condenar la trata de negros y la violencia y la soberbia conque algunas fuertes y ambiciosas naciones europeas se apoderan de imperios y de reinos en el extremo oriente, importa no consumir azúcar y canela? Canela puede haber en mayor abundancia y más barata sin necesidad de humillar á los pueblos en cuya tierra se cria, y también el azúcar puede producirse mejor y á menor precio, y hoy se produce sin duda, sin que haya esclavos que cultiven la caña y que trabajen en los trapiches. Bueno será practicar la virtud y callarse, pero suele ser más útil declamar contra los vicios. El mismo Moratin declama y no se calla. ¿Por qué, si conviene callarse, escribe sátiras y entiende que da lecciones de moral en casi todas cuantas obras líricas y dramáticas compone? Diga el poeta, si así le place, hablando de la virtud,

Dichoso aquel que la practica y calla.

Pero si todos los virtuosos ó no virtuosos declamadores se hubieran callado la trata seguiría

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RUIZ"
R

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

haciéndose á estas horas, habría aún esclavos negros y no porque los hubiese se venderian más baratos el chocolate, los caramelos y los bizcochos blandos y duros,

Que toda absorben la poción suave
De Soconusco, y su dureza pierden.

Las anteriores observaciones podrán invalidar un tanto la lección moral ó la reprimenda que da Moratin á los declamadores hipócritas, pero en manera alguna invalidan ó disminuyen, la gracia y los chistes urbanos con que la lección está dada. Esta gracia y estos chistes urbanos, abundan y resplandecen en cuanto de satirico ó de cómico escribió Moratin, descollando sobre todo en *El café ó la comedia nueva*, dechado de perfección, rico de sal ática que será admirado siempre por las personas de buen gusto. En *El café* no ocurre además lo que en *El filosofastro*. En *El café* tiene sólido y razonable fundamento la lección, aunque tal vez D. Pedro peque de cruel al darla al infeliz dramaturgo silbado. El propio D. Ermógenes, aunque es graciosísimo pedante, no es moralmente tan perverso y tan ruin como Moratin quiere pintarle. No le parecería tan mal *El gran cerco de Viena*, cuando tenía la esperanza de que fuese aplaudido, de que produjese dinero y de que hiciese posible su boda con doña Mariquita. El abandono de esta muchacha, después del desengaño, es, á mi ver, un rasgo que acaso hubiera podido suprimirse, porque traspassa los limites de lo cómico

convirtiendo á D. Ermógenes de ridiculo en odioso.

No me incumbe juzgar aquí detenidamente á Moratin como autor de comedias. Vuelvo, pues, á hablar de él como poeta lírico, y á darle sobre todo la grande importancia que tiene y á reconocer el influjo benéfico que como critico y preceptista ejerció en nuestras letras.

El clasicismo ó si se quiere llamémosle pseudo-clasicismo, que reinó en el parnaso español, desde mediados del siglo XVIII hasta la aparición y triunfo de la escuela romántica al terminar el primer tercio del siglo XIX, clasicismo del que fué Moratin el adalid más brillante y poderoso, fué conveniente en extremo para que el recto juicio templase las violencias de la revolución literaria y para que los saltos y vuelos del nuevo Pegaso tuviesen dirección acertada y no lanzasen al público y á los autores en un precipicio lleno de delirantes novedades.

El culto de Moratin á las reglas y su constante sujeción á los preceptos del arte moderaron y moderan aún el impetu innovador de toda flamante poesia. La crítica segura de Moratin sirvió además á modo de fiel contraste para estimar y tasar el valer de las composiciones sin dejarse arrebatar por mal meditado ó frenético entusiasmo.

Ya se entiende que, si Moratin no hubiera sido poeta, poco ó nada le hubieran valido las reglas; pero Moratin fué poeta. por su exquisita sensibilidad, por su imaginación lozana, por la

viva impresión que la hermosura de la naturaleza le causaba y sobre todo por su amor acendrado y puro á la poesía. Dechado de todas estas excelencias es la *Despedida á las musas* que insertamos en nuestra colección. Yo me inclino á creer que hay mucho de nuevo, de ejemplar y hasta de inaudito en la lírica española en los atildados, sentidos, bellísimos y sonoros versos de la mencionada dulce y melancólica elegía.

¡Cómo extrañar que Moratín, cuya crítica precede á la inspiración y la ilumina, reconozca y celebre su propio mérito, no con tanta soberbia, pero no con menos claro convencimiento que su maestro Horacio! Nada dice Moratín que se parezca al

Sublime feriam sidera vertice,

ó bien al

Exegi monumentum aere perennius,

pero nos muestra con noble y fundado orgullo, al devolverse á las musas, la sonante lira, las flautas de oro y la corona adorno de su frente, corona, lauro y demás espléndidos dones que la posteridad no ha separado de sus obras ni separará nunca.

Don Juan Bautista Arriaza

nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Sirvió primero en la Marina de guerra, fué diplomático más tarde, siendo Secretario de nuestra Legación en Londres, y abandonada por último

la diplomacia, pasó en la Corte el resto de su vida, muy querido y favorecido del Rey Fernando VII.

Murió Arriaza en Madrid en 1837.

Las prendas poéticas de este autor han sido estimadas y juzgadas, con imparcialidad y tino, por el célebre Fernando Wolf, por el Marqués de Valmar, por el Padre Blanco García, y sobre todo, por D. Antonio Alcalá Galiano. Nada tenemos que añadir á lo que dicen estos críticos. Basta remitir al lector á lo que ellos dicen ó repetirlo en resumen.

Hombre de escasa instrucción y ligero además, y poco reflexivo, no pudo Arriaza llegar nunca á la poesía elevada y trascendental, porque ni los estudios ni la ciencia fomentaban su inspiración, y porque carecía del hondo sentimiento y del amor que la contemplación de la naturaleza produce en ciertas almas, ni la suya tenía tampoco la virtud poderosa de reconcentrarse en sí misma, extrayendo de sus abismos bellezas ideales.

Era Arriaza poeta descuidado en la forma, llegando á veces hasta el desaliño. Su fantasía, escasa; su sensibilidad casi ninguna. Fué, no obstante, poeta muy aplaudido y admirado en su tiempo, mereció serlo, y todavía se leen con deleite no pocas de sus composiciones. Débese esto á la rara facilidad, á la gracia y á la agudeza de su ingenio y de su estilo.

Con menos saber que Vargas Ponce se le parece bastante por otras cualidades, superándole en todas ellas, y sobre todo, en lo natural

viva impresión que la hermosura de la naturaleza le causaba y sobre todo por su amor acendrado y puro á la poesía. Dechado de todas estas excelencias es la *Despedida á las musas* que insertamos en nuestra colección. Yo me inclino á creer que hay mucho de nuevo, de ejemplar y hasta de inaudito en la lírica española en los atildados, sentidos, bellísimos y sonoros versos de la mencionada dulce y melancólica elegía.

¡Cómo extrañar que Moratín, cuya crítica precede á la inspiración y la ilumina, reconozca y celebre su propio mérito, no con tanta soberbia, pero no con menos claro convencimiento que su maestro Horacio! Nada dice Moratín que se parezca al

Sublime feriam sidera vertice,

ó bien al

Exegi monumentum aere perennius,

pero nos muestra con noble y fundado orgullo, al devolverse á las musas, la sonante lira, las flautas de oro y la corona adorno de su frente, corona, lauro y demás espléndidos dones que la posteridad no ha separado de sus obras ni separará nunca.

Don Juan Bautista Arriaza

nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Sirvió primero en la Marina de guerra, fué diplomático más tarde, siendo Secretario de nuestra Legación en Londres, y abandonada por último

la diplomacia, pasó en la Corte el resto de su vida, muy querido y favorecido del Rey Fernando VII.

Murió Arriaza en Madrid en 1837.

Las prendas poéticas de este autor han sido estimadas y juzgadas, con imparcialidad y tino, por el célebre Fernando Wolf, por el Marqués de Valmar, por el Padre Blanco García, y sobre todo, por D. Antonio Alcalá Galiano. Nada tenemos que añadir á lo que dicen estos críticos. Basta remitir al lector á lo que ellos dicen ó repetirlo en resumen.

Hombre de escasa instrucción y ligero además, y poco reflexivo, no pudo Arriaza llegar nunca á la poesía elevada y trascendental, porque ni los estudios ni la ciencia fomentaban su inspiración, y porque carecía del hondo sentimiento y del amor que la contemplación de la naturaleza produce en ciertas almas, ni la suya tenía tampoco la virtud poderosa de reconcentrarse en sí misma, extrayendo de sus abismos bellezas ideales.

Era Arriaza poeta descuidado en la forma, llegando á veces hasta el desaliño. Su fantasía, escasa; su sensibilidad casi ninguna. Fué, no obstante, poeta muy aplaudido y admirado en su tiempo, mereció serlo, y todavía se leen con deleite no pocas de sus composiciones. Débese esto á la rara facilidad, á la gracia y á la agudeza de su ingenio y de su estilo.

Con menos saber que Vargas Ponce se le parece bastante por otras cualidades, superándole en todas ellas, y sobre todo, en lo natural

y espontáneo. Bien podemos calificarle de improvisador y versificador muy diestro, fecundo en epigramáticos chistes.

Nunca fué grande su entusiasmo, ni por ideas, ni por personas, y, sin embargo, su patriotismo y su odio á la dominación extranjera, hicieron de él el más popular de los poetas que cantaron las hazañas y las glorias de España durante la guerra de la Independencia, pues si los versos de Quintana y de Gallego, son de más alto precio y de mucho mejor ley, no se ha de negar que estaban menos al nivel del público de entonces, y que fueron harto menos leídos y celebrados.

Acérrimo contrario del liberalismo y de los liberales, bien puede calificarse á Arriaza de poeta de la Corte del Rey absoluto, á par que de poeta de la sociedad elegante y de las tertulias de entonces.

Sus lisonjas palaciegas no puede decirse, con todo, que fuesen nacidas del interés, sino de la gratitud y también de que sentía y pensaba lo que decía, acaso sin darse mucha cuenta de ello y por impremeditado impulso.

En prueba de tal impremeditación, y de que el numen que le agitaba y le habilitaba para ser poeta repentista, podía moverle á veces á expresar en verso lo contrario de lo que en prosa y habitualmente le parecía bien, se cuenta un caso gracioso que me decido á referir aquí en breves palabras.

En un convite que varios amigos del Sr. Onís

le dieron para solemnizar su ida á Nápoles, como representante de España, cuando acababa de triunfar el partido constitucional, gracias al general Riego, Arriaza improvisó ó compuso y leyó unos versos muy bonitos, ensalzando mucho el liberalismo, y afirmando que Onís iba á llevar la revolución y la libertad al Reino de las dos Sicilias:

Á Partenope, que aun gime
Entre floridas cadenas,
Y aun la adulan sus sirenas
Con cantos de esclavitud.
Tú entre ellas nuncio sublime
Serás, y español Tirteo,
Que las alce al alto empleo
De cantar patria y virtud.

Y fué lo más curioso que el Gobierno napolitano, á cuya noticia llegaron los tales versos, se alarmó mucho, no quiso que el Sr. Onís fuese por allí á alborotarle á las sirenas y á convertirlas en revolucionarias, y repugnó recibir enviado tan demagogo. El Sr. Onís tuvo que detenerse en Roma. Entre tanto, sin que el señor Onís interviniese en ello para nada, hubo revolución en Nápoles, y la revolución salió vencedora. Entonces el Sr. Onís pudo entrar triunfante en aquella gran ciudad, como si él hubiera roto *sus floridas cadenas*, y Arriaza pasó durante algún tiempo, y muy á su despecho, por un fatídico y ominoso jacobino. Alcalá Galiano pondera los grandes apuros que causó á Arriaza este suceso con la reputación, tan equivocada, como momentánea, que de liberal hubo de darle.

No fué Arriaza quien escribió, alguien, á modo de demonio ó de genio escondido en su seno, fué quien le dictó aquellas lindas coplas liberalescas. Arriaza, hablando por sí, sin genio ó sin demonio que le extraviase, fué siempre un *realista* puro y neto, aunque sus versos *realistas* nunca ó casi nunca se igualaron en méritos á los ya citados, tan inconscientemente revolucionarios.

De todos modos, no fué en los versos políticos, sino en los amorosos, ó si se quiere en los de fina galantería, donde acertó Arriaza á poner las más frescas y lozanas flores de su ingenio, aunque siempre con poca pasión y con más discreteos que ternuras.

Tal vez lo más apasionado, fervoroso y enérgico, en el estro de este poeta, procede de su amor á la independencia española, y luce en sus composiciones patrióticas y guerreras, como son la elegía *El dos de Mayo*, la *Profesía del Pirineo* y el *Himno de la Victoria*, que en nuestra colección insertamos.

Arriaza fué individuo de las Reales Academias Española y Nobles Artes.

Don Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de Abril de 1772 y murió en esta misma capital el 11 de Marzo de 1857.

No es posible ni nos incumbe referir aquí su larga y gloriosa vida. D. Antonio Ferrer del Rio, el Marqués de Valmar, D. Manuel Cafete

y otros escritores de nota lo han hecho ya detenida y discretamente. Nosotros mismos, en el primer tomo de esta obra, hemos tratado de Quintana y hemos procurado ensalzarle como merece, calificándole de gran poeta, calificación que no somos pródigos en conceder, y cuya importancia estimamos sobre manera.

Su poderoso estro, la grandilocuencia y brio de su dicción y el buen gusto y la severa crítica de que su inspiración lírica iba siempre precedida ó acompañada, contribuyeron á dar á Quintana el laurel de oro con que sus contemporáneos le coronaron hacia el fin de su vida en 25 de Marzo de 1855, laurel que la posteridad conserva inmarcesible y luminoso, adornando la efigie y ensalzando la memoria del egregio vate. Pero más que de las prendas, en cierto modo técnicas de que hemos hablado, nacieron su grandeza y su gloria, del entusiasmo generoso y fecundo que encendió en su corazón el amor de la libertad, de la patria y del progreso del humano linaje.

Aunque ya lo hemos dicho no podemos menos de repetir aquí que ese entusiasmo puso en la lira de Quintana cuerdas inauditas, ó si se quiere jamás oídas desde los tiempos de la antigua Grecia. Los que acusan sus cantos de monotonía, los que dicen que el profundo sentimiento de la naturaleza le faltaba y que le conmovía poco la contemplación del universo visible y menos aun los amorosos afectos que Dios y sus predilectas criaturas infunden en las almas,

tal vez no carecen de razón para esta censura; pero bien podemos contestarles que aunque no fueran más que dos las cuerdas de la lira de Quintana, poseían novedad sublime, y los tonos vibrantes que arrancaba de ellas el plectro del poeta estaban dotados de inmortal y maravillosa resonancia.

Bien puede alegarse además que, aún suponiendo que el alma de Quintana fué capaz de inspirarse en otros diferentes y altos objetos y sentir pasiones y emociones muy otras que las del patriotismo y del liberalismo, la agitadísima época en que vivió y la parte tan activa y tan principal que durante su mocedad, tomó en los más transcendentales y grandes sucesos políticos, no le dejaron vagar ni reposo para consagrarse á la contemplación de la hermosura de los cielos y de la tierra, para tener arrobos místicos y menos aun para abrir las puertas de su corazón á devaneos y amores petrarquistas.

Quintana, en prosa como en verso fué siempre, y no pudo menos de ser dados su carácter y el ambiente que respiraba, el político, el liberal, el progresista y el patriota. Oficial primero, secretario ó como queramos llamarle de la Junta central y redactor asimismo del *Semanario patriótico*, animó al pueblo en la guerra de la Independencia y exaltó su denuedo y furor contra los invasores franceses. Las elocuentes proclamas de entonces, los manifiestos y los decretos estaban escritos ó dictados por él; tal vez exaltaban más los ánimos que sus magníficas odas y tal vez eran

obras no menos elocuentes y sentidas. Sean muestra de este sentimiento y de esta elocuencia las siguientes hermosas frases: «Vale más espirar gloriosamente por las orillas paternas del Tajo ó del Ebro, que irse á fenecer, hecho un esclavo, por las márgenes heladas del Vistula y del Niemen, como instrumento vil de la frenética ambición de un infame advenedizo.»

Se diría que Quintana al expresarse así, dió idea, asunto y plan á Leopardi para su admirable canto á Italia. También, al notar que los italianos combaten por Bonaparte en el norte de Europa, exclama aquel sublime lírico:

*Oh misero colui che in guerra è spento,
Non per li patrii lidi e per la pia
Consorte e i figli cari,
Ma da nemici altrui
Per altra gente, e non può dir morendo:
Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo.*

Con lo cual, impulsado el poeta por su imaginación y por su sentimiento, se lanza en raudo vuelo contra la corriente de los siglos, y advina y reconstruye el hermoso himno de Simónides á los trescientos esparciatas que muriendo en las Termópilas se sustrajeron á la muerte.

No son inferiores en majestad y grandeza las dos odas de Quintana que insertamos *A España después de la revolución de Marzo* y *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*. Lo que del canto de Leopardi las distingue

es que no son desesperadas, sino belicosas y ricas de fe en el triunfo definitivo.

En las otras odas de Quintana, más que el patriotismo prestan poderoso vigor al estro ideas y sentimientos, quizás venidos de tierras extrañas, quizás nacidos y difundidos á la vez por toda Europa en el último tercio del siglo XVIII, si bien más propios de Francia, de donde parecían como importados, porque allí tomaron forma popular y más celebrada en los escritos, y porque allí se transformaron en hechos, terribles á par que grandiosos. Estos elementos de la inspiración de Quintana, exóticos en la apariencia al menos, dan gallarda nuestra de sí en las composiciones *A la invención de la imprenta*, en *El Panteón del Escorial* y en no pocas otras donde la mente de Quintana se encumbra también á la más alta poesía. No negaremos, con todo, que aun prescindiendo de doctrinas y opiniones, expresadas allí en discordancia con las de muchos españoles de entonces y aun de ahora, el poeta se deja llevar y se hace eco de injustas acusaciones contra nuestra nación. Algo deslustra asimismo la belleza y la sublimidad de las susodichas composiciones, cierto sentimentalismo amanerado muy de moda en aquellos días. Sin duda la tal moda, había sido inventada y propagada por Rousseau y contenía ya el germen y el fermento del romanticismo en una de sus fases, maldiciente, quejumbrosa y empalagosa como ninguna.

El buen gusto de Quintana y su recto y sano

juicio, no consintieron que cayese con frecuencia en el defecto á que aludo, defecto en que solía caer D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, menoscabando ó torciendo así la energía del estro que le impulsaba. Tenía este defecto algo que inducía y excitaba á ser antisocial: á suponer que la civilización había pervertido y viciado la naturaleza humana, buena de suyo, y que el mejor estado del hombre, el más moral y el más puro, era el estado salvaje. Por eso, sin duda, exclama Quintana:

«¡Virgen del mundo! ¡América inocente!»

saludando á la patria de los americanos precolombinos, en quienes supone que nuestra infernal codicia y nuestro espantoso fanatismo hicieron tantos estragos.

Fuera de este extravío, que en Quintana se nota poco y del que era difícil salir exento á fines del siglo XVIII y principios del XIX, no acierto yo á ver en Quintana sino excelencias dignas de todo elogio. Y no se señaló sólo como inspirado poeta y como escritor político en los documentos oficiales y en sus *Cartas á Lord Holland*, sino que brilló también como elocuente historiador y como juicioso crítico literario, salvando á menudo con la agudeza y penetración de su entendimiento los estrechos límites en que encerraban los preceptistas á los que cuando él escribió escribían de literatura.

Su colección de poesías selectas dan claro testimonio de su mérito en este punto y valieron,

durante no pocos años, para hacer conocer y estimar á la generalidad de las gentes que no se dedican á detenidos y especiales estudios, lo más acendrado y bello de nuestro tesoro poético castizo.

Como historiador, elocuente, imparcial y juicioso, aunque menos investigador de documentos de lo que hoy se estila y se requiere, Quintana es digno de aplauso por sus vidas del Cid, de Roger de Lauria, de Guzman el Bueno, del Gran Capitán, de D. Alvaro de Luna y de otros ilustres varones.

Don Juan Nicasio Gallego nació en Zamora el 14 de Diciembre de 1777. Murió en Madrid el 9 de Enero de 1853.

Don Ventura de la Vega y D. Eugenio de Ochoa han escrito su vida y han ensalzado con entusiasmo sus obras poéticas.

No son éstas muchas; pero así por la perfección de la forma como por la elegancia y fuerza del estilo, merecen las mayores alabanzas. Acaso no haya quien, escribiendo versos en lengua castellana, aventaje á Gallego en primor artístico, en firme y poderosa sobriedad de dicción y en brío de fantasía para pintar con viveza y enriquecer con animadas imágenes los nobles afectos y las varoniles pasiones del alma.

De Gallego puede también decirse como de Quintana, que su lira apenas tenía más de dos cuerdas, pero dotadas ambas de mágica y ex-

traordinaria resonancia. Hacían vibrar una de estas cuerdas el amor de la patria, y la otra, menester es decirlo, aunque parezca opuesto al estado y profesión del poeta, el vehemente amor á las mujeres y la admiración entusiasta de su hermosura, de sus gracias y de sus hechizos. Y lejos de ser exclusivos, como los de Petrarca por Laura, este amor y esta admiración se difundían arrebatada y gallardamente sobre varios hermosos y adorables objetos. Lesbia, Corina, Glicera, Pradina, Celmira y algunas otras damas fueron celebradas y cantadas por Gallego con estro tan fervoroso y punzante que no puede suponerse nacido de la mera galantería, sino de más hondos y vivos sentimientos. Ni las pinturas ó retratos que el poeta nos presenta de las deidades á quien rinde culto nos dejan en libertad de fingirnos que fuesen seres imaginarios, creados adrede para servir de asunto y de motivo á canciones, elegías, odas y sonetos. Bien se ve que las damas, objeto del culto amoroso del poeta, lejos de ser fantásticas, son de verdad y alientan y viven y se nos aparecen con plena realidad, ya encendiendo el corazón del poeta en las llamas del deseo, ya afligiéndole con desdenes, ya entristeciéndole con la ausencia, ya colmándole de dicha con los más regalados favores.

Concedamos que en prosa el espíritu de Gallego era en todo conforme con la verdad católica y con la moral cristiana; pero en verso volaba dicho espíritu contra la corriente de

los siglos y vivía con fruición y á sus anchas en los tiempos de la gentilidad greco-romana. Los pocos versos piadosos que Gallego ha escrito, como por ejemplo, *La última cena*, son los más flojos y menos inspirados de todos los suyos. Y es tan grande y tan invencible su afición á lo mitológico, que en una plegaria que dirige á la madre de Dios para que acuda y saque con bien á la Reina María Cristina en el trance de su primer parto, llama *Sacra Lucina* á la Santísima Virgen.

Sus alabanzas y preces al Amor y á Venus son tan sentidas, que no parecen figuras alegóricas los seres á quien se dirigen, sino númenes verdaderos y reales. Y no son estos númenes como los imaginó Petrarca, cuando al Amor

..... *nudo in Grecia, nudo in Roma,*
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo á venere celeste.

La Venus de Gallego, más que á la de Petrarca, se parece á la de Lucrecio.

Al verlas se disipan,
Huyendo por los aires,
Las nubes procelosas,
Las negras tempestades,

donde, así como en otros versos de la misma composición, se advierte que el poeta recordaba é imitaba la invocación á la diosa en el poema *De rerum natura*:

Te dea, te fugiunt venti te nubila cæli
Adventumque tuum: tibi suaveis dædala tellus
Summittit flores, tibi rident æquora ponti,
Placatumque nilet diffuso lumine cælum.

Y lejos de envolver á la diosa en nubes ó cenadales, el poeta la hace aparecer en limpia desnudez ante el coro de los dioses del Olimpo, que contemplan extáticos y maravillados la hermosura

Del pecho alabastrino,
Del delicado talle.

El apasionado aplauso de los dioses ruboriza entonces á Venus. Así nos explica el poeta cómo nace el pudor; pudor amable y un poquito profano, que tal vez pueda confundirse con la complacencia, el gusto y la satisfacción del divino amor propio al verse Venus tan admirada; pudor que, lejos de entibiar el fuego de la pasión amorosa, la exalta y presta mayores atractivos, embeleso y gracia á la beldad cuyas frescas mejillas colora.

Cualquiera otro poeta, en las condiciones de Gallego, y discurrendo sobre asuntos tan resbaladizos, tal vez daría ocasión al escándalo, tal vez despertaría en el ánimo del lector ó del oyente ideas y sentimientos sobrado sensuales, ya repugnantes, ya groseros; pero la elegante y decorosa mesura y la pulcra maestría con que Gallego lo expresa y lo cuenta todo disipan las impurezas que pudieran notarse en lo contado, como si á pesar de la realidad y de la solidez

10508

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTENEGRO, MEXICO

plástica de las figuras del cuento, ocurriese lo contado en regiones etéreas y fantásticas, donde no tienen jurisdicción los preceptos y las leyes que en la vida prosaica y ordinaria prevalecen y sirven de norma. Léase la composición titulada *La dulce venganza* y digaseme después si no tengo razón en sentir lo que siento y en expresarlo aquí con franqueza.

La franqueza también y la sinceridad de Gallego son muy de aplaudir y una de las causas del deleite con que sus versos se leen. Fuera de aquellos versos, hechos de encargo ó por compromiso, nadie es más verídico y sincero. Gallego no finge, siempre dice lo que siente y no inventa sutilezas y sentimientos alambicados para darse tono de ente extraño y de los que no se usan.

En la otra más resonante cuerda de su lira, no ya erótica, sino belicosa y tremenda, Gallego se eleva más aún en nuestro concepto. La mencionada sinceridad autoriza y corrobora cuanto dice, transmitiendo íntegro el vigoroso entusiasmo de su alma á quien sabe leer y comprender lo bien sentido y mejor expresado. Por eso son tan celebradas sus composiciones patrióticas, y singularmente la elegía al *Dos de Mayo* y su oda *A la influencia del entusiasmo en las artes*.

De las filosofías filantrópicas de Quintana, de su progresismo y de su liberalismo, no hay ó apenas hay indicio en los versos de Gallego. Erato compensa generosamente esta falta con favores que negó, ó por lo menos escatimó al

cantor del panteón del Escorial y de la invención de la imprenta.

No quiero yo decir, sin embargo, que no fuese liberal Gallego, sino que sólo lo fué en prosa y moderadamente.

La moderación no le valió con todo para dejar de ser perseguido cuando Fernando VII fué restaurado en el trono de sus mayores.

No le perdonó el partido absolutista su reposado liberalismo como diputado en las Cortes de 1810. Como Martínez de la Rosa, Sánchez Barbero y no pocos otros, se vió ultrajado y castigado. Su ardor patriótico le costó largos años de encierro, ya en conventos, ya en prisiones, desde 1814 á 1820, y le costó despojo y emigración desde 1824 á 1828.

Posteriormente fué Gallego muy atendido y considerado. La juventud literaria acudía á consultarle como al guía más seguro y como al más venerado maestro. La sociedad aristocrática y elegante de Madrid se complacía en mirarle como uno de sus más brillantes ornatos. Sus agudezas y sus chistes se encomiaban y se repetían por todas partes, con no menos aplauso que los en otro tiempo atribuidos á Quevedo.

Como quiera que ello fuese, y aunque Gallego distase bastante de ser un varón evangélico, lícito es asegurar que fué buen ciudadano, leal y constante amigo y hombre bondadoso y afabilísimo en su ameno trato.

Perteneció á la Real Academia de Nobles Artes. La Real Academia Española se honró

eligiéndole y teniéndole por su secretario perpetuo.

Don Dionisio Solís fué un amable y modestísimo poeta, cuya vida y elogio ha escrito D. Juan Eugenio Hartzenbuch con sencillo estilo y piadoso afecto.

Solís, cuyos verdaderos apellidos eran Villanueva y Ochoa, nació en la ciudad de Córdoba, en el año de 1774.

Con relación á su talento y á su saber, adquirido sin maestros, por constante aplicación y desinteresado amor á las letras, su vida fué oscura, así como fué pobre y humilde el estado en que la avara fortuna le mantuvo hasta el día de su muerte en Madrid por el mes de Agosto de 1834.

Su más alto empleo fué el de apuntador en el teatro de la Cruz.

Aunque hombre pacífico y juicioso, y á pesar de la ninguna importancia de su posición, su ardiente patriotismo, que le llevó á tomar las armas y á combatir en Ucles por la independencia de España, y sus ideas liberales, moderada y candorosamente manifestadas, no dejaron de acarrearle disgustos, destierros y persecuciones por parte del Gobierno del Rey absoluto.

Fué Solís persona de muy afable trato, y tan entendido en el arte de la declamación, que el célebre Isidoro Máiquez oía á veces y estimaba mucho sus advertencias y consejos.

Solís estuvo casado con la apreciable actriz María Ribera.

Como autor dramático, fué laborioso y fecundo, señalándose en traducciones y arreglos de dramas ingleses, alemanes, franceses é italianos, aunque bien se puede asegurar que sólo tradujo de las lenguas francesa é italiana y no de las otras.

Cualquiera que sea la opinión que tengamos sobre la necesidad ó conveniencia de la refundición de comedias de nuestro teatro del siglo XVII, no se ha de negar que, durante el primer tercio del siglo XIX, en que prevalecía el pseudo-clasicismo francés, las más hermosas joyas de nuestros dramaturgos castizos se hubieran arrumbado y olvidado sin aparecer en la escena, á no haber alguien que piadosa, hábil y discretamente las ajustase al gusto moderno y á las reglas de moda. Esto supo hacer Solís, y por esto merece honrosa conmemoración y no corto aplauso. Por él revivieron en la escena y fueron gustadas y aplaudidas *La villana de Vallecas*, *La celosa de sí misma*, *García del Castañar*, *El rico hombre de Alcalá*, *El Alcalde de Zalamea*, *María la piadosa*, *Por el sólano y por el torno*, *El escondido y la tapada* y otras muchas obras, que refundió con tino, imitando primorosamente el estilo y el lenguaje de los antiguos autores.

Compuso también Solís tragedias y comedias originales á las que Hartzenbuch atribuye no escaso mérito. *Tello de Neira* y *Blanca de Borbón*, fueron las tragedias. Fueron las comedias *La*

pupila y *Las literatas*. Ni tragedias ni comedias originales llegaron á representarse nunca.

La más celebrada y hasta admirada labor dramática de Solís, fué su traducción en verso del *Orestes* de Alfieri.

Como lirico es Solís un poeta fácil, espontáneo y agradable. Sujetándose al gusto de su tiempo, sigue á Meléndez y á Metastasio en sus composiciones idílicas y amorosas, pero en las más de ellas resalta y prevalece algo de popular y de castizo, que recuerda la lozanía y la franca ingenuidad de los mejores romances y letrillas del siglo xvii. Graciosa muestra de ello es *La pregunta de la niña*, que en este FLORILEGIO insertamos.

Don Bartolomé José Gallardo es famoso como escritor en prosa, satirico mordaz, y muy castizo aunque algo afectado estilista, tomando los giros y las frases que emplea más que de la propia inspiración de buenos y antiguos libros castellanos.

Sin duda su principal mérito y su mayor importancia estriban en su aptitud y en sus trabajos de bibliófilo.

En la época en que vivió Gallardo eran los mencionados trabajos más útiles, más convenientes y también más admirados que ahora por las personas entendidas.

Sobre la decadencia y la corrupción de nuestras letras y la general ignorancia y el descuido del vulgo, había venido el florecimiento del reina-

do de Carlos III, desdeñándose no poco los tesoros del propio ingenio y sometiéndose más de lo justo los que escribían á reglas y preceptos extranjeros que menospreciaban muchas de nuestras producciones literarias indígenas, como desarregladas y faltas de critica, de medida y de buen gusto.

No pocos libros españoles yacian olvidados y arrumbados. No pocos eran ya raros. Apenas se leían, apenas se conocían por el título ó por el forro. La bibliografía tomó pues cierto carácter de ciencia oculta, para la que había iniciación y misterio. Gallardo fué su principal hierofante. Más tarde le siguieron y rivalizaron con él D. Serafin Estébanez Calderón y D. Pascual Gayangos, aunque bueno y justo es añadir que Estébanez Calderón fué harto más ingenioso y original en cuanto nos dejó escrito.

El criterio estético de Gallardo fué también menos elevado que el de sus dos rivales, y tuvo mayor dosis de aquella falibilidad que aqueja á menudo á los que fervorosamente se dedican á buscar rarezas y curiosidades literarias. Suelen tomar éstos lo inédito, lo desconocido, aquello de que acaso no existe ya sino un solo ejemplar que ellos poseen, por una maravilla, por un portento, por acendrado oro de Tíbar que vuelve á enriquecer el tesoro intelectual de la patria. Los profanos hallamos luego, que tal oro de Tíbar no es oro sino alquimia y ocurre el natural y consiguiente desengaño.

De todos modos no puede negarse que fué utilísima, digámoslo así, la misión de Gallardo. Se diría que por él, por Gayangos y por Estébanez Calderón se ha conservado íntegra, sin que un solo eslabón se quebrante ó se rompa la áurea cadena de nuestra nacional literatura; se ha hecho más fácil escribir su historia y han hallado los que la han escrito ricos y abundantes materiales para escribirla y estímulo y ejemplo para dedicarse á tan importante tarea.

Nació Gallardo en Campanario, provincia de Badajoz, el 13 de Agosto de 1776. Estudió filosofía en Salamanca. Durante la guerra de la Independencia, siguió al partido nacional contra los invasores franceses. Habiéndose señalado por sus ideas liberales y librepensadoras fué perseguido, como muchos otros ingenios por el nada suave y agradecido gobierno del rey absoluto. A lo que parece sus preciosos apuntes, libros y papeles, fueron destrozados por la ira popular de los serviles, quemados ó arrojados al río, en el terrible día de San Antonio, 13 de Junio de 1823. Con tenaz perseverancia rehizo más tarde Gallardo gran parte de la labor entonces perdida, labor de que puede ya gozar y aprovecharse el público merced á la publicación del *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, ordenada y dirigida por D. Manuel Zarco del Valle, D. J. Sancho Rayon y don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Los apuntes de Gallardo, que han servido para componer la precitada obra en cuatro gran-

des volúmenes, presuponen la adquisición y posesión de gran multitud de libros, preciosos los más de ellos por su rareza. A fin de hallar estos libros y de poseerlos, Gallardo, así como Gayangos y Estébanez Calderón, solían hacer pasmosos esfuerzos y no pequeños sacrificios. La vanidad y el amor propio de coleccionistas los estimulaban en aquella obra. La emulación no producía solo el buen efecto de prestarles actividad rebuscadora sino que á veces les picaba las almas y aun se las encendía en ira y enojo, moviéndolos á maltratarse unos á otros, con chistes y hasta con insultos, alambicados y castizos al gusto del siglo XVII ya en prosa ya en verso.

Sirva de ejemplo el siguiente descomulgado soneto que D. Serafin Estébanez Calderón compuso contra Gallardo; soneto cuyas injurias harto claro se ve que no deben tomarse por lo serio sino como pura broma que por ser tan graciosa no debe calificarse de pesada y el mismo Gallardo la reiría. El soneto dice:

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, cauzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.

Unilargo, guardaño, garrapata;
Para sacar los libros, cabría, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta,

Juegas del dos, del cinco y por tresillo,
Y al fin te beberás como una sopa,
Llenas de libros, Africa y Europa.

Además de su valer como bibliógrafo, son muy de estimar por su agudeza, primor de estilo y lenguaje, desenfadado y sal abundante aunque no siempre ática, algunos escritos en prosa de Gallardo, especialmente el *Diccionario crítico burlesco* y el gracioso folleto titulado *Zapatazo á zapatilla*, contra el falso *Buscapié* tan diestramente inventado por el ilustre gaditano y fecundo polígrafo D. Adolfo de Castro.

Como poeta menester es confesar que Gallardo carece de elevada inspiración, de fervorosos sentimientos y de viva fe en cosa alguna; pero su dichosa afición á nuestros poetas de principios del siglo xvii suplió su falta de estro. Con envidiable habilidad y fiel, aunque no servilmente, logró á veces imitarlos, produciendo letrillas y romances lindísimos, entre los que sobresale *Blanca Flor* que en este FLORILEGIO insertamos.

Dichas composiciones poéticas, saltando por cima de las de Cadalso, de Meléndez y de la nueva escuela sevillana, valieron para soldar con mayor firmeza la antigua poesía española con la más reciente y para preparar el elemento más nacional y más propio que entró en la formación de nuestro romanticismo futuro.

Gallardo murió en Alcoy en Septiembre de 1852.

Don Juan María Maury elegante é ingenioso poeta y culto y erudito literato, ha dado asunto á varias páginas del tomo I de este FLORILEGIO (desde la 66 hasta la 75). Poco tenemos que añadir ahora remitiendo al lector á lo allí dicho.

Nació Maury en Málaga, en el año de 1772, hijo de un rico comerciante. Fué educado en Francia y en Inglaterra; viajó por Italia y por otros países de Europa y vivió muchos años en París, donde murió á los setenta y tres de su edad, el día 2 de Octubre de 1845:

Han escrito su vida y han estudiado, analizado y juzgado sus obras, D. Eugenio de Ochoa, D. Juan Nicasio Gallego, el Marqués de Valmar y el Padre Blanco García.

Este último, movido tal vez por su sentimiento religioso que cree ver y que condena en Maury al libre pensador, se muestra algo severo con él cuando como poeta original le juzga. El Padre Blanco García, sin embargo, no puede menos de celebrar el saber de Maury, su pasmosa habilidad como versificador y la singular maestría con que maneja el habla castellana procurando darle en sus versos enérgica concisión y fuerza descriptiva. Reconoce también el mérito de Maury como iniciador del romanticismo en España y como libertador de los ingenios, derogando las arbitrarias leyes con que el seudoclasicismo los sujetaba y añadiendo luego:

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza; sírveme de guía,
Dejándome sus páginas hermosas
Libre leer de intérpretes y glosas.

Pero donde el Padre Blanco García se extrema más en alabanza de Maury, sin distingos ya ni restricciones, es en el valer de la *Espagne poetique*, «antología sin precedente y que casi por primera vez demostraba á nuestros desdeñosos vecinos las riquezas del parnaso español.» Y luego añade el Padre: «Los grandes poetas de nuestro siglo de oro tuvieron en Maury un intérprete muy libre, pero elegantísimo, que procuró conservar en la traducción toda la energía y todas las excelencias del original, mereciendo por su pericia en el manejo de la versificación francesa los elogios del *Journal des Débats* y de algunas revistas literarias.»

Don José Somoza fue un filósofo práctico lleno de sencilla y espontánea originalidad. Se diría que las mejores ideas y los más nobles sentimientos del siglo XVIII habían penetrado y tomado asiento en su alma, filtrándose antes para purificarse y desechar toda violencia revolucionaria y todo antireligioso prurito. Su amor á la paz, su pura y nada fingida filantropía, su absoluta carencia de ambición y de codicia y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleiteaba admirando la natural hermosura de las cosas, hubieran debido hacer

de él un egregio poeta si hubiera desdeñado menos la fama y si hubiera cultivado con mayor perseverancia y ahinco sus propias facultades.

En algunas breves narraciones en prosa, que nos ha dejado y donde habla de sí con la sinceridad más clara y más evidente, se ve mejor que en sus versos, desaliñados á veces, lo mucho que Somoza valía. Bien lo reconoce Quintana, grande amigo suyo y de su familia, al decir de él cuando le dedica el cuarto tomo de sus *poesías selectas*. «Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada: que cultiva las Musas y la filosofía con ardor y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.»

Este hidalgo campesino, contemplativo y pacífico de quien tales elogios hace Quintana, fué en su niñez y en su primera mocedad muy travieso y alborotado. Después se modificó y corrigió hasta el punto de poder competir por lo bondadoso con el caballero del verde gabán tal como Cervantes le describe.

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza; sírveme de guía,
Dejándome sus páginas hermosas
Libre leer de intérpretes y glosas.

Pero donde el Padre Blanco García se extrema más en alabanza de Maury, sin distingos ya ni restricciones, es en el valer de la *Espagne poetique*, «antología sin precedente y que casi por primera vez demostraba á nuestros desdeñosos vecinos las riquezas del parnaso español.» Y luego añade el Padre: «Los grandes poetas de nuestro siglo de oro tuvieron en Maury un intérprete muy libre, pero elegantísimo, que procuró conservar en la traducción toda la energía y todas las excelencias del original, mereciendo por su pericia en el manejo de la versificación francesa los elogios del *Journal des Debats* y de algunas revistas literarias.»

Don José Somoza fue un filósofo práctico lleno de sencilla y espontánea originalidad. Se diría que las mejores ideas y los más nobles sentimientos del siglo XVIII habían penetrado y tomado asiento en su alma, filtrándose antes para purificarse y desechar toda violencia revolucionaria y todo antireligioso prurito. Su amor á la paz, su pura y nada fingida filantropía, su absoluta carencia de ambición y de codicia y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleiteaba admirando la natural hermosura de las cosas, hubieran debido hacer

de él un egregio poeta si hubiera desdeñado menos la fama y si hubiera cultivado con mayor perseverancia y ahinco sus propias facultades.

En algunas breves narraciones en prosa, que nos ha dejado y donde habla de sí con la sinceridad más clara y más evidente, se ve mejor que en sus versos, desaliñados á veces, lo mucho que Somoza valía. Bien lo reconoce Quintana, grande amigo suyo y de su familia, al decir de él cuando le dedica el cuarto tomo de sus *poesias selectas*. «Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada: que cultiva las Musas y la filosofía con ardor y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.»

Este hidalgo campesino, contemplativo y pacífico de quien tales elogios hace Quintana, fué en su niñez y en su primera mocedad muy travieso y alborotado. Después se modificó y corrigió hasta el punto de poder competir por lo bondadoso con el caballero del verde gabán tal como Cervantes le describe.

Nació Somoza en Piedrahita, provincia de Avila, el 29 de Octubre de 1781.

En los primeros años de su vida, según ya hemos dicho, no quiso estudiar á pesar del ayo y de los buenos maestros que le dió su padre, ni quiso tampoco seguir carrera alguna ni tomar estado. En algo de esto persistió hasta el fin de su vida. No consintió en ser clérigo, ni se casó, ni aceptó ni ejerció empleo público, salvo cuando por compromiso y por ineludible deber se consideró obligado á aceptarle y ejercerle. Así fué procurador á Cortes en 1834, diputado constituyente en 1836, y antes en 1820 y por brevísimo plazo, jefe político de Avila, cargo de que logró le exonerasen á fuerza de reiteradas dimisiones.

Durante la guerra de la Independencia, lleno Somoza del más ferviente patriotismo tomó las armas contra los franceses. El general, padre del famoso poeta Victor Hugo, ante quien le trajeron preso y herido en un muslo le puso en libertad exigiéndole no tomar parte en adelante en ningún movimiento subversivo.

A pesar de la vida retirada que Somoza hacia fué varias veces blanco de las persecuciones del gobierno absoluto de Fernando VII. Los franceses, contra quienes había tomado las armas le dejaron vivir en paz, pero no le dejaron vivir siempre en paz los absolutistas. Somoza consiguió, no obstante, realizar con cortas interrupciones, el modo de vivir de que él gustaba. Cuidando primero de su hermano mayor enfermo

y al lado después de su hermana viuda, en Piedrahita, en el mismo cuarto en que había nacido y en la casa solariega de su padre y de sus mayores, terminó su existencia el día 4 de Octubre de 1852, poco antes de cumplir los setenta y un años.

Fué Somoza discípulo de Meléndez Valdés, grande amigo de D. Agustín Argüelles, á quien dedicó un entusiasta soneto, y muy devoto admirador de la gentil y graciosa doña María Teresa de Silva, Duquesa de Alba, de quien refiere con afectuoso esmero una anécdota interesante ocurrida cuando la Duquesa recién casada se hallaba en su palacio de Piedrahita.

Los versos de Somoza, que en nuestra colección insertamos no bastan á caracterizarle, como sería de desear, pero son de los más cuidados y lindos que compuso.

La *Sed de agua* se parece por el asunto al idilio de Teócrito titulado *Oaristys*, que con fidelidad y acierto han traducido á nuestra lengua Menéndez y Pelayo, y Andres Chenier á la lengua francesa. La *Sed de agua* no es, sin embargo, una imitación de la poesía griega, sino que tiene todo el carácter de lo popular y castizo. La coincidencia no es imitación. El idilio de Teócrito, lo mismo que las redondillas de Somoza, refieren un lance natural, deleitable y que si no muy frecuente, no hubo de ser raro ni entre los campesinos de las cercanías de Siracusa, siglos antes de Cristo, ni en las montañas de la provincia de Ávila á fines del siglo XVIII ó principios del XIX.

Las redondillas de Somoza no tienen acaso la sobria sencillez del *Oaristys*, pero en cambio hay en ellas una picante y chistosa malicia que proviene de los equívocos á que se prestan el cántaro, la sed y el agua, haciendo en extremo agradable la lectura de las redondillas.

El *Romance gitanesco*, por último, está primorosamente escrito y es muy sentido y muy amoroso de verdad. Algún antecedente tiene en la antigua poesía castellana: por ejemplo, en los romances de germanía y en las jácaras de Quevedo; pero en el *Romance gitanesco* hay originalidad y novedad sin que nada parecido acuda á la memoria al leerle. Ni se parece mucho tampoco á las poesías andaluzas de D. Tomás Rodríguez Rubi, que sin duda tienen mérito, aunque muy distinto, ni menos á los muchísimos versos andaluces también y sentimentales que después se han escrito con demasiada abundancia, sobre todo en sainetes y zarzuelas y en los que suele haber no poco de amanerado y empalagoso, por el empeño de ser tiernos ó sublimes.

Don Francisco Martínez de la Rosa hace papel tan importante en la historia política de nuestra nación, que no es posible escribir su vida ni aun en breve compendio, sin llenar muchas páginas. Limitémonos nosotros á decir algo de él como poeta y como literato.

Nació en Granada en 1789. Aficionado á la poesía y á los estudios de humanidades, empezó á dar muestra de sí desde su primera mocedad, escribiendo en prosa y en verso.

Quiso ser poeta satírico ó mejor diremos festivo, y compuso, bajo el título de *El cementerio de Momo*, varios jocosos epitafios, que fueron muy gustados y celebrados. Si yo no recuerdo mal hubo de inspirarle la idea de tal linaje de epitafios, un poeta de Venecia de la ilustre familia de los Loredanos, el cual también los compuso. Como quiera que ello fuese, Martínez de la Rosa, indulgente, cándido y benigno en extremo, no había nacido para la sátira y pronto dejó de cultivarla.

Siguiendo el partido patriótico contra los invasores franceses, se refugió en Cádiz durante el cerco. Liberal entonces, más liberal que en épocas posteriores, se distinguió escribiendo la *Defensa de Zaragoza* y *La viuda de Padilla*. Su popularidad le valió ser diputado en las últimas Cortes de Cádiz.

Restaurado en su trono el Rey Fernando VII, que gustaba tan poco del liberalismo, Martínez de la Rosa fué confinado en el Peñón de la Gómera, donde pasó algunos años, es de suponer que poco agradablemente.

Muy moderado y juicioso en sus opiniones políticas, sus servicios á la causa liberal y sus padecimientos, aunque fueron reconocidos y premiados desde el año de 1820 á 1823, no lo fueron sin contradicción y sin protesta, pues ya

entonces Martínez de la Rosa se vió tildado de retrógrado y de *pastelero*.

La reacción, triunfante de nuevo gracias á los cien mil hijos de San Luis, no hubo de tener muy en cuenta la mencionada *pastelería*, y receloso el poeta de que el gobierno absolutista le hiciese purgar por segunda vez sus pecados enviándole á un presidio de Africa, emigró á París, en donde permaneció hasta el año de 1831, dedicado al cultivo de las letras.

Fruto de su actividad como dramaturgo fueron *La niña en casa y la madre en la máscara*, *Los celos infundados ó el marido en la chimenea*, y *La boda y el duelo*, comedias por el estilo de las de Moratín, aunque con menos poder de observación y de habilidad para representar caracteres y pasiones. Por la tersura, corrección y elegancia fué Martínez de la Rosa, como poeta cómico, superior al mejicano Gorostiza; pero éste le superó en chistes y desenfado. Ambos quedaron eclipsados y vencidos más tarde por el genial y fecundo Bretón de los Herreros.

En París, en 1827, Martínez de la Rosa dió á la estampa su célebre y juiciosa *Arte poética* que puede calificarse de atrasada, aunque en realidad no debiéramos conceder que haya en literatura adelantos y progresos. En dicha *Arte poética*, no obstante, apenas se nota indicio de que su autor conociese algo de cuanto ya habian escrito Lessing, ambos Schlegel, Manzoni y otros, para romper las trabas del pseudo-clasicismo francés y para derogar sus arbitrarios preceptos. Con

timidez escrupulosa el autor sostiene, por ejemplo, las unidades de tiempo y de lugar mostrándose más severo que Luzan mismo aunque deseoso de parecer conciliador, procura extender el tiempo de la acción á poco más de un día y casi permite á sus personajes dramáticos que no se queden encerrados en la misma estancia y que se paseen y aparezcan en otras habitaciones ó dependencias de la misma casa ó palacio.

No contento Martínez de la Rosa con escribir su *Arte poética*, ilustrada con discretísimas notas, bastante eruditas para lo que entonces de nuestra amena literatura generalmente se sabía, hizo de la Epístola á los Pisones, la mejor traducción en verso que, según la autorizada opinión del Sr. Menéndez y Pelayo, hay en lengua castellana. Influidó más tarde Martínez de la Rosa, residiendo aun en París, por la aparición y triunfo del romanticismo con la representación del *Hernani*, y tal vez, por las doctrinas de la flamante escuela expuestas por Víctor Hugo, en el prólogo de su *Cromwel*, hubo de convertirse en romántico, aunque siempre muy moderado y del justo medio como lo fué en todo. Dieron muestras de su romanticismo el drama *Aben-Humeya*, escrito en francés y representado con buen éxito en el teatro de la Porte-Saint-Martin, y luego *La conjuración de Venecia* que hemos oído y aplaudido con frecuencia en la escena española.

A tales merecimientos de autor dramático hay que añadir el mucho más importante y honroso de haber escrito la tragedia *Edipo*, acercándose

más en ella á la sencilla majestad de Sófocles que al refinado artificio de la moderna escuela clásica á la francesa.

La importancia y el encumbramiento políticos de Martínez de la Rosa llegan á su colmo desde el principio del reinado de Isabel II. Presidente entonces del Consejo de Ministros dió y planteó el estatuto real, especie de constitución otorgada, muy monárquica y aristocrática y celebró con Inglaterra, Francia y Portugal el tratado de la cuádruple alianza. Ocupó después, siempre que el partido más conservador estaba en el poder, los más elevados puestos oficiales. Volvió á ser Ministro y fué Presidente del Congreso y Embajador de España en Paris y en Roma. Durante esta su última Embajada, ocurrió la fuga de Pío IX, en la que intervino el primer Secretario de nuestra Embajada Sr. Arnao. El Papa se refugió en Gaeta. Después estuvo en Portici y en Caserta por último, hasta que vencidos los triunviros Mazini, Saffi y Armellini y derrocada la república romana por los ejércitos coligados de Francia, Nápoles y España volvió el Padre Santo á la ciudad eterna. D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, era entonces Embajador de España en Nápoles, y tanto él como Martínez de la Rosa, influyeron no poco en la restauración de la soberanía temporal del Papa.

Martínez de la Rosa estuvo hospedado en el palacio donde el Duque de Rivas habitaba, y allí tuve yo el gusto de conocerle y de estimar su afable y bondadoso trato, pues aunque parezca

inmodesta asimilacion, me atrevo á decir, como al final de las *Geórgicas*:

*Illo Virgilium me tempore dulcis alebat
Parthenope*

Como no me incumbe exponer aquí con detención los ulteriores sucesos de la vida de Martínez de la Rosa como hombre de Estado, terminaré añadiendo que dicho ilustre y simpático personaje, cargado de honores y objeto de respetuosa estimación por la generalidad de la gente, murió en Madrid el 7 de Febrero de 1862.

Como escritor y orador político y filosófico menester es confesar que se distinguió poco por su profundidad. Distó mucho de parecerse á Maquiavelo ó á Vico. Su espíritu del siglo apenas tiene espíritu de ninguna clase. Sus discursos no son tampoco muy dignos de aprecio por las ideas que expresaban y revelaban; pero la meliflua elegancia con que eran pronunciados, la noble intención del orador y su sinceridad inocente, prestaban simpático hechizo á cuanto decía, logrando que siempre se le oyese con cariñoso respeto. Martínez de la Rosa tuvo en grado eminente la más esencial cualidad de orador de que habla Quintiliano; fué *vir bonus* á carta cabal. Y ya que han pasado muchos años lícito es afirmar que para canonizarle por santo no se halla otro inconveniente ó tropiezo que el de su excesiva ternura por el eterno y aun temporal *femenino*.

Cierto es, sin embargo, aunque la tal calidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de enamorado se oponga, según mi poco autorizado y profano criterio, á la posible canonización, que dicha calidad, si no compensó, concedió algo por la pérdida de lo santo, creando para Martínez de la Rosa el estro lírico que dichosamente le aguijoneó el alma y le movió á escribir versos tan atildados, bonitos y amorosos como *La niña descolorida*, *El sátiro*, *El jilguero*, *El triunfo* y hasta *El recuerdo de la patria*, donde más tierna y afectuosamente que la patria se recuerdan las lindas zagalas por quienes en ella había sentido y tal vez logrado el poeta suaves amores.

No se infiere de lo expuesto que el amor á las mujeres fuese para el vate granadino la única fuente de inspiración. También en el amor de la libertad y de la patria las tuvo; pero, ni con mucho, tan abundantes y claras y con harta menos virtud para fertilizar los campos de la poesía y hacer nacer en ellos lozanas flores y sazonados frutos. Así, por ejemplo, nuestro poeta granadino se entusiasmó, como Byron, Lamartín y Espronceda, por la independencia de los griegos levantados en armas contra los turcos; pero su canto de guerra es vulgar y desmayado y apenas vale más que la letra del himno de Riego.

Martínez de la Rosa quiso también ser novelista, pero con su *Doña Isabel de Solís* no acertó á conquistar muchos laureles. Mil veces vale más y mil veces es más digno de aplauso en su preciosa é interesante narración histórica sobre

la vida de Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas.

Añadiré por último que Martínez de la Rosa, muy considerado como poeta, crítico, historiador y orador, perteneció á varias asociaciones literarias y fué durante años y hasta su muerte director de la Real Academia Española.

Don Manuel María de Arjona erudito escritor y elegante y culto poeta, fué uno de los principales fundadores de la nueva escuela sevillana.

Nació en Osuna el 12 de Junio de 1771. Siguió la carrera eclesiástica y llegó á ser por oposición canónigo penitenciario en la catedral de Córdoba. Familiar antes y muy valido del Arzobispo de Sevilla D. Antonio Despuigs, pasó algún tiempo en Roma acompañando á este prelado.

Como Arjona era hombre muy estudioso, adquirió no vulgares conocimientos en letras humanas, supo muy bien latín y algo de griego y mereció no infundada reputación de teólogo y jurisconsulto. Sus obras en prosa, inéditas las más, merecen ser coleccionadas y publicadas, según afirman los sujetos inteligentes que las han leído.

Muy poco de memorable contiene la historia de su vida escrita por el cordobés D. Luis Ramírez de las Casas Deza é inserta en el tomo LXIII de la biblioteca de autores españoles de Rivadeneira. Como no pocos otros varones que no

fueron de armas tomar ni se refugiaron en Cádiz, Arjona tuvo que contemporizar, que someterse y hasta que adular en ocasiones á los generales y á las autoridades de José Bonaparte, por más que en el fondo de su alma fuese muy patriota y no gustase de los invasores. Éstos, no obstante, le confiaron algunos empleos y comisiones, entre las cuales, tuvo una que no pudo menos de ser grata á persona tan amante de la ilustración y del progreso. Arjona cuidó de realizar en Córdoba la supresión de la inquisición, entregando á las llamas no pocos documentos insulsos del archivo de aquel Tribunal que le parecieron inútiles, y conservando los que en su sentir importaban á la historia literaria ó política de nuestro pueblo.

Como no pocas otras personas de mérito, Arjona, cuando Fernando VII fué restaurado y recobró su poder absoluto, padeció persecución, por afrancesado y acaso también por liberal, pero como era hombre afable, bondadoso y caritativo, cuyo mismo *afrancesamiento* había valido para hacer favores y proteger y amparar á los patriotas, la persecución cesó pronto por lo bienquisto que estaba el objeto de ella.

Sin duda era Arjona hombre de muy afable y ameno trato, de carácter flexible, que se acomodaba hábilmente á las circunstancias y sabía ganarse las voluntades, ya que, así como había obtenido favor con los invasores franceses, le obtuvo también y hasta gozó cierto grado de privanza con el rey Fernando, quien por los

años de 1818 solía llamarle á su palacio para conversar con él y consultarle. Pero aquí viene bien aquello de Fedro:

Nunquam est fidelis cum potente societas.

Algún chiste ó burla hubo de escapársele á Arjona contra uno de los ministros del rey. El rey, probablemente para fastidiar á su ministro, le contó el chiste ó la burla. El ministro entonces, furiosamente resentido logró que Arjona perdiese el favor que había alcanzado y que se le expulsase de Madrid.

En 1820, triunfante de nuevo el liberalismo, Arjona mostrándose todo lo liberal que era compuso una memoria sobre las *Necesidades de España que deben remediarse en las próximas Cortes*; volvió luego á Madrid, pero no pudo, por desgracia, ver discutidos y aplicados los remedios que proponía. El 25 de Julio de 1820, murió en dicha villa de Madrid, á los cuarenta y nueve años de su edad.

Sus poesías líricas son muy estimables por la pulcritud, sobriedad y buen gusto con que las más de ellas están escritas. En algunas, y singularmente en la titulada *La diosa del bosque* llega á mostrar Arjona alta y verdadera inspiración y algo de original y de nuevo así en la forma como en el fondo.

La combinación métrica de *La diosa del bosque* fué por Arjona la primera vez empleada, siéndolo más tarde por los poetas románticos con bastante frecuencia.

Como idea y como sentimiento hay en *La diosa del bosque* no escaso valor. La criatura sobrenatural que al poeta se le aparece no es figura mitológica ni insustancial alegoría, sino tiene ser propio, algo de sustantivo y viviente, dentro de su misma sublime vaguedad etérea. Compárese *La diosa del bosque* á los tan justamente celebrados versos de Schiller *Das mädchen aus der Fremde*, cuyo asunto es muy parecido, y se verá que la composición de Arjona en nada es inferior á la del gran poeta de Alemania.

Don Félix José Reinoso es uno de los más notables hombres de letras de la segunda escuela sevillana: digno compañero de Roldán, de Arjona y de Lista. Sacerdote como ellos, el estudio de las humanidades y una esmerada cultura le valieron para ser pulcro y elegante poeta. Persona en extremo juiciosa no puede decirse que se entusiasmase en demasia por ningún bando, opinión ó idea. La sensatez excluyó de su alma toda pasión violenta, tumultuosa ó muy ferviente. En los tiempos tan revueltos en que vivió no pudo menos de mostrar su templanza y su prudencia, haciendo equilibrios, buscando firme asidero para que ninguna corriente le arrastrase y procurando evitar el escándalo ó el peligro de atrevidas novedades. No fué, pues, Reinoso ni muy liberal ni muy servil, ni vehemente patriota aborrecedor de los

franceses, ni tampoco decididamente afrancesado. Su serena y clara inteligencia y su inclinación á la tranquilidad y al orden le llevaron siempre á lo que podemos llamar el justo medio, con lo cual tal vez es harto difícil ó punto menos que imposible componer versos que conmuevan, exalten ó arribaten á quien los lea ó los oiga. Pero, con alguna imaginación, con buen gusto y con arte exquisito, no imitando como quien copia, sino teniendo presentes los buenos modelos para tratar de igualarlos y hasta de superarlos, bien puede una persona docta conocedora de los clásicos latinos, de no pocos modernos de los que florecieron en tierras extrañas y de los propios de su país y de su lengua escribir atildados y lindísimos versos que siempre se lean con apacible y sosegado deleite por cuantos saben estimar y amar toda artística hermosura. En este sentido debemos llamar poeta á Reinoso y hasta colocarle entre los que más encomio merecen.

En sus odas religiosas, así como en el poema *La inocencia perdida*, tal vez nadie descubra la fe viva y la ardiente devoción del cristiano, pero el saber del humanista, del buen teólogo y del varón muy versado en las Sagradas Escrituras, así como el talento, el primor y el esmero del artista en lenguaje, estilo y versificación, hacen muy agradables de leer todas las mencionadas obras. En *La inocencia perdida* tal vez no haya ninguno de los vuelos atrevidísimos de Milton, pero no hay tampoco las extravagancias de que no faltan irrespetuosos críticos que acusen al

épico inglés y más aún á su predecesor y, hasta cierto punto su modelo el Padre jesuita Jacobo Masenio, autor de la *Sarcolea*. Claro está, no obstante, que Reinoso, lo mismo que Masenio y que Milton, tiene que tocar y toca en un escollo, inevitable, en mi sentir, para quien trata asuntos de esta clase. Nuestra religión es tan espiritual y tan metafísica, da idea tan alta de Dios y de los inefables misterios de su poder, de su esencia y de su gloria que cuanto de ello se expresa por medio de imágenes resulta sobradamente material y antropomórfico. El Padre Eterno y su Hijo el Verbo increado, conversando en el Cielo, no como personas distintas, aunque apenas comprensibles en su distinción á la débil razón-humana, sino como personas de muy diverso modo distintas, según en este bajo mundo se usan, me parece que rebajan el sublime concepto que de la divinidad nos formamos y propenden á prestar á la Corte celestial alguna semejanza con el material y primitivo Olimpo de los griegos.

Harto se comprende, en vista de lo que dejo expuesto, por qué he preferido coleccionar como muestra del ingenio poético de Reinoso, no algunas de sus poesías sagradas, sino su profana composición en alabanza de las Bellas Artes. En tales versos, el entendimiento sereno y filosófico del poeta se aviene mejor con la viveza de la fantasía sin disonantes contradicciones.

Poco debo yo decir sobre la vida de Reinoso, escrita por extenso por su apasionado y discreto

admirador D. Antonio Martín Villa, y puesta al frente de las obras del mismo Reinoso, publicadas por la Sociedad de bibliófilos andaluces.

Nació Reinoso en Sevilla el 20 de Noviembre de 1772. Murió en Madrid el 28 de Abril de 1841.

La reputación que había ganado de elegantísimo prosista y de muy docto en teología, política y jurisprudencia, le granjeó la amistad y la protección de no pocos personajes, influyentes ó poderosos, entre los que principalmente conviene citar á D. Juan Gualberto González, á don Francisco Zea Bermúdez, y, más tarde, á Bravo Murillo y al Conde de Velle.

Durante el Ministerio de Zea Bermúdez, en que ocurrió la muerte de Fernando VII, Reinoso estuvo empleado por el presidente Zea, y á su pluma atribuye el precitado Martín Villa muy importantes documentos políticos y diplomáticos de aquel tiempo de transición en que pasó España, no sin larga y costosa guerra civil, desde la sumisión al poder absoluto de los reyes al nuevo régimen liberal y parlamentario.

Añadiré, por último, que, si bien Reinoso ha dejado muchos escritos en prosa, siempre será el más estimado de todos y el que le dió mayor fama su *Examen de los delitos de infidelidad á la patria imputados á los españoles sometidos bajo la dominación francesa*.

Don Alberto Lista de quien hemos tratado con alguna detención en el primer tomo

de esta obra, es, sin duda, el más importante individuo de la escuela literaria y poética, renacida en Sevilla á fines del siglo XVIII.

En la mencionada ciudad, ó más bien en su arrabal de Triana nació este varón ilustre el 15 de Octubre de 1775, y murió pocos dias antes de cumplir 73 años, en la misma ciudad de Sevilla, el 5 de Octubre de 1848.

La alta estimación que obtuvo durante su vida y que después de su muerte persiste y se acrecienta, aunque la debió en parte á su talento poético, más la debió á su variada erudición en letras humanas, á su saber como matemático y sobre todo á su decidida vocación y rara aptitud para la enseñanza, á la que se dedicó con atinado esmero y éxito dichoso. Ya solo como profesor y ya también como Director de colegio instruyó y enseñó á la juventud en Sevilla, Bilbao, Madrid y Cádiz. En Madrid, dirigiendo el colegio de San Mateo logró tener muy brillantes discípulos que honraron y glorificaron después á su maestro, por quien todos sentían la constante y respetuosa amistad que su afable y ameno trato, sus sanos y paternales consejos y su bondadoso carácter les habían inspirado. Entre los más famosos discípulos de Lista, que tanto le amaban y que se complacían en ensalzarle, debemos recordar y citar á D. Mariano Roca de Togores, después Marqués de Molins, á D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, á D. José de Espronceda, á D. Ventura de la Vega, al limeño D. Felipe Pardo y al entendido y laborioso es-

critor D. Eugenio de Ochoa, el cual escribió á la muerte de Lista, un entusiasta elogio fúnebre de su querido maestro.

Los casos de la vida de éste son algo parecidos á los de la vida de Reinoso, su amigo y compañero, á quien Lista se parecía bastante por la rectitud de juicio, moderación y templanza en las opiniones y reposada y apacible indole.

En época tan revuelta y fecunda en trastornos, no eran tales condiciones muy apropiado para medrar; pero Lista, sacerdote desde la edad de 28 años y poco ó nada ambicioso, no aspiró nunca á muy alta posición ni á conseguir grandes bienes de fortuna, contentándose con la áurea medianía, tan encomiada por los prudentes y los sabios. Cuando la consiguió, se aquietó en ella y se deleitó poseyéndola, hasta que al morir si no pudo recitar para sí aquellos cuatro sentidos versos del romance *La cabaña* que dicen:

Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba,

pudo aplicarse los dos últimos versos y con dulce resignación, y aun con esperanzas ultramundanas ver y tocar el término de su vida terrestre.

Fué ésta, sin embargo, más agitada de lo que hubiera debido recelarse de su carácter dulce y reposado.

El gobierno absoluto de Fernando VII tuvo, sin duda, y cedió no pocas veces al prurito de perseguir y de vejar á los hombres que más se

distinguían por su saber y por su inteligencia. Lista, que se contaba en este número y era de los primeros, no se eximió de tales persecuciones. En ambos periodos absolutistas, de 1814 á 1820, y de 1823 á 1833, tuvo que pasar no pocos años emigrado y refugiado en Francia, ya porque le calificasen de afrancesado, ya porque le mirasen como partidario del liberalismo. El enojo que hubo de causarle su segunda forzosa expatriación inspiró á Lista sus versos *El emigrado de 1823*, que son los más enérgicos que dejó escritos y que pintan con tanta fidelidad y con tan negros colores la horrible situación de España bajo el yugo de un gobierno, subyugado á su vez por una plebe fanática é ignorante.

Tal vez al hablar de Lista, en el primer tomo de esta obra, escatimé algo las alabanzas que merece como poeta. Si incurri en dicha falta, no quiero ni debo avergonzarme del arrepentimiento y hasta de cantar la palinodia. Leídos y releídos atentamente todos los versos de Lista halló que son los mejores entre cuantos escribieron los vates de la escuela sevillana, desde que renació hasta el fin del reinado de Fernando VII. No valen lo que Lista ni Arjona, ni Blanco, ni Roldán, ni el mismo Reinoso, que es quien más se le acerca y con él compite. El acendrado buen gusto de Lista, la pureza de su lenguaje, la primorosa maestría de su estilo y la nitidez y el orden con que sabe expresar sus conceptos, como si su capacidad matemática marcara la dirección de sus raptos líricos en vez

de abandonarle, no son las únicas prendas ni las más excelentes que prestan á sus versos valer y hechizo. Sus versos, además, están inspirados por el hondo y amoroso sentimiento de la naturaleza y de toda su sensible hermosura, y están inspirados también, más que los de ningún otro poeta español de los siglos XVIII y XIX, por el fervor religioso y por el amor sincero y puro de cuanto enseña la verdad católica hondamente comprendida y aceptada por Lista, á pesar del sensualismo pedestre y rastrero que respiraban entonces ó que aprendían en las escuelas los que no eran creyentes con duro fanatismo, por conveniencia ó por ignorancia y rutina. Todas las composiciones sagradas de Lista muestran no menor saber teológico ni menos detenido estudio de las Sagradas Escrituras que las de nuestros buenos poetas del siglo XVI con superior elegancia, pulcritud y firmeza en la dicción, sin que pueda asegurarse que sea en ellas ó afectada ó tibia la devoción cristiana.

Por eso agradan y agradarán siempre en extremo y merecerán grande aplauso las composiciones á *La muerte de Jesús*, *La Concepción de Nuestra Señora* y *El Sacrificio de la Esposa* y *El cántico del Esposo*, donde imita el poeta el *Cantar de los Cantares*, interpretando gallardamente, como San Juan de la Cruz, su místico significado.

Lista enriqueció también nuestra literatura con algunas obras en prosa muy estimables. Escribió un tratado elemental de matemáticas, tradujo la historia universal del Conde de Segur

y compuso muy discretos estudios críticos, sobresaliendo entre ellos las lecciones de literatura dramática que pronunció en el Ateneo y que se imprimieron después, aunque no por completo.

Lista fué individuo de la Real Academia Española y de la de la Historia.

Don Javier de Burgos más que como personaje político y más que como poeta original, es célebre por su completa traducción de Horacio, censurada por muchos críticos, entre quienes sobresale D. Andrés Bello, pero encomiada por otros con más razón y con mayor imparcialidad sin duda, aunque tal vez algunos, como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, vayan más allá de lo justo en el elogio. Sería difícil empeño y exigiría largo y concienzudo examen la demostración de lo que presume ó da á entender el Sr. Menéndez: que la mejor traducción de Horacio, hecha en verso y en una lengua neolatina es la de Burgos. Contentémonos nosotros con afirmar que esta traducción no desmerece de la italiana de Gargallo, con la que fácilmente puede ser comparada en la edición poliglota de Horacio dada á la estampa en 1834 por J. B. Monfalcon en la ciudad de León de Francia.

Si aisladamente comparamos la traducción de

algunas odas hechas por Burgos con las de otros autores, también en verso castellano, Burgos queda vencido á veces. El mismo Sr. Menéndez confiesa además que la epístola á los Pisones sobre el arte poética, está mejor traducida por Martínez de la Rosa que por Burgos, y aún está también más fielmente traducida por D. Juan Gualberto González. De todos modos Burgos conserva para sí el mérito singular de ser el traductor en verso de todo Horacio, mérito que resplandece con mayor claridad en las epístolas y en las sátiras, «intactas aún en castellano cuando Burgos escribía, y llenas de bruscas ó rapidísimas transiciones, de giros extraños, de frases obscuras, de alusiones á cosas recónditas y apartadas de la común noticia.»

Acaso tenga más fundamento, cuanto dice el Sr. Menéndez, no ya en alabanza de la traducción misma, sino de las notas, escolios ó comentarios con que Burgos la enriquece y la aclara. El chiste de Gallardo, aunque sea chiste, es, á mi ver, injusto. Si la memoria no me es infiel, Gallardo fué quien dijo que Burgos había convertido á Horacio Flaco en Horacio Gordo; pero el chiste no tiene valer razonable si la abundancia de escolios y de notas se necesita ó conviene al menos, para poner el texto en claro y comprender bien cuanto el lírico de Venusa quiso decir y dijo. Bueno es, no obstante, hacer una distinción que á cualquiera se le ocurre. Si la obscuridad del texto depende, no de hechos, usos ó costumbres á que el texto alude y que el

lector de nuestros días ignora, sino de la concisión latina, que en balde y sin ser obscuro ha querido el traductor imitar en castellano, me parece que entonces más que poner escolio ó nota á lo traducido hubiera valido traducir claramente, sin que la traducción sea prueba, como pretende el Marqués de Valmar, de que Horacio es *intraducible* en verso. Según el citado Marqués la estricta fidelidad al poeta latino y el difícil empeño de competir con él en concisión, hacen que la obra al ser traducida, sea calumniada y tal vez se entienda menos que en latin en la lengua en que se traduce.

En las poesias originales donde Burgos no tiene que hacer violentísimos esfuerzos para encerrar en breves palabras, ritmicamente ordenadas lo que Horacio dijo breve, enérgica y dichosamente en su propio idioma, Burgos es un elegante y hábil versificador y acierta á decir cuanto quiere con primorosa nitidez de estilo, al través de cuya limpia transparencia se perciben bien sus ideas y sus sentimientos. No es Burgos un poeta espontáneo de fácil y popular inspiración, pero hay en sus versos la tersura la gala y la elevación en el sentir y en el pensar de un entendimiento superior y tan cultivado é ilustrado por el estudio como el suyo era.

No me incumbe juzgar aquí á Burgos como poeta dramático ni menos aún como hombre de Estado. Quede á los que escriban nuestra historia política el juzgar lo que á Burgos debe España y lo que Burgos hizo por España cuando fué

Ministro de Fomento en 1833 y Ministro de la Gobernación en 1846.

Nació Burgos en Motril el 22 de Octubre de 1778, y murió en Madrid el 22 de Enero de 1848.

Don Manuel Bretón de los Herreros es, sin duda, el más original, fecundo y castizo de nuestros poetas del siglo XIX. El mismo Zorrilla es inferior á él en las tres mencionadas cualidades.

Proviene la originalidad de Bretón, de que no se inspira en sucesos antiguos, históricos ó tradicionales, ni en cosas que ya pasaron, más ó menos transfiguradas por la fantasía, ni en ideales y creencias de otros siglos, sino en la visión directa, clara y distinta del mundo, de la sociedad y de los seres humanos que viven cuando vive el poeta y que respiran en el medio ambiente en que él respira.

Al escribir Bretón de esta suerte á nadie imita en el fondo, ó sea en la esencia, en la materia prima de sus obras de arte. Todas ellas nacen de la contemplación inmediata de la naturaleza y de una rara habilidad, para imitarla y copiarla, realizando la imitación ó la copia, hermoseándola y poetizándola con fácil y singular primor de estilo, con rico y galano lenguaje y con maravillosa destreza para encerrar en los versos, prescindiendo de duradera consistencia, un tesoro de juveniles agudezas y de chistes, más que satíricos, festivos y jocosos.

En esta jovialidad de Bretón, que pinta y corrige los vicios, con risa más bondadosa que amarga, reside su principal hechizo. Ciertamente que el poeta rara vez penetra en las profundidades del alma humana. Las grandes y vehementes pasiones que en ella nacen no suelen ser objeto del estudio de Bretón, lo cual si debilita no poco la fuerza de su ingenio para ser poeta trágico, sirve para llevarle sin extravío al conveniente punto de vista desde donde contempla y luego representa el mundo y las cosas humanas, no para mover las almas con la compasión y el terror, sino para provocar en ellas una risa, más que cruel y burlesca, benigna y regocijada.

Para Bretón son, pues, campo inexplorado donde él no se empeña en entrar ni entra impulsado por un poder irresistible, las cuestiones filosóficas, los problemas políticos, sociales y hasta religiosos cuya obsesión pesa en el día sobre tantos entendimientos é induce á los poetas, á los novelistas, á no pocos de los que componen obras de imaginación á depositar aquella carga mental en dichas obras, ya para desahogo y descanso, ya para que sus lectores ó sus oyentes participen de sus ideas, acepten sus afirmaciones, tengan sus mismas dudas y nieguen ó creen lo que ellos niegan ó creen.

La más rica manifestación del ingenio bretoniano ha sido en el teatro. Y esto no sólo porque la cualidad de tal ingenio era más apropiado para la poesía dramática que para ningún otro género de poesía, sino porque en España

se conserva ó se refugia en el teatro, lo más popular, lo más persistente de nuestra vida intelectual hasta cuando el espíritu de la nación está como aletargado y parece que no piensa en nada. Á nuestra literatura dramática se debe, en mi sentir, que no haya solución de continuidad en la historia de nuestra literatura: en que persista sin romperse el hilo de esta historia, en lo que tiene de nacional y divulgado y no ya en lo que excita la mente é induce á la acción de cierta minoría aristocrática, cuyo pensar y cuyo sentir, tal vez venidos de fuera, no comprende ni comparte el vulgo.

Durante el primer tercio del siglo XIX, y en cierto modo también durante el segundo tercio, se realizó en España una gran revolución que lo cambió todo: leyes, usos y costumbres; pero las teorías que produjeron tan grandes cambios apenas habían penetrado en el espíritu del pueblo, el cual las llevó ó contribuyó á llevarlas á la práctica, no por reflexión, sino por instinto y entusiasmo ciego. La baja plebe, lo más hondo de las capas sociales permaneció durante mucho tiempo en el sentir y en el pensar antiguos, mientras que cierta aristocracia del saber y del entendimiento inventaba ó importaba de tierras extrañas principios y doctrinas, por cuya virtud quiso transformar y transformó al cabo la faz de la nación toda.

En este tiempo fué cuando Bretón escribía. No quiso, no supo ó no fué su vocación representar en sus obras á la baja plebe, como por

ejemplo D. Ramón de la Cruz había hecho, y no quiso ó no supo tampoco retratarnos esa minoría, esa improvisada aristocracia, directora y agitadora de que hemos hablado. Bretón, pues, casi se limitó á pintarnos la clase media, según él superficial, pero distintamente la veía, y en la cual, sin que ella lo premeditase y con plena conciencia lo advirtiese, se iba realizando y al fin se realizó la transformación más completa.

Los amorios, las intrigas domésticas, los defectos y extravagancias, los caprichos de la moda, todo esto, someramente percibido, sirvió á Bretón para tramar y urdir el ligero y pintoresco tejido de sus lindas comedias originales, que pasan de ciento. Como no presumía de profundo observador psicológico, lo que presta por lo común individualidad distinta á sus personajes, y constituye sus caracteres, es casi siempre más exterior que íntimo. Un pedante de lugar que habla y compone versos en estilo gongorino; un señor que abusa al hablar de los sinónimos; un rico labriego que pondera las excelencias de la vida campestre y reniega de las elegancias cortesanas; la hija de un dómine que rellena su conversación de frases y vocablos latinos; un hablador furibundo; un comerciante que hasta para piropear, enamorar y pretender á una dama emplea las frases técnicas comerciales; varios románticos y románticas que parodian graciosísimamente en su lenguaje y ponen en caricatura cierta fraseología, cierto pomposo á par que tétrico lirismo que la flamante escuela literaria

puso de moda; tales fueron los medios de que principalmente se valió Bretón para deleitar y hacer reír á sus lectores y á sus oyentes en el teatro.

El enredo ó argumento de sus comedias fué casi siempre muy sencillo. La lección moral que en ellas daba era sana, se fundaba en el recto juicio y estaba poetizada y se hacía simpática, merced á la bondadosa sensibilidad del poeta que así en la acción como en las personas que tomaban parte en ella, se mostraba y resplandecía. Lo ruin y lo vicioso, la maldad ó la bajeza, que Bretón presenta y fustiga en sus fábulas, nunca ó rara vez traspasan los límites de la ridiculez y llegan á inspirar odio y horror mucho menos.

En suma, Bretón nos dejó en su rico teatro una animadísima galería de bonitos y fieles retratos y de animadas figuras en que aparece al vivo toda la clase media, todo lo que hoy se llama ó vuelve á llamarse burguesía, tal como fué especialmente en la primera mitad del siglo XIX.

Es de notar y muy de maravillar que no se oponga, sino que se concierte muy bien, con la evidente fidelidad de esta pintura, en cuanto hay de sustancial en ella, el espléndido adorno, la riqueza de luz, de color y de galas que derrama Bretón sobre todos sus cuadros con su espontáneo y fácil estilo, y con la destreza magistral y pasmosa con que versifica, haciendo hablar á sus personajes en toda clase de metros y

combinaciones de rimas difíciles, sin que al sustraer mentalmente esta poesía de la forma, dejemos de hallar la verdad en el fondo mismo. Suprimidos los primores poéticos de Bretón, así lo que sienten y piensan sus personajes, como lo que dicen, es exacto trasunto de la verdad: es lo vivido, bien observado y hábil y graciosamente copiado.

La acusación de vulgaridad y de mal tono, que contra Bretón han lanzado muchos, es á mi ver completamente infundada. Así como Bretón no se propuso jamás pintar la baja plebe, ya para zaherir sus vicios groseros, ya para hacer que calzase el coturno los héroes tabernarios y justificasen ó hermoseasen poéticamente sus delitos ó sus pecados, así tampoco tuvo empeño jamás en que su musa le introdujese en los regios palacios ó en los perfumados y misteriosos gabinetes, alcobas y *boudoir* de las princesas, de las duquesas ó de las opulentas, refinadas y caprichosas aventureras, en nuestro país poco comunes entonces. Bretón, según ya hemos dicho, se limitó á retratar lo que más de ordinario veía: una clase media hartó más pobre, más modesta y más falta de perfiles y requisitos lujosos que la del día: una clase media, en suma, valiéndonos de una expresión hartó familiar, pero muy expresiva, á la *pata la llana*.

Es curioso fenómeno el que se realiza en nuestro país durante el período más activo y fecundo de la vida literaria de Bretón. En dicho período se desbarata y queda perdido para nos-

otros un inmenso imperio: el mayor, por la extensión territorial al menos, que ha habido en el mundo desde que se conservan memorias y documentos de las edades pasadas. España casi ha venido á quedar reducida y encerrada en los estrechos límites que el mar, el Pirineo y el reino lusitano trazan en torno de ella; pero, por caso extraño, cuando todavía era poseedora de imperio tan dilatado, estaba más atrasada con relación á otras naciones de Europa; era más débil y mucho más pobre que en el día. La vida de su clase media era hartó poco lujosa. No brillaba por su esplendidez ni por sus refinamientos la escena en que Bretón tuvo que representar dicha vida. Mientras que políticamente hemos ido hundiéndonos más cada día, el progreso material, el movimiento ascendente del comercio y de la industria de toda Europa, nos ha llevado tras sí como á remolque, y ha hecho que prosperemos y progreseemos. Cuando Bretón empezó á escribir desde 1824 y tal vez hasta mediados de aquel siglo, España era muy otra de la que es hoy. Bretón no podía representársela sino como era, y aun así, lejos de rebajar las elegancias y suntuosidades de aquella época, Bretón las exagera y les da brillo con el barniz de su poesía. ¿Quién no recuerda, si ya es viejo lo que todavía era Madrid en 1840, pongámos por caso? Su extensión, mucho menor; sus calles más tortuosas, estrechas y sucias; no había coches de punto; los coches particulares eran pocos, los simones raros y malos; apenas había agua para

beber y guisar y escasísima para que pudiera lavarse más que la cara y las manos quien sentía tal necesidad ó tal capricho; el portal de cada casa, por lo común sin portero, era un muladar asqueroso; los vidrios de las ventanas no eran mayores que una cuartilla de papel, y tan verdosos y llenos de burbujas, que si algo se traslucía por ellos poco se transparentaba; el menaje de las casas era por lo general humilde y anti-artístico; esteras de esparto en vez de alfombras, sillas baratas, muebles mezquinos y en vez de chimeneas, braseros con camillas, en torno de las cuales se sentaban, cubriéndose las piernas con la bayeta que colgaba alrededor, las personas asistentes en una tertulia de confianza, lo cual daba ocasión, que nuestro poeta califica de *lisongera*, á

Los burtillos que consiente
La camilla confidente
Del brasero.

Añádase á todo lo dicho el perverso olor que infestaba muchas habitaciones, mezclándose con el de la cocina y saliendo de un lugar indispensable puesto en ella ó cerca de ella y donde siempre faltaba agua corriente para limpiar y desatascar ciertos conductos.

Tal era el Madrid de entonces, si hemos de hablar con franqueza. Bretón, pues, lejos de *despoetizar y deselegantizar* la vida de entonces, la poetiza y la elegantiza prestándole además la alegría inocente, tan propia del carácter ó del temperamento de aquel bondadoso poeta, opti-

mista en el fondo. El Marqués de Molins que ha hecho un libro precioso y ameno, escribiendo la vida de Bretón, supone que éste, perseguido y amenazado por milicianos nacionales progresistas, contra los cuales se había permitido algunas burlas candorosas, se puso muy tético, misántropo y desconfiado durante los últimos años de su vida, y singularmente de 1840 á 1844 ó á 1845.

No he de negar yo que por entonces afligiesen á Bretón recelos y temores harto fundados y la amargura y la pena de imaginar que el favor del público iba abandonándole, y que la severidad de los críticos frisaba en injusticia, en odio ó en envidia cruel cuando le juzgaban. Tales sentimientos, con todo, no afectaron á mi ver sino el haz y no el centro del alma de Bretón, cuya tranquilidad y cuyo contento pronto renacieron allí y no le abandonaron nunca.

El favor del público no le abandonó tampoco. A pesar de los milicianos nacionales ofendidos y á pesar de los Aristarcos ó más bien de los Zoilos, cuyos pinchazos lastimaban demasiado á Bretón por la misma delicadeza de su espíritu, el público siguió estimándole, amándole y aplaudiéndole hasta el fin de sus días, sin que su merecida fama póstuma se haya eclipsado después ni amenace eclipsarse en lo futuro.

La inestabilidad de las modas, las caprichosas variaciones del gusto, que tanto afectan al gran público que acude á los teatros, harán acaso que las comedias de Bretón se pongan en adelante

rara vez en escena, pero dichas comedias serán siempre para el público escogido y culto de los lectores, que se agranda más cada día, un bello monumento histórico de la vida humana y de las costumbres de una época: honesto pasatiempo rico de amenidad y de gracia, donde, si bien hay poquísimas profundidades y elevaciones, tampoco se advierten extravagancias ó delirios: todo es morigerado, juicioso, decente y muy conforme con el sentido común sin excluir por eso el regocijo y las alegres burlas.

Las principales comedias de Bretón, en que tales prendas lucen y tales excelencias se contienen, retratando con fidelidad á la gente con quien él vivía, son: *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, *Marcela ó ¿á cual de los tres?*, *Un novio para la niña*, *Un tercero en discordia*, *Todo es farsa en este mundo*, *El amigo Mártir*, *Una de tantas*, *Muérete y verás*, *Ella es él*, *El poeta y la beneficiada*, *El hombre pacífico*, *El que dirán y el que se me dá á mí*, *Un día de campo*, *El pelo de la dehesa*, *Don Frutos en Belchite*, *Dios los cria y ellos se juntan*, *Cuentas atrasadas*, *Mi Secretario y yo*, *La escuela de las casadas*, *Un novio á pedir de boca*, *Un francés en Cartagena*, *Mi dinero y yo*, *La escuela del matrimonio*, *El valor de la mujer* y *La hipocresía del vicio*.

Ya se entiende que sólo citamos aquí, si no todo lo mejor, lo que nos parece más característico del poeta, cuando retrata á sus contemporáneos.

Como comedias de enredo ó intriga, donde tal

vez imita, según en aquellos tiempos podía imitarse, el movimiento, los lances y el estilo de las producciones teatrales del siglo xvii, pueden citarse, *No ganamos para sustos*, *¿Quién es ella?* y *La batelera de Pasajes*.

Bretón tocó también con discreción y acierto los demás registros, teclas y cuerdas del órgano teatral. Escribió tragedias, dramas históricos y románticos, refundió muy bien varias comedias del teatro antiguo y tradujo, arregló y adaptó á la escena española, casi siempre mejorándolas, más de sesenta obras extranjeras.

La fertilidad de Bretón como dramaturgo no disminuyó el caudal de su rica vena como poeta lírico, satírico y elegíaco. Abundante producto de esta vena es la multitud de octavas, tercetos, sonetos, canciones, romances y letrillas que nos ha dejado, brillando en todo ello las mismas cualidades de habilísimo versificador y de hombre chistoso y alegre con inocente malicia, que hacen tan simpáticas, tan agradables de leer y tan propias sus obras dramáticas todas.

Nosotros, en este Florilegio, sólo podemos dar una pequeña muestra de la riqueza de Bretón, como lírico y no como dramático.

Su biografía, en la que el Marqués de Molins ha empleado un tomo de 560 páginas de grata é interesante lectura, será menester que aquí se compendie y reduzca á muy pocos renglones.

Nació Bretón en Quel (Logroño), el 19 de Diciembre de 1796. Desde su niñez mostró su invencible vocación y su pasmosa aptitud para la

poesía, componiendo versos á millares. Estudió primeras letras y algo de latinidad en las Escuelas Pías de San Antón, en esta villa y corte. Enthusiasmado por el amor á la independencia de su patria y por el odio á los invasores franceses seató plaza de soldado, durante la guerra napoleónica. Hasta el año de 1822 sirvió en el ejército. En aquel período de su vida, le ocurrió un lance, que en gran parte permanece velado en el misterio. Lance que le costó la pérdida de un ojo y del que conservó siempre señal y recuerdo en una gran cicatriz que le cruzaba el rostro: cruda venganza acaso de celoso rival, con ocasión de los favores de alguna mujer liviana, por quien es de suponer, considerada la índole de nuestro poeta, que fué, más que seductor, seducido.

Fuera de este lastimoso percance, fundamento sobrado para quejas contra Fortuna, bien puede asegurarse que esta veleidosa deidad fué con Bretón propicia ó mejor dicho justa, recompensando como debía su extraordinario mérito, su talento, su laboriosidad y su noble, honrado y simpático carácter. Poco pesan las censuras que lanzaron contra él sus émulos, si en el otro platillo de la balanza se ponen los elogios sinceros, los sonoros y nutridos aplausos, la alta estimación y el afecto, que en los teatros y en el liceo, recibió del público, y en todas partes de sus amigos que desde su primera mocedad hasta el término de su vida, fueron muchos, buenos y leales, figurando entre ellos personajes de los más ilustres en armas y en letras que figuraron entonces.

Cuéntanse entre ellos, su ya mencionado biógrafo D. Mariano Roca de Togores, después Marqués de Molins, el bizarro é ilustre D. Juan de la Pezuela, hoy Capitán General y Conde de Cheste, el simpático Grimaldi y su mujer Concepción Rodríguez, reformadores de nuestro teatro, el excelente actor y poeta lírico Julián Romea, y Pacheco, y Pastor Díaz, y el Conde de San Luis y otros muchos sujetos de valer é influjo. A ellos y á sus propios merecimientos que ellos reconocían, debió Bretón, aunque nunca en realidad tomó parte en nuestras contiendas políticas, los importantes cargos públicos que desempeñó y los honores que obtuvo, tan adecuados y conformes á la calidad de su talento y á la profesión y ejercicio en que le mostraba. Fué Director de la Imprenta Nacional y de la *Gaceta*, Director de la Biblioteca Nacional, académico de número de la Real Academia Española y por último, Secretario perpetuo de la misma Academia en reemplazo de D. Juan Nicasio Gallego.

Lo que más lisonjeaba y enorgullecía á Bretón, con más motivo entonces que ahora, porque entonces era negocio dificultósísimo y triunfo que casi por milagro se lograba, fué el haber podido vivir con cierta holgura, dignidad y decoro, hasta con coche, en cuya charolada portezuela hizo pintar una lira y una máscara, y el adquirir todo esto sin empleos del Estado, sin tomar parte en empresas industriales ó mercantiles y sola y únicamente con su labor literaria.

Celebrado y querido de todo el mundo y ro-

deado y cuidado en sus últimos momentos por cariñosos individuos de su familia y otros parientes y amigos, murió Bretón en Madrid, no en la vivienda que la Academia Española tiene para su Secretario y que él había abandonado, dos años antes jubilándose de aquel empleo, sino en su particular habitación, calle de la Montera. Perdió nuestra patria á este eminente ingenio el día 8 de Noviembre de 1873.

Don Serafín Estébanez Calderón dió asunto á su ilustre sobrino don Antonio Cánovas del Castillo para escribir una obra en dos gruesos volúmenes con el título de *El Solitario y su tiempo*. El mismo Cánovas explica la extensión de esta obra y el amor con que está escrita, declarando con muy sentidos y combinados afectos de gratitud y de arrogancia que su tío D. Serafín es «la única persona de este mundo á quien ha debido auxilio y protección, porque todo lo demás lo había conseguido ó conquistado sin debérselo absolutamente á nadie, sino á él propio». Como quiera que ello sea, y aunque D. Serafín no hubiese por rara excepción protegido y auxiliado á Cánovas, siempre merecería que España le recordase y que su memoria, sus trabajos y no pocas de sus composiciones en prosa y en verso fuesen celebrados y ensalzados.

En mi sentir, el mérito de Estébanez Calde

rón estriba principalmente en dos estimables cualidades de su talento y de su carácter.

En una época en que se menospreciaba no poco nuestra antigua cultura, olvidados, arrumbados ó perdidos muchos de sus monumentos literarios, y en que la poesía y todo libro de imaginación habia de sujetarse á las reglas y fundarse en la imitación de los antiguos clásicos latinos y de los modernos franceses, Estébanez Calderón contribuyó á restaurar el gusto castizo y netamente español, ya reuniendo y coleccionando libros antiguos, como D. Bartolomé José Gallardo y D. Pascual Gayangos, ya restaurando ó haciendo revivir en lo que él escribía, y esto sin colaborador ni rival que se le igualase, el primor y la riqueza en frases y giros, la lozania y la gracia y el puro sabor de nuestros más hábiles poetas y prosistas del siglo xvii, cuando no con toda la espontaneidad que ellos tuvieron, sin muchas de sus faltas de crítica, de sobriedad y de buen gusto.

De esta suerte Estébanez Calderón concurrió benéficamente á poner, en el florecimiento literario que hubo en España, con la venida del romanticismo, la parte más nacional y más exclusivamente nuestra de cuantos elementos le compusieron. Tal vez fué Estébanez Calderón menos erudito, menos afortunado y rico colector de libros que Gallardo y Gayangos, y menos profundo crítico que D. Agustín Durán para rehacer y dar estimación á nuestro Romancero y para desagraviar y encomiar nuestro antiguo

teatro, mal comprendido y apreciado durante no poco tiempo. Pero, cuando no por la erudición y por la crítica, por el esfuerzo de su entusiasmo y de su fantasía, consiguió más que los otros produciendo por inspiración y por imitación esmeradísima y dichosa revividos modelos, dechados admirables del antiguo estilo, ya en prosa en las *Escenas andaluzas*, ya en verso, en composiciones dignas de Quevedo ó de Góngora, ó en romancillos, como *La miga y la escuela* y *La niña en feria*, que en este FLORILEGIO insertamos, y que son, singularmente, *La niña en feria*, una delicada y primorosa filigrana.

La novela y el cuento, poco cultivados en España durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX, volvieron á cultivarse, siguiendo las huellas de escritores ingleses y franceses, que en dichos géneros se habían distinguido con general aplauso y extensa fama. También en este punto se señaló Estébanez Calderón, prestando en *Las escenas andaluzas* originalidad notoria y sello peculiar é indígena á los usos y costumbres, lenguaje y estilo, fisonomía y traza de los personajes que pintaba. En todo ello, considero yo á Estébanez Calderón, aunque hartó menos popular y menos fecundo, de más transcendencia y benéfico influjo, y de más acendrados quilates, cuya alta estimación ha de durar más, aunque hoy se rezonozca menos, que los cuadros de costumbres de *El Curioso Parlante* y aun que los de Larra ó Figaro, que escribieron cuando él y que fueron mucho más aplaudidos.

Sobre las referidas excelencias, Estébanez Calderón se recomendaba por su afable y ameno trato, por sus agudezas y chistes y por la bondad y el cariño con que apadrinaba y animaba á la juventud estudiosa. No fué Cánovas, su único protegido y auxiliado. Otros hubo, que si no rayaron tan alto, enriquecieron las letras patrias con sus estudios y adquirieron celebridad merecida. Bástenos citar como ejemplo de esto á don Francisco Javier Simonet, distinguido arabista, autor del *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los morárabes*, de las *Leyendas históricas orientales* y de otras obras muy importantes, una de las cuales, premiada por la Real Academia de la Historia, no sabemos por qué permanece inédita todavía.

Reconozco mi incompetencia para decidir hasta qué punto era Estébanez Calderón, conecedor de la lengua arábica de la que por breve tiempo tuvo cátedra en el Ateneo. Bien pudo con todo jactarse Estébanez Calderón por el mismo estilo que el monje Bermudo del antiguo romance cuando decia:

Si no venci reyes moros
Engendré quien los venciera.

Si Estébanez Calderón no fué muy señalado arabista engendró espiritualmente y tuvo por hijo y discípulo á D. Francisco Javier Simonet que lo fué sin duda.

No negaré, á pesar de lo expuesto, que personas más competentes que yo puedan demos-

trar los conocimientos arábigos de Estébanez Calderón y los sazonados frutos que sacó de ellos y que avaloran su *Manual del oficial en Marruecos* y su precioso discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, donde trata de las milicias cristianas y de los aventureros españoles que hubo en los Estados mahometanos del Norte de Africa, punto muy interesante que tal vez Estébanez Calderón dilucidó primero, y sobre el cual ha escrito recientemente una bella y erudita disertación D. José Alemany.

Otro trabajo histórico emprendido con entusiasmo por D. Serafin fué la historia de la Infantería española, del que sólo escribió y nos dejó como muestra algunos fragmentos muy elocuentes y ricos en interesantes noticias, como su descripción de los almogabares.

De la vida de D. Serafin poco consiente que digamos la inevitable brevedad de estas notas. Nació en Málaga el 27 de Diciembre de 1799 y murió en Madrid el 5 de Febrero de 1867. Siguió la carrera de Derecho en la Universidad de Granada y llegó á ocupar muy altos empleos. Fué Ministro togado del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, Consejero de Estado y Senador del Reino. Como orador parlamentario no logró ni tuvo conatos de distinguirse. En política intervino poco, mostrándose siempre muy conservador dentro de un templado liberalismo.

En el año de 1849 conocí yo á Estébanez Calderón, hallándome en Nápoles, agregado á la Embajada y siendo él Auditor del ejército espa-

ñol que contribuyó á la restauración de Pío IX en Roma. Desde entonces, hasta el fin de su vida, me distinguió él con su buena amistad y sus consejos literarios. Cuando yo andaba ausente, ya en Lisboa, ya en Río de Janeiro, ya en Dresde, ya en otras cortes de Alemania, siempre estábamos en correspondencia epistolar y no fueron pocos los libros antiguos y raros que logré adquirir para él y enviarle. Estando en Madrid, á menudo era yo de los convidados á los espléndidos banquetes que él daba para hacer valer las excelencias de nuestra cocina castiza. Próspero Merimée, que solía venir á Madrid con frecuencia, nos acompañaba y se deleitaba en tales banquetes, agasajándonos en pago en Paris cuando por allí íbamos.

Don Agustín Durán, erudito y discreto crítico, trajo con sus estudios sobre nuestro Romancero y nuestro teatro el elemento más nacional á la revolución literaria, llamada romanticismo, cuyo impulso inicial puede decirse que vino entre nosotros de Alemania y de Inglaterra, pasando por Francia. Su brillante y sabia apología del antiguo teatro español, escrita ya en 1828, su juicioso examen de las comedias de Tirso y su admirable artículo acerca del drama religioso y en elogio de *El condenado por desconfiado*, divulgan en nuestro país una estética más alta y más filosófica, libre

y exenta ya de los preceptos convencionales que aprisionaban á los ingenios.

Todavía fué mayor el servicio que hizo Durán á las letras patrias, coleccionando, juzgando y mostrando el extraordinario valer de nuestros antiguos romances. Así abrió ó allanó el camino que otros doctos escritores, como D. Manuel Milá y Fontanals y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, han seguido más tarde, para poner en claro conocimiento de todos la poesía épico-popular de los españoles, la más rica acaso de los pueblos de Europa: poesía que dimana de las antiguas *Canciones de gesta*, aristocráticas en su origen, en su forma con algo de exótico é importado, y quizás por la primitiva rudeza del lenguaje, no llevadas á perfección artística. La informe riqueza, el rudo tesoro que aquellas *Canciones* contenían hubo de derramarse copiosamente desde antes de mediado el siglo xv, en más alto y fácil estilo, en versos octosílabos y asonantados, creándose así los que en estricto sentido se llamaron romances, epopeyas fragmentarias y breves, las cuales, enlazadas á veces por el hilo de una singular historia, componen algo á modo de una sarta de perlas de maravillosa hermosura. La producción de esta poesía épico-popular llega hasta nuestros días, y Durán contribuyó, antes y más que nadie, á elevarla de nuevo de la postración y del injusto menosprecio en que había caído.

Desde 1828 empezó á publicar colecciones de romances: primero los moriscos, después los

amatorios y jocosos, y por último los históricos y caballerescos. Reunidos todos estos romances, aumentado su número en gran manera, clasificados y ordenados é ilustrados y precedidos de un discurso preliminar interesantísimo, dió Durán á la estampa en 1851 su *Romancero general*, en dos gruesos volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

Inspirado por la lectura de dichos romances, é imitando con gracioso primor el estilo y lenguaje de los más antiguos, Durán se mostró poeta, componiendo dos bonitas leyendas, en sendas series de romances, titulada una de las leyendas *La Infantina de Francia* y sus amores con el hijo del Rey de Hungría, y titulada la otra *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor*. De esta segunda leyenda hemos tomado los versos de Durán que contiene nuestro FLORILEGIO.

Sobre la vida de Durán, sin entrar en pormenores que no caben en el plan que me he trazado, sólo diré que nació en Madrid en los últimos años del siglo xviii, que en 1839 fué recibido como académico de número en la Real Academia Española, y que murió en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1862.

Don Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, capital hoy de la República Argentina, en el día 14 de Julio de 1807.

La circunstancia de haber nacido en la men-

y exenta ya de los preceptos convencionales que aprisionaban á los ingenios.

Todavía fué mayor el servicio que hizo Durán á las letras patrias, coleccionando, juzgando y mostrando el extraordinario valer de nuestros antiguos romances. Así abrió ó allanó el camino que otros doctos escritores, como D. Manuel Milá y Fontanals y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, han seguido más tarde, para poner en claro conocimiento de todos la poesía épico-popular de los españoles, la más rica acaso de los pueblos de Europa: poesía que dimana de las antiguas *Canciones de gesta*, aristocráticas en su origen, en su forma con algo de exótico é importado, y quizás por la primitiva rudeza del lenguaje, no llevadas á perfección artística. La informe riqueza, el rudo tesoro que aquellas *Canciones* contenían hubo de derramarse copiosamente desde antes de mediado el siglo xv, en más alto y fácil estilo, en versos octosílabos y asonantados, creándose así los que en estricto sentido se llamaron romances, epopeyas fragmentarias y breves, las cuales, enlazadas á veces por el hilo de una singular historia, componen algo á modo de una sarta de perlas de maravillosa hermosura. La producción de esta poesía épico-popular llega hasta nuestros días, y Durán contribuyó, antes y más que nadie, á elevarla de nuevo de la postración y del injusto menosprecio en que había caído.

Desde 1828 empezó á publicar colecciones de romances: primero los moriscos, después los

amatorios y jocosos, y por último los históricos y caballerescos. Reunidos todos estos romances, aumentado su número en gran manera, clasificados y ordenados é ilustrados y precedidos de un discurso preliminar interesantísimo, dió Durán á la estampa en 1851 su *Romancero general*, en dos gruesos volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira.

Inspirado por la lectura de dichos romances, é imitando con gracioso primor el estilo y lenguaje de los más antiguos, Durán se mostró poeta, componiendo dos bonitas leyendas, en sendas series de romances, titulada una de las leyendas *La Infantina de Francia* y sus amores con el hijo del Rey de Hungría, y titulada la otra *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor*. De esta segunda leyenda hemos tomado los versos de Durán que contiene nuestro FLORILEGIO.

Sobre la vida de Durán, sin entrar en pormenores que no caben en el plan que me he trazado, sólo diré que nació en Madrid en los últimos años del siglo xviii, que en 1839 fué recibido como académico de número en la Real Academia Española, y que murió en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1862.

Don Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, capital hoy de la República Argentina, en el día 14 de Julio de 1807.

La circunstancia de haber nacido en la men-

cionada ciudad hace que D. Marcelino Menéndez y Pelayo incluya algunas de sus composiciones en la *Antología de poetas hispano-americanos* y dé noticias de su vida y atinado y juicioso concepto de su mérito y trabajos literarios.

También yo, años antes, en la obra titulada *Autores dramáticos contemporáneos*, publicada por D. Pedro Novo y Colson, inserté una extensa disertación donde expongo mi juicio sobre Vega como poeta lírico y como dramaturgo. Poco ó nada tengo que añadir ahora á lo que entonces dije, por lo cual me limitaré aquí á extractarlo y hasta á reproducir lo que más esencial me parezca.

Era el padre de D. Ventura un alto empleado en Hacienda. Era su madre una señora argentina. Viuda ésta á los cinco años de haber nacido su hijo, le crió con amor y esmero, y á los once años de su edad, le envió á España á seguir una carrera, bajo la protección de un tío suyo, que ocupaba posición elevada.

Vega se educó en el colegio de la calle de San Mateo, donde tuvo profesores excelentes como D. Alberto Lista y Hermosilla, y compañeros de estudio famosos después en España en las letras y en la política, como Espronceda, Ochoa, Molins y Pezuela.

Cerrado el colegio de San Mateo bajo el gobierno de Calomarde, Vega siguió recibiendo lecciones particulares en casa del insigne maestro D. Alberto.

Allí intimó con Segovia y Escosura, y con

otros ingenios, los cuales fundaron la Academia del Mirto, que Lista dirigía.

Por aquel tiempo, aunque Vega no era ni muy apasionado ni muy á propósito para la política, entró en una sociedad secreta llamada de los Numatinos, lo cual le costó que el Superintendente de policía le arrestase y le obligase á pasar tres meses de reclusión en el convento de Trinitarios. Allí su despejo, su gracia y su carácter dúctil y bueno le ganaron la voluntad de los Padres, quienes le regalaron y mimaron de suerte que el recluso no quería salir de la reclusión, cuando ésta dejó de ser forzosa, ni quería volver al mundo donde sólo le aguardaban inquietudes y privaciones.

Su tío y protector ya había muerto.

La madre de Vega le envió algún dinero para que regresase á América. El amor de una mujer retuvo á Vega en España.

La vida trabajosa á par que alegre de sus mocedades viene con pormenores curiosos en el bello elogio fúnebre que hizo de Vega su compañero y amigo D. Juan de la Pezuela.

Entonces fué cuando se dedicó Vega á traducir y á arreglar comedias del francés para ganarse la subsistencia. Pasan de ochenta las obras de esta clase que dió al teatro.

Protegido por D. Martín de los Heros, obtuvo un empleo de 12.000 reales.

Casó con doña Manuela de Lema, celebradísima por lo bien que cantaba. De ella tuvo dos hijos. El mayor, D. Ricardo, debe considerarse,

en la pintura de la vida del pueblo bajo y de las costumbres madrileñas dentro de pequeños cuadros dramáticos en un solo acto, como digno sucesor de D. Ramón de la Cruz.

Vega amó mucho á su mujer, la cual influyó en su espíritu. De volteriano que era en su mocedad vino á hacerse devoto en la edad madura, y hasta parece que á poco de la muerte de su mujer, en 1854, Vega sintió viva inclinación á retirarse á un convento.

De la parte que ha tomado en la política, no queremos hablar. Baste decir que en 1847 fué cuando gozó de más favor. Fué maestro de literatura de la reina Doña Isabel II y su gentil hombre y secretario particular; obtuvo la Gran Cruz de Isabel la Católica, y, como dice su biógrafo Cheste, llegó á ser Subsecretario de Estado.

Más propios de su índole y condición fueron los empleos artísticos y literarios que desempeñó más tarde. El conde de San Luis, cuando creó el Teatro Español, le nombró su Director, con general aplauso. Por último, en 1856, siendo ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, Vega fué nombrado director del Conservatorio de música y declamación.

En este empleo, para el cual era tan idóneo, le conservaron todas las Administraciones, hasta su muerte, ocurrida el 29 de Noviembre de 1865, á los cincuenta y ocho años de edad.

Vega había sido elegido académico de número de la Real Academia Española, desde muy

temprano; desde 1842, cuando contaba poco más de treinta y cuatro años.

Los últimos de su existencia fueron harto penosos, por las continuas dolencias que le afligian. Se diría que vivía de milagro, y que su voluntad y su espíritu le sustentaban.

Su afable natural y su peregrino ingenio, que tan gallardas y frecuentes muestras daban de sí en la conversación familiar, esmaltándola de chistes urbanos, no le abandonaron nunca.

Tal fué el hombre que, en aquella brillante época de renacimiento literario, sobresale entre muchos que indudablemente valían; y, si por fecundidad y riqueza de inventiva, por originalidad y brio de imaginación, y por enérgica novedad en el estilo propio, queda por bajo de Zorrilla, Espronceda, duque de Rivas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez, por rectitud de juicio, por acendradísimo buen gusto y por primorosa elegancia de dicción, nos parece que supera á todos, desempeñando así, en aquella revolución literaria, el útil y conveniente papel de conservador de las tradiciones de la escuela clásica, tan ilustrada por Lista, Moratín, Gallego, Hermosilla y Quintana.

Las obras dramáticas originales de Vega son el drama histórico *Don Fernando el de Antequera*, la comedia *El hombre de mundo*, la tragedia *La muerte de César*, y tres á modo de loas: una *La tumba salvada* encomiando á Calderón; otra que encierra, como cerco de oro riquísima joya, *El premio del bien hablar* de Lope, comedia hábil-

mente refundida por nuestro poeta; y otra por último, cuyo título es *La crítica de El sí de las niñas*, donde con notable talento satírico y cómico reaparecen los personajes creados por Moratin, transfigurados todos y moralmente muy empeorados por la perversión de la edad en que vivimos, lo cual es históricamente falso, aunque no por eso invalida el efecto de la sátira.

Si hemos de decir toda la verdad, no falta quien dé á entender que los estudios de Vega fueron más someros que profundos, porque en su primera mocedad se estudiaba en España harto menos que en el día. Suponen los que tal dicen que Vega, más que en la lectura de los autores latinos y griegos, aprendió su clasicismo en libros franceses del tiempo de Luis XIV y Luis XV y que sus burlas contra la estética y contra una crítica más filosófica y más amplia que apareció entre nosotros estando ya Vega en su edad madura, provienen de poco meditada ligereza. De esta suerte atribuyen mucha mayor importancia de la que tienen en realidad á no pocas graciosísimas humoradas suyas: humoradas muy útiles en el fondo porque se contraponen y valen de rémora ó de freno á una flamante pedantería, no menos fastidiosa que la de D. Hermógenes ó que las del mismo don Pedro, el adusto censor en *El café ó la comedia nueva*.

Dejando que cada cual juzgue y estime á su antojo las causas y el alcance de las susodichas humoradas, transcribiré aquí para terminar, otro

párrafo del ya citado escrito mío, donde me complazco en recordarlo.

En fuerza de amar lo regular, lo terso y lo pulido, Vega menospreciaba á eminentísimos poetas, algo desordenados y rudos, pero como odiaba las disputas, y no gustaba de malquistarse con nadie, por asuntos que en resumidas cuentas le importaban poco, solía decir *amén*, permitasenos lo familiar de la expresión, á muchas alabanzas hiperbólicas dadas á ciertos *genios*, aunque luego en sigilo protestase y se desahogase con chistes. Así, por ejemplo, le acontecía con Shakespear, á quien él creía inculto y desatinado, si bien con aciertos; y así le acontecía con muchas cosas de nuestro Calderón, aún de las que más se celebran y admiran.

Las décimas, pongo por caso, de

Apurar, cielos, pretendo...

las recitaba él con mucho énfasis, arqueaba las cejas al recitarlas, meditaba ó aparentaba meditar profundamente sobre ellas y acababa por declarar que le parecían un trabalengua casi sin sentido, que nadie entiende, ni el propio Calderón hubo de entender tampoco.

Don Manuel de Cabanyes es sin duda un notabilísimo poeta, agostado en flor por mano de la muerte. Nació en Villanueva y Geltrú el 22 de Enero de 1808. Murió, en su

país natal, en una quinta de su familia, el día 16 de Agosto de 1833, cuando contaba poco más de 25 años de vida. Consagrada ésta al estudio, apenas hay sucesos exteriores que referir al escribir; pero la vida de su alma fué fecunda y rica en íntimos sucesos. Indeleble y bella memoria de ellos nos ha dejado el poeta en sus pocos, bien sentidos y mejor pensados versos.

Estos, viviendo aún Cabanyes, se publicaron en su mayor parte en 1833 con el título de *Preludios de mi lira*.

Desde entonces hasta el día de hoy ha ido creciendo la estimación del mérito de Cabanyes en la mente de aquellos que entienden la hermosura de la poesía, que penetran en lo más hondo de sus misterios y que aciertan á percibir en el enlace y concisa trabazón de la palabra rítmica, el tesoro de ideas y de sentimientos sublimes, allí para siempre cifrados.

Los más discretos y entusiastas encomiadores de Cabanyes han sido D. Joaquín Roca y Cornet, D. Manuel Milá y Fontanals y más recientemente D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con cuyo juicio convengo y al que me remito.

Quintana y Gómez Hermosilla, consultados con modestia por Cabanyes, pocos meses antes de morir, juzgaron favorablemente sus versos; pero ninguno de los dos comprendió, á mi ver, la novedad y la originalidad que en ellos había; la aparición de un clasicismo más sencillo y más puro que el que prevalecía por entonces, clasicismo más conforme con el de la primitiva poe-

sía helénica que con el de sus imitadores latinos, italianos del renacimiento y franceses del tiempo de Luis XIV.

En el dintel de la historia literaria novísima de Francia aparece un iniciador que en la poesía pone enérgica savia, contribuyendo con su clasicismo helénico al florecimiento de la poesía romántica y sobre todo de la alta poesía lírica inmediatamente inspirada por la naturaleza, y libre de reglas convencionales. Tal fué en Francia Andrés Chenier. En Italia, Hugo Fóscolo se le parece bastante. Y en España hace papel idéntico Cabanyes, por coincidencia y no por imitación, con brio y aptitud no menores, si bien menos completa y brillantemente por no consentirlo la brevedad de su existencia.

Cabanyes, así porque murió temprano, como también porque nació temprano, componiendo sus versos para un público poco preparado aún para oírlos y entenderlos, no goza de la fama y de la popularidad que merece. Acaso con el tiempo esta popularidad y esta fama lleguen á difundirse. Entre tanto, debemos complacernos en consignar aquí el testimonio de nuestra admiración, así por las innegables bellezas que sus *Preludios* contienen como por cuanto pudo presumirse y esperarse, al oír los *Preludios* que hubiera brotado de la lira de Cabanyes tan prematuramente rota.

Don Nicomedes Pastor Díaz
ha sido el más romántico de todos nuestros mo-

dernos poetas, si como calidades principales y características del romanticismo consideramos la melancolía, las quejas contra la suerte, la lúgubre visión de cuanto hay en el mundo, el deseo de morir y el odio á la vida. De todo esto, patente en sus elegantísimos versos, he hablado ya con algún detenimiento en la introducción de esta obra. Para no repetirme, me remito ahora á lo allí dicho.

No me atrevo con todo á calificar de pesimista á D. Nicomedes. Su menosprecio del mundo, las sombrías y fúnebres pinturas en que se complace él en representarle, las tenebrosas apariciones que surgen del fondo de su alma, adquiriendo forma exterior y sensible, por el esfuerzo de su poderosa fantasía, distan mucho de ser el horrible concepto que el incrédulo desesperado, como por ejemplo Leopardi, forma de las cosas. La musa de D. Nicomedes, no es la desesperación sino el ascetismo austero, aunque rico de esperanzas ultramundanas. Para su propio individuo, nada le parece bien en esta vida presente; pero, si el mundo es un valle de lágrimas, con el don precioso y tremendo del libre albedrío cada cual puede para siempre perderse ó salvarse. Los infortunios sufridos con resignación, el dolor aceptado sin rebeldía, nuestra vencedora conformidad con la voluntad del cielo, pueden valernos eterna gloria. Esta vida mortal tiene, por lo tanto, altísimo objeto y es de gran precio para D. Nicomedes. Y si mirado individualmente todo está mal en este mundo y no

hay ventura á que no podamos aspirar y que no podamos conquistar en el otro, la colectividad total del género humano, así como la parcial, que llamamos nuestra nación, pueden columbrar, en el espíritu de D. Nicomedes, en el tenebroso y revuelto mar de desventuras por donde vamos hoy engolfados, la luz radiante de una divina aurora; un porvenir dichoso, donde se eleve la humanidad á muy altas esferas, aun sin salir de este mundo material en que vivimos.

El poeta, según la estética de D. Nicomedes, es el hierofante, es el guía que debe mostrar á la humanidad la senda en cuyo término esa luz resplandece. El poeta debe tener y cumplir una misión social y religiosa. No debe limitarse á exhalar lamentos estériles. Por eso D. Nicomedes condena sus versos, y en el prólogo que puso en ellos al darlos á la estampa, asegura que no los publica, sino que los imprime, para que fácilmente puedan adquirir copia de ellos algunos amigos indulgentes que se la piden. En su tiempo, no es ya posible la poesía como él la concibe, aunque no niega que podrá serlo de nuevo en lo futuro. En su tiempo, la carencia de fe y el caos de ideas y de opiniones encontradas no consienten que sea el poeta algo á modo de vidente ó de apóstol, sino criatura quejumbrosa y aflictiva, cuyas lamentaciones se disiparán ó se olvidarán al cabo.

Con tanta severidad se juzgó á sí propio D. Nicomedes al imprimir sus versos; pero fué injusta la sentencia que fulminó contra ellos, y no se

ha cumplido ni se cumplirá nunca. Aunque sólo persistieran las dos composiciones que insertamos en esta obra, *Mi inspiración* y *A la luna*, ellas bastarían para colocar á su autor entre los más egregios poetas líricos que en el siglo XIX hubo en España.

Y no sólo como poeta lírico descolló D. Nicomedes Pastor Díaz. Fué también elocuentísimo orador. En nuestra historia política figura como notable hombre de Estado. Desempeñó altos cargos. Fué varias veces Ministro de la corona y Representante de España en las cortes de Portugal y de Cerdeña.

La Real Academia Española le recibió como individuo de número el 17 de Noviembre de 1847. Hay en su discurso de recepción una tesis, en mi sentir, verdadera, ingeniosa y elocuentemente demostrada; la conveniencia de que el pensamiento y la acción no se divorcien; de que en este punto no haya división de trabajo; de que el sabio especulativo, el filósofo ó el poeta sea y pueda ser á la vez el político práctico, el legislador y el gobernante.

A mi ver no contradicen esta doctrina de don Nicomedes la escasa importancia y el relativo poco buen éxito en bien de la patria, de sus gestiones, cuidados y afanes como legislador y como repúblico. Sí de todo ello no han sido brillantes ni provechosos los resultados, no sé yo á quién debamos culpar.

Cuando la filosofía de la historia sea ciencia lograda y no meramente deseada, tal vez todo

se explique. Lo que es por lo pronto no será yo quien pretenda explicarlo. Sólo afirmaré que está en un error quien imagina que la fortuna ciega, el atrevimiento, la facilidad de palabra ú otras prendas más apropósito, para lucir y para medrar que para gobernar, son las que elevan á los hombres en nuestros días. En mi sentir, aunque entren por algo el acaso y las circunstancias, bien puede afirmarse que por lo común son los mejores, los más aptos y los que más lo merecen, los que en política como en todo, suben á grande altura.

En este número, y entre los más escogidos, descuella D. Nicomedes Pastor Díaz.

No me incumbe referir aquí su vida política tan enlazada con la historia de nuestra nación.

Básteme decir como breves datos biográficos que D. Nicomedes nació en Vivero, provincia de Lugo, el 15 de Septiembre de 1811; estudió la segunda enseñanza en el Seminario conciliar de Mondoñedo, y siguió la carrera de leyes, primero en la Universidad de Santiago y en la cumplítese más tarde. Protegido y alentado como poeta por D. Manuel José Quintana, halló en el General Latorre y en D. Francisco Javier de Burgos valimiento eficaz para obtener sus primeros empleos públicos.

Con D. Joaquín Francisco Pacheco, con Don Antonio Ríos Rosas y con D. Francisco de Paula Cárdenas, escribió *El Correo Nacional* y la revista *El Conservador* de efimera aunque importante vida. Colaboró después en otros periódicos.

En *El Sol* fué el primero en defender la necesidad de proclamar la mayoría de la Reina Doña Isabel II. Diputado varias veces y Senador después, se distinguió por su elocuencia florida, solemne y un tanto cuanto apocalíptica, aunque no por el extremo de la de Donoso Cortés. Así llegó á ser personaje de primera magnitud en el partido liberal conservador, ya en el grupo llamado de los puritanos, ya en la Unión liberal, á cuya cabeza se puso D. Leopoldo O'Donnell, como único jefe, después de desechar y vencer á Espartero y á los progresistas en 1856.

Murió D. Nicomedes Pastor Diaz en la madrugada del 22 de Marzo de 1863 antes de cumplir 52 años. Una hipertrofia del corazón fué la causa de su muerte. En su ya citada última noche, de recuerdo para mí inolvidable, le acompañamos, le asistimos y le velamos en sus últimos momentos el célebre presbítero D. Miguel Sánchez, gran discutidor escribiendo y perorando en el Ateneo, el insigne poeta y novelista D. Pedro Antonio Alarcón y la persona que redacta ahora estos apuntes. Fuimos los tres constantes y cariñosos amigos de D. Nicomedes, cuya amable y sentenciosa conversación nos encantaba, cuyos consejos procurábamos seguir y á cuya bondadosa amistad debimos siempre mil distinciones y favores, que Sánchez y Alarcón reconocieron y agradecieron siempre y á los que yo me tengo por obligado todavía. La modestia y la ordenada economía, con que vivió siempre D. Nicomedes y la honrada pobreza en que dejó

al morir á su familia, después de haber desempeñado tan altos cargos y halládose en ocasiones de ganar bienes de fortuna, son evidente prueba de su probidad y de su desinterés y desprendimiento. Apenas dejó más herencia que algunos libros. De éstos conservo yo, como objeto precioso un Homero, edición de Glasgow, 1756-1758, que D. Nicomedes me regaló pocos meses antes de morir. Y conservo también, si no me es infiel la memoria adquiridos por compra después de la muerte del poeta, los cuatro tomos de un Breviario, ricamente impreso en Madrid en 1848, en la lectura de cuyos himnos y oraciones él se complacia de diario como pudiera hacerlo el más fervoroso sacerdote.

El liberalismo de D. Nicomedes nunca dejó de estar en perfectísima consonancia con su religiosa ortodoxia y con su fé ardiente y firme en la católica doctrina. Acaso, al menos en mi sentir, dicha fe fué algo exagerada. Combinándose con ideas políticas, le llevó más lejos de lo justo, defendiendo con enérgica brillantez el poder temporal del Padre Santo. Sin duda que está muy bien pensado y mejor dicho cuanto piensa y dice sobre la dificultad de que sea Roma, singular ciudad de soberanos destinos en el mundo, la capital de un reino relativamente pequeño y harto inferior en riqueza y poderío á otros de Europa. Harto pesa y seguirá pesando largo tiempo esta dificultad sobre los políticos italianos que procuran vencerla. Pero en lo que no se puede convenir con D. Nicomedes, y se conviene menos

mientras es más alto el concepto del Sumo Pontificado y de su benéfica dominación extendida sobre el haz de la tierra, es en que este imperio espiritual, vencedor y triunfante sobre las mudanzas, trastornos y revoluciones de las sociedades meramente humanas, necesite para su independencia y libre ejercicio tener por aditamento ó apéndice un pequeño estado temporal, donde tal vez milicias extranjeras sostienen por fuerza al Soberano contra los súbditos descontentos, y donde el Soberano, venerado príncipe de la paz, ni para defenderse puede hacer la guerra sin algún escándalo discordante, sobre todo en la época en que vivimos.

Más atinados y juiciosos son otros escritos de Pastor Díaz, muy elocuentes todos y publicados muchos de ellos en seis volúmenes, poco después de la muerte del autor, principalmente por el cuidado afectuoso de D. Fermín de la Puente y Apéchea.

En dichos volúmenes hay una introducción biográfica y crítica del mencionado D. Fermín, donde encomia á su amigo con entusiasmo y con justicia; y también hay prólogos encomiásticos del Marqués de Molins, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, de D. Antonio Cánovas del Castillo, de D. Antonio Ferrer del Río y de quien esto escribe.

Don Bernardino Fernández de Velasco, *Duque de Frias*, nació en Madrid el 20 de Julio de 1783. Murió el 28 de Mayo

de 1851. En los 68 años que duró su vida tomó parte en la larga y no interrumpida serie de revoluciones, trastornos y mudanzas de aquel agitado período de nuestra historia, en el cual España cambió por completo su régimen interior, social y político.

En medio de las costosas y funestas guerras extranjeras y civiles, España ganó algo en su material bienestar y riqueza y perdió en elevación y crédito, así por la rápida prosperidad y encumbramiento de otras grandes naciones como por la pérdida no menos rápida de su ya secular dominio en el continente americano, dominio que no le prestaba fuerza pero que le prestaba aún el esplendor prestigioso de ser el centro del imperio más dilatado de la tierra.

Si las mudanzas de España fueron políticamente tan extraordinarias, no fueron menores las que tuvo en ciencias, artes y letras. A la ideología sensualista de la enciclopedia francesa que informaba las opiniones y doctrinas de los librepensadores y liberales en lucha con el fanatismo y con las ideas absolutistas y democrático-frailunas de los sostenedores del antiguo régimen, vinieron á sobreponerse otras flamantes filosofías, casi sin excepción importadas y no inventadas entre nosotros. Y en lo tocante á las obras artísticas, singularmente en las que se crean por virtud y por medio de la palabra humana, apareció también escuela ó secta nueva, que derribó los preceptos pseudo-clásicos, que restauró la estimación de no poco de lo antiguo y castizo

mientras es más alto el concepto del Sumo Pontificado y de su benéfica dominación extendida sobre el haz de la tierra, es en que este imperio espiritual, vencedor y triunfante sobre las mudanzas, trastornos y revoluciones de las sociedades meramente humanas, necesite para su independencia y libre ejercicio tener por aditamento ó apéndice un pequeño estado temporal, donde tal vez milicias extranjeras sostienen por fuerza al Soberano contra los súbditos descontentos, y donde el Soberano, venerado príncipe de la paz, ni para defenderse puede hacer la guerra sin algún escándalo discordante, sobre todo en la época en que vivimos.

Más atinados y juiciosos son otros escritos de Pastor Díaz, muy elocuentes todos y publicados muchos de ellos en seis volúmenes, poco después de la muerte del autor, principalmente por el cuidado afectuoso de D. Fermín de la Puente y Apéchechea.

En dichos volúmenes hay una introducción biográfica y crítica del mencionado D. Fermín, donde encomia á su amigo con entusiasmo y con justicia; y también hay prólogos encomiásticos del Marqués de Molins, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, de D. Antonio Cánovas del Castillo, de D. Antonio Ferrer del Río y de quien esto escribe.

Don Bernardino Fernández de Velasco, *Duque de Frias*, nació en Madrid el 20 de Julio de 1783. Murió el 28 de Mayo

de 1851. En los 68 años que duró su vida tomó parte en la larga y no interrumpida serie de revoluciones, trastornos y mudanzas de aquel agitado período de nuestra historia, en el cual España cambió por completo su régimen interior, social y político.

En medio de las costosas y funestas guerras extranjeras y civiles, España ganó algo en su material bienestar y riqueza y perdió en elevación y crédito, así por la rápida prosperidad y encumbramiento de otras grandes naciones como por la pérdida no menos rápida de su ya secular dominio en el continente americano, dominio que no le prestaba fuerza pero que le prestaba aún el esplendor prestigioso de ser el centro del imperio más dilatado de la tierra.

Si las mudanzas de España fueron políticamente tan extraordinarias, no fueron menores las que tuvo en ciencias, artes y letras. A la ideología sensualista de la enciclopedia francesa que informaba las opiniones y doctrinas de los librepensadores y liberales en lucha con el fanatismo y con las ideas absolutistas y democrático-frailunas de los sostenedores del antiguo régimen, vinieron á sobreponerse otras flamantes filosofías, casi sin excepción importadas y no inventadas entre nosotros. Y en lo tocante á las obras artísticas, singularmente en las que se crean por virtud y por medio de la palabra humana, apareció también escuela ó secta nueva, que derribó los preceptos pseudo-clásicos, que restauró la estimación de no poco de lo antiguo y castizo

por dichos preceptos menospreciado, y que trajo también de tierras extrañas algo de exótico y peregrino, que fundiéndose con lo indígena y propio, dió ser á un romanticismo español, floreciente y fecundo.

No creo que redunde lo que voy á afirmar en detrimento de la fama del Duque de Frias: antes creo que nos hace compender mejor la independencia y la originalidad de su ser de poeta.

Es cierto que el Duque en su primera mocedad, cándido imitador de Quintana, sin pensamientos ni carácter propios todavía, canta inspirado ó creyéndose inspirado por el pobre filosofismo y la empalagosa filantropía del siglo xviii. En su oda á Pestalozzi imagina y pinta á la humanidad, dominada por el error, incapaz de ciencia, y peregrinando fatigosamente por oscuros caminos, hasta que nace Bacon, y el entendimiento humano, entre las hondas tinieblas en que se halla sumido, vé que despunta al cabo la luz de su aurora. Locke y Condillac vienen después y convierten en día claro aquel naciente crepúsculo de la razón del hombre. Mostrando el Duque cierta graciosa y sincrética imparcialidad da parte en la victoria y en el consiguiente triunfo de la razón á Herder y á Kant; pero el patriotismo, despierto ya en su alma, se coroce que le infunde remordimientos de no citar á ningún español en esta labor maravillosa de hacer que nazca ó que aparezca la razón humana antes oscurecida ó perdida. Así es que coloca entre los que nos traen la luz al valenciano Luis Vives.

Pero si prescindimos de estos juveniles extravíos, cuando la personalidad mental del Duque aún no estaba determinada, bien puede afirmarse que el Duque en la plenitud y madurez de su juicio, tiene carácter propio y consistente, sin mudar con el tiempo y con las modas. Y esta constancia en lo que se sucede, se concierta con una consecuente armonía en lo simultáneo. El Duque de Frias no sólo es siempre idéntico como poeta sino que lo es como militar y como hombre político. Los rasgos más distintivos de su carácter aparecen iguales y claros, tanto en sus acciones cuanto en sus escritos. Siempre es religioso, monárquico y apasionado amante de la libertad y de la patria. Todo esto se halla en consonancia en el fondo de su espíritu, sin que su espíritu se empeñe en distinguir lo que es de hace tres ó cuatro siglos ó lo que es de ahora, y todo esto se muestra en lo que el Duque hace y en lo que dice. No son muchas sus poesías, pero merecen el aprecio que hizo de ellas la Real Academia Española disponiendo y autorizando su impresión, aunque no consintiesen los herederos del Duque sino que ellos la costeasen.

En la mencionada edición que en 1857 hizo la Academia, hay un bien escrito prólogo de don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, y noticias sobre la vida y las poesías del Duque, noticias discretamente ordenadas y escritas por D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins. Reproduciremos aquí estas noticias en el más conciso extracto que nos sea posible.

A pesar de que su padre siguió el partido del rey intruso y le representó en París como Embajador cerca de Napoleón I, nuestro poeta, entonces Conde de Haro, creyó que para el que tiene

Conciencia pura y voluntad robusta,
Cuando huella la patria el extranjero,
La causa nacional sola es la justa.

Impulsado por esta creencia desertó del ejército francés donde servía en Portugal como aliado, se dejó arrebatar con entusiasmo por el alzamiento nacional después del sangriento dos de Mayo, y arrojando peligros y fatigas acudió á ponerse bajo el estandarte de la patria y á combatir por ella. Se halló y tomó parte en muchas operaciones militares, encuentros y batallas, ganando en el campo mismo por su valor, subordinación y pericia, honores y grados.

En estas campañas tuvo por compañero de armas al Conde de Pinohermoso, con cuya hermana doña María de la Piedad Roca de Togores, tan celebrada por su hermosura y su talento, contrajo matrimonio. Después de este matrimonio, celebrado de un modo novelesco en medio de los azares de la guerra, el Conde de Haro continuó sirviendo como militar y se halló en las acciones de Zujar, Guadix, Cuenca y Murviedro. Tuvó poco más tarde el pesar de ver hecho prisionero, en la capitulación de Valencia, á su querido amigo el general D. José Zayas. Poco tiempo después, en 1811, heredado ya el Conde de Haro y muy quebrantada su salud por largos

padecimientos, se retiró del servicio militar y se fué á Cádiz con su bella Duquesa.

Con ella volvió el Duque de Frias desde Cádiz á Madrid, vencido ya Napoleón y restaurado Fernando VII.

Digna de todo elogio fué la conducta del Duque de Frias, aconsejando al Rey en las Juntas de Daroca y de Segovia, que jurase la Constitución y respetase las Cortes. El general Palafox, heroico defensor de Zaragoza, fué del mismo parecer leal y prudente. Pero el partido absolutista y retrógrado, sostenido por el general Elio, triunfó de todo escrúpulo, si alguno hubo, y se apoderó por completo del ánimo del Rey. Acaso expliquen aunque no disculpen del todo la conducta de éste, el entusiasmo de la plebe por su persona y el odio democrático que mostraba contra el liberalismo el vulgo fanatizado. Funestas consecuencias tuvo la reacción; pero quizás deba calificarse lo que se hizo, de más conforme que nada, con la voluntad del pueblo de entonces, en su mayoría. Instrumento el Rey del rencor y de otras malas pasiones de los absolutistas, encarceló y persiguió á los liberales; á los más ilustres diputados de las Cortes, que habían estado al frente del movimiento nacional durante su ausencia y cautiverio.

Encerrados se vieron en calabozos, como si fuesen foragidos, Argüelles, Martínez de la Rosa, Calatrava, Muñoz Torrero, D. Manuel López Cepero, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, D. Juan Nicasio Gallego y otros muchos.

El Duque de Frias, aunque no fué perseguido

fué mirado por el Rey con recelo y poco amor por el parecer que dió en las Juntas de Daroca y Segovia.

Durante el periodo constitucional del 20 al 23, el Duque de Frias estuvo de representante de España en Londres. Restablecido después el poder absoluto del Monarca, merced al auxilio del ejército francés, mandado por el Duque de Angulema, la situación del de Frias en Madrid era poco considerada y hasta insegura, y tuvo que retirarse á Barcelona y hasta que emigrar á Francia durante algún tiempo, refugiándose en Montpellier, con su amigo Nicasio Gallego.

Mitigados un poco los furores de la reacción, el Duque de Frias volvió á la Corte en 1828.

Entonces tuvo el pesar grandísimo de perder á su hermosa mujer, doña Maria de la Piedad Roca de Togores.

En la corona fúnebre que nuestros más claros ingenios tejieron y consagraron á la memoria de tan ilustre dama, resplandece, como la más sentida composición y tal vez como la más bella, después de la de Nicasio Gallego, la que con el título de *El llanto conyugal*, escribió el Duque.

En dicha composición estampó ya el autor su sello individual con originalidad y firmeza.

El casamiento de Fernando VII con la Princesa de Nápoles, doña Maria Cristina de Borbón, amansó bastante la furia reaccionaria é hizo concebir esperanzas á los liberales. Entonces empieza el periodo más fecundo del Duque de Frias como poeta lirico, señalándose entre sus

obras el canto fúnebre á la muerte de su noble amigo el general D. José Zayas. Es este canto fúnebre la biografía del General, el conciso extracto de su hoja de servicios, pero todo contado á grandes rasgos con elegante y arrebatado lirismo y con verdadero sentimiento. El héroe cuya muerte deplora el Duque, es merecedor de toda alabanza. A fin de dársela digna, invoca el Duque y pide favor al númen de Haróldo, que en su famosa *Peregrinación* había visitado y celebrado aquel *glorious field of grief* de la Albuera en que tan importante papel hizo Zayas. Entre los sucesos de la vida de éste, que recuerda el Duque, no es el que menos le honra el último de su vida pública: la defensa de Madrid contra los aventureros de Bessieres y contra la chusma absolutista amotinada, que anhelaba saquear la población antes de que llegase con su ejército el Duque de Angulema. Zayas, salvó valerosamente á Madrid del saqueo, sin retirarse hasta que llegaron los franceses, á los cuales no debía resistir ni tenía fuerzas para ello. Zayas al evacuar á Madrid, fué acosado por la plebe rabiosa á causa del botín que le había quitado de las manos. Este servicio cívico, fué el principal motivo para que el tribunal de purificación condenase á Zayas. Al defenderle y ensalzarle el Duque, muestra su franco y valiente liberalismo y la esperanza que ya había de que la reacción absolutista y fanática llegase á su término. Sin duda es generoso y bello el raptó final del canto fúnebre que dice así:

Mas cuando al són de bárbara cadena
 El labio envilecido
 Se abre sólo al rencor, se cierra al pasmo,
 La envidia triunfa, y la procaz mentira
 En el silencio la victoria funda,
 Este solemne canto de mi lira
 Su audacia enfrene y su maldad confunda.

Los versos á la muerte del general Zayas no son, con todo, los mejores del Duque de Frias. Los más celebrados y famosos son sin duda los que llevan por título *La muerte de Felipe II*, que hemos elogiado en la Introducción é insertado en las páginas de este FLORILEGIO.

Acaso tenga mayor celebridad aún, si no toda la composición, un trozo muy inspirado y hondamente sentido de la oda á las nobles artes, leída en presencia del rey Fernando VII en 1832. Me refiero al trozo tantas veces citado, donde habla el poeta de los hispano-americanos alzados contra la madre patria para emanciparse y ser independientes. Quiere suponerse que el Rey, al oír aquel trozo se conmovió en extremo y dió ocasión á un caso no menos patético que el ocurrido en Roma, cuando leyó Virgilio el Libro VI de la Eneida en presencia de Augusto y de su hermana Octavia. Así como Octavia lloró al oír:

..... si qua fata aspera rumpas
 Tu Marcellus eris. Manibus date lilia plenis
 Purpureos spargan flores.....

Fernando VII, lloró al oír:

Espanoles seréis, no americanos

y lo demás que sigue.

Sea de esto lo que se quiera, y aunque se suponga que hay en todo algo de alucinación, porque Fernando VII era menos sensible que Octavia á los encantos de la poesía, mostrándolo bien la orden que previamente habia dado de que no se leyese toda la Oda, sino sólo algunos trozos, todavía es evidente el efecto conmovedor que aquellos versos hubieron de producir en el ánimo del escogido auditorio que los escuchaba.

No quiero terminar esta nota, sobrado extensa ya, sin decir que el Duque de Frias fué embajador de España en Paris, en los primeros años del reinado de Isabel II, y concertó el tratado de la cuádruple alianza.

Fué, por último, Presidente del Consejo de Ministros, en un Gabinete que apenas duró tres meses y que hubo de caer por incurrir en el desagrado del general Espartero. Así el Duque de Frias, como no pocos otros varones ilustres de aquel período histórico, fué alternativamente desestimado, ya como liberal, ya como retrógrado, según predominaban en nuestro conturbado país, unas ú otras exageradas y violentas banderías.

Don Juan Arolas es acaso el mejor estudiado y más imparcial y discretamente juzgado entre todos los poetas líricos del siglo XIX, merced al libro escrito por D. José R. Lomba y Pedraja con este título: *El P. Arolas, su vida y sus versos* (Madrid, 1898).

Mi tarea debe, pues, limitarse á extractar con concisión y con tino lo más importante de cuanto dice el Sr. Lomba, con cuyo parecer en gran parte convengo.

Nació D. Juan Arolas en la ciudad de Barcelona en Junio de 1805, pero á la temprana edad de nueve años se trasladó con sus padres á Valencia, donde se educó y se hizo hombre, pudiendo así ser tenido como poeta valenciano. Estudió en las Escuelas Pías de aquella ciudad, y entusiasmado con la sabiduría, bondad y dulzura de algunos de sus maestros y con la vida retirada y claustral que hacían, se decidió á imitarlos.

Los padres de Arolas procuraron hacerle desistir de su propósito, pero la oposición fué en balde y probablemente hubo de ser muy débil cuando no simulada. Arolas entró como novicio en Peralta de la Sal en 1819, y profesó, dos años después, el 23 de Agosto de 1821, á la edad de 16 años.

La contradicción misteriosa que hallan algunos entre el pensar y el sentir del poeta, evidentes y públicos ya entonces por sus versos, y el acto solemne que le ligaba al altar con lazos y votos indisolubles, me inclino á creer que es mucho más fácil de explicar que lo que el señor Lomba y otros biógrafos suponen.

La explicación á mi ver no puede ser más clara. Nadie á los 16 años sabe bien lo que hace ni tiene voluntad firme y entera. La ley lo entiende así y no consiente que el menor disponga li-

brememente de sus bienes materiales, ni prometa ni contraiga sobre ellos obligación ó compromiso. ¿No debiera, pues, mil veces con mayor razón, ser irrito y nulo el compromiso contraído sobre cosas mucho más esenciales, encadenando y ordenando la vida toda á un fin determinado, marcando en ella un sendero del que no es posible apartarse sin extravío y prescribiéndose un porvenir que no es posible eludir sin pecado ó sin desdoro? ¿Cómo en edad tan temprana, cuando tan sujeta está toda criatura á ensueños y alucinaciones, en que tan mal se sabe ó se comprende aún lo que es el mundo, ha de tener validez y fuerza la irrevocable renuncia á los más naturales y preciados goces y afectos con que nos brinda ese mismo mundo y á los que nuestra humana condición nos incita?

Aunque me pese rasgar ó tratar de rasgar con mano profana el misterioso y poético velo en que tantas personas envuelven el hecho más decisivo y trascendental de la vida de nuestro poeta, yo me atrevo á explicarle considerándole motivado, no por resolución varonil y bien meditada, no por vocación legítima, sino por casi infantil y caprichoso devaneo. Supuesta y aceptada tal causa importa mucho menos averiguar si Arolas amó ó no, durante su noviciado, á una determinada mujer y si se puede ó se debe descubrir ó fantasear la peregrina historia de estos amores, cuya malaventura encerró al galán en una celda de las Escuelas Pías.

Más que en los singulares amores, propendo

yo á creer en la vaga y vehemente pasión del joven novicio, exaltada en la soledad y alimentada por la lectura, el estudio y la imitación de los poetas eróticos latinos y españoles: de Tibulo, Ovidio, Catulo, Propersio y Garcilaso, más á propósito para promover el erotismo que para fortalecer el corazón y predisponer el alma á la austeridad ascética y casta.

De todos modos, aunque los versos de la primera época de Arolas sean muy interesantes para el examen psicológico, para penetrar y ver claro en el fondo de su apasionado y vacilante espíritu, dichos versos carecen aún de aquel sello individual y originalísimo que se advierte y se admira en los que compuso Arolas desde que empezó en España la revolución literaria del romanticismo y Arolas se alistó resueltamente en sus banderas.

Así como durante el período clásico Arolas había sido imitador, aunque siempre con fácil espontaneidad y gallarda lozanía, así también, como romántico, empezó por imitar á los románticos nacionales y extranjeros.

Indicios hay en los versos de Arolas de su imitación de Lord Byron, Victor Hugo, Lamartine, el Duque de Rivas, Zorrilla y varios otros; pero pronto, casi desde el principio de su transformación romántica, se nota en nuestro poeta estilo propio y un ser tan característico que le distinguen completamente de sus modelos, y cuya virtud crea bellezas de novedad peregrina, que hasta en los mismos defectos del poeta res-

plandecen y le hacen amable y lleno de gracia, como pequeños lunares en la sonrosada tez de un rostro lindo.

Algo se muestra ya esta rara originalidad de Arolas en sus narraciones caballerescas; en sus composiciones religiosas se acentúa y señala más, y se afirma y llega á su colmo en las poesías orientales y en las amorosas del mismo tiempo iluminadas también con los peregrinos y fantásticos esplendores del orientalismo, ora inventado ora importado por el poeta, aunque transfigurándole á su gusto al importarle y ajustándole á los caprichos y á las ricas y primorosas concepciones de su fantasía.

Pudiera asegurarse que para crear el poeta su mundo ideal, para formar el escenario en que sus personajes representan y para vestir con pompa y lujo á estos personajes, ha traído y amontonado en su pobre celda un inagotable tesoro de perfumes de Arabia, de diamantes de Golconda, de perlas y de oro, de chales de Cachemira, de alfombras de Persia y de cuanto hay de más brillante y costoso en el Japón, en la India y en la China. De todo ello se vale el poeta con muchísima gracia, adornando á sus mujeres, vistiendo y armando á sus héroes y alhajando los palacios y los harenes que nos pinta. Y como no le basta la fértil y risueña huerta de Valencia, imagina y produce encantados jardines, montañas, selvas, desiertos, mares y ríos, enriqueciéndolo y poblándolo todo con una fauna y una flora exóticas, abundantes é intertropica-

les: leones, tigres, elefantes, pájaros de vistosísimas plumas, airosas palmas, aromáticas flores y delicadas frutas, como por acá no suelen verse ni saborearse.

En medio de aquellas resplandecientes comarcas y de aquellos imaginados paraísos, ya en el día de hoy, ya en antigüedad remotísima, ya con vaga é insegura cronología, nos pone el poeta á sus héroes, nos cuenta sus amores, y sobre todo nos describe con enérgica viveza y con morosa delectación á las sultanas y odaliscas, á las almeas y á las bayaderas, ansiosas de amor, convidando á lánguida molicie y provocando al deleite.

Multitud de cosas del Oriente llegadas hoy á la común noticia y menos divulgadas entonces, no entran en la composición de los cuadros orientales de Arolas. Ni el *Rig-veda*, ni el *Mahabharata*, ni el *Ramayana*, le son conocidos. De la India apenas conoce más que el drama *Sakuntala* de Kalidasa, sin duda por una traducción francesa. De Arabia y de Persia sabe también poquísimo. No puede asegurarse siquiera que hubiese leído las *Poesías asiáticas* del Conde de Noroña, ni las *Mil y una noches* de Galand, ni *Los mil y un días* de Petit de la Croix. Las antiguas monarquías del centro del Asia, cuya historia ha resurgido de entre los escombros y ruinas, por los esfuerzos de Rawlinson, Layard, Lenormand y otros orientalistas famosos, con nada contribuyen á la inspiración de Arolas ni á dar asunto á sus narraciones.

En suma, su caudal de erudición es en extre-

mo exiguo, pero él ha logrado cultivándole hábilmente, sacar de él hermosa y variada riqueza. Mezclando y combinando los elementos que por diversos caminos vienen á formar este caudal, Arolas ha obtenido de él espléndida cosecha de sazonados frutos, que no se parecen á los que les dieron origen, sino que tienen ser propio.

Lord Byron, con *El Corsario*, *La novia de Avy-dos* y otros poemas, Hugo con sus *Orientales*, nuestros romances moriscos, las quintillas de Moratin, algo de Zorrilla, no poco de *El cantar de los cantares*, las profecías de Ezequiel y otros libros de la Biblia, fueron la mina que benefició Arolas y de donde extrajo las piedras y los metales preciosos con que labró las refulgentes joyas de sus versos.

Los líricos amorosos, así como las narraciones, tienen el mismo oriental colorido.

Hasta en la poesía religiosa de Arolas se nota idéntico orientalismo fantástico. Su concepto de Dios lo mismo puede ser de musulmán, que de cristiano ó de puro deísta; pero de todos modos dista mucho de contener refinamientos metafísicos. Amenudo se nos muestra su Dios en extremo benigno é indulgente. Es á manera de un sultán generoso que vive en una eternidad reposada y alegre, arrullado por la música de las arpas y por los cantares encomiásticos de ángeles y serafines. Como Dios es tan bueno ha creado mil primores maravillosos para manutención, comodidad, entretenimiento y regalo del hombre. Aquí las descripciones de todo esto: pájaros, gacelas, maripos-

sas, flores, estrellas, sol y luna, y singularmente bellísimas muchachas, que hasta los mismos ángeles se complacen en piropear. Este Dios de humor tan blando y apacible se parece al que nos pinta Goethe en el Prólogo del Fausto, charlando llana y campechanamente, hasta con el mismo diablo, y se parece también al buen Dios de la canción de Beranger, cuando dice á los hombres:

*Pour vivre en paix, vous ai-je en vain
Donné des filles et du vin?*

y cuando añade:

*Sans que pour cela je vous noie,
Faites l'amour, vivez en joie.*

Pero, en momentos más tristes, tan plácido concepto de Dios se trueca en la mente del poeta y entonces fulgura en sus meditaciones y salmos, el Jehovah de Ezequiel, terriblemente justiciero, que arde en cólera á causa de nuestras maldades y que nos escarmienta, castiga y destruye, con diluvios, fuego del cielo, terremotos, guerras, pestes y sequías.

Siempre que piensa Arolas así, siempre que se representa á su Dios adusto y no risueño, Arolas se apesadumbra y se pone compungido y lamenta sus desventuras extraordinarias. Claro está que las más sentidas y las mejor expresadas de todas, son la soledad y el desamor en que vive el poeta, separado de la mujer amada, la cual no sabemos ni nos incumbe averiguar aquí, si fué real y viviente y contemporánea suya ó ente

de razón forjado por su fantasía y por su deseo.

La inquietud del espíritu de Arolas y sus encontradas y vehementes pasiones, en medio de la difícil situación en que le ponían sus votos y la vida del claustro, causaron grave daño á su salud, nublaron su inteligencia y acabaron por hacerle perder el juicio.

D. Juan Arolas, soñando con sus deleites y grandezas orientales, murió loco, encerrado en su celda, el 23 de Noviembre de 1849.

De la varia multitud de versos que dejó escritos, porque su afición á componerlos fué tan persistente, como pasmosa la facilidad con que los componía, bien se pueden entresacar bastantes para formar un tomo de muchas páginas de amenísima lectura. El Sr. Lomba, según hemos dicho ya, los examina todos y los juzga con acierto.

Réstame decir que como la poesía lírica producía á quien entonces se empleaba en ella muchísimo menos dinero que ahora, aunque no se pueda afirmar que ahora sea productiva, Arolas apenas logró con sus versos más que merecida y extensa fama. D. Mariano Cabrerizo, coleccionó en un elegante volumen las poesías de Arolas que consideró mejores, pero no le dió ni una peseta. Una empresa editorial catalana estuvo con Arolas algo más rumbosa: le dió 125 pesetas por un tomo de poesías. Tal creo que fué la mayor ganancia que arrancó Arolas á las melodiosas cuerdas de su lira.

Don Pablo Piferrer es uno de los más ilustres iniciadores del novísimo renacimiento literario y artístico de Cataluña. Su vida fué muy corta, pero también fué activa y fecunda.

Nació Piferrer en Barcelona el 11 de Diciembre de 1818 y murió en la misma ciudad el 25 de Julio de 1848 antes de cumplir 30 años.

Desde muy temprano atrajeron su atención aquellas artes, que sin requerir la imitación de nada natural y sensible, crean la belleza en el tiempo con el sonido y con las líneas en el espacio. La música y la arquitectura, estudiadas por él, le revelaron sus misterios, sus leyes y las teorías en que deben fundarse.

Fué Piferrer un excelente crítico musical. Músico práctico, él mismo tocaba la guitarra con primor y maestría, interpretando las más bellas composiciones de D. Fernando Sors.

En 1837, en una serie de artículos, publicados en el periódico titulado *El vapor*, estimó y juzgó sabiamente no pocas composiciones musicales, así extranjeras como de compositores españoles.

Perito en arquitectura y arqueología alcanzó aun mayores triunfos. Bien puede asegurarse que supo erigir á la gloria de su país un monumento firme y rico, aunque no terminado, en los *Recuerdos y bellezas de España*. Nos dejó escritos y publicados un volumen sobre Mallorca, y otro volumen y algunas entregas más sobre Cataluña, obra notabilísima que ha influido mu-

cho y bien en el buen gusto para las artes del dibujo, divulgando además el conocimiento de la historia de dichas artes en el suelo patrio y reuniendo, ordenando y refiriendo con elegante estilo interesantes noticias de sucesos, usos y costumbres de la brillante edad media catalana.

Sus tareas eruditas y el mucho saber por él adquirido y difundido, lejos de abrumar con su peso las alas de aquel notable ingenio, les prestaron vigor y acrecentaron su ingénita lozania.

Piferrer llegó á ser también un amable poeta. La sencillez candorosa de sus versos, acaso esté buscada y solicitada con cuidadoso esmero, pero no puede negarse que á veces está dichosamente conseguida. La más clara muestra de que fué así, nos la da la composición *Alina y el Genio* que en esta colección insertamos. No es en ella Piferrer de los que por huir de enrevesadas transposiciones, pomposidades y hojarasca floridas, adoptan un lenguaje pedestre y encierran en el metro, creyendo convertirla en poesía, la más vulgar y desmayada prosa. Su sencillez, por el contrario, es poética en extremo, acierta á tener carácter épico popular y está hábilmente imitada de la sencillez de los viejos romances castellanos.

El asunto de *Alina y el Genio* tiene mucho de peregrino: de un romanticismo algo alemán, que recuerda un poco el de las baladas ó breves leyendas de Luis Uhland. La forma, con todo, es castiza y legítimamente española. En lo que el poeta refiere, hay cierta misteriosa vaguedad

simbólica, como por ejemplo en *La iglesia perada* ó en *El paladín Harald* del ya citado vate germánico. En *Alina* podemos figurarnos al alma humana cuando guiada por su buen genio, desdén las vanidades del mundo, los amores vulgares, la popularidad y hasta los regios alcázares, coronas y cetros, alcanzando por último excelsas y superiores conquistas. La historia de *Alina* está, á pesar de lo dicho, tan viva y candorosa-mente contada que, así Alina como su genio, no se nos representan como meras y vanas alegorías, sino como seres reales, habitantes del mundo mágico y luminoso á donde nos lleva arrebatadamente la imaginación del poeta.

Don Juan Francisco Carbó

nació de padres catalanes, el 29 de Enero de 1822, en la isla de Curaçao, donde su familia residía, es de suponer que por negocios comerciales.

Como debo estas noticias á la amabilidad de mi querido amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, considero lo más acertado seguir copiando aquí los párrafos de la carta en que me las comunica.

«Carbó vino muy niño á Europa, y se educó en Barcelona, siguiendo en aquella ciudad los estudios de Filosofía y Derecho. Cuando se crearon por iniciativa de don Pablo Montesino las pri-

meras Escuelas Normales, Carbó fué pensionado por la Diputación provincial de Barcelona en 1841 para hacer en Madrid su carrera pedagógica, juntamente con Don Laureano Figuerola y con algunos otros.

De vuelta á Cataluña en 1845, Figuerola y Carbó inauguraron la escuela normal de Barcelona, siendo nombrado Figuerola Director, y Carbó segundo maestro por Real Orden de 22 de Junio de 1846. Tanto á Figuerola como á don Manuel Milá oi decir que la vocación de Carbó para la enseñanza de los maestros era grande, y que se distinguía notablemente por su elocuencia didáctica y por la facilidad y pureza con que hablaba y escribía la lengua castellana. Pero todas las esperanzas que su brillante juventud ofrecía, se frustraron con su temprana muerte, acaecida el 29 de Septiembre de 1846 á la edad de veinticuatro años. Sus restos yacen al lado de los de D. Manuel Milá, en una capilla panteón que la familia posee en el cementerio de Villafranca del Panadés, con sendos epitafios que yo redacté en 1887 por encargo de la viuda de Carbó, heredera usufructuaria de Milá.

Pocas son las poesías que escribió Carbó ó al menos son pocas las que yo conozco y se conservan con las de Piferrer en un volumen publicado con prólogo de Milá en 1851. Aunque escritas dichas poesías en lengua castellana, ya dan indicio, á mi ver, de que el florecimiento literario catalán iba á desechar el habla de Castilla y á valerse del idioma ó dialecto de aquella

región para desenvolverse con todo su vigor, originalidad y lozania.

Como en los versos de Piferrer, se nota en los de Carbó el influjo de las baladas ó brevísimas narraciones alemanas, combinada esta manera con la forma castiza de los viejos romances y entreverando en varios momentos de la narración uno á modo de estribillo, que con frecuencia se repite, según ocurre, por ejemplo, en algunos romances moriscos.

Así en el de la pérdida de Alhama, cuyo estribillo es: ¡Ay de mi Alhama!, y así en el de El Alcaide de Molina, cuyo estribillo es:

Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Es de notar también que la historia que da asunto á la narración, no suele suceder en un mundo ó espacio imaginario ó vago, como la historia de *Alina y el genio*, sino en bien marcado sitio de Cataluña, nombrando y describiendo el poeta, el río, la montaña, el llano, la villa ó el castillo, en que el caso sucede, localizándolo todo y haciéndolo mucho más interesante para los que allí habitan. Añádase á esto que haciéndose más popular la indole de tales composiciones, todas parecen escritas, más que para recitadas, para cantadas, como solían cantarse las antiguas jácaras y como se cantan aún en Andalucía los que llaman *corridos de la costa* y en algunas partes *carrerillas* al són de la guitarra y con música de fandango ó de algo parecido. No

de otra suerte se cantan aún los romances de Gerineldos y del Conde del Sol y la célebre *carrerilla* del molinero de Jerez de la Frontera que inspiró á D. Pedro Antonio de Alarcón *El sombrero de tres picos*.

Tal poesía que es, ó que aspira á ser propia del pueblo, requiere sin duda que inmediatamente el pueblo la entienda, guste de ella y se complazca en cantarla.

Mucho hubo de contribuir todo esto á que se volviese con ahinco al cultivo de la lengua catalana, harto descuidado tiempo hacía, aunque había tenido, sobre todo en el siglo xv, una muy rica y hermosa literatura.

Tal vez los poetas catalanes hallaban más fácil expresión para sus sentimientos y pensamientos en la lengua materna que en la de Castilla. En efecto, yo no quisiera equivocarme, pero lo mismo en los versos de Cabanyes que en los de Piferrer, Carbó y otros, me parece advertir cierta dificultad que, si bien vencida y si bien prestándoles originalidad y concisión poco frecuentes en los versos castellanos, les presta también alguna sequedad y dureza.

De todos modos, yo no me atrevo á decidir en mi mente, si es un mal que una muy fecunda porción de los ingenios españoles prive de sus productos y no enriquezca con sus tesoros el habla castellana, ó si es un bien que logre la nación española, merced al renacimiento literario de Cataluña, una renovada y espléndida poesía regional al lado de la nacional poesía más

amplia y caudalosa. Pero ya sea un bien, ya sea un mal, la poca atención ó el desdén injusto con que se han mirado en Madrid y en otros puntos de España las composiciones de los poetas catalanes, alguna culpa tiene en que éstos se hayan recogido, digámoslo así, y se hayan decidido á escribir para sus paisanos, prefiriendo á una fama, aunque muy extensa, vaga, sorda y difícil de lograr, la intensa y reconcentrada fama de los habitantes de la patria chica y sus fervorosos y entusiastas aplausos.

Un notabilísimo poeta, hábil é inspirado en ambos idiomas, castellano y catalán, me explica esto con sincera candidez en el párrafo de una carta que no puedo resistirme á la tentación de trasladar aquí. El párrafo dice: «No extrañe usted mi hábito de escribir en catalán. A más del atractivo y la mayor espontaneidad que ofrece el lenguaje materno en que pensamos, tengo para ello el motivo de hallar así más favorable acogida. Con ser tan reducido el territorio de nuestro lenguaje regional, mis escritos catalanes se despachan bastante más que mis *Líricas*, compuestas en la extensísima lengua castellana. Es verdad que de la Corte me han llegado algunas aprobaciones (y bastarían las de usted para compensarme de todos los desvíos); pero también es verdad que nadie me ha leído ahí espontáneamente, sino por los buenos oficios del amigo Estelrich, que se ha constituido mi procurador literario; mientras sin necesidad de procurador alguno, recibo continuamente de Cataluña adhesiones y testimonios

de afecto, hasta de sujetos desconocidos. Digo esto no para quejarme de nadie ni de nada, sino para explicar mi insistencia en valerme de la lengua regional para mis obras poéticas.»

Don Manuel Milá y Fontanals

insigne maestro en letras humanas, es, á mi ver, como preceptista, crítico y erudito, quien ha ejercido más benéfico influjo en el florecimiento de nuestra cultura, á mediados del siglo XIX, primero en Cataluña y más tarde en toda España. Y digo que en toda España más tarde, porque cincuenta ó sesenta años há, á causa de las continuas discordias civiles y de las preocupaciones políticas que embargaban los ánimos, se prestaba mucha menos atención que hoy á los asuntos literarios y el aislamiento de Barcelona con respecto á Madrid era muy grande. Yo tengo por cierto que Milá y sus escritos eran conocidos y celebrados en Alemania y en otras distintas naciones de Europa mucho antes de que en Madrid los conociese y estimase alguien que no fuese muy estudioso y muy docto.

Como yo en mi mocedad distaba mucho de serlo, confieso que no supe que había tan sabio literato en España hasta que en 1857 me informó de ello en Moscou un ingenioso poeta y entendido hispanófilo ruso, llamado Sergio Sobolewski. Algo me consoló de mi ignorancia de entonces el ver que, cuando volví de Rusia á Ma-

drid y hablaba yo de Milá y de sus obras, á casi todos mis interlocutores sonaba como inaudito cuanto yo les decia. Milá, sin embargo, habia dado ya á la estampa no pocos de sus mejores trabajos y adoctrinaba á la juventud en la universidad de la capital del Principado.

Su arte poética, sus observaciones sobre la poesia popular y otros escritos suyos, ya publicados en sendos volúmenes, ya en los periódicos ó revistas en forma de artículos, pudieron servir y sirvieron de guia y norma á la nueva escuela poética, llamada romántica.

Como fundamento de toda su doctrina debemos poner y considerar sus *Principios de teoria estética y literaria*, libro precioso por la sana y excelente doctrina que contiene y por la claridad, orden y concisión con que la doctrina está expuesta.

Partiendo de una filosofia primera espiritua- lista aunque poco determinada, cuyo sostén y apoyo son, sin duda, las tradicionales creencias religiosas del autor, busca éste lo bello y lo sublime en la naturaleza considerada en su más vasto y aristotélico significado, ó sea comprendiendo cuanto existe de material en el universo y asimismo el mundo de las ideas, afectos y pasiones: todo lo existente y todo lo posible en suma. Con aguda y atinada observación y con muy delicado análisis, halla y reconoce Milá lo bello y lo sublime en la naturaleza, y ya que no los defina, los describe, mostrando sus más esenciales caracteres, y probando la realidad objetiva

que en ellos hay con independencia absoluta del sentir y del conocer del sujeto que los contempla.

Afirmado así el ser independiente de lo bello y de lo sublime, estudia Milá las facultades perceptivas y pasivas del alma humana, para ver y entender lo que es sublime y lo que es bello, concebir su idea en la mente y atesorarla en la memoria.

A fin de hacer productivo este tesoro y sacar de él nuevas y ricas creaciones, estudia y analiza, por último, Milá las facultades activas y estéticas del alma, que informan al artista y de las que el arte procede. Y circunscribiendo luego su estudio del arte al de la palabra, nos da un breve y muy importante tratado de retórica y poética tan juicioso como lleno de novedad y que, más bien que contraponerse, se eleva sobre la escuela pseudo-clásica y sus reglas convencionales, basadas en el estudio parcial é incompleto de ciertos modelos.

Se diría que para la mencionada escuela pseudo-clásica sólo hay cuatro siglos luminosos, en que la literatura y la poesia florecen con el debido esplendor y en los que prevalece el buen gusto. Fuera de los siglos de Pericles, Augusto, León X y Luis XIV de Francia, apenas solía descubrir un pseudo-clásico obra literaria alguna que no fuese bárbara ó extraviada. Fuera de las leyes, promulgadas por las cuatro poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, correspondientes á los cuatro mencionados siglos, todo

era extravagancia y anarquía. Y aun dichas cuatro poéticas, y sobre todo la de Aristóteles, eran mal entendidas y peor interpretadas, ya que en la de Aristóteles, entendida bien, caben, en mi sentir, cuantas invenciones, atrevimientos y concepciones artísticas puede formar la más innovadora y lozana fantasía.

Acaso el empeño de desenterrar antiguas glorias poéticas, para el vulgo sepultadas en el olvido y de hacer valer como rico tesoro de poesía la de nuestra edad media, contradiga un poco en Milá lo verdadero y juicioso de sus reglas como preceptista. Sin embargo, y aunque nos inclinemos á creer que Milá concede más mérito del que merecen á muchas composiciones poéticas medioevales, todavía es muy de aplaudir la rara erudición, la infatigable diligencia y la discreción crítica que resplandecen en su libro *De los trovadores en España*.

Afectada, cortesana y harto poco popular fué la poesía de los trovadores, tan floreciente en Cataluña, en Aragón y en Navarra, y hasta en el mismo reino de Castilla, como en todo el mediodía de Francia. Y más floreciente aún entre nosotros, después de la batalla de Muret, donde murió el rey aragonés D. Pedro II y quedó vencido el Languedoc, por Simón de Monfort y sus cruzados. La poesía trovadoresca, no contando desde entonces con poderosos príncipes franceses que la protegieran, acudió á refugiarse en España, donde siguió brillando hasta fines del siglo XIII en que puede decirse que termina bro-

tando en Cataluña de los gérmenes populares, influidos por la poesía provenzal, una nueva y rica literatura, cuyo mayor auge y esplendor se manifiestan en el siglo XV, cuyo más brillante iniciador fué, sin duda, el mallorquin Raimundo Lulio y cuyos más egregios poetas, fueron Ausias March, Mosén Jordi, Jaume Roig, Gazull, Fenollar y Andrés Febrer, traductor del Dante.

En los versos de Milá titulados *El lenguaje lemosin*, más parece que recuerda el poeta, la época de la literatura propiamente catalana ó sea los reinados de D. Juan I, de D. Fernando el de Antequera y de D. Alfonso V el Magnánimo, que la época de los trovadores, que tienen más de extranjeros que de indígenas, aunque también los hubo catalanes de grande importancia y nombradía como Guillermo de Bergadan y Hugo de Mataplana. En el precioso libro *De los trovadores en España*, Milá nos da la historia de estos trovadores, cuya labor precede á la exclusiva poesía catalana propiamente dicha.

Aunque se escandalice y me censure quien me lea, me inclino yo á creer y me atrevo á insinuar que si se exprimen en la más poderosa prensa hidráulica todos los serventesios, lais, tensiones y pastorelas de los antiguos trovadores, ha de salir poquisimo jugo de verdadera poesía. Algo parecido y poco favorable puede también decirse, á mi ver de los cancioneros como el de Resende, el de Baena y el de Stufiga, pongamos por caso. Casi todos aquellos versos son artificiosos y muy poco sentidos. Lo singular es

que la poesía que falta en los versos está en abundancia en los autores de los versos; en sus aventuras, peregrinaciones, amorios y contiendas.

Los versos trovadorescos deben, pues, estudiarse para penetrar bien en la vida, usos y costumbres, política, intrigas y guerras de la edad en que se escribieron. Mirado desde este punto de vista, el libro de Milá es ameno é interesante. Sólo le vencen en esto, por tener más agradable y fácil estilo, los tomos de la *Antología de poetas líricos castellanos*, en que el sabio discípulo de Milá, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, trata de los poetas castellanos de los siglos XIV y XV.

Como quiera que ello sea, bien se ve que Milá, está ansioso de resucitar la antigua literatura catalana, empleándose para ello en escribir, reconstruir y divulgar la historia y los documentos de las dos corrientes que combinándose le dieron vida. Es una el gay saber trovadoresco, y es otra la poesía popular y espontánea, que da muestras de sí en romances, canciones y hasta en rondallas ó cuentos vulgares.

A este fin escribió y publicó Milá en 1853 sus atinadas *Observaciones sobre la poesía popular*, á las que sirven de apéndice y complemento un *Romancerillo catalán* y una curiosa colección de cantares, versos con que se acompañan ciertas danzas, consejas y cuentos infantiles. Así fué Milá uno de nuestros primeros y más estimables folk-loristas.

Mucho más tarde en 1882 publicó su *Romanero catalán* notablemente ampliado y que con-

tiene canciones y hasta las melodías ó tonadas con que la letra se canta.

Sin duda, con tales obras contribuyó Milá poderosamente al pleno renacimiento y florecimiento de la literatura regional catalana, de la que es tan apasionado como se advierte en los versos que insertamos en este FLORILEGIO. En ellos llega á decir:

Del saber el noble cetro
Que el catalán empuñaba
Cayó también de su diestra
Al olvidarse su habla,

lo cual, harto se ve que es una exageración apenas lícita en verso y que jamás el razonable y discreto Milá se hubiera aventurado á decir en prosa, lastimando la verdad histórica y el recto sentido.

No se crea con todo que el vehemente amor de Milá á su *región* ó patria chica entibiase en su corazón y en su mente el ardor fecundo con que honró y sirvió á la patria grande, erigiendo á la historia de su literatura un monumento tan hermoso como útil en su libro *De la poesía heroico-popular castellana*, libro que encierra mucha más doctrina y muchas más noticias que las que su título promete, y libro precedido de la brillante *Oración inaugural* leída ante el claustro de la Universidad de Barcelona en la apertura del curso de 1865 á 1866, donde el autor nos presenta una discreta apología y un cuadro sinóptico, rico, espléndido y claro de toda la cultura literaria española.

En este último y magistral libro de Milá hay que admirar igualmente la vasta erudición del autor, su conocimiento inmediato, y no de segunda mano, de los autores nacionales y extranjeros, y el buen gusto y la serena rectitud de juicio con que lo examina, lo aprecia y lo estima todo. Nada antes de la aparición del libro de Milá vale tanto para el estudio de nuestra historia literaria y para formar concepto más exacto del ingenio español, siendo necesario confesar aquí que somos deudores á un escritor catalán de tan entusiasta y atinado panegírico de la poesía castellana, lírica, dramática y narrativa.

La forzosa brevedad de estas notas no consiente que nos detengamos aquí en dar cuenta de otros escritos de Milá, ni menos en referir los casos de su vida. Limitémonos á decir que nació en Villafranca del Panadés, el 4 de Mayo de 1818 y murió el 16 de Julio de 1884.

Después de su muerte se ha hecho, ó más bien, se está haciendo en Barcelona, una edición de sus obras completas, dirigida é ilustrada por don Marcelino Menéndez y Pelayo. En los ocho tomos publicados ya se contienen las obras de que hemos dado cuenta, y además estudios sobre la literatura, lengua é historia de Cataluña, sobre el origen del teatro catalán, otros varios opúsculos, y poesías y leyendas en catalán y en castellano. El tomo IX, inédito aún, contendrá la vida y el juicio de Milá escritos por D. Marcelino, correspondencia literaria y otros diversos documentos.

Don Juan de la Pezuela nació en Lima el 16 de Mayo de 1810, siendo virrey del Perú su padre D. Joaquin, primer Marqués de Viluma.

A la edad de ocho años vino á España. Se educó en el célebre colegio de San Mateo. Fueron sus principales maestros D. José Gómez Hermosilla y D. Alberto Lista. Entre sus más aventajados condiscípulos pueden contarse don José de Espronceda, D. Ventura de la Vega, don Mariano Roca de Togores, y el peruano D. Felipe Pardo.

No ponderaré yo lo severo y lo profundo de la instrucción que se daba en el mencionado célebre colegio; pero es indudable y digno de admiración y de aplauso, el amor á las letras que se infundía allí en los espíritus, dotándolos de un extremado buen gusto, resistente valladar contra toda moda absurda y contra toda novedad peligrosa.

Este amor á las letras, verdaderamente estético por lo desinteresado, se mostró en Pezuela más que en otros, por la elevación de la cuna en que él había nacido, por donde le movía más el puro deleite que la obra artística produce en el alma, que la fama ó el provecho que de su producción puede seguirse.

No creemos que, al salir Pezuela del colegio, fuese un muy docto y erudito humanista; pero si le creemos prendado de la poesía y entusiasta admirador de las mejores obras que en este género han nacido del arte y del ingenio humanos.

La nobleza de su nacimiento y la esmerada primera educación que Pezuela hubo de recibir en la casa de sus padres, contribuyeron sin duda á realzar en él ciertas excelentes cualidades indígenas, haciendo de él un caballero muy cabal y como si dijéramos muy chapado á la antigua española: un ilustre y castizo hidalgo de las edades pasadas, si no como éstas fueron en realidad como pudo imaginarse que debieron ser.

Tal vez se tome por atrevida paradoja lo que voy á decir, pero no me resigno á callarlo. Durante el reinado de Fernando VII, fanatizada la plebe por los frailes era servil en su gran mayoría, de suerte que el liberalismo resultaba aristocrático y elegante. Pezuela fué, pues, liberal, y se me figura que ha continuado siéndolo hasta el día de hoy de la misma manera y en el mismo grado; pero como el liberalismo, triunfante al fin, se ha extendido y crecido entre el vulgo, resulta que Pezuela, sin haber variado, sea tenido ahora por poco liberal y hasta por reaccionario.

Valerosamente, sin embargo, sirvió á la causa de la libertad y del progreso de su patria, desde la muerte de Fernando VII hasta la mayor edad de la reina doña Isabel II.

En la carrera militar, que fué la suya, combatió por la reina niña y por el nuevo régimen político, señalándose durante la larga guerra civil como bizarro é inteligente caudillo.

No me incumbe relatar aquí las acciones y empresas guerreras en que Pezuela tomó parte,

ni menos tratar de su vida política, ya en las Cortes, ya en los empleos y gobiernos que se le confiaron. Baste decir, que logró más honores y títulos que riqueza, lo cual redundaba en su alabanza.

Hoy vive aún, con sana y envidiable longevidad, estimado y respetado de todos, porque la envidia ó la ira de sus contrarios políticos no se levantan contra él para atacarle en su retiro. En él vive en modesto y merecido encumbramiento, oficialmente sancionado por los altos Poderes de la Nación, que le han hecho Marqués de la Pezuela, Conde de Cheste, Capitán general, Grande de España y Senador por derecho propio, y que han suspendido en su cuello el Toisón de Oro.

La Real Academia Española se honra y le honra teniéndole por su Director desde hace muchos años.

Sus poesías líricas, amorosas y galantes, como la que insertamos en esta obra, son muy de estimar por la verdad y delicadeza del sentimiento con que están escritas y por la elegante sencillez del estilo; pero lo que más fama ha dado á Pezuela es su empeño, no malogrado, de poner en verso castellano las principales epopeyas de Portugal y de Italia.

No poco se ha censurado su traducción de *La Divina Comedia*, y no por la ignorancia ó mala comprensión del texto, sino por la libertad que Pezuela se toma al expresarle en nuestra lengua, de inventar vocablos y hasta de adoptar formas

ó desinencias en las conjugaciones, que no están ni tal vez estuvieron nunca en uso. Debe decirse, con todo, en defensa de Pezuela que no se vale á menudo de tamañas libertades, las que hasta cierto punto, ya que no sean lícitas, tienen excusa, porque Dante mismo excita á emplearlas con su ejemplo y escribe en una lengua, aunque ya formada, harto nueva aún y en la que el poeta ensancha, cambia ó modifica lo que le conviene. De todos modos es de aplaudir el fervoroso y persistente entusiasmo con que Pezuela pone en nuestro idioma la obra capital del terrible poeta Gibelino. Para los que no le entienden bien en italiano, es muy útil la traducción de Pezuela, y como no hay ni hubo nunca otra mejor, pecará sin duda de severo, ya que no de injusto quien la califique de mala. Y mayor será la injusticia y el poco fundamento de semejante calificación, si se atiende á que los adustos y descontentadizos censores, probablemente, casi de seguro, no leyeron jamás ni entendieron el original de la traducción censurada.

En las traducciones en verso que ha hecho Pezuela de los otros grandes poemas, puede notarse, á la verdad, el mismo defecto, aunque no en tanto grado. Valga para su disculpa aquello de que á los poetas

Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.

También hay algo en ello del denuedo militar tan propio de la profesión del poeta que traduce. Tal vez, como el hijo de Filipo, Pezuela pier-

de la paciencia cuando tarda en desatar el nudo y le desbarata de una cuchillada, ó bien cuando la musa castellana se le resiste á expresar lo que desea como al otro se le resistió la Pitonisa, la agarra de un brazo y la obliga por fuerza á pronunciar el oráculo.

De todos modos debemos tener presente que es muy fácil censurar y en extremo difícil vencer con labor menos imperfecta la labor censurada. Al cabo la traducción de *Los Lusíadas* de don Lamberto Gil no es mejor que la del Conde de Cheste. Probablemente, pues yo confieso no haber leído ninguna, no serán mejores que la del Conde de Cheste las cuatro ó cinco traducciones que se citan de *La Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso. El mismo olvido en que están prueba ó hace recelar su corto mérito. De seguro que los eruditos que las mencionan, jamás tuvieron la paciencia de leerlas.

Por último, la traducción que hizo Cheste del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, es también mejor que la antigua traducción del capitán Jerónimo de Urrea, en cuya defensa dijo Cervantes, que le perdonaba haberle traducido quitándole mucho de su natural valor, porque «lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento».

Quizá Cervantes hubiera modificado tan severa sentencia contra las traducciones poéticas, si

hubiese leído la que del *Orlando* hizo en silva D. Augusto de Burgos, hijo del célebre traductor de Horacio. Con esta traducción, publicada por vez primera en Barcelona en 1846, y que se lee con mucho agrado, tuvo que luchar y que competir Pezuela.

En el caso del *Orlando*, hay además otras dificultades: la ironía satírica y la imaginación sobrado licenciosa del poeta original, tan en desacuerdo con la gravedad y la compostura del traductor, sobre todo en la edad avanzada ya en que emprendió y llevó á cabo tan árdua tarea. ¿Cómo Pezuela, después de haber cumplido los setenta años, y en su respetable posición hubiera podido traducir con deleite y sin sonrojo los desvergonzadísimos episodios de *El perro precioso* y del *focondo* por más que asegure el cristiano poeta Ludovico Ariosto, según le llama Cervantes, tal vez por chiste, que el Arzobispo Turpin había puesto todo aquello en su crónica y que él no hace mas que copiarlo?

Hay, por último, que aducir en favor de las traducciones épicas del Conde de Cheste, que el gran público no gusta ya de las epopeyas, sino que le aburren. De aquí, que muchas personas cuando no son audaces en extremo, no se atreven á decir que Homero, Virgilio, Dante, Ariosto, Camoens y el Tasso les parecen inaguantables y descargan su enojo ó su furia contra los traductores, como quien piensa y dice, *aquí que no peco*.

Nosotros, si hemos de ser imparciales y esti-

mando como debemos las más bellas é ingeniosas creaciones poéticas del ingenio humano, aplaudimos con toda sinceridad la labor del Conde de Cheste, que basta, á pesar de sus deficiencias, á dar idea aproximada de las bellezas que las mencionadas obras contienen, á quienes no las entenderían si se empeñasen en leerlas en el idioma en que se escribieron.

Don Mariano José de Larra

no es muy conocido y celebrado como poeta lírico, pero el hermoso romance suyo que insertamos en nuestra coleccion, basta á probar que sentía hondamente la pasión amorosa y sabía expresarla en verso con castiza elegancia.

Como novelista, y cuando en España empezó á cultivarse la novela histórica, siguiendo á Walter Scott, Larra compuso *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, novela no inferior á las que en el mismo género compusieron Espronceda, Villalta, D. Enrique Gil y D. Patricio de la Escosura.

Larra fué también autor dramático. Su obra original más aplaudida tiene el mismo asunto que la susodicha novela. Es su protagonista el célebre trovador gallego Macías *el Enamorado*, cuya vida tomó fin amando, como dice Juan de Mena.

Escribió también Larra algunas comedias, traducidas ó arregladas de otras francesas, como *El Arte de conspirar* y *No más mostrador*.

Su alta nombradía procede, sin embargo, de otros estudios y producciones. Para alcanzarla, le valieron principalmente su notable talento de escritor satírico, aplicado á las cosas políticas, la gracia y ligereza de su estilo para trazar cuadros de costumbres contemporáneas y su claro y desenfadado criterio para juzgar las novedades dramáticas.

Contribuyó, no poco, á la prontitud y elevación con que creció su fama, lo poco comunes que habían sido, antes de que él escribiese, ciertos breves escritos periodísticos, á los que prestaron luego ocasión, posibilidad y oportunidad la naciente libertad de imprenta, la guerra civil y la agitación y el tumulto del nuevo reinado, de la Regencia y de la minoría de una reina niña.

Larra se valió para escribir de varios pseudónimos, aunque, más que por disfraz por gala ó chiste, ya que bajo los sucesivos apodos de *El duende satírico*, *El pobrecito hablador*, *Andrés Niporesas*, *Ramón Arriala*, *El Bachiller Juan Pérez de Munguía* y *Figaro*, el público no dejaba nunca de reconocerle.

Confieso que sería para mí muy difícil empresa, y además no quiero acometerla porque no lograría salir con ella adelante en una breve nota y sin redactar muchas páginas, la justa estimación del valer de Larra, determinando la importancia que en absoluto tuvo y tiene y lo que debió á circunstancias favorables.

Por algo entraron también en las extraordi-

narias alabanzas que sus escritos obtuvieron, todos los sucesos más ó menos misteriosos de sus últimos amores y la tragedia que puso fin á dichos amores y á su vida, cuando la mujer á quien Larra amaba vino á la casa del poeta para romper las antiguas relaciones, y él se dió la muerte. Siempre, y más aún en aquel tiempo de férvido romanticismo, hubiera atraído y atraído la atención y la simpatía del vulgo, el caso lastimoso que, en muy lozana juventud, á los 28 años de edad, con muchos laureles ya logrados y con esperanza de lograr otros mayores, acabó con la vida del que pensó al morir y pudo decir como el héroe de su novela y de su drama:

Catívo de minha tristura,
Eu morro desamparado
Con pesar é con desejo.

Nació Larra en Madrid el 24 de Marzo de 1809 y murió en esta misma villa de Madrid el 13 de Febrero de 1837.

Don Ramón de Mesonero Romanos fué escritor tan estimable por su claro talento de observación y su fácil estilo, como excelente sujeto por la buena voluntad y activa eficacia con que se empleó en el bien público.

Esta villa de Madrid, donde nació el 19 de Julio de 1803, debe á su iniciativa y á sus esfuerzos no pocas materiales mejoras, y debe á

sus estudios y á su ingenio no pocos lindos cuadros en que aparecen retratados los usos, las costumbres y las fiestas populares de la capital de España.

Hay quien supone que le sugirió la idea de escribir tales cuadros, la lectura del *Espectador*, de Addison, y otros escritores ingleses y franceses de la misma laya. Pero no creo yo que la idea fuese tan peregrina y la novedad tan estu- penda que se necesitase ir á buscarlas fuera de España. Antes de que Addison naciera y antes de que nacieran los otros autores á quienes se supone que Mesonero Romanos sigue ó imita, habíamos tenido en España á Juan de Zabaleta, entre otros, que bien pudo excitar la emulación y servir de modelo á quien compuso el *Panorama Matritense* y tomó el pseudónimo de *El curioso parlante*. Prescindiendo de las naturales é inevitables diferencias en el sentir y en el pensar de los siglos en que vivieron, los dos autores españoles son parecidos. Ambos pintan en breves descripciones y narraciones, la vida, los entretenimientos, los caracteres, pasiones y vicios de los habitantes de esta villa y corte.

Mesonero Romanos había empezado por describir con diligente habilidad el lugar de la escena en que sacó á relucir más tarde á los personajes de su fantasía. El primer libro que dió á la estampa, en 1831, fué el *Manual de Madrid*, que se consideró desde luego muy útil y fué generalmente estimado por las interesantes noticias que contiene. Alentado por aquel buen

éxito, Mesonero empezó poco después á publicar en los periódicos sus artículos de costumbres. Reunidos éstos después, aparecieron los dos primeros tomos del *Panorama Matritense*, en 1836, alcanzando toda la popularidad y todo el aplauso que era posible en una tierra como la nuestra, oprimida poco antes por un nada culto despotismo, trabajada entonces por discordias y guerras civiles, y donde todavía se leían y se compraban muy pocos libros.

Mesonero fué, pues, uno de los iniciadores del renacimiento y del nuevo florecimiento literario.

Á él contribuyó además, fundando en el mismo año de 1836, el *Semanario pintoresco español*, que alcanzó larga vida y ejerció benéfico influjo en la cultura española, no sólo literaria, sino también artística y arqueológica.

Como poeta nunca se elevó Mesonero más allá de una razonable medianía. Escribió romances y otros versos graciosos, como una persona ilustrada podía escribirlos, contando con cierto buen gusto, espontaneidad, agudeza y desenfado chistoso. *El coche simón*, que en nuestra colección insertamos, da testimonio de tales prendas.

Prueban, por último, la capacidad y los merecimientos de Mesonero Romanos como erudito y crítico conocedor de nuestra literatura, los discursos, apuntes biográficos, juicios, catálogos y notas con que ilustró los tomos de Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega y Dramáticos posteriores á Lope de Vega, de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Después de largo silencio, y ya en edad muy avanzada, escribió y publicó Mesonero sus *Memorias de un seletón*, libro de muy agradable lectura, lleno de interés, de amenidad y de datos curiosos.

D. Ramón de Mesonero Romanos era individuo de número de la Real Academia Española desde el día 17 de Mayo de 1838.

Su muerte, muy sentida por la estimación y el afecto que por tantos títulos había alcanzado de sus compatriotas, ocurrió en esta misma villa y corte el 30 de Abril de 1882.

Ya se entiende que nosotros sólo podemos tratar aquí de D. Ramón de Mesonero Romanos, apreciar sus obras y contar su vida, en brevisimo resumen. Quien desee conocer todo esto, con pormenores y circunstancias, detenido examen de los escritos, observaciones y documentos, deberá leer el notable discurso necrológico que sobre Mesonero ha compuesto D. Emilio Cotarelo y que formará cuando se imprima un no muy pequeño volumen.

Don José Joaquín de Mora es personaje literario tan original y tan importante que, si bien hemos tratado de él extensamente en la introducción de esta obra, todavía nos queda mucho que decir. Y como no es posible que digamos sino muy poco, por la brevedad que han de tener estas semblanzas, aconsejamos á

quien desee enterarse mejor de todo, que lea los apuntes biograficos sobre D. José Joaquín de Mora, escritos por D. Miguel Luis Amunátegui, é impresos en Santiago de Chile en 1888.

Mora nació en Cádiz el 10 de Enero de 1783. Estudió leyes en la Universidad de Granada, donde tuvo por compañero y amigo á D. Francisco Martinez de la Rosa.

Como durante las vacaciones volvíá á Cádiz, trabó allí amistad con otros jóvenes de mérito y de grandes aficiones literarias, entre los cuales descollaba D. Antonio Alcalá Galiano.

En 1808, movido por amor de la patria, tomó las armas contra los franceses y se halló en la batalla de Bailén. Siguió militando como soldado raso voluntario, y llegó á ser alférez cuando cayó prisionero de los franceses. Enviado entonces á Francia, permaneció allí algunos años y no volvió á España hasta 1814, casado con una señora francesa llamada Francisca Delauneux.

Desde 1814 á 1823 Mora vivió casi siempre en Madrid, empleándose en tareas literarias. Publicó entonces un periódico, que salía dos ó tres veces cada semana y se titulaba *Crónica científica*. En aquella publicación fué D. Antonio Alcalá Galiano uno de los principales colaboradores de Mora, y ambos sostuvieron una muy animada polémica contra D. Nicolás Böhl de Faber, alemán de nación, pero fervoroso hispanófilo, padre de la ilustre escritora que tan famosa se hizo más tarde con el seudónimo de Fernán Caballero.

Después de largo silencio, y ya en edad muy avanzada, escribió y publicó Mesonero sus *Memorias de un seletón*, libro de muy agradable lectura, lleno de interés, de amenidad y de datos curiosos.

D. Ramón de Mesonero Romanos era individuo de número de la Real Academia Española desde el día 17 de Mayo de 1838.

Su muerte, muy sentida por la estimación y el afecto que por tantos títulos había alcanzado de sus compatriotas, ocurrió en esta misma villa y corte el 30 de Abril de 1882.

Ya se entiende que nosotros sólo podemos tratar aquí de D. Ramón de Mesonero Romanos, apreciar sus obras y contar su vida, en brevisimo resumen. Quien desee conocer todo esto, con pormenores y circunstancias, detenido examen de los escritos, observaciones y documentos, deberá leer el notable discurso necrológico que sobre Mesonero ha compuesto D. Emilio Cotarelo y que formará cuando se imprima un no muy pequeño volumen.

Don José Joaquín de Mora es personaje literario tan original y tan importante que, si bien hemos tratado de él extensamente en la introducción de esta obra, todavía nos queda mucho que decir. Y como no es posible que digamos sino muy poco, por la brevedad que han de tener estas semblanzas, aconsejamos á

quien desee enterarse mejor de todo, que lea los apuntes biograficos sobre D. José Joaquín de Mora, escritos por D. Miguel Luis Amunátegui, é impresos en Santiago de Chile en 1888.

Mora nació en Cádiz el 10 de Enero de 1783. Estudió leyes en la Universidad de Granada, donde tuvo por compañero y amigo á D. Francisco Martinez de la Rosa.

Como durante las vacaciones volvíá á Cádiz, trabó allí amistad con otros jóvenes de mérito y de grandes aficiones literarias, entre los cuales descollaba D. Antonio Alcalá Galiano.

En 1808, movido por amor de la patria, tomó las armas contra los franceses y se halló en la batalla de Bailén. Siguió militando como soldado raso voluntario, y llegó á ser alférez cuando cayó prisionero de los franceses. Enviado entonces á Francia, permaneció allí algunos años y no volvió á España hasta 1814, casado con una señora francesa llamada Francisca Delauneux.

Desde 1814 á 1823 Mora vivió casi siempre en Madrid, empleándose en tareas literarias. Publicó entonces un periódico, que salía dos ó tres veces cada semana y se titulaba *Crónica científica*. En aquella publicación fué D. Antonio Alcalá Galiano uno de los principales colaboradores de Mora, y ambos sostuvieron una muy animada polémica contra D. Nicolás Böhl de Faber, alemán de nación, pero fervoroso hispanófilo, padre de la ilustre escritora que tan famosa se hizo más tarde con el seudónimo de Fernán Caballero.

Böhl de Faber, difundiendo en España el criterio romántico de sus compatriotas Guillermo y Federico Schlegel, ensalzaba á Calderón y celebraba nuestro antiguo teatro; Mora y Galiano, extremando las doctrinas pseudo-clásicas á la francesa, rebajaban el mérito de aquel glorioso dramaturgo.

En 1818 empezó Mora á darse á conocer como autor dramático, aunque no con obras originales, sino con traducciones y arreglos. Por encargo de Isidoro Máiquez puso en castellano la tragedia de Carlos Brifaut, titulada *Nino II*, en la que tantos aplausos había alcanzado en París el célebre Talma. Máiquez los alcanzó en Madrid no menores, representando la traducción de Mora. Éste tradujo también en verso, adaptó ó arregló á nuestra escena, otra comedia francesa, á la que puso por título *La aparición y el marido*.

La actividad de Mora como escritor era, sin duda, buena y fecunda por la pasmosa facilidad que para escribir él tenía; pero, fuerza es confesarlo, no podía menos de resentirse de tener por estímulo, más que la inspiración, el deseo de ganarse la vida. De aquí que Mora divulgase en sus escritos, ya traducidos ya propios, las doctrinas más opuestas. Con idéntico entusiasmo, al parecer, trasladaba al castellano las vidas de los filósofos antiguos del espiritualista Fenelón, fervoroso cristiano y casi místico, y el *Ensayo sobre las preocupaciones* del Barón de Holbach, materialista y ateo.

De presumir es, no obstante, que por inclina-

ción natural, Mora propendía al liberalismo y á ser librepensador y algo descreído, aunque sin negar las más fundamentales nociones religiosas de la existencia de Dios y del libre albedrío, y consiguiendo responsabilidad del inmortal espíritu del hombre.

Movido Mora por sus ideas liberales, dejó de ser mero literato, y ya desde 1820 á 1823 tomó parte en la política de su tiempo.

En un nuevo periódico, llamado *El Constitucional* sostuvo el partido de los comuneros, el más exaltado liberalismo de entonces.

El restablecimiento del poder absoluto, por la intervención de los cien mil hijos de San Luis, hizo que Mora emigrase, refugiándose en Londres. Allí se hizo muy amigo y secundó los trabajos del ilustre, aunque extraviado, D. José María Blanco ó White, ya que se le conoce con el mismo apellido, ora en inglés, ora en castellano. El aborrecimiento de Blanco á su patria, España, y á la religión católica, hubo de rayar en delirio. Blanco llega á decir, que no quiere escribir en nuestra lengua, porque nuestra lengua «ha llevado consigo la superstición y esclavitud religiosa, donde quiera que ha ido».

Algo inficionado Mora por la contagiosa manía de Blanco, á par que dominado por amor vehemente y cándida admiración á todo lo inglés, se empeñó en difundir la cultura y las artes británicas entre los españoles, pues españoles eran todavía los que en América habían sacudido el yugo de la madre patria y se habían declarado

independientes. Deseoso de llevar la luz intelectual á aquellas regiones y de arrojar de allí las tinieblas de la ignorancia y la barbarie, Mora empezó por simpatizar con los insurrectos. Después, á fin de ilustrarlos, colaboró con White en la revista *El Mensajero de Londres*, publicada por el editor Ackermann, para uso de los hispano-americanos. Gracias al mismo editor, Mora dió también á la estampa otro á modo de periódico, titulado *No me olvidéis*, del que hace Blanco extraordinarios elogios. Blanco cree que Mora promete mucho, y que después de escapar de la *mazmorra ó charco estancado* de España, si se dedica con ardor y perseverancia al estudio de los escritores británicos, llegará á escribir muy bien, así en prosa como en verso, echando la zancadilla á cuantos en España han escrito ó escriben, lo cual no era al cabo muy lisonjera ponderación, ya que para Blanco valia poquisimo cuanto en España se ha escrito, y lo que es á nuestra poesía la calificaba de palabarrera, ampulosa y falta de sinceridad en los sentimientos.

Alentado Mora por las alabanzas de Blanco, y siendo, como era, infatigable y fertilísimo productor de prosa y de versos, siguió desde Londres tratando de civilizar á los hispano-americanos que, según él asegura, «habian vegetado por siglos en el pupilaje más opresivo y bajo la férula del gobierno más ciego de Europa, y empezaban á gozar una especie de edad viril, retardada hasta entonces por la opresión de sus tutores».

Para instruir, pues, á los hispano-americanos

en las ciencias y en las artes, y de concierto con el editor Ackermann, Mora tradujo ó compuso multitud de obras de todas clases: las revistas *Museo Universal* y *Correo de Londres*, *La Persia*, descripción de aquel país, *Cartas sobre la educación del bello sexo*, *El Talismán* y el *Ivanhoe*, de Walter Scott, *Historia de los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada*, *Historia de Méjico*, de Clavijero, vertida al castellano, y *Meditaciones poéticas*, imitadas de Blair.

Pero el medio más eficaz de que Mora y Ackermann se valieron, para divulgar los conocimientos en América, tan atrasada según ellos, por la esclavitud y por la tuvimos y por nuestros establecimientos pedagógicos, semilleros de *corrupción y de abusos*, fueron los epitomes ó breves compendios á que dieron el nombre de *Catecismos*.

En prueba de la ignorancia lastimosa que habia en América, Mora dice indignado que este título de Catecismo chocó bastante por allí. Muy ignorante debo de ser yo, porque el tal título de Catecismo también me choca; me choca tanto como si llamásemos catecúmeno al estudiante, ángel al cartero ó al mensajero, obispo al inspector, eucarística á cualquiera cosa blanca, hecatombe al sacrificio de hombres y no de bueyes y otras impropiedades un poquito pedantescas y cursis de la misma laya. Con todo, y dejando aparte esta cuestión, me limitaré á decir que Mora compuso tres Catecismos: el de Geografía, el de Gramática castellana y el de Gramática latina.

Creciendo después su afición á difundir la cultura entre los hispano-americanos, y como si dijéramos á sacarlos del borrador en que los había tenido España y á ponerlos en limpio, Mora no se aquietó ni se contentó con ir á América en espíritu, envuelto en lo que escribía, sino que cruzó corporalmente el Atlántico, acompañado de su mujer, y fué á establecerse en Buenos Aires. Háblale llamado á aquella República su Presidente, D. Bernardino Rivadavia, dándole favor, auxilio, empleos y distinciones.

Nuestro propagador de las luces, trasunto, hasta donde es posible en nuestra prosáica edad moderna, de los Osiris, Triptolemos, Cadmos y Orfeos de las edades mitológicas, aportó á Buenos Aires en Febrero de 1827. En seguida fundó un periódico, escribió mucho y de todo, animó á los rioplatenses para que diesen culto á Minerva y dijo mil horrores contra la fanática, decaída é ignorante España.

La mujer de Mora, asociándose con la mujer del sabio andante napolitano D. Pedro de Angelis, que habían llegado á aquellas playas en el mismo barco que Mora, estableció y dirigió á medias un colegio de señoritas, educando así al bello sexo, mientras que el sexo feo era educado por su marido.

Duró poco, no obstante esta benéfica y útil situación del matrimonio docente.

Cayó Rivadavia, subió al poder el partido contrario, y quitó á Mora la pensión que recibía, molestándole además, ya que no persiguiéndole.

Por fortuna la buena fama de Mora había salvado la ingente cordillera de los Andes y pregonado en Chile sus altos merecimientos.

El Presidente de aquella República, D. Francisco Antonio Pinto, quiso tenerle á su mandado y valerse de él como auxiliar y consejero para sus empresas civilizadoras y gubernamentales. Mora salvó también los Andes, por donde su buena fama le había precedido, y se instaló en Santiago con más honrosa consideración y lucrativos empleos que los que en el Rio de la Plata había gozado.

Allí fundó y redactó *El Mercurio Chileno*, escribió muchísima prosa y no pocos versos, logró que su mujer, apoyada por el Gobierno, estableciese un colegio de señoritas, reformó él mismo la instrucción pública y el Instituto nacional ó Liceo, á modo de Universidad, para la educación de los varones, y por último, á semejanza de Solón, de Licurgo y de otros antiguos sabios, redactó la ley fundamental ó Constitución chilena, que hizo aprobar por la Asamblea de sus legisladores. Pero en Chile, lo mismo que antes en la República Argentina, duró poco la elevación de Mora y su poder y su influjo, que sobre todo se extendían. No cabe referir aquí todo lo que hizo Mora en Chile y las raras muestras que dió de su actividad y aptitud como político, como pedagogo, como poeta lírico y dramático y como periodista. Multitud de émulos, llenos de odio y de envidia, se alzó contra él. El nuevo Presidente Ovalle y su Ministro Portales, se declara

ron contra Mora, y Mora al fin fué preso y expulsado de Chile. Ya desde la nave en que salió para el Perú del puerto de Valparaíso, empezó Mora á tomar venganza de los chilenos que le expulsaban. Como despedida, imitando á los partos, que disparaban al huir sus más mortíferas flechas, Mora disparó una sátira muy graciosa, poniendo en ridículo al citado Presidente y á su Ministro.

Después le hallamos establecido en Lima, donde también encuentra numerosos amigos, admiradores y protectores. Entre sus amigos de entonces figura D. Felipe Pardo, que se había educado en Madrid en el colegio de Lista, teniendo allí por condiscípulos á Pezuela, Espronceda, Ventura de la Vega y Roca de Togores.

Pardo, culto é ingenioso poeta como sus condiscípulos mencionados, desplegaba en aquél tiempo muy prolífica actividad literaria, escribiendo mucha poesía lírica y satírica, así como las comedias *Frutos de la educación*, *Una huérfana en Chorrillos* y *Don Leocadio*, que se representaron con buen éxito en el teatro de Lima.

Mora contaba también con otros amigos literatos y con importantes amigos políticos, así peruanos como chilenos, como él expulsados de Chile. Esta circunstancia le movió á seguir empleándose en los negocios de la República chilena, á fin de llevar de nuevo á su presidencia al General O'Higgins. De aquí, y también de la ferocidad con que trataba en sus escritos á todo chileno que no era partidario del mencionado

General, resultó que cuantos eran acérrimos enemigos de éste vinieron también á serlo de Mora con mayor encarnizamiento. Hubo, pues, ruidosas y crueles polémicas y desapiadados insultos, con los que Mora fustigó y lastimó á no pocas personas, pero de los cuales salió también lastimado y herido.

Llegó en esto el año de 1834. El tirano de su patria, como nuestro ilustre aventurero llama á Fernando VII, había muerto ya, y eran grandes las halagüeñas esperanzas que se tenían de que en España, aun en medio de alborotos, trastornos y guerras civiles, renaciese la libertad y se abriese y allanase el camino del progreso. Mora sintió, pues, vehemente deseo de repatriarse. Sus compromisos políticos y su persistente odio contra Chile le detuvieron en América todavía. El Presidente de la República de Bolivia, General Santa Cruz, le llamó á su capital, la Paz, le prestó valimiento y apoyo y le nombró para que dirigiese los estudios y enseñase en la Universidad que había fundado.

Mora, admirador, y tal vez consejero de aquel General ambicioso, siguió su suerte y participó de sus triunfos, cuando Santa Cruz se apoderó del Perú y creó la confederación Perú-Boliviana.

Sin duda Mora estimuló después la ambición de Santa Cruz para que también se apoderase de Chile; pero como los apuros pecuniarios de aquel caudillo no eran menores que su ambición, Mora recibió el encargo de ir á Londres á buscar re-

cursos, levantando un empréstito. Así volvió Mora á Europa en 1838, después de haber pasado diez años en el Nuevo Mundo.

Sus gestiones para inspirar confianza en la Confederación Perú-Boliviana y lograr que en Londres le prestasen dinero iban siendo harto difíciles, cuando al fin tuvieron desastroso remate, así como el odio de Mora contra Chile y la ambición del caudillo á quien representaba. Este caudillo fué completamente derrotado por los chilenos en la batalla de Yungai. Se deshizo la confederación que Santa Cruz había creado; él, que se llamaba Protector, cayó del poder y tuvo que emigrar, y el Consulado y la importancia de Mora se disiparon como un sueño.

Lleno de desengaños, y es de presumir que poco medrado de fortuna, volvió Mora á su patria, que le recibió cariñosa.

En Cádiz tomó en 1843 la dirección del Colegio de San Felipe, cargo que, sucesivamente, habían desempeñado D. Alberto Lista y D. Antonio Alcalá Galiano.

Pronto, no obstante, vino Mora á establecerse en Madrid, donde desplegó su infatigable actividad mental, tratando de difundir la filosofía escocesa y las doctrinas económico-políticas de su amigo Mac-Culloch y escribiendo muchos artículos en periódicos diarios y semanales, como *La América*, de D. Eduardo Asquerino.

Sin duda convendría que se reuniese, ya que no todo, lo más selecto de los artículos de Mora, y de ello se hiciese una edición esmerada. Otras

varias obras suyas, sobre muy distintas materias, y no pocas de bastante extensión, merecen no caer en olvido. Sus cartas familiares, por último, son amenísimas, interesantes y graciosas. Modelo de estilo epistolar, su autor se muestra en ellas con toda la sinceridad de su alma, y dice con franqueza cuanto se le ocurre y cuanto su aborrecimiento ó su simpatía le sugiere sobre las personas y las cosas. Y todo esto lo dice, ya en prosa desatada llena de chistes y de gracia, ya en versos, hechos al correr de la pluma, con fácil y maravillosa maestría para medirlos y rimarlos con rimas imprevistas y raras. Muchas de las cartas de Mora que Amunátegui publica en su libro, son precioso dechado de las referidas cualidades.

Hallándose Mora todavía en América, en 1836, publicó en Cádiz un tomo de poesías. Otro mucho más voluminoso publicó en Madrid, en 1853. Y aun así ha de quedar inédito casi otro tanto de sus versos, porque su vena era raudal caudaloso y continuo.

Si como sabio y prosista Mora era divulgador de ideas ajenas más que propias, todavía presta fuerza y cierta originalidad á su estilo su entusiasmo por la libertad y por el progreso, su afán de ilustrar y de enseñar á la gente de su casta, que consideraba atrasadísima, y su anglomanía candorosa y vehemente.

Como poeta fué más original que escribiendo en prosa. Es cierto que rara vez se elevaba á grande altura, pero en algunas de sus poesías,

como en la epístola á Martínez de la Rosa que nosotros publicamos, la pasión política le presta poderosas alas para romper la red de las poco atinadas doctrinas estéticas que él mismo había tejido y para encumbrarse á las regiones de la poesía lírica verdadera.

Sus versos satíricos y jocosos están llenos de agudeza y desenfado. Brillante prueba de ello dan su no acabado poema de *Don Juan* y sus *Leyendas españolas*, donde más que la narración de la fábula y la pintura de los personajes, interesan y divierten las digresiones y disertaciones que Mora entrevera en la historia con mayor abundancia y diversidad de asuntos que Ariosto en el *Orlando* y que Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

La Real Academia Española reconoció y premió el mérito de Mora recibéndole en su seno el 20 de Diciembre de 1848.

Para la Academia hizo Mora muy útiles trabajos, especialmente sobre sinónimos.

Durante algún tiempo estuvo Mora en Londres como Cónsul de España.

En proporción de su fecunda labor y de su mucho saber é ingenio, bien puede afirmarse que la fortuna le favoreció poco y que son inferiores á su valer la fama, la popularidad y el provecho que obtuvo. Mora llegó á edad muy avanzada y murió en Madrid el 3 de Octubre de 1864.

Su mujer, que le acompañó en sus peregrinaciones y que hábil y valerosamente le auxilió en sus trabajos, le sobrevivió bastantes años y mu-

rió á los 98 de su edad, en 1887, y también en esta corte.

Me he extendido aquí mucho más de lo que debiera, si se atiende á la índole de esta obra, por ser poco conocido de la generalidad de los españoles el insigne polígrafo é ingenioso poeta de que trato.

Don Antonio Alcalá Galiano

entra con razón, según lo que yo entiendo, en el número de nuestros líricos, aunque su fama como tal no es grande. Otras prendas y estudios suyos la han eclipsado. Lo mismo ocurre con otros ilustres personajes políticos que también han sido poetas, como por ejemplo D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Juan Donoso Cortés. Si de Pacheco y Ríos Rosas prescindo en este FLORILEGIO, es por creer que sus versos acrecientan muy poco la alta nombradía que tuvieron y tienen. Y en cuanto al Marqués de Valdegamas, bien puede asegurarse que sus versos importan poco, por haber sido el notabilísimo y extraño poeta en prosa, orador y pensador elocuente y algo filósofo y teólogo, aunque apocalíptico y un tanto cuanto extraviado, ya por la antipatía sugestiva que le inspiraba Proudhon, ya por su más sugestiva simpatía hacia Bonald y el conde José de Maistre.

Galiano, en cambio, aunque fué también hom-

como en la epístola á Martínez de la Rosa que nosotros publicamos, la pasión política le presta poderosas alas para romper la red de las poco atinadas doctrinas estéticas que él mismo había tejido y para encumbrarse á las regiones de la poesía lírica verdadera.

Sus versos satíricos y jocosos están llenos de agudeza y desenfado. Brillante prueba de ello dan su no acabado poema de *Don Juan* y sus *Leyendas españolas*, donde más que la narración de la fábula y la pintura de los personajes, interesan y divierten las digresiones y disertaciones que Mora entrevera en la historia con mayor abundancia y diversidad de asuntos que Ariosto en el *Orlando* y que Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

La Real Academia Española reconoció y premió el mérito de Mora recibéndole en su seno el 20 de Diciembre de 1848.

Para la Academia hizo Mora muy útiles trabajos, especialmente sobre sinónimos.

Durante algún tiempo estuvo Mora en Londres como Cónsul de España.

En proporción de su fecunda labor y de su mucho saber é ingenio, bien puede afirmarse que la fortuna le favoreció poco y que son inferiores á su valer la fama, la popularidad y el provecho que obtuvo. Mora llegó á edad muy avanzada y murió en Madrid el 3 de Octubre de 1864.

Su mujer, que le acompañó en sus peregrinaciones y que hábil y valerosamente le auxilió en sus trabajos, le sobrevivió bastantes años y mu-

rió á los 98 de su edad, en 1887, y también en esta corte.

Me he extendido aquí mucho más de lo que debiera, si se atiende á la índole de esta obra, por ser poco conocido de la generalidad de los españoles el insigne polígrafo é ingenioso poeta de que trato.

Don Antonio Alcalá Galiano

entra con razón, según lo que yo entiendo, en el número de nuestros líricos, aunque su fama como tal no es grande. Otras prendas y estudios suyos la han eclipsado. Lo mismo ocurre con otros ilustres personajes políticos que también han sido poetas, como por ejemplo D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Juan Donoso Cortés. Si de Pacheco y Ríos Rosas prescindo en este FLORILEGIO, es por creer que sus versos acrecientan muy poco la alta nombradía que tuvieron y tienen. Y en cuanto al Marqués de Valdegamas, bien puede asegurarse que sus versos importan poco, por haber sido el notabilísimo y extraño poeta en prosa, orador y pensador elocuente y algo filósofo y teólogo, aunque apocalíptico y un tanto cuanto extraviado, ya por la antipatía sugestiva que le inspiraba Proudhon, ya por su más sugestiva simpatía hacia Bonald y el conde José de Maistre.

Galiano, en cambio, aunque fué también hom-

bre político de no corto valer, y orador, en sentir, admirable, todavía conserva mejor, mostrándose en él por cima de las otras prendas, la calidad de poeta y, sobre todo, la de literato.

Nació en Cádiz el 22 de Julio de 1789. Su vida, desde entonces hasta el año de 1823, está contada por él mismo en las *Memorias* que escribió hasta aquella época, y que en 1886 publicó su hijo en dos volúmenes, costeando la impresión su pariente el Conde de Casa-Valencia. Parece también que Galiano continuó escribiendo sus *Memorias* hasta el año de 1840; pero el tomo III, que dicho último período contenía, se ha extraviado, sin que nada de él, salvo algunos breves fragmentos, haya visto nunca la luz pública. Muy de lamentar es esta pérdida, porque en el mencionado tomo III, de seguro referiría Galiano, con la sinceridad y cándida franqueza que le son propias, no pocas aventuras y anécdotas de él y de otros sujetos, durante su emigración y su permanencia, ya en París, ya en Londres.

Lo escrito por él, hasta que á impulso de la intervención armada de los franceses cayó en Cádiz el régimen constitucional, inspira honda compasión y amarga pena. Vemos deshacerse un grande imperio, sin que valgan á sostenerle y á conservarle el amor de la patria y el entusiasmo y el heroísmo de no pocos ilustres españoles. Fué Trafalgar funesta, aunque gloriosa tragedia; la guerra contra Napoleón nos honró mucho, pero empobreció la península y contribuyó no poco á que perdiésemos nuestro poder

colonial, que se extendía por el continente americano; la vuelta de Fernando VII á recobrar su trono, puso término á la libertad y á la Constitución promulgada en Cádiz, y ocasionó persecuciones y desgracias á sus legisladores; y, por último, el período constitucional de tres años, iniciado por un motín militar, acabó de manera hartamente lastimosa, obligando á los liberales más comprometidos á buscar refugio en tierra extraña para evitar el castigo que recelaban por su rebeldía y desacato á su soberano legítimo reinante por la gracia de Dios, y triunfante con el auxilio de un ejército extranjero, no recibido ya con odio, sino con afecto por la mayoría de la plebe, absolutista y ultra-católica entonces.

Durante aquellos tres años fué Galiano agitador y fervoroso tribuno. Él mismo, desengañado y algo arrepentido, se juzga con severidad excesiva. Tal vez los once años que pasó en la emigración y en el destierro, desamparado y pobre, no le pareciesen castigo suficiente para su culpa. Su culpa, sin embargo, como la de otros varones ilustres que emigraron también, no fué tanto la de turbulentos ambiciosos, como la de imprevisores y alucinados.

Galiano, pues, como muchos otros de sus compañeros expatriados, aprendió moderación en la ruda escuela del destierro y del infortunio. Cuando volvió á España, su liberalismo era más templado y eran mucho más conservadoras sus doctrinas.

Cruel fué, por lo tanto, el destino con aquellos

hombres arrojados de su nación por revolucionarios, anarquistas y sobrado progresivos, y que á poco de volver á su nación fueron perseguidos de nuevo por poco liberales y hasta por retrógrados y fanáticos.

No me incumbe referir aquí la ulterior vida política de D. Antonio Alcalá Galiano, implicada con las agitaciones, trastornos y discordias civiles que sin tregua se sucedieron en España, durante más de treinta años: desde 1834 á 1865.

El 11 de Abril de dicho año, siendo Galiano Ministro de Fomento, murió casi de repente, de una apoplejía. Los únicos bienes que dejó en herencia á su familia, fueron la buena fama de probidad y desinterés y la alta nombradía que obtuvo como orador y como literato. Apenas hay personaje notable en España, durante el siglo XIX, que en proporción de su mérito y de sus servicios, haya alcanzado menos medros y ventajas y haya cogido mayor cosecha de desengaños. Las desventuras de Galiano pueden calificarse de *contratiempos*. Fugitivo de su patria y doblemente condenado á muerte le tuvo el gobierno del Rey absoluto, y apenas repatriado, era ya tan liberal la triunfante mayoría de sus compatriotas, que fué perseguido por apóstata y reaccionario, y hasta tuvo que emigrar de nuevo.

Amargaron los últimos momentos de su vida, sucesos en que le fué necesario intervenir, á mi ver, no sólo con la firme voluntad de procurar el bien y la concordia, sino también con toda razón y justicia.

Yo me atrevo á jactarme de no ceder en liberalismo sino á muy pocas personas. No hay libertad que yo no desee, sostenga y aplauda: la de pensamiento y la de palabra hablada ó escrita y la de enseñanza, por consiguiente.

Comprendía yo y no me escandalizaba, cuando estuve en los Estados Unidos, que el Coronel Ingersol fuese de ciudad en ciudad predicando el antiteísmo, en amenos y elocuentes discursos, que valían á su autor uno ó dos duros de entrada por cada oyente; pero ni el gobierno de los Estados Unidos había nombrado á dicho señor para que tal doctrina enseñase, ni por ello le pagaba salario. No me cabe, pues, en la cabeza, á pesar de lo liberal que soy, y hasta por lo mismo que soy tan liberal, que un gobierno representante de la mayoría de una nación, católica y monárquica, ó que no demuestra al menos ni declara haber dejado de serlo, sostenga y pague maestros que den lecciones contrarias al catolicismo y á la monarquía. Con los más delicados miramientos, templanza y dulzura escribió Galiano una circular recomendando tan evidentes deberes. Escribió la circular, á fin de enmendar y suavizar la que el Director de Instrucción Pública había escrito, y que á muchos nos pareció un poco extremosa. La circular tan mitigada de Galiano dió motivo ó pretexto á los sucesivos alborotos y tuvo por final resultado la caída del Ministerio conservador y la vuelta al poder del General O'Donnell. Yo no extraño, pues, aunque deploro todavía, que influyese bastante en el

ánimo de Galiano la infundada censura de aquel escrito suyo, tan inevitable como razonable, en quebrantar su delicada salud y en apresurar el término de su vida, harto avanzada ya y muy llena de desengaños.

En época de menos disturbios, revueltas y pasiones, no lanzándose Galiano en el turbulento piélago de la política, por donde su candidez y su buena fe le hicieron ir á menudo contra viento y marea, acaso hubiera brillado menos como orador elocuentísimo, pero sin duda hubiera brillado más y hubiera dejado más cumplidas y hermosas muestras de su saber y de su ingenio como literato y como poeta.

Aun así, bien pudieran reunirse muchos escritos suyos originales y componer con lo más selecto y dar á la estampa algunos volúmenes de interesante y grata lectura. Si esto no se ha hecho, es por la indiferencia, desdén y casi ninguna curiosidad que sigue mostrando el público en España por las obras de los ingenios españoles.

El mismo Galiano, descuidadísimo en todo, con rara modestia y apreciando sus propias obras en harto menos de lo que valían, apenas cuidó de su fama. De él nos quedan, sin embargo, además de las ya citadas *Memorias*, los *Recuerdos de un anciano*, unas discretas lecciones de Derecho político constitucional, pronunciadas y oídas con grande aplauso en el Ateneo de Madrid, y larga serie de elocuentes discursos políticos, académicos y de crítica literaria.

No sabré yo decir si de otras lecciones suyas,

dadas también en el ya mencionado Ateneo, ha quedado algo que los taquígrafos recogiesen. Recuerdo, sí, haberle oído, participando yo de la general complacencia y admiración del auditorio, un curso de historia literaria de Europa, durante el siglo XVIII.

Con relación á sus poesías, su descuido hubo de rayar en inverosímil. Todas ó casi todas se hubieran perdido, á no ser por lo prodigioso de su memoria. De ninguna de ellas conservaba copia, ni impresa ni manuscrita, cuando cediendo á mis ruegos, hallándome yo en Lisboa, en 1850, sirviendo á sus órdenes en aquella Legación, las trasladó á un libro en blanco, del archivo de su mente en que las conservaba.

Galiano, como no pocos otros sujetos de portentosa facilidad de palabra, desdafiaba ó no se curaba de fijar y perpetuar por la escritura lo que sentía y pensaba, y lo que tan espontánea y elegantemente decía luego.

De aquí, por ejemplo, que nada nos quede de sus discursos sobre el librecambio, de cuyas doctrinas fué tan decidido partidario y divulgador como Gabriel Rodríguez.

Y no sólo en peroratas, lecciones y discursos pronunciados ante un público numeroso, sino en la conversación familiar y á cada paso, prodigaba Galiano el rico caudal de saber, experiencia y talento que su espíritu atesoraba.

Contra lo que acontece á la generalidad de los hombres, él mismo se confesaba y declaraba ignorante de todo aquello que sólo incompleta

y someramente sabia. De las lenguas y literaturas inglesas y francesas era gran conocedor y maestro; de latin y de italiano no sabia tanto, pero afirmaba saber mucho menos de lo que sabia; se negaba á si propio todo valer como helenista, y del idioma alemán y de sus escritores y pensadores, se obstinaba en hacernos creer que lo ignoraba todo. Tan absoluta carencia de pedanteria es muy singular en nuestros tiempos. Y es también muy de aplaudir, aunque Galiano, aficionado á sostener paradojas, sostenia con gracia que la pedanteria era útil. Según él, hay no pocas personas que se jactan de saber algo, cuando todavia no lo saben; pero con aquella jactancia llegan á contraer con el público muy grave compromiso y á fin de que el público no los coja en un embuste, suelen afanarse en estudiar, y acaban por aprender algo de lo que antes aparentaban saber y nada sabian.

Sin duda, lo más sólido y persistente de la reputación literaria de Galiano, ha de ser y ha de seguir siendo como critico. Sus juicios sobre no pocos escritores contemporáneos suyos, son tan atinados y discretos como imparciales. Y le cabe, por último, la gloria de haber difundido por nuestro país, á su vuelta de la emigración, las más sanas y castizas doctrinas que sirvieron de base y cimiento á la nueva escuela literaria, llamada romántica, y al espléndido florecimiento que entre nosotros tuvo.

El extenso prólogo escrito por él para *El moro expósito*, del Duque de Rivas, traza á gran-

des rasgos la historia de la poesia en Europa; aprecia con imparcialidad y lucidez el mérito y el carácter de la poesia de cada época y de cada pueblo, acaso excediéndose sólo en alabanzas á la de Inglaterra, é infiere de todo una doctrina estética que, lejos de someter la inspiración á nuevos dogmas ó de aprisionarla en caprichosa red de preceptos y reglas, proclama y pide la más amplia libertad del arte. La mejor y más legítima poesia es aquella que, desatendiendo la servil imitación de antiguos modelos, acierta á expresar con sinceridad y con brio lo que se siente y lo que se piensa en cada nación y en cada periodo histórico. Por eso, aunque Galiano estima nuestra poesia lirica erudita de los siglos xvi y xvii y la renacida en nuestros dias, desde Meléndez hasta ahora, pone como centro y foco del espíritu poético de nuestra nación el antiguo romancero y aquel rico y maravilloso teatro, cuyo valer en otro tiempo habia menospreciado.

La manera, pues, que tuvo Galiano de difundir el romanticismo, más bien que afirmándole, fué negando que le hubiera; no reconociendo, como según él, nadie reconoce en Inglaterra, diferencia alguna entre románticos y clásicos; entre la moda y el gusto de hoy y la moda y el gusto de otros dias. Toda poesia elevada, espontánea y sincera, esta y debe estar siempre de moda y en consonancia perfecta con el recto juicio estético y con la aptitud de toda alma humana, bastante ilustrada y sensible para percibir la hermosura ideal y deleitarse con ella.

Como crítico ya se ve que Galiano rayaba en la mayor altura, y aunque no se apoyase en ninguna muy bien meditada metafísica, había desechado la rastrera filosofía francesa del siglo XVIII, que en su mocedad le había perjudicado y extraviado.

Todavía, no obstante, fué perjudicial á su estro poético la influencia del sentimentalismo malo de Juan Jacobo Rousseau, sentimentalismo que entró como elemento en la nueva escuela romántica francesa, mostrándose en Chateaubriand, Jorge Sand y muchos otros, y pasando también á España, mas no por el prólogo de *El moro expósito* que está exento de este pecado.

Las quejas y las declamaciones pesimistas del tal sentimentalismo, se diría que implican, ó bien la acusación contra un orden social perverso, que conviene subvertir ó reformar radicalmente, ó lo que es peor, contra la misma Divina Providencia, que no quiere ó no puede impedir que las cosas todas sean en nuestro daño.

Es singular que Galiano, alegre y chistoso en su conversación y trato diario, peque de melancólico y de quejumbroso cuando escribe para el público, y sobre todo cuando poetiza. Es cierto que á veces se nos manifiesta lleno de una piedad sincera y de profundo y religioso fervor. Las hermosas liras, que llevan por título *Conversión*, son una sentida plegaria rica de fe, de resignación y de esperanzas cristianas; pero en no pocas ocasiones empañan ó deslustran la nitidez y belleza de los versos de Galiano, los

reiterados lamentos sobre la propia suerte y sobre la pobreza, abandono y peligros en que se mira. En mi sentir, es falsa la idea, en estos versos expresada:

El rostro que nos dió Naturaleza
Nuestro destino avisa;
En la aficción vestido de nobleza,
Y disforme en la risa.

La aficción suele afeár mucho más el rostro que el regocijo. La risa es más propia que el lloro del sér humano. No lloran los animales, pero tampoco rien. Si no vierten lágrimas, exhalan quejidos. Y lo que es reír, jamás rió animal alguno, por ser el reír acto racional que procede del entendimiento, el cual contempla en su ideal pureza la perfección y excelencia del sér humano y burla y desprecia y tiene en poco, las bajas y materiales miserias que tiran á perturbar y á afeár la noble serenidad del espíritu. De todo infortunio propio, con tal de que no provenga de nuestra culpa ó tenga por causa la maldad ó la vileza de quien le padece, es mil veces más noble reír y burlar que lamentarse acusando á la ciega fortuna.

La serena conformidad del doctor Panglos y la resignación alegre de la vieja sirvienta, hija de la Princesa de Palestrina, hacen en extremo simpáticos á estos personajes del *Cándido*, militan en favor del optimismo y hunden y ahogan el concepto pesimista de la vida humana en un mar de risas, burlas y chistes que, por inspiración sana

y por instinto infalible, se le ocurren á Voltaire contra su intención y propósito.

En extremo nervioso y apasionado en su mocedad, se muestra Galiano como audaz demagogo, escribiendo, en 1816, el terrible epitalamio lleno de maldiciones contra el rey Fernando VII, conspirando contra su poder absoluto, en 1820, y tomando, sosteniendo y haciendo aprobar por las Cortes en 1823 la resolución de llevar al monarca, contra su voluntad, desde Sevilla á Cádiz, despojándole antes de su poder regio, como si estuviera demente, ya que no se le acusaba de enemigo de la patria y de la ley fundamental que había jurado.

La amarga experiencia, los largos años de emigración y el reposado juicio que con la vejez nos acude, habían hecho á Galiano pacífico y prudente, pero en el fondo de su alma persistió siendo liberal hasta los últimos instantes de su vida.

El reconocimiento de su mérito y los premios y honores que por ello obtuvo, si como político fueron escasos, no se ha de negar que como hombre de letras, fueron justos y bastantes. Las tres Reales Academias Española, de Ciencias Morales y Políticas y de la Historia le recibieron en su seno.

Siempre he considerado yo como prueba evidente de la estimación extraordinaria que alcanzó Galiano en la Real Academia Española, el favor que me hizo, en 1861, logrando que me eligiesen académico de número. No poco había yo escrito ya en prosa, pero todavía era hartó desconocido.

Y si yo había publicado ya un volumen de poesías que Galiano recomendó al público en un discreto y encomiástico prólogo, el público, menester es confesarlo, hizo poquísimo caso de la recomendación de Galiano y menos aún de mis versos. Si fué injusticia ó no, el público mismo lo decidirá en lo futuro. Por lo pronto, ni entonces, ni todavía son mis versos estimados. Mi elección de académico fué pues un acto de nepotismo que yo he procurado justificar más tarde, escribiendo en prosa libros que el público ha mirado con menos desdén.

Si me detengo tanto, contra la condición y la índole de estas ligeras semblanzas, hablando de D. Antonio Alcalá Galiano, válgame para disculpa la gratitud que le debo y los estrechos lazos de amistad y de parentesco que con él me unian.

En la misma ciudad en que yo nací, en Cabra, había nacido el padre de D. Antonio, el sabio marino D. Dionisio Alcalá Galiano, que en el combate de Trafalgar,

Cerró cual varón fuerte,
Gloriosa vida con heroica muerte.

Y en la cercana villa de Doña Meñica, en espacioso y elegante templo, testimonio, si no de la riqueza, de la piedad, desprendimiento y devoción de sus antiguos habitantes, se ven desde hace dos siglos los retablos de roble esculpido y dorado, las capillas y las bóvedas sepulcrales de las familias de los Galianos y de mi madre, que

fueron la misma familia en su origen y que llevan aún el mismo apellido.

Mi parentesco con D. Antonio no era, pues, muy cercano; pero, por las expresadas circunstancias, parecía más íntimo y de más valer que si lo fuese.

Por último, mi convivencia con D. Antonio desde que en 1850 estuve á sus órdenes en la Legación de Lisboa, y el amistoso y frecuente trato en que siempre vivimos, me llevarían á referir aquí no pocas anécdotas, conversaciones y agudísimos y preciosos dichos de mi pariente, si el corto espacio de que puedo disponer en este libro me lo consintiera.

Diré, con todo, que á pesar de lo melancólico, desengañado y triste que se mostraba D. Antonio en su vejez, y á pesar de su injusta ó severa condenación de la risa, la risa y el chiste se sobreponían siempre á sus lamentaciones y quejas y acababan por ahogarlas.

D. Antonio escribía como hablaba. Su perfecto conocimiento de las lenguas francesa é inglesa, lejos de perjudicarle para el manejo de la propia lengua, hacía que fuese más correcto y más castizo hablando ó escribiendo en ella. Se ha supuesto que su lenguaje escrito es enrevesado y muy artificioso; pero no hay tal cosa. Su lenguaje es naturalísimo, compitiendo en él la elegancia con la llaneza. No se debe culpar á Galiano de la poca costumbre de leer que tienen muchas personas, y de que suele ser raro ó difícil leer bien y con sentido, por donde los que no

saben leer suelen acusar de mal escrito lo por ellos mal leído.

Galiano, además de sus obras originales en lengua castellana, escribió también algo en francés y en inglés. En este último idioma explicó la literatura de su país y tuvo cátedra en la Universidad de Londres.

Como trabajos de *pane lucrando*, hizo varias traducciones á nuestra lengua y las ilustró con notas. Así la *Historia del Consulado y del Imperio*, de Thiers, y una *Historia de España*, escrita en inglés, cuyas ampliaciones é ilustraciones le ocasionaron un disgusto, que por dicha terminó en broma y regocijo.

Galiano, tal vez sobrado escéptico en este caso, calificó de menos real que legendario el personaje del Cid, según nos le retratan la canción de gesta, los antiguos romances y los dramas y las tragedias. Encojadísimo con esto un caballero muy linajudo, que aseguraba descender del Cid, no sabemos si por doña Sol ó por doña Elvira, pues no consta que el Cid dejase sucesión masculina, puso pleito á D. Antonio porque menoscababa lo mejor de su estirpe. Citado don Antonio á juicio de conciliación, tuvo que presentarse, llevándome como hombre bueno. La controversia que tuvo con su demandante en presencia del juez municipal, controversia de que yo fui testigo y en la que intervine para suavizar su aspereza, fué tan erudita como graciosa, y bien merecería que yo la refiriese aquí punto por punto y según la recuerdo, si no re-

celase llenar con ella la mitad de este tomo. Limitémonos á decir que, después del juicio de conciliación, conseguimos que hubiese avenencia, y que D. Antonio, á pesar de su escepticismo, pudiese vivir con sosiego hasta que la famosa circular de Instrucción pública, aunque mitigaba el celo por la fé católica del Director del ramo, vino á causar tantos sinsabores á la persona de D. Antonio y á la parcialidad política en que figuraba.

Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, por su extraordinario mérito como poeta y por haber sido uno de los primeros y más brillantes fundadores de la escuela romántica en España, poniendo en ella el más sano y castizo de sus elementos, merecería que le dedicásemos en este libro muy extenso estudio, pero el ser tan conocido y popular, así por su vida militar y política, como por sus escritos, nos exime de este trabajo, al que de todos modos se opondría la índole de estas notas biográficas y críticas que deben ser muy breves.

En algunas otras me he extendido más de lo que permite el espacio de que dispongo, por lo mismo que los personajes á quienes dichas notas se refieren son menos conocidos de la generalidad del público, han tenido biógrafos y críticos menos hábiles ó dichosos y el tratar de ellos podía ofrecer más novedad y ser más útil.

Del Duque de Rivas nada nuevo ni importante podemos decir, que ya no esté dicho por D. Nicomedes Pastor Díaz, por D. Antonio Alcalá Galiano, por D. Manuel Cañete, por el Marqués de Valmar, por el francés Mazade y por no pocos otros ilustres escritores á los que me remito.

También yo, si pudiera tener lugar en este volumen, me complacería en reimprimir é insertar en él la extensa biografía del Duque y el examen y juicio de sus obras, que escribí en 1889 y que inserté en varios números de una revista titulada *El Ateneo*.

Por las razones expuestas explico, disculpándome, lo breve, incompleto y conciso del resumen en que voy á tratar de un sujeto, á quien desde mi primera mocedad me unieron muy amistosos lazos, que fué mi amabilísimo jefe, siendo él Embajador de España en Nápoles y á quien siempre consagré grande admiración y afecto, acrecentados hoy por la honrosa satisfacción de tener yo como muy querida hija mía á una de sus nietas.

Nació D. Angel de Saavedra, en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Siguió la carrera militar, combatió contra la invasión francesa en la guerra de la Independencia y dió muestras de su bizarría en no pocos encuentros y batallas. En la de Ocaña, quedó gravemente herido en el campo, y allí hubiera muerto si no le salva un soldado llamado Buendía.

Como político, D. Angel de Saavedra figuró, desde 1820 á 1823, entre los liberales más exaltados.

celase llenar con ella la mitad de este tomo. Limitémonos á decir que, después del juicio de conciliación, conseguimos que hubiese avenencia, y que D. Antonio, á pesar de su escepticismo, pudiese vivir con sosiego hasta que la famosa circular de Instrucción pública, aunque mitigaba el celo por la fé católica del Director del ramo, vino á causar tantos sinsabores á la persona de D. Antonio y á la parcialidad política en que figuraba.

Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, por su extraordinario mérito como poeta y por haber sido uno de los primeros y más brillantes fundadores de la escuela romántica en España, poniendo en ella el más sano y castizo de sus elementos, merecería que le dedicásemos en este libro muy extenso estudio, pero el ser tan conocido y popular, así por su vida militar y política, como por sus escritos, nos exime de este trabajo, al que de todos modos se opondría la índole de estas notas biográficas y críticas que deben ser muy breves.

En algunas otras me he extendido más de lo que permite el espacio de que dispongo, por lo mismo que los personajes á quienes dichas notas se refieren son menos conocidos de la generalidad del público, han tenido biógrafos y críticos menos hábiles ó dichosos y el tratar de ellos podía ofrecer más novedad y ser más útil.

Del Duque de Rivas nada nuevo ni importante podemos decir, que ya no esté dicho por D. Nicomedes Pastor Díaz, por D. Antonio Alcalá Galiano, por D. Manuel Cañete, por el Marqués de Valmar, por el francés Mazade y por no pocos otros ilustres escritores á los que me remito.

También yo, si pudiera tener lugar en este volumen, me complacería en reimprimir é insertar en él la extensa biografía del Duque y el examen y juicio de sus obras, que escribí en 1889 y que inserté en varios números de una revista titulada *El Ateneo*.

Por las razones expuestas explico, disculpándome, lo breve, incompleto y conciso del resumen en que voy á tratar de un sujeto, á quien desde mi primera mocedad me unieron muy amistosos lazos, que fué mi amabilísimo jefe, siendo él Embajador de España en Nápoles y á quien siempre consagré grande admiración y afecto, acrecentados hoy por la honrosa satisfacción de tener yo como muy querida hija mía á una de sus nietas.

Nació D. Angel de Saavedra, en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Siguió la carrera militar, combatió contra la invasión francesa en la guerra de la Independencia y dió muestras de su bizarría en no pocos encuentros y batallas. En la de Ocaña, quedó gravemente herido en el campo, y allí hubiera muerto si no le salva un soldado llamado Buendía.

Como político, D. Angel de Saavedra figuró, desde 1820 á 1823, entre los liberales más exaltados.

Diputado en las últimas Cortes de aquel período, votó la suspensión del Rey, por lo cual, no bien Fernando VII recobró su poder absoluto, gracias á los soldados invasores de Luis XVIII, D. Angel fué condenado á muerte. Fugitivo entonces de su patria, pasó en la emigración cerca de once años; ya en Londres, ya de paso en Italia de donde le expulsó la policía, ya en Malta, donde permaneció cinco años; ya por último en Orleans, en París y en Tours. La amnistía dada por la Reina Gobernadora Doña Maria Cristina, consintió que D. Angel volviese á España en 1834. A poco de su vuelta, muerto sin hijos su hermano mayor, heredó D. Angel los títulos y bienes de su noble casa.

Desde entonces, hasta su muerte en Madrid á 22 de Junio de 1865, el Duque figuró en el partido liberal conservador, como personaje político de grande importancia; fué Embajador de España en Nápoles y en París, Ministro de la corona, Presidente del Consejo de Estado y hasta Presidente del de Ministros, aunque por breves horas. Fué también perseguido por reaccionario, aunque no tan ferózmente como ya por liberal lo había sido.

No nos incumbe contar aquí las vicisitudes de vida tan agitada, en época de tan violentas y rápidas mudanzas. Baste decir que la bondad del Duque, su gloria como poeta, su amenisimo y afable trato, los chistes alegres y urbanos y la gracia y la agudeza que en la conversación mostraba y lucía, le hicieron simpático, así en la pró-

pera como en la adversa fortuna á todos cuantos le conocieron y trataron. Lo mismo en su palacio de Nápoles, cuando durante no pocos años fué allí embajador, como en Sevilla cuando estuvo allí retirado, como en Madrid, en su casa de la calle de la Concepción Jerónima, sus salones fueron el centro más frecuentado de cuantos sujetos se distinguían en letras y en artes, por la inteligencia y el ingenio. La rara discreción de la Duquesa y el talento, la cultura y elegancia de sus lindas hijas, hacían más agradables aquellas reuniones. Obtuvo el Duque de Rivas, entre otras muchas distinciones la de ser caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, académico de número de la Real Academia Española y Director de la misma Academia.

La rica labor de D. Angel, como literato y como poeta, puede y debe dividirse en tres distintos y bien marcados períodos, si bien en todos ellos queda, á mi ver, estampado claramente el mismo sello de su originalidad personal, sin que las mudanzas de los tiempos, de las modas y de las doctrinas estéticas, modifiquen tanto los rasgos de su carácter, como ligeramente se supone. Los tres períodos á que me refiero, son el de la mocedad hasta la emigración; el de la emigración misma, que fué el más fecundo para su gloria poética, y por último el que va desde que don Angel volvió á España y heredó el ducado hasta el día de su muerte.

Bien se nota ya en el primero de los tres períodos, á pesar de la educación pseudo-clásica que

recibió de ayos y maestros franceses y á pesar del gusto que prevalecía entonces en España, la libre inclinación de D. Angel al modo de poetizar de los españoles del siglo xvii, lo cual se parece más al romanticismo que pronto había de aparecer, que á la escuela tan sujeta á preceptos convencionales que entonces prevalecía. Algunos romances de este primer periodo y más aún el bonito poema, titulado *El paso honroso*, pueden ya tenerse por románticos, aunque el romanticismo no hubiese aparecido aún. Lo que si hay en todas las composiciones de aquel primer periodo, es menos confianza en el propio ingenio y la inseguridad y las vacilaciones en la edad juvenil tan naturales.

Hay que considerar por otra parte, que el ingenio de D. Angel era más espontáneo y fácil que meditabundo y reflexivo. Escribió mucho y todo cuanto escribió, fué digno de su fama; pero las obras suyas que descuellan por la novedad y riqueza de la inspiración, suben muy por cima de todas las otras. Nos limitaremos á citar aquí los títulos de las últimas, pues ya en la Introducción de este FLORILEGIO, hemos examinado con alguna detención las obras capitales del Duque á saber: *El moro expósito*, los romances históricos, el *Don Alvaro*, *La azucena milagrosa* y las otras dos leyendas, y hemos procurado hacer valer su originalidad y su mérito.

Nuestro autor escribió mucho para el teatro y fué bastante aplaudido. No quiso sin embargo, que gran parte de sus obras dramáticas se inser-

tase en ninguna colección de sus obras completas, permaneciendo algunas inéditas, aunque representadas y otras no representadas nunca. En la edición de las obras completas (sic) de 1855, hay la siguiente lista de los dramas y comedias que en dicha edición no se incluyen: *Ataulfo*, *Aliatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, *Malek-Adhel*, *Lanuza*, *Arias Gonzalo* y *El parador de Bailén*.

Los dramas y comedias que en la mencionada edición se incluyen, son los siguientes: *Tanto vales cuanto tienes*, *Solaces de un prisionero ó tres noches en Madrid*, *La morisca de Alajuar*, *El crisol de la lealtad*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *El desengaño en un sueño*. Este último drama que en el orden de cuantos escribió el Duque, es también el último, está tomado en su idea fundamental de un cuento de *El conde Lucanor*, cuyo título es: *De lo que aconteció á un deán de Santiago con Don Illán el mágico, que moraba en Toledo*.

Consiste dicha idea fundamental, en poner una historia, cuyos diversos acontecimientos y final desenlace ocurren en sueño, resultando de todo una lección moral y un saludable desengaño.

Personas más eruditas que yo, podrían explicar ó habrán ya explicado, qué origen tuvo el cuento de Don Illán y de donde le tomó inmediatamente el Infante D. Juan Manuel. Yo me limito á decir que la tal idea fundamental ha producido, en no pocas literaturas, novelas y cuentos ingeniosos. Quien esto escribe también la tomó por base de su novela *Morsamor*. Aquí

añadiré sólo, que en el drama del Duque *El desengaño en un sueño*, presta ocasión á muy conmovedoras escenas, ya trágicas, ya patéticas y á un hermoso florecimiento de poesía lírica.

Sobre todo lo dramático y lo narrativo del Duque, he dicho ya en la Introducción lo que más importa. Nada digo ahora á fin de no repetirme. Para terminar, me limitaré á reproducir aquí, algunos párrafos de lo que dije del Duque como poeta lírico, en el extenso y ya citado estudio, que escribí sobre él y que publiqué en *El Ateneo*.

Las dos mejores composiciones líricas del Duque de Rivas, escritas ambas durante la emigración, son mejores que todas las otras, no por más románticas, sino por más clásicas, por más horacianas y por más académicas. La corrección y nitidez del estilo, la sobriedad y concisión con que está dicho todo, sin que huelgue palabra ni frase, hacen resaltar más el profundo sentimiento de melancolía, de amor á la patria y de vivo afecto á las personas queridas y hasta á los objetos inanimados que deja en la patria el proscripto.

Ya se entiende que hablo de los versos *A las estrellas* y *Al faro de Malta*.

Y no sólo estas poesías *Al faro de Malta* y *A las estrellas*, sino otras que compuso en la misma isla, prueban que allí llegó el Duque, como poeta lírico, á la cumbre ó zenit de su fuerza.

Á pesar de sus infortunios, y tal vez por esos

infortunios que le inducen á buscar consuelo, canta el Duque mejor que nunca en Malta y dice con verdad:

Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brotá mi rudo labio són divino,
Y es á mi pecho necesario el canto
Como el agua al sediento peregrino.

El estro lírico del Duque permaneció enérgico durante la emigración, pero es fuerza confesar que se embotó mucho al volver el Duque á la patria. Toda su poesía lírica, después de la vuelta, es, á mi ver, inferior á la del emigrado y también á la del joven oficial, y á la del galán, libre y enamorado mancebo, herido en Antígola. El título de Duque, la gravedad de Prócer, las ideas ultra-conservadoras á veces, ciertos respetos oficiales á menudo afectados, y otras preocupaciones, que no tenía el Duque en prosa, acudían todas cuando componía versos serios, como si se vistiese con el uniforme de Ministro ó de Embajador al ir á pulsar la lira, y pesaban sobre ella y la estropeaban algo, cuando no la destemplaban ó ensordecían.

La poesía lírica del Duque, que tan bien y con tan verdadero sentimiento había resonado celebrando la defensa de España contra Napoleón, tomó por asunto casos que no digo yo que no interesen en una historia circunstanciada del reinado de Doña Isabel II, pero que no se elevan á la superior y serena esfera de la alta poesía, ni pueden allí apasionar con sinceridad y

desinterés estético. Á un Senador, á un Diputado ó á un periodista, pudo importar, para echar un discurso declamatorio ó escribir un articulazo de fondo vehemente y tremendo, que mandase en España D. Ramón, ó D. Leopoldo, ó D. Baldomero; que fuesen Ministros D. Antonio González ó el Marqués de Miraflores: pero todo esto, aunque interese y apasione al poeta, que también es ciudadano y sigue un partido, y tiene sus miras y propósitos, y cree además con sinceridad que tal Ministerio conviene más que tal otro al bien general de la nación, tiene un no sé qué de vulgar, de pequeño y de pesado, que hace que se quede muy en lo hondo cuando el poeta se eleva en sus raptos líricos.

Cuando el Duque, aun en aquella época, se deja de sus filosofías retrógradas y confusas, y no piensa en que es del partido conservador, y sólo se acuerda de que es poeta, el poeta reaparece y da gallarda muestra de sí, elogiando *profanamente* cosas de su siglo, y pintando, no con negros colores, sino con colores muy vivos y graciosos, el siglo en que vive y la gente con quien trata.

Más tarde, cuando el Duque era en Nápoles Embajador, y se olvidaba de que lo era para ser poeta, y no se ponía á filosofar téticamente con el tétrico poeta napolitano José Campagna, ni se preocupaba de las dictaduras de Narváez, ni de los pronunciamientos de Prim, ya que tales menudencias no alcanzan jurisdicción, ni ejercen imperio en la etérea y libre República

de las Musas, el Duque se remozaba como por encanto y volvía á ser el Angelito de Saavedra de Cádiz, en 1812. Entonces, casi con la misma lozania y gracia con que había escrito versos *á Olimpia*, se los escribía á la innominada *aparición de la Mergelina* y á la pescadora Lucianela y á otras rivales, que, no diré el amor, porque esto hubiera sido pecaminoso, sino el prurito de poetizar galantemente, suscitaba contra Olimpia y demás princesas, moras y zagalas, de treinta ó cuarenta años antes.

Los sonetos á Lucianela tienen además el atractivo de parecer escritos adrede, con cierto refinamiento de coquetería, para dar *picón*, como familiarmente se dice, á las damas de la alta sociedad. Las alabanzas que el Duque prodiga á la pescadora, debieron en efecto de mortificar un poco á alguna de dichas damas.

Lucianela, hija ó mujer de un pescador, no lo recuerdo bien, venía á bailar la tarantela todos los domingos y otras fiestas, en el *largo* ó plazuela que había delante del Palacio de España. Pronto se formaba corro en torno de la briosa y robusta bailarina, tostada del sol, pero joven y garbosa, y que lo primero que hacía era quitarse los zapatos, que le estorbaban y que solo usaba los domingos por gala. Lucianela bailaba con los pies desnudos, pues lo que es medias no gastaba ni siquiera los domingos.

Daba música á su danza y ven'á acompañándola uno á modo de sátiro, que ya tocaba la flauta, ya la bandurria. El sátiro solía también entu-

siasmarse y bailar, sin cesar en su tocata. Luciana cantaba y bailaba, y parecía una bacante. El lugar de la escena era espléndido de hermosura, bajo aquel cielo luminoso, azul y profundo. Todo el personal de la embajada salía á los balcones para contemplar aquello. El límite de la plazuela, en frente de los balcones, era el jardín de Chiaia ó Villa-Reale; pero más allá se veía el poético golfo, cuyas orillas eran: á la derecha, el Posilipo, con la gruta que va á Cumas, las tumbas de Virgilio y de Sanazaro, y sus flores y su verdura; y á la izquierda, el Vesubio, y Pompeya, y Castelamare, y Sorrento, patria del Tasso, y más allá el cabo Miseno, famoso trompetero de Eneas. Enfrente, y como cerrando el golfo, se parecía la isla de Capri. Volviendo al primer término del paisaje, y casi bajo el balcón principal, donde se ponía el Duque, era el sitio en que se armaba el baile que inspiró los sonetos. Los transeúntes de tan bulliciosa ciudad se paraban á verte y aumentaban la animación. Allí había mujeres, señoritos, soldados y marineros, y jamás dejaban de acudir los frailes franciscanos del convento contiguo al Palacio de la Embajada.

No es extraño, pues, que en país tan bello y alegre se remozase el Duque, desechase un poco la gravedad diplomática, conservadora y romántico-católica, y volviese á ser algo gentilico y clásico, como allá en Cádiz, cuando se promulgó la Constitución de 1812.

Don Juan Bautista de Salazar ó mejor y más completamente dicho don Juan Bautista Muñoz de Salazar y Olmedilla, nació en Granada en el año de 1787 y murió en la misma ciudad el 9 de Noviembre de 1844.

Los motivos que tuve para incluir composiciones de este poeta en el Tomo II de mi FLORILEGIO, están ya dados en la extensa advertencia que puse al fin de dicho segundo tomo. Allí también trato de mostrar y aun de realzar la significación y el mérito del mencionado poeta, cuya fama, á la verdad, no ha persistido mucho ni tampoco se ha extendido fuera de su provincia.

Las poesías de Salazar, sin embargo, merecen ser leídas y aplaudidas por la sinceridad y la gracia con que están escritas y por su estilo pasmosamente fácil, aunque algo prosaico á menudo. Valga para disculpa de este prosaismo, que el poeta las escribió para su desahogo y para su propio entretenimiento y el de sus amigos, sin pensar en la fama que hubiera podido adquirir esmerándose al escribirlas y publicándolas luego. Aun así, y á pesar del desaliño familiar con que casi todos sus versos están escritos, bien se advierte en ellos que fué su autor persona de muy notable ingenio perfeccionado por el estudio, los viajes y la convivencia y el trato de una sociedad culta.

Lo que ahora ha dado la gente en llamar la *masa neutra*, está representada por Salazar con voz y con voto, renegando de todos los extravíos

y discordias que han consumido las fuerzas de España durante el siglo XIX, y que han retardado su marcha progresiva.

Tal vez se pueda tildar á Salazar de sobrado pesimista y satírico, pero harto le disculpan su candoroso buen humor y su chiste.

Merece, por último, que le recordemos y le ensalcemos por haber sido en Granada, hasta la época de su muerte, eficaz mantenedor del foco de cultura literaria que allí había y en el que entonces descollaban D. José Fernández Guerra; sus dos hijos D. Aureliano y D. Luis; los canónigos del Sacro Monte. D. Baltasar Lirola y don Juan Cueto; los dos hermanos D. Miguel y don Emilio Lafuente Alcántara, D. José Jiménez Serrano y otros aventajados ingenios.

El Sr. Salazar, que por su riqueza y posición aristocrática, era tan estimado como por su afable trato, excelente humor y afición á las artes, hacía entonces de su casa un segundo y reducido liceo donde se leían versos y se cantaba y tocaba muy buena música.

Sin duda es de desear que los actuales condes de Montefuerte y la demás ilustre familia de aquel vate, original y fecundísimo aunque sin pretensiones, saque del olvido sus desperdigados y arrumbados versos, inéditos los más ó que pueden considerarse como tales, y publique al menos un volumen de lo más selecto que en ellos hay. El valor de dichos versos, es, en mi sentir, indisputable; pero, aun cuando así no fuera, dichos versos valdrían siempre como docu-

mento y clara manifestación de las ideas y de los sentimientos, durante la primera mitad del siglo XIX, de la gran mayoría de los españoles, que no eran ni serviles ni liberales, ni carlistas ni isabelinos, y que fatigados y hartos de tanta contienda inútil y costosa y de tanto pronunciamiento estéril, tal vez echaban de menos el antiguo régimen, teniéndole por más apacible.

Don José de Espronceda nació en Almendralejo en la primavera de 1810. Los acasos de la guerra de la Independencia, llevaron allí á su padre, coronel de caballería, acompañado de su mujer que no quiso abandonarle, aunque se hallaba en los últimos meses de su embarazo. A esto debió aquel lugar de Extremadura, la honra de ser patria de tan ilustre poeta.

De los sucesos de su vida diré aquí muy poco, remitiendo á quien quiera saber más á la que compuso D. Antonio Ferrer del Río. Murió Espronceda en Madrid el día 23 de Mayo de 1842. Su existencia, aunque harto breve, fué fecundísima para la poesía; bastó para que él lograra extraordinaria y duradera fama. Mas, á pesar del reconocido mérito que tuvo como poeta, á pesar de las aventuradas empresas en que valerosamente tomó parte, y á pesar de muchas nobles prendas que en él resplandecían, haciéndole popular y simpático y conquistándole muchas voluntades, Espronceda medró poco ó nada y en el principio

de su carrera política y con harto modesta posición oficial, le sorprendió la muerte.

Discipulo querido de D. Alberto Lista en el Colegio de San Mateo, conspirador y revolucionario apenas salido de dicho colegio, emigrado luego en Londres y en París, tomando parte activa en las jornadas de Julio que derribaron á Carlos X del trono, acompañando á Chapalanguerra en su desgraciada expedición y alistándose entre los voluntarios que quisieron en balde ir á dar libertad á Polonia, nada le sirvió para su medro, ni él en realidad se movió á nada de esto con el fin de medrar, sino por generosos impulsos y por la inquietud de su espíritu, ansioso de aventuras y de peligros.

No es de extrañar, pues, que para su elevación y provecho Espronceda consiguiese bien poco. No pasó de ser teniente de Milicianos nacionales, Secretario de Legación de segunda clase, con destino en El Haya y elegido diputado una sola vez hacia el fin de sus días.

Yo doy, con todo por seguro que tan escaso buen éxito no atormentó jamás á Espronceda. Su ambición, si la tuvo, fué más alta y más generosa que la que generalmente se usa. Su sinceridad era grande y cuando dice candorosamente,

Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños,

no se refiere á desengaños de la ambición frustrada ó no lograda aún, sino al recelo de que ya no se enamoren de él las mujeres, su dulce manía,

cuando vean que su negra cabellera riza, se va volviendo cana.

Sería muy curioso estudio psicológico, si alguien acertara á hacerle, el de investigar si el estro de Espronceda agita de tal suerte lo íntimo de su ser, que acaba por agotar y consumir su vida ó si las causas de su muerte nada ó poco tuvieron que ver con la vehemencia de sus pasiones juveniles.

No trataré yo de probarlo aquí. El tiempo, la agudeza del juicio y el magistral dominio de la palabra, para encerrar muchas ideas en conciso resumen, me faltan en esta ocasión. Me limito á decir sin pruebas, que no aplico yo al autor de *El Diablo Mundo*, el verso pesimista de Menandro, divulgado recientemente y puesto de moda por Leopardi.

¿Cómo negar que Espronceda era *amado del cielo*, que le dotó de inspiración soberana, de despejadísima inteligencia, de singular talento, de sensibilidad exquisita y hasta de corporal hermosura y de elegante y varonil gallardía? Pero no debe inferirse de tal afirmación, que envidioso ó celoso el cielo, nos le arrebatase temprano. No le aplicaré yo el verso que dice:

El amado del cielo muere joven.

Tengamos por inescrutable el designio que pudo tener el cielo al decretar su muerte, harto prematura. Lo que yo considero indudable es que Espronceda murió porque el cielo, sin que sepamos ni pretendamos investigar la causa, quiso

que muriese, mas no por el agotamiento de su corporal organismo y menos aún por haberse consumido y disipado todo el rico tesoro de elevadas ideas y de apasionados sentimientos que había en su alma, agitándola con fermentación tumultuosa.

Al contrario, yo me inclino á inferir, así de la bella y prodigiosa labor poética de Espronceda, como de su agitada y corta permanencia en este mundo, que hubiera sido tal vez el mayor y más glorioso de los poetas líricos, no sólo de España sino de toda Europa, si hubiera gozado de tan larga vida por ejemplo, como el autor del *Fausto*. En medio siglo más que le quedaba por vivir, para vivir tanto como Goethe, sin duda se le hubiera adelantado en saber, en espíritu crítico y en el reposo y en la serenidad olímpica que le faltó para ser su igual ó vencerle. Lo que es en fantasía creadora, en pasión arrebatada y en destreza y primor de estilo, le igualó y casi me atrevo á decir que le superó desde luego en sus más felices producciones, cuando no peca por prolijo ó exuberante. La *Canción del pirata*, los versos á Jarifa, el *Canto á Teresa*, algunos trozos de *El estudiante de Salamanca* y la Introducción y el Canto I de *El Diablo Mundo*, bien pueden competir con la más exquisita poesía que, durante el siglo XIX, se escribió en cualquiera lengua humana.

El desasosiego del poeta, oponiéndose al estudio previo y á la serena meditación, no consintió, por desgracia, que ninguna obra extensa de

Espronceda, formase un conjunto armónico y ordenado. Ya he dicho en la Introducción lo que pienso de *El estudiante de Salamanca* y de *El Diablo Mundo*, al considerarlos y estimarlos por su plan, si alguno tuvieron y si no son sólo series de raptos poéticos, felicísimos algunos, y enlazados todos ó más bien colocados sucesivamente con menos que mediano concierto y cayendo en ocasiones, en lo más vulgar desde lo más sublime. Fuerza es confesar que ni las escenas de la cárcel, ni las amonestaciones picarescas del tío Lucas, ni los amores de Adán y de la Salada, ni el asalto nocturno y robo en el palacio de la condesa de Alcira, ni el espectáculo fúnebre en la casa de lenocinio con el llanto y lamentos de su directora, concuerdan bien, á pesar de los lindos versos en que va contado todo, con la magnificencia, con el esplendor y con las pretensiones transcendentales y filosóficas de la Introducción y del Canto I.

A pesar de tamañas deficiencias y á pesar también de que todo el contenido religioso y metafísico que hay en el poema, parece precientífica y confusamente entendido, la virtud creadora y la elevación mental del poeta, dan resplendente muestra de su valor comprendiendo las cosas creadas y mostrando la impresión que causan en el espíritu humano y el poderoso anhelo de penetrar sus misterios, de subir hasta su origen y de reproducir y representar su hermosura con el artepasmoso de la palabra rítmica.

Maravilla también y encanta en nuestro poeta el ver que no le satisface la mera contemplación

ó teoría y que aspira siempre á la *práctica*. Cuanto va enumerado al describir la pompa de la Inmortalidad, la dicha del hogar paterno, el amor conyugal, la fe, la religión y las ciencias, el horror de las batallas y hasta el escándalo abominable de la orgía, donde tal vez el pudor se resiste al deseo y el vino interviene en la contienda, todo esto, no sólo incita al poeta á describirlo y representarlo artísticamente, sino también á experimentarlo y á gozarlo por muy incompatibles que sean tales goces. En el admirable *Canto á Teresa*, se advierte la misma propensión, aunque no tanto ya al pintar los objetos cuyo goce es deseado, como al recordar los sujetos que lograron el goce ó que ejercieron actividad para lograrle, desde que se escribe la historia. Á todos los varones ilustres de Plutarco, á los conquistadores y á los tribunos de la antigüedad clásica y á los trovadores y paladines medioevales, los envidia el poeta y quiere tomarlos por modelo. Bien pudo Mefistófeles decir de él lo que dijo de Fausto hablando con Dios, y que floja y libremente traducido es como sigue:

Pide al cielo su estrella más brillante,
Pide al suelo su dicha más completa,
Y ni cercano amor, ni amor distante
Su conmovido corazón aquietta.

Convengo en que no hay ni novedad ni rareza en tan ambiciosa aspiración á todo. Á todo aspira cualquier hombre desde que empieza á pensar y amar. Lo nuevo, lo raro y lo hermoso, no

está en el mero sentimiento, pues de él participa la generalidad de los hombres, sino en el brio y en la elevación con que lo siente y lo expresa Espronceda. En él está, por último, en cierta serena posesión de sí mismo, en cierta confianza en las fuerzas propias y en cierto desinterés estético, que le mueven á desecharlo todo para aquietar la sed del alma y no para excitar la envidia de la gente.

El anhelo de notoriedad no es el que agita el corazón de Espronceda. Tal anhelo debe repudiarse por ruin y pecaminoso. Impulsado por desesperada valentía puede ser y es causa de horrendos crímenes, desde el de Erostrato hasta el del moderno anarquista que arroja una bomba entre la muchedumbre apiñada. Fuerte tentación es la de surgir de repente de la obscuridad, donde nadie nos mira ni nos hace caso, y aparecer ante todo el mundo y llamar la atención de todas las gentes, aun cuando sea con horrible fama.

No es por esto por lo que no he insertado yo en mi FLORILEGIO el *Canto á Teresa*, si no lo mejor, lo más característico de Espronceda. No le he insertado, porque hay en él sobra de lo realmente vivido, asustándome y repugnándome lo cerca que aún está de nosotros esa historia real, en la que se pone por principal protagonista el poeta y en la que no me atrevo á examinar y á resolver los tremendos conflictos que entre la moral y la estética nacen.

Afirmaré sólo insistiendo en lo ya afirmado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COahuila
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

antes, que si Espronceda murió temprano, fué porque Dios quiso, sin que sepamos la causa. No fué por *haberse realizado su esencia*, como dirían los Krausistas. No fué tampoco como el personaje de la sátira de Jovellanos,

Que sin llegar á los cuarenta abrilés,
La mano del placer le hundió en la huesa.

Veinte meses antes de la muerte de Espronceda, le conocí y traté yo en mi primera mocedad, casi en mi niñez, hallándonos ambos en los baños de Carratraca. El culto que él daba al mundo, suponiendo, no sé por qué, que el mundo se le exigía, estaba tan bien dado que no dejaba traslucir el feroz entretenimiento que él nos dice que por entonces tenía de arrancarse del pecho el corazón á pedazos. Espronceda, al contrario, nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en giras campestres. Con su arrogante figura, con su amena conversación y con su galantería, embelesaba y hasta enamoraba á las más guapas y elegantes señoras y señoritas que había entonces allí. Toda la juventud masculina le rodeaba, le reía los chistes y le aplaudía y le admiraba cuando recitaba sus versos. Sólo alguno que otro caballero solía amostazarse por el fervor apasionado conque su novia charlaba con el poeta y por la tibieza y hasta por el desdén, con que desde que ella conoció al poeta, trató al prosaico y desventurado novio. En suma, al ver al poeta en su vida real, nadie, á no ser un prodigioso zahori de conciencias humanas y un perspicaz sabidor de patología

interna, hubiera podido adivinar que Espronceda estuviese ya herido de muerte, ni en el cuerpo ni en el alma, sino que alma y cuerpo prometían aún larga duración y muchos triunfos, no bien él sentase la cabeza, como vulgarmente se dice.

No niego yo la sinceridad de su dolor profundo, de su desesperación blasfema y de no pocos otros furios suyos, pero me inclino á creer que todo ello era momentáneo y sentido sólo cuando el estro le picaba y él componía sus hermosos versos; pero que en prosa no era ni con mucho tan desventurado, sino sobre poco más ó menos como los demás mortales.

La extraña mezcla de sublimidad patética y de irreflexiva depravación, que en los versos á Teresa y á Jarifa se admiran y se celebran á par que se deploran, tienen por disculpa en cuanto hay en ellos de poco razonable, la moda romántica llevada al extremo y la absoluta carencia de premeditación y de reposo. Sólo por esto podemos perdonar á Espronceda, que á la mujer para quien soñó conquistar un trono, llamándola ángel, serafín, blanco lucero que iluminó con luz celestial la dorada mañana de su vida, la injurie luego, aun cuando sea compadeciéndola y la llama lodo inmundo, fétido fango y charco de aguas corrompidas: mujer de quien se avergüenzan sus hijos y hasta el nombre de madre le niegan. Y todo ello como espantosa expiación de un pecado, al que contribuyó el poeta y del que gustó mientras fué en su provecho.

En los versos á Jarifa, acaso hay más perverso

sión de romanticismo, aunque la perversión no repugna tanto, porque descubrimos menos la persona á quien ofende, compadeciéndola también y tratando de mitigar así la ofensa. Pero de esta lástima que inspira Jarifa al poeta, bien se puede decir aquello de Cervantes: *y sobre todo Dios te libre de que nadie te tenga lástima*. Figurémonos á una dama galante, tierna, apasionada y fácil, la cual hace muy regalados favores á su buen amigo. ¿Cómo aplaudir que éste, por mucho que la compadezca, la apellide necia porque no le procura insólitos y muy subidos deleites, la acuse de haber tenido mil amantes, le diga que sus besos son de hielo y no pocas otras lindezas por el estilo? Muy enamorada hubo de estar la dama ó muy buena pasta hubo de tener y sin duda tuvo, cuando sufrió tanta insolencia y no mandó al poeta á paseo.

La parte metafísica de la composición á Jarifa casi es absurda. Dios no se enoja porque le busquemos con la razón que nos ha dado y porque anhelemos conocerle: pero es harto extraño método de alcanzar este conocimiento y de formar una teodicea el andar en citas amorosas, orgías y otras poco edificantes diversiones.

Ahora me atrevo á añadir ó á repetir, en contra de todo lo anteriormente expuesto, que Espronceda pudo ser y casi es un *gran poeta* en toda la enfática significación de la frase. Hasta las contradicciones y los delirios, que hemos censurado, le valen para su fama cuando se le considera como brillante representación y personifi-

cación del caos de ideas, de sentimientos y de pasiones, que perturbaron y embriagaron más que nunca, las almas juveniles en aquella época, así en España, como en las otras naciones europeas.

Don Miguel de los Santos Álvarez cariñoso amigo y compañero de Espronceda, nació en Valladolid el día 5 de Julio de 1817.

Las alegres y libres correrías de su primera mocedad, no hubieron de prestarse á que él adquiriese una instrucción muy esmerada sobre cosa alguna; pero su clara inteligencia, su afición á los libros y su vaga y constante lectura y la perspicacia y la rapidez con que lo percibía todo, lo cogía al vuelo en la conversación y trato de las gentes y no sólo lo custodiaba en la memoria sino que también lo transformaba con la imaginación, hicieron de él un hombre en extremo culto, mas original que erudito y de gusto literario muy acendrado.

Lo poco que ha escrito y le ha conquistado fama pertenece todo á su primera mocedad. Después, por espacio lo menos de cincuenta años que aún duró su vida, Álvarez apenas escribió nada espontáneamente. Si algo escribió excitado y hostigado por motivos extraños y poco poéticos, harto se notan en ello la violencia y la falta de esmero con que está escrito.

sión de romanticismo, aunque la perversión no repugna tanto, porque descubrimos menos la persona á quien ofende, compadeciéndola también y tratando de mitigar así la ofensa. Pero de esta lástima que inspira Jarifa al poeta, bien se puede decir aquello de Cervantes: *y sobre todo Dios te libre de que nadie te tenga lástima*. Figurémonos á una dama galante, tierna, apasionada y fácil, la cual hace muy regalados favores á su buen amigo. ¿Cómo aplaudir que éste, por mucho que la compadezca, la apellide necia porque no le procura insólitos y muy subidos deleites, la acuse de haber tenido mil amantes, le diga que sus besos son de hielo y no pocas otras lindezas por el estilo? Muy enamorada hubo de estar la dama ó muy buena pasta hubo de tener y sin duda tuvo, cuando sufrió tanta insolencia y no mandó al poeta á paseo.

La parte metafísica de la composición á Jarifa casi es absurda. Dios no se enoja porque le busquemos con la razón que nos ha dado y porque anhelemos conocerle: pero es harto extraño método de alcanzar este conocimiento y de formar una teodicea el andar en citas amorosas, orgías y otras poco edificantes diversiones.

Ahora me atrevo á añadir ó á repetir, en contra de todo lo anteriormente expuesto, que Espronceda pudo ser y casi es un *gran poeta* en toda la enfática significación de la frase. Hasta las contradicciones y los delirios, que hemos censurado, le valen para su fama cuando se le considera como brillante representación y personifi-

cación del caos de ideas, de sentimientos y de pasiones, que perturbaron y embriagaron más que nunca, las almas juveniles en aquella época, así en España, como en las otras naciones europeas.

Don Miguel de los Santos Álvarez cariñoso amigo y compañero de Espronceda, nació en Valladolid el día 5 de Julio de 1817.

Las alegres y libres correrías de su primera mocedad, no hubieron de prestarse á que él adquiriese una instrucción muy esmerada sobre cosa alguna; pero su clara inteligencia, su afición á los libros y su vaga y constante lectura y la perspicacia y la rapidez con que lo percibía todo, lo cogía al vuelo en la conversación y trato de las gentes y no sólo lo custodiaba en la memoria sino que también lo transformaba con la imaginación, hicieron de él un hombre en extremo culto, mas original que erudito y de gusto literario muy acendrado.

Lo poco que ha escrito y le ha conquistado fama pertenece todo á su primera mocedad. Después, por espacio lo menos de cincuenta años que aún duró su vida, Álvarez apenas escribió nada espontáneamente. Si algo escribió excitado y hostigado por motivos extraños y poco poéticos, harto se notan en ello la violencia y la falta de esmero con que está escrito.

No fué, sin embargo, la desidia ni el agotamiento la causa de tamaña esterilidad. Fueron á mi ver el empalago y la hartura que puso en su espíritu la poesía, así como el terror que hubo de infundirle la fecundidad ajena.

Contribuyeron también á la inacción mental de Alvarez, su criterio harto descontentadizo de las propias obras, su afán de hallar lo nuevo y lo raro, afán que hace caer á menudo en lo paradójal y extravagante, y el anhelo de perfección, unido á la creencia de que la perfección no se obtiene por persistente cuidado, sino que acude por inspiración súbita en momentos dichosos. Esperando siempre estos dichosos momentos, Alvarez se pasó la vida y produjo muy poco al principio de ella y esto poco sin previa consideración y sin tranquilo estudio. Aún así y en medio del desorden y de la falta de plan, hay en lo que nos queda de Alvarez, tanto en verso como en prosa, admirables fragmentos donde en mi sentir, se revela y queda para siempre estampada la apacible hermosura de un alma contemplativa y amorosa.

El P. Blanco García, lejos del mundo y desde el rincón de su celda, á pesar de su claro entendimiento, comprendió mal á Alvarez y le calificó de blasfemo y de impio. No le tengo yo por tal ni por pesimista siquiera, y he de procurar defenderle aquí, aunque alguien desestime mis razones por sobrado alambicadas y sutiles.

Sin duda, lo que más campo ofrece á esta controversia, es también lo más generalmente cele-

brado, repetido y aprendido de memoria de cuanto Álvarez escribió: las octavas del poema *Maria* donde se dan tan irónicas y chistosas alabanzas al universo visible, á cuantas son las criaturas que en él hay y á los deleites y felicidad de que gozan.

En la Introducción de esta obra dije ya mucho sobre todo ello, pero aún tengo que añadir bastante. Quiero valerme de una comparación para que se perciba con claridad mi pensamiento.

Figurémonos á un niño cándido é inocente que respeta y ama á su padre, por quien está muy mimado. Con malicia infantil y sin pizca de hiel, imaginando picar un poco el amor propio de su padre, aunque predispuesto á pedirle perdón si se enoja, desdeña los juguetes que su padre le trae para su recreo, y dice que no gusta de los bizcochos y confites que le regala. Figurémonos además que el niño, instintivamente, lleva otra mira con sus desdenes: la mira de hacer creer que prefiere á todo lo material, á los mencionados bizcochos y confites, lo sobrenatural y lo místico que ya empieza á aprender en su compendioso catecismo, aunque todavía no lee en él de corrido, sino que sólo le deletrea.

Muy semejantes á lo que dice el niño son los chistes y las burlas que dirige Álvarez contra las admirables obras de Dios y contra el fin y propósito con que, en su concepto, hubieron de ser creadas. Por blasfemia abominable tienen el Padre Blanco García y otros críticos severos tales chistes y burlas. Yo, sin embargo, considerán-

dolo más reposadamente, hallo mucho parecido entre lo que expresan no pocos libros ascéticos y místicos sobre el menosprecio del mundo y lo que Álvarez expresa con graciosa ironía en sus celebradas á par que condenadas octavas. Para nosotros los hombres, la Naturaleza se perturbó y vició después de la primera culpa. El mundo es mirado como uno de los tres enemigos del alma. Lícito y hasta plausible es, pues, cuanto se diga en vilipendio suyo. Y, por otra parte, las irónicas alabanzas de Álvarez no implican en realidad gran vilipendio. Más bien presuponen que el poeta halla mezquinos é insuficientes todos los goces y deleites que el mundo ofrece, pobres para nuestro amor y nuestra admiración, el espectáculo y el logro de su pompa y de su hermosura, y ruin é inadecuada toda su riqueza para estimular nuestra codicia y aquietar con su posesión el infinito anhelo del alma.

A mi ver, no es otro el sentido de los versos de Álvarez que el que yo pretendo desentrañar é interpretar aquí. Y si no es otro el sentido, y si prescindimos de algunas atrevidas frases que parecen irrespetuosas y de las que se vale Álvarez por inexperiencia de muchacho y por audacias y vicios de lenguaje, propios de la gente moza y sobrado suelta con quien él, cuando muchacho vivía, todo puede perdonársele y hasta puede aplaudírsele por los más piadosos y tímidos varones.

El optimismo y la indulgencia de Álvarez, salvo en los momentos pasajeros de sus místicas

aspiraciones, son, sin duda, los principales rasgos de su carácter como poeta, como escritor y como hombre. Inclinado se sentía siempre á disculpar, á perdonar y á hacer gracia. Cuando fué Consejero de Estado, si se hubiera dejado llevar de su compasión y de su benevolencia, y si todo hubiese dependido de su consejo, hubiera sido indultado todo reo que solicitase indulto y convertido en Conde ó en Marqués todo labrador, mercader ó fabricante que lo pretendiese.

Realmente apertus había cosa que pareciese mal á Álvarez, cuando se quedaba en este mundo sub-lunar y no se remontaba á las regiones etéreas.

No sólo desconocía la envidia, sino también las causas que la producen, ya que la envidia es el pesar del bien ajeno, y para Álvarez ningún bien era ajeno, sino propio. Las mujeres elegantes y ricas se adornaban con hermosas telas y resplandecientes joyas para que él se complaciese mirándolas. No había fiesta ni baile, donde Álvarez no permaneciese hasta lo último, sin más aliciente que la contemplación. Era en extremo sobrio y poco delicado de paladar; lo mismo le importaban las *cándidas patatas* ó un potaje de populares garbanzos, que el más succulento *foie-gras*, el *Chaufroid d'Ortolans* ó que un *Chateaubriand* con trufas, y más gustaba de un vaso de agua fresca, que de los más aromáticos y generosos vinos del Rhin y de Burdeos. Y Álvarez, sin embargo, asistía contentísimo á los festines, encantado del lujo, del brillo y de los placeres que los otros convidados disfrutaban y hasta de

la satisfacción de amor propio que el anfitrión alcanzaba por su esplendor y magnificencia. Cuando Álvarez vivía en un modestísimo y pobre piso tercero de la calle de Bailén, aseguraba con la mayor buena fe, que el soberbio palacio de nuestros reyes, que desde su balcón veía, y los carruajes de lujo y todo el aparato suntuoso de la Corte, eran más para él, que sosegadamente los contemplaba como representación ó drama de mucho coste, que para los príncipes, los cortesanos y demás séquito, que venían á ser los comediantes y la comparsa de aquel lujoso y divertido teatro.

Desprovisto de ambición y de codicia, no fué, ni tal vez pretendió nunca, ser persona de fuste en las regiones oficiales. A pesar de los muchos amigos y valedores que tuvo, jamás le eligieron académico ni diputado. Y si desempeñó algunos públicos empleos, fué sólo para ganarse la vida ó para que no le acusasen de estar siempre ocioso. Así estuvo Álvarez en Rio de Janeiro como Secretario de la Legación de España; más tarde en Méjico como nuestro Ministro; fué en Madrid, durante algún tiempo, Subsecretario en el Ministerio de Estado, y después Consejero, según ya dijimos.

Jubilado, por último, y muy estimado y querido en la buena sociedad de Madrid, que frecuentaba siempre, y donde era muy gustada su amena é ingeniosa conversación, murió en esta corte á los 75 años de edad, el día 15 de Noviembre de 1892.

Desde el año de 1840, en que conocí á Álvarez, cuando estuvo en Carratraca en compañía de Espronceda, me unieron á él firmes lazos de amistad entrañable. Su hermana Valentina, casada luego con D. Ángel Maria Dacarrete, fué íntima y constante amiga de mis hermanas, lo cual contribuyó á que fuesen mis relaciones con Álvarez más amistosas y estrechas. Así se explicaría que me detuviese yo tanto en tratar de él aquí, aunque no hubiese para ello otro singular motivo: la originalidad delicada y fina, de su ingenio y de su carácter.

Yo tuve siempre á Álvarez por un extraño anacoreta que andaba de tertulia en tertulia, como los antiguos padres del yermo por los andurriales de la Tebaida y que lejos de ser pesimista en el fondo transformaba en deleite estético la más honda melancolía y el más intenso dolor por obra y gracia del barniz poético que les prestaba y por su beatífica conformidad con la voluntad del cielo. Estúdiense bien los siguientes versos y pronto se notará que en el dolor de que en ellos se habla se oculta un placer refinado: algo como suave aroma de bálsamo anodino:

¡Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! No deja
Solo, jamás al triste que acompaña;
De su aurora solicita lucero,
Estrella de su noche que la baña
Con luz que hasta en sus sueños se refleja.

En las dos primeras composiciones de Álvarez que insertamos en esta obra, se advierten más

aún la ternura de alma de nuestro poeta y la paz y la confianza que nacen de dicha ternura.

Los frecuentes chistes de Alvarez, ora hablados ora escritos, y reídos y celebrados siempre, jamás contenían un átomo de amargura. Nada más sabido de memoria que sus cinco fábulas en caricatura. Procurando imitarlas han compuesto después, varios poetas otras fábulas que pretendían ser por el mismo estilo, pero que carecen de la pulcritud y de la inocencia de las de Alvarez y que rara vez hacen reír á pesar de su obscenidad desvergonzada.

De lo que Alvarez escribió en prosa, algo hay también que merece aplauso y larga vida por la sencillez y candoroso desenfado con que está escrito.

Sobre todo ello descuella la novelita titulada *La protección de un sastre*, cuya moraleja final es una humorada que no puede ni debe tomarse por lo serio en su más literal sentido, calificándola hasta de blasfemia, como la califica el Padre Blanco García. «Un sastre, dice, dió la felicidad á Rafael. ¡Tal será la felicidad, cuando la puede dar un sastre! ¡Pobre género humano! Eso que llamas felicidad es una cosa que puede deberse á cualquiera; pero la verdadera felicidad, sólo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres: cuando Él quiere que uno sea feliz, le hace tonto y se concluyó».

Claro está que esto no pasa de ser una broma. Aunque Alvarez dice *verdadera felicidad*, no habla aquí de felicidad verdadera. Por tonto que

supongamos á un hombre, jamás desconocerá su miseria, ni será insensible á las penas físicas y morales que le aflijan. Esto cabe en la más embotada sensibilidad y en la más ruin inteligencia. Lo que no cabe, á no ser por milagros del amor divino y sólo en almas escogidas y grandes, es la percepción y el puro conocimiento de la infinita bondad y de la soberana hermosura, en quien sólo reside la suprema bienaventuranza.

Don Antonio Ros de Olano,
Marqués de Guald-el-Jelú, merece, como poeta lírico muy altas alabanzas. Con leer los versos suyos que insertamos en esta obra, toda persona de gusto se moverá á celebrarle, á simpatizar con él y hasta á admirar su elegante originalidad y su sincero y hondo sentir y entender del mundo, de Dios y del hombre, sin que nosotros se lo recomendemos.

De la vida de tan notable poeta, sólo en cifra cabe aquí decir algo.

Nació en Caracas en 1808 y murió en Madrid el 23 de Julio de 1886. Hijo de un militar catalán, que tuvo en Venezuela muy importantes empleos, Ros de Olano volvió á España á la edad de cinco años, y se acabó de criar en la casa solariega de su padre, situada en la provincia de Gerona.

Como su padre, siguió Ros de Olano la carrera de las armas, señalándose en varias ocasiones por su pericia militar y alcanzando grados, títulos y

honorés, ya en la larga guerra civil que hubo después de la muerte de Fernando VII; ya en sublecciones, pronunciamientos y contrapronunciamientos, como el de Vicalvaro y el que arrojó dos años después del poder á Espartero; ya en la guerra de África, casi la única guerra internacional no desdichada que después de la guerra de la Independencia hemos tenido.

Así llegó Ros de Olano á Teniente General, grande de España y caballero gran cruz de varias órdenes.

Fué siempre lo que vulgarmente llaman muy excéntrico y no por afectación, sino por naturaleza.

Su instrucción era variada y no corta. Tuvo mucha lectura, decidida y constante afición á toda clase de estudios, clara inteligencia, raro ingenio en todos los sentidos de la palabra raro y singular aptitud para todo.

Muy estimado como hombre político, se distinguió en las Cortes como orador por la elegancia y corrección de sus discursos y por lo reposado y sentencioso que en ellos se mostraba. Por afición irresistible y no por oficio, fué poeta y novelista y aunque grande amigo y admirador de Espronceda, muy distinto de él, como de su carácter independiente podía y debía esperarse.

Sus versos, según se verá en los que en esta obra insertamos, casi siempre se recomiendan por la enérgica y sencilla claridad con que expresan los sentimientos y las ideas y la viva impresión que produce en el alma el universo visible.

Se diría que Ros, al menos al escribir sus mejores versos, tuvo presente y siguió esta sentencia que se le atribuye: «la poesía es pensar alto, sentir hondo y hablar claro.»

Tal vez la rima y el metro valieron á Ros para brida y freno, con que acertó á contener el impetu fogoso, el escape y los saltos violentos de su Pegaso, el cual, cuando Ros iba en él como prosista, corría frenéticamente y solía llevarle al país de las Quimeras y á regiones tenebrosas y desconocidas. Entonces Ros, como dice Menéndez y Pelayo, era mistagógico. A veces podía aplicarse á algunos pasajes de sus obras lo que se cuenta de no recuerdo bien qué escritor alemán. Un amigo suyo le preguntaba: ¿qué quisiste decir aquí? Y él contestaba: cuando escribi eso, Dios y yo lo sabíamos, ahora sólo Dios lo sabe. Con lo dicho convienen aquellas palabras de don Pedro Antonio de Alarcón al hablar de ciertas obras de Ros: «Todavía, dice, no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende y que se enoja con los que se dan por entendidos».

Conviene también con lo que asegura Alarcón el título de mistagogo que da á Ros Menéndez y Pelayo, porque si bien quiere Ros iniciar á quien le lee en algo de los misterios y levantar para él una punta del velo de Isis, de seguro no quiere ó no puede revelárselo todo y mostrar á Isis sin velo.

En lo misterioso de las obras en prosa, novelas

y cuentos de Ros, se nota cierta progresión ascendente, empezando por *El diablo las carga* y subiendo al grado superlativo en *El Doctor Lañuela*, historia archi-enigmática, cuyo sentido esotérico no intentaremos descifrar.

El P. Blanco García, lleno de enojo y mal humor con tamañas obscuridades, trata á Ros de Olano hartamente severamente.

Menéndez y Pelayo me parece justo. Como poeta elogia á Ros tanto como yo le alabo y lo que dice de él como prosista está, en mi sentir, tan puesto en razón que yo lo acepto por mío y casi lo copio aquí, si bien con algún escrúpulo de conciencia de que se hallen escatimado el elogio y exagerada la censura.

La prosa de Ros es «prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Juan Pablo Richter, Hoffmann y Quevedo». De aquí que Menéndez preconice á Ros, por «precursor notorio de los enigmáticos escritores, que ahora arman tanto ruido en Francia, con nombre de decadentistas y simbolistas».

Don Julián Romea más célebre como actor que como poeta, aunque como poeta no es menos digno de serlo, nació en Aldea de San Juan, provincia de Murcia, el día 16 de Febrero de 1813, y murió en Madrid el día 10

de Agosto de 1868. Hijo de una distinguida familia aragonesa, venida muy á menos en bienes de fortuna, se dedicó á la declamación desde su primera mocedad, así por afición irresistible como para hallar modo decoroso de vivir desahogadamente, sin ser graboso á su padre y auxiliando y amparando á sus hermanos que no fueron pocos. Uno de ellos, Florencio, fué actor como él. Otro, Eduardo, siguió la carrera diplomática y llegó á Ministro Plenipotenciario. Su hermana, Joaquina, casó con D. Luis González Bravo y fué en su florida mocedad ornato de la sociedad madrileña por su gracia, hermosura y talento. Otra hermana suya casada con el célebre personaje político D. Cándido Nocedal, tuvo una vida muy retirada y modesta.

No me incumbe tratar aquí de los progresos y triunfos que D. Julián obtuvo en la escena, eclipsando la fama de su maestro D. Carlos Latorre é introduciendo en el arte de la declamación española cierta naturalidad discreta y hábil de que carecía y con la que él lograba conmover al auditorio y expresar las más vehementes pasiones, sin gritos, sin descompasados ademanes y sin tonillo ó fastidiosa melopeya.

Romea, que había recibido una educación esmerada y cuyo gusto literario era muy bueno, se hizo poeta lírico, inspirado por su profundo sentimiento religioso, por su ferviente patriotismo y más aún por el amor de una mujer á quien dedica sus más apasionados versos. Los dedicados á Zaragoza que insertamos en esta obra, son

no menos elegantes que sentidos; pero donde el poeta muestra más vigor de inspiración es, sin duda, en las composiciones amorosas á Elvira. Todo buen poeta lírico es íntimo y subjetivo, y Romea lo es en extremo, cuando canta sus amores. El crítico siente cierto prurito de hablar de tales amores que tan lindos versos inspiran, pero todavía no es prudente ni lícito hablar de ellos, por el poco tiempo transcurrido desde que pasaron. Sólo indicaremos aquí que, si hubo en dichos amores algo de pecaminoso, en los versos que de los amores nacen, aparece un conflicto punto menos que irresoluble entre la moral y la estética.

La moda romántica y el espíritu religioso de Romea, que le mueven á buscar en lo sobrenatural cristiano comparaciones é imágenes para encarecer y ponderar los hechizos, la ternura y la belleza de su enamorada, así como el deleite sublime que todo ello le causa, tienen un no sé qué de sacrilego, que difícilmente puede perdonarse, sin que nuestra conciencia quede escrupulosa.

Como quiera que ello sea, nadie negará que los versos de D. Julián están llenos de pasión, son primorosos y atildadísimos, y aunque pequeños por lo que dejo dicho, es menester conservarlos, divulgarlos y celebrarlos, como decían antiguos censores eclesiásticos, *propter elegantiam sermonis*.

Yo confieso, además, que soy, y no puedo menos de ser, muy indulgente en este punto. Gran

pecador en él cuando mozo, no quiero que se me acuse de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Llenos están de impiedades semejantes ó mayores, pongamos por caso, mis versos á Gláfira. En justo castigo de tamaña perversidad, no extraño yo, ni me quejo de que casi nadie los lea, ni menos los celebre; mas no por eso quiero que los versos de Romea sean castigados del mismo modo.

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe nació en Granada el día 16 de Junio de 1816. Murió en Madrid el día 7 de Septiembre de 1894.

Don José, padre de D. Aureliano, hábil y asiduo cultivador de las letras patrias, alcanzó merecida fama escribiendo una historia crítica de nuestro teatro, y arreglando para la escena moderna varias comedias antiguas.

Con menos resonancia que Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, por haber pasado casi toda su vida en una ciudad de provincia, D. José contribuyó como ellos á conservar encendido el fuego de la inspiración castiza y el gusto poético de la España de los siglos XVI y XVII, resistiendo la avenida de nuevas ideas, modas y preceptos que sucesivamente iban llegando de Francia.

Don José transmitió á sus hijos D. Aureliano y D. Luis, su amor á la poesía, su laboriosidad erudita y su afición á lo castizo.

no menos elegantes que sentidos; pero donde el poeta muestra más vigor de inspiración es, sin duda, en las composiciones amorosas á Elvira. Todo buen poeta lírico es íntimo y subjetivo, y Romea lo es en extremo, cuando canta sus amores. El crítico siente cierto prurito de hablar de tales amores que tan lindos versos inspiran, pero todavía no es prudente ni lícito hablar de ellos, por el poco tiempo transcurrido desde que pasaron. Sólo indicaremos aquí que, si hubo en dichos amores algo de pecaminoso, en los versos que de los amores nacen, aparece un conflicto punto menos que irresoluble entre la moral y la estética.

La moda romántica y el espíritu religioso de Romea, que le mueven á buscar en lo sobrenatural cristiano comparaciones é imágenes para encarecer y ponderar los hechizos, la ternura y la belleza de su enamorada, así como el deleite sublime que todo ello le causa, tienen un no sé qué de sacrilego, que difícilmente puede perdonarse, sin que nuestra conciencia quede escrupulosa.

Como quiera que ello sea, nadie negará que los versos de D. Julián están llenos de pasión, son primorosos y atildadísimos, y aunque pequeños por lo que dejo dicho, es menester conservarlos, divulgarlos y celebrarlos, como decían antiguos censores eclesiásticos, *propter elegantiam sermonis*.

Yo confieso, además, que soy, y no puedo menos de ser, muy indulgente en este punto. Gran

pecador en él cuando mozo, no quiero que se me acuse de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Llenos están de impiedades semejantes ó mayores, pongamos por caso, mis versos á Gláfira. En justo castigo de tamaña perversidad, no extraño yo, ni me quejo de que casi nadie los lea, ni menos los celebre; mas no por eso quiero que los versos de Romea sean castigados del mismo modo.

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe nació en Granada el día 16 de Junio de 1816. Murió en Madrid el día 7 de Septiembre de 1894.

Don José, padre de D. Aureliano, hábil y asiduo cultivador de las letras patrias, alcanzó merecida fama escribiendo una historia crítica de nuestro teatro, y arreglando para la escena moderna varias comedias antiguas.

Con menos resonancia que Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, por haber pasado casi toda su vida en una ciudad de provincia, D. José contribuyó como ellos á conservar encendido el fuego de la inspiración castiza y el gusto poético de la España de los siglos XVI y XVII, resistiendo la avenida de nuevas ideas, modas y preceptos que sucesivamente iban llegando de Francia.

Don José transmitió á sus hijos D. Aureliano y D. Luis, su amor á la poesía, su laboriosidad erudita y su afición á lo castizo.

Brillantes pruebas de poseer tales prendas, dió don Luis, hijo segundo de D. José, así en varias ingeniosas composiciones líricas y dramáticas, como en obras de investigación y de crítica. Las más notables entre estas últimas son, el estudio y la vida de D. Agustín Moreto, con que ilustró las comedias de dicho autor, publicadas en un tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, y su más extenso y magistral trabajo sobre D. Juan Ruiz de Alarcón, trabajo premiado por la Real Academia Española en 1871, y que no pudo menos de influir, un año después, en 1872, en abrirle las puertas de dicha Real Academia.

El admirable libro sobre Alarcón, á que nos referimos, bien puede decirse que sirvió de estímulo y modelo para que en el mismo género se escribiesen más tarde no pocos otros, donde con motivo ó con pretexto de contar la vida de un poeta, de un literato ó de un sabio, y de juzgar sus obras, se reconstruye la historia íntima y se pintan la sociedad, usos y costumbres de una época determinada. Difícil es adelantarse en esto y vencer á D. Luis Fernández Guerra, que traza cuadro tan completo y tan rico de color, de animación y de verdad, así de la España de entonces, como también del florecimiento, esplendor y cultura que España había logrado trasplantar á su gran colonia de Méjico. Pero si prescindimos de hacer comparaciones y sólo atendemos al mérito absoluto, justo es alabar también los libros que siguiendo las huellas de D. Luis Fernández Guerra, se han escrito después y entre

los que sobresalen los de D. Emilio Cotarelo, sobre D. Ramón de la Cruz, y D. Tomás de Iriarte; el de D. José R. Carracido sobre el Padre Acosta; el de D. José Jordán de Urries, sobre Jáuregui, y el de D. Francisco Rodríguez Marín, sobre Barahona de Soto.

La mencionada Real Academia Española escita á escribir tales libros ofreciendo y dando premios, y no puede negarse que tales libros son útiles á par que amenos, cuando el primor del estilo les presta valer y gracia, sin que nos atrevamos á censurar de minuciosos y de prolijos á sus autores. Cuando se escriben y se leen con deleite largas novelas, cuyo único interés consiste en saber si se casan ó si mueren de mala muerte los personajes insignificantes que el autor crea, licito y aun plausible es escribir detenidamente sobre la existencia de los grandes ingenios y sobre el medio social en que vivieron. En mi sentir, con todo, conviene evitar el abuso de la prolijidad, recordando lo sobrios y concisos que fueron en sus historias los antiguos autores.

Cuando Plutarco, pongamos por caso, cuenta todo, lo que hizo Alejandro ó César, en menos palabras que las que emplea cualquiera de estos biógrafos modernos en explicarnos por qué tal ó cual sainete ó entremés fué aplaudido ó silbado, el espíritu humano se compunge y hasta se aterra, abrumado por el peso de tamañas reconditeces y particularidades. ¿Quién a no ser un monstruo de entendimiento y de memoria, podrá jactarse de ser erudito si esto sigue? ¿Cómo

saber siquiera la milésima parte de tantas cosas? Movidos á la vez por la pereza y por la envidia, desesperados de no poder saber lo que otros saben ¿no se atreverán muchos á desear que resucite el califa Omar, si no como fué como se supone que fué y pegue fuego á las bibliotecas y también á los archivos?

Pero, prescindiendo de estas ideas y sentimientos contradictorios que á veces me asaltan, repito que el libro de D. Luis sobre el autor de *La verdad sospechosa*, es un dechado de erudición y de ingenio. Pruebas no menos claras de poseer tan excelentes cualidades dió D. Aureliano en todas sus obras, señalándose más que en ninguna en la edición de las de Quevedo de la Biblioteca de Rivadeneira, edición ilustrada con una excelente vida del gran poeta satirico y con preciosas notas. Con este trabajo se ha allanado el camino para que sea Quevedo conocido y estimado en Francia, y para que Ernesto Merimee escriba sobre él un discreto é interesante libro, y también con este trabajo se ha hecho más fácil la empresa de publicar como se está publicando en Sevilla una edición magnífica de todo lo escrito por el autor de *El gran tacaño*, de la *Política de Dios* y de *La visita de los chistes*.

Don Aureliano Fernández Guerra, adquirió y desplegó raro saber y diligencia indagadora en otras muchas empresas.

Fué doctísimo en epigrafía, en antigüedades y en el conocimiento geográfico de nuestra península en tiempo de la dominación romana.

La erudición, en vez de abrumarle con su peso, prestaba á su imaginación alas y vigorosa inventiva. Nada más ingenioso, por ejemplo, que el modo con que D. Aureliano reconstruye ó resucita, digámoslo así, la personalidad del Bachiller Francisco de la Torre, de cuya existencia se dudaba, atribuyéndose á Quevedo sus versos. Desentrañando su sentido con rara sutileza y poderosa fantasía, revive el Bachiller á nuestros ojos que le contemplan y le siguen en sus lances de amor y fortuna.

En otras ocasiones, tal vez movido por su caballerosa lealtad y por su patriotismo, D. Aureliano va demasiado lejos en sus afirmaciones ó en sus negaciones. No digo yo que debamos tener por cierto todo cuanto nos cuenta el Abate de Saint-Real en su *Conjuración de Venecia*, donde se propuso imitar y hasta eclipsar á Salustio; ¿pero está bien que neguemos por eso que el Duque de Osuna, el Marqués de Bedmar y Quevedo confidente de ambos, influyesen ó interviniesen en la conjuración mencionada?

Enigma histórico es este que no nos toca dilucidar ni que hasta el día ha aclarado nadie con pruebas fehacientes.

En otros puntos la fantasía de D. Aureliano, apoyándose en la erudición, llega á dar por ciertas cosas harto difíciles de creer, cosas que redundan, á mi ver, en perjuicio de la persona á quien intenta ensalsar el que las imagina ó las inventa. Así, por ejemplo, D. Aureliano se empeña en descubrir en *El Quijote* multitud de alu-

siones satíricas contra ilustres magnates de la corte de Felipe III. Si la imaginación acalorada de *El Caballero de la triste figura* convirtió dos manadas de carneros y ovejas en los ejércitos del Emperador Alifanfaron de Trapobana y de Pentapolin Garamanta, no fué menor el esfuerzo de la imaginación de D. Aureliano para convertir á Micocolembó, á Brandabarbarán y á los demás seres fantásticos creados por Don Quijote en históricos y reales personajes de los que vivieron en España cuando Cervantes escribía. Como yo me atreví, no á negar, sino á poner en duda que tales personajes bajo aquellos fingidos nombres se ocultaran, D. Aureliano, á pesar de lo bondadoso que era y de lo mucho que me quería, se enojó contra mí. Resentido estuvo de que yo dijese, y arrepentido yo de haber dicho, repitiendo las palabras de Sancho: «señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto, á lo menos yo no los veo, quizás todo debe de ser encantamiento».

Yo confieso, que hice muy mal en lastimar con chiste tan irrespetuoso á un varón tan sabio, tan candoroso y tan bueno, y á quien debía favores y constante y fina amistad desde los primeros años de mi vida. Magnánimamente se vengó él de mí, elogiando mi discurso sobre *El Quijote*, si bien con delicada ironía por lo excesivo del elogio, y recordando á la vez el pequeño agravio que yo le había hecho, con lo cual no pudo menos de avergonzarme.

Esta lección de generosidad y cortesía que me dió D. Aureliano, está al principio de su eruditísimo discurso sobre el fuero de Avilés, dechado de crítica histórica, donde luce el autor su profundo conocimiento de la España de la Edad Media.

No menos estimables son también otras obras históricas de D. Aureliano, como *El Libro de Santoña* y *Caida del imperio visigótico*.

Como poeta dramático, es igualmente don Aureliano digno de alabanza. Compuso para el teatro *La peña de los enamorados*, *Alonso Cano* y *La hija de Cervantes*, y en colaboración con don Manuel Tamayo y Baus, el interesante drama *La rica hembra*.

Como poeta lírico, por último, se hizo estimar y aplaudir de los entendidos, por el apasionado y castizo romanticismo de sus poesías amorosas de las que es gallarda muestra la que dedica á Higiara y que insertamos en esta obra.

Sin duda el constante y entrañable afecto que esta Higiara, envuelta para mí en el velo del misterio, hubo de inspirar al poeta, permaneciendo para él inasequible, sólo Dios sabe por qué motivos, le indujo también á permanecer toda su vida en muy ejemplar celibato.

D. Aureliano tuvo y desempeñó algunos empleos públicos en consonancia con sus aficiones y conocimientos literarios.

Perteneció á las Reales Academias Española y de la Historia y fué dignísimo bibliotecario de la primera.

Aunque granadino, siempre le tuve yo y me tuvo él por más íntimo y cercano compatriota. Poco más de un cuarto de legua dista del lugar en que tiene mi familia su corta hacienda, el lugar en que su familia tiene la suya. Y mil veces, yendo yo á pie y de paseo hasta Zuheros, me he complacido en ver el olivar y el majuelo de los Fernández Guerra, adornando con su frondosa verdura la falda del cerro en cuya cumbre está la población y el enrisado castillo.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, *Marqués de Valmar*, nació en Cartagena el día 16 de Julio de 1815. Era hijo de un distinguido militar y hermano de la discreta é ilustrada dama que casó con D. Ángel de Saavedra y fué más tarde Duquesa de Rivas.

Después de haber estudiado leyes y graduándose de licenciado, entró en la carrera diplomática en el año de 1833.

Pasando sucesivamente por todos los grados de esta carrera, estuvo, como Agregado y Secretario, en París, en El Haya y en Lisboa. Y como Jefe de Legación en Atenas, Copenhague, Washington y Viena.

Siendo D. Pedro Pidal Ministro de Estado en 1857, Cueto fué Subsecretario de aquel Ministerio.

En todos sus cargos diplomáticos dió muy lucidas muestras de su saber, habilidad y pruden-

cia. Señalóse sobre todo en los Estados Unidos, donde supo defender los derechos y los intereses de España contra las exageradas y hasta ofensivas pretensiones y reclamaciones de aquella gran República. Fué allí su mayor triunfo el lograr que no cediese débilmente nuestro Gobierno á la limitación que se le quería imponer, dentro de la zona jurisdiccional para impedir el contrabando en Cuba, al derecho de detener y visitar embarcaciones que pudieran traer y que á menudo traían á la mencionada isla armas y filibusteros.

Cueto intervino poco en la política interior de nuestro país, aunque fué varias veces Diputado, y por último hasta el fin de su vida, Senador elegido por la Real Academia Española.

Esta Real Academia le recibió y contó en 1858 entre sus individuos de número, dándole el sillón vacante por muerte de D. Manuel José Quintana.

Como poeta lírico, Cueto es estimable por la corrección y elegancia de su estilo, y por el espiritual refinamiento de sus ideas y hasta de las impresiones que causan en su alma el Universo visible y singularmente la hermosura de la mujer, que es lo más excelente y apetecible que en el Universo para nosotros aparece. Cueto, en suma, ha escrito versos primorosos, agradables de leer y muy propios de hombre tan culto, fino y galante como él era siempre, unido todo ello á la vaga y soñadora religiosidad que se manifiesta en la composición que en esta obra insertamos.

Como prosista, crítico y erudito, merece Cueto harto mayores elogios que como poeta. Su claro entendimiento y su sereno juicio, apoyados en el estudio y en la paciente laboriosidad para la investigación, han producido obras muy estimables. A mi ver es la mejor de todas su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, donde se da idea exacta y bastante completa del movimiento intelectual de España en el mencionado período y en lo tocante á bellas letras.

Es asimismo muy de estimar su trabajo sobre *Las Cantigas* del Rey D. Alfonso el Sabio, obra de extraordinario valor que habia permanecido inédita desde que se escribió, hace ya mucho más de seis siglos, hasta que la Real Academia Española hizo de ella una lujosa y elegante edición en 1889. *Las Cantigas* están escritas en el antiguo idioma gallego, que, cultivado después esmeradamente, dió origen al en que escribieron más tarde Camoens, Fray Luis de Sousa y Herculano. Puede afirmarse que son *Las Cantigas* el primer documento de alguna extensión é importancia escrito en lengua portuguesa; anterior al Cancionero del Rey D. Dionis y á los demás Cancioneros.

Trovadorescos són los versos de *Las Cantigas*, así porque la poesía provenzal influyó en la gallega, como porque el Rey Sabio se declaró entusiasta trovador de Santa Maria y cantó sus loores. Y los cantó ya en himnos ó poesías puramente líricas, ya en narraciones de los mila-

gros que hizo la Madre de Dios en favor de sus devotos.

Las cantigas llegan á cuatrocientas. De cada diez, nueve suelen ser narrativas y lirica la décima. Las historias contadas, unas pasan en España, otras en diversas regiones del mundo. Algunas de estas historias son las mismas que refiere Gonzalo Berceo. No pocas reaparecen más tarde en nuestra literatura. Así por ejemplo la de Margarita la tornera, que Zorrilla hizo tan popular recientemente.

Sobre el fundamento de tales historias, sobre los más antiguos libros en que están consignadas y sobre el medio y el camino por donde fueron importadas en España, recogiéndolas el Rey de Castilla y poniéndolas en verso él y los demás trovadores que probablemente le ayudaron, despliega el Sr. Cueto mucho saber y paciente diligencia. Tanto en la Introducción cuanto en el glosario y demás estudios con que ilustró *Las Cantigas*, el Sr. Cueto merece las mayores alabanzas. En tributárselas me complazco yo con efusión verdadera, aunque no he de negar que tuve contra él cierta fundada quejilla. Muchos años antes de que *Las Cantigas* se imprimiesen y publicasen, escribí yo una no muy breve noticia de ellas en Discurso leído en una junta de la Real Academia Española, á la que asistió el Emperador del Brasil D. Pedro II. Mi discurso creo yo que da idea exacta de lo que son *Las Cantigas*, cuenta en resumen sus más bonitas historias y trata de su procedencia. Claro

está, que todo ello harto ligeramente, así porque no pude ni debí entonces pecar de prolijo, como porque nunca fui yo muy apto para determinadas investigaciones y afanoso examen de códices y libros raros. Me inclino no obstante á creer que no mereció mi estudio el desdén ó el completo olvido con que le trató el Sr. Cueto. Yo, á pesar de todo, reconozco y aplaudo el gran mérito de su trabajo. Lo único que me aflige es que la Academia, por no ser bastante rica y por no contar con generosos bibliófilos que la auxiliasen, se limitara á publicar los versos de *Las Cantigas* y no la música con que se cantaban, ni una buena reproducción de las preciosas miniaturas que el rico Códice de El Escorial contiene y que hacen de él monumento espléndido de las letras, de las artes y de toda la cultura de Castilla en el siglo XIII.

El Sr. Cueto, que había viajado mucho y era un verdadero cosmopolita, escribía en francés tan correcta y elegantemente como en castellano. De ello dan testimonio sus artículos sobre el *Cancionero* de Baena, y sobre la *Virginia* de D. Manuel Tamayo y Baus, insertos en la parisiense *Revista de Ambos Mundos*.

Fué por último Cueto discretísimo conocedor y aficionado de las artes del dibujo, mostrándolo en la adquisición que hizo para España del bello Mercurio de Thorwaldsen que admiramos en el Museo de Madrid, y también en la restauración de su casa ó quinta de Deva, que hubo de pertenecer quizás á Mateo Vázquez, y que es una

linda joya artística por sus artesonados y por sus demás primorosas esculturas en roble.

El Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto murió en Madrid, de edad muy avanzada, el día 20 de Enero de 1901.

Don Pedro de Madrazo pertenece á una ilustre familia, honra de las bellas artes españolas. Su padre, D. José, fué un notable y muy celebrado pintor, pero se le adelantaron en fama y en merecimiento su hijo D. Federico y su nieto D. Raimundo. Cecilia, hermana de este último y como él hija de D. Federico, acrecentó la gloria artística de la familia por su enlace con Fortuny, el pintor más grande y más original que en España hemos tenido desde la muerte de Goya.

Nació D. Pedro en Roma el día 11 de Octubre de 1816, pero pronto vino á España con su padre, y en España, impulsado sin duda por su natural inclinación y mayor aptitud, recibió una esmerada educación, más literaria que artística. Su afición y sus conocimientos en las artes, aunque más teóricos que prácticos, fueron con todo muy notables, manifestando el influjo que ejercieron en él la fuerza de la sangre y el haberse criado en el seno de una familia de artistas.

Mostró D. Pedro su atinado criterio, su buen gusto y su mucho saber en arqueología, en pintura y escultura y en las demás artes del di-

bujo, así como en la historia de dichas artes, publicando ó colaborando en la publicación de libros importantísimos que á ella se refiere. El más popular de estos libros, y sin duda el más útil para la generalidad de la gente es el *Catálogo descriptivo é histórico de los cuadros del Museo del Prado de Madrid*.

Don Pedro de Madrazo desempeñó elevados empleos, fué Consejero de Estado y escribió y nos dejó también algunos escritos sobre administración y jurisprudencia.

Tuvo asiento, como individuo de número en las tres Academias Española, de la Historia y de Bellas Artes.

Murió D. Pedro de Madrazo el día 30 de Agosto de 1898, dejando vacante en la Real Academia Española el sillón que antes de él ocupó don Antonio María Segovia, y en el que le sucedió don Emilio Cotarelo.

Las poesías de D. Pedro de Madrazo, escritas casi todas en la mocedad, son muy agradables de leer, atildadas y cultas y con cierta mística vaguedad que tal vez les presta peculiar hechizo.

Según ya dijimos en la Introducción, este hechizo adquiriría más eficacia por la música con que el poeta se hacía acompañar cuando recitaba algunos de sus versos, y por la gallarda y elegante figura que el poeta tuvo cuando joven, y que no podía menos de parecer bien á las damas. La composición titulada *Las tres hermanas del cielo*, que insertamos en esta obra, es una buena muestra de la primorosa cultura de D. Pedro

de Madrazo y de su talento poético, á mi ver har-to menos estimado de lo que merece por el Padre Blanco García.

Don Mariano Roca de Togores, *Marqués de Molins*, tercer hijo de los Condes de Pinohermoso, nació en Albacete el día 17 de Agosto de 1812.

Se educó en Madrid en el colegio de San Mateo, dirigido por D. Alberto Lista. Favorecido por su ilustre cuna, por su esmerada educación y por su aptitud y notable despejo, se distinguió y brilló desde muy temprano en la política y en la amena literatura.

Orador elegante y disertó, liberal siempre aunque sosteniendo doctrinas conservadoras y propendiendo á conciliar ó á fundir con su liberalismo sus vivos sentimientos aristocráticos y religiosos, alcanzó notoriedad y crédito en el Congreso y en el Senado, y obtuvo y desempeñó los más altos empleos. Fué varias veces Ministro de la Corona y representó á España como Embajador en París y en el Vaticano.

Sus estudios y merecimientos literarios le conquistaron no menores premios, honores y distinciones, pudiendo considerarse, como una de las más estimadas, el haber sido Director de la Real Academia Española.

El Marqués de Molins murió en Lequeitio el día 4 de Septiembre de 1889.

Las obras que el Marqués ha dejado escritas han sido discreta y justamente celebradas por el Padre Blanco García, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo y por otros críticos de nota.

También nosotros hemos dado nuestro parecer sobre ellas en la Introducción de este FLORILEGIO y poco nos queda que añadir ahora.

El Marqués más que como poeta lírico, merece aplausos como dramaturgo, como poeta épico ó dígase autor de leyendas y romances y como atildado y discreto prosista.

De su valer como dramaturgo da claro testimonio su hermoso drama *Doña María de Molina* en el que compite con el maestro Tirso, tratando el asunto de *La prudencia en la mujer* con el gusto y las ideas de nuestra edad, aunque ciñéndose mucho más á la verdad histórica que Tirso mismo.

Los escritos en prosa del Marqués de Molins, son muy estimables por su discreción y atildamiento, y por la eficaz y atinada diligencia con que el autor reúne noticias y averigua y aclara los hechos.

Sus más conocidas y mejores obras de esta clase son: *La vida de Bretón de los Herreros*, *La Mancha* y *La sepultura de Miguel de Cervantes*. Pero, á mi ver, lo que más vale, lo que durara más, honrando la memoria y el nombre del Marqués de Molins como literato y como poeta, son sus lindísimos romances.

Don Jaime Balmes entra en este FLORILEGIO en el número de los poetas, no ya porque los versos que compuso aumenten la alta fama de que goza, sino para mayor honra de la misma poesía, que bien puede ufanarse de contar á tan ilustre personaje entre sus enamorados y humildes cultivadores.

Los versos que de Balmes publicamos están mejor sentidos que expresados, haciéndonos entrever el tesoro de poesía que encerraba su alma, sin que llegara á manifestarse con lucidez completa por la poca maestría en el manejo de la palabra rítmica.

La vida de Balmes fué por desgracia muy corta. Tal vez hubo de abreviarla la devorante actividad de su espíritu.

Nació Balmes en Vich el día 28 de Agosto de 1810 y murió en la misma ciudad el 10 de Febrero de 1848. No llegó, pues, á cumplir 38 años.

Muy de admirar es la multitud de cosas que aprendió en tan corto tiempo y lo bien que acertó luego á enseñarlas y á difundirlas, poniendo antes en ellas el sello indeleble de su propia personalidad. Fué Balmes, buen matemático, teólogo, filósofo, sabidor de historia, de leyes y de política y bastante versado en la bella literatura.

Hasta llegar á los treinta años puede asegurarse que fué más lo que aprendió que lo que enseñó paladinamente, con la resonancia y el influjo que sus elevadas prendas le conquistaron. Sin duda, si Balmes hubiera vivido más ó no

hubiera dirigido su mente en tantas direcciones, ni hubiera consumido su esfuerzo en tan distintos trabajos, su gloria hubiera sido mucho mayor y sin jactancia pudiéramos hoy colocarle entre los más grandes filósofos que durante el siglo XIX ha habido en Europa. Acaso le faltó para filosofar la premeditación honda, persistente y sosegada: el no distraerse en otros mil negocios y menesteres que podemos calificar de menor cuantía.

Aunque para medir la altura filosófica de Balmes me reconozco incompetente é inhábil, y aunque es imposible además cifrar en esta breve nota las razones que pueda haber para formar juicio, indicaré algo aquí del juicio que han formado personas entendidas más que imparciales entusiastas por patriotismo y fervor religioso, según de sus palabras, si no se ve con claridad se trasluce. Menéndez y Pelayo dice: «Balmes, el hombre de la severa razón y del método, sin brillo de estilo pero con el peso ingente de la certidumbre sistemática, ha comenzado la restauración de la filosofía española, que parecía hundida para siempre en el lodazal sensualista del siglo pasado, ha renovado la savia del árbol de nuestra cultura con jugo de nuevas ideas, ha pensado por su cuenta en tiempos en que nadie pensaba ni por la suya ni por la ajena, ha mirado el primero frente á frente los sistemas de fuera, ha puesto mano en la restauración de la escolástica llevada luego á dichoso término por otros pensadores, y ha popularizado más que

otro alguno las ciencias especulativas en España, haciéndolas gustar á innumerables gentes y desarrollando en ellas el germen de la curiosidad, punto de arranque para todo adelanto científico.»

Extraordinario es el anterior elogio, pero, al leerle, la filosofía fundamental de Balmes nos aparece como monumento, cuya elevación, más que absoluta, es relativa, ya que depende de que alrededor de dicho monumento sólo hay chozas mezquinas, lodazal, yermo inculto y carencia absoluta de algo que arraigue en nuestro suelo y que no venga de fuera.

El Padre Zeferino González, al hablar del edificio filosófico de Balmes, no arrasa tanto en torno de este edificio el campo agostado y seco de la filosofía española. Balmes no surge con sus libros, en medio de un desierto y sin ningún precedente. A pesar del sensualismo y del enciclopedismo del siglo XVIII y á pesar del eclecticismo y de otras importaciones malsanas, la filosofía católica no había dejado de cultivarse en España, según el Padre Zeferino. Persistía floreciente en las escuelas eclesiásticas y la habían divulgado entre los profanos «los escritos del portugués Padre Almeida, las excelentes obras del Padre Zeballos y más tarde las *Cartas críticas* y las *Cartas aristotélicas* del Padre Alvarado, ó sea el *Filósofo rancio*».

Declara además el Padre Zeferino, que Balmes no es un filósofo original con la originalidad usada en nuestros días, ó dígame que no ha creado un sistema. Claro está que no se expone á

errar quien no aspira, que no se ahoga quien para nadar no se arroja al agua, y que si Icaro no hubiese intentado volar no hubiera caído.

¿Pero basta á ser llamada filosofía, y filosofía fundamental nada menos, una construcción racional en que la razón no trata de coincidir y de armonizarse con la fe, ni á ella se subordina procurando antes explicársela, sino que se limita á ser instrumento dócil de su defensa?

Aun así, el mismo Padre Zeferino, si no acusa á Balmes de error, le acusa de sentar proposiciones peligrosas y resbaladizas que nos pueden inducir en error muy fácilmente.

Balmes es un filósofo escolástico; un tomista anterior al nuevo y brillante renacimiento del tomismo; pero, en no pocos puntos, se aparta de la doctrina de Santo Tomás y acepta y adopta pensamientos de Descartes, de Leibnitz y de la ideología empírica de la Escuela escocesa. De aquí el error ó la involuntaria propensión al error de que le acusa el Padre Zeferino, asegurando que para Balmes «sólo poseemos certeza racional y segura en orden á los fenómenos subjetivos; la que poseemos en orden á la realidad objetiva de las cosas distintas del yo, es certeza que se apoya en una necesidad íntima, en una inclinación instintiva de la naturaleza.

De lo dicho, infiere el Cardenal González, que en la doctrina filosófica de Balmes entran por mucho el psicologismo cartesiano y el empirismo escocés, extraños elementos que, si no inducen llevan muy cerca del error á quien los emplea.

A pesar de lo expuesto, bien se nota la sinceridad de las alabanzas que da á Balmes el Padre Zeferino.

Causa de que las alabanzas se limitaran demasiado y no fuesen mayores, hubo sin duda de ser la precipitación con que Balmes escribía. Las obras filosóficas y teológicas requieren previo y profundo meditar con bastante tiempo y reposo, y Balmes escribió en poco tiempo y excitado por sus tareas de periodista y por sus planes de hombre político, además de la *Filosofía fundamental*, la *Filosofía elemental*, *El criterio*, *El Protestantismo comparado con el catolicismo* y otros tratados y disertaciones de controversia filosófica y religiosa.

Distrajeron además su atención y consumieron las fuerzas de su poderosa inteligencia, su labor periodística en *La Civilización* y en *El Pensamiento de la Nación*, y su plan de juntar en una las dos opuestas ramas de la dinastía borbónica, á fin de dar á España la paz y la concordia que no dependían por cierto de tal fusión aunque se hubiese realizado.

Balmes fué individuo de número de la Real Academia Española, ocupando el sillón vacante por muerte del sabio prelado D. Félix Torres Amat, sillón que después de muerto Balmes, han honrado ocupándole sucesivamente, D. José Joaquín de Mora, D. Antonio de los Ríos Rosas y D. Gaspar Núñez de Arce.

Don José María Quadrado fué muy estimable poeta como se ve por la prueba que damos de ello en esta obra con sus versos *A la muerte de D. Jaime Balmes*. Brilló mucho más que como lírico como poeta épico popular ó narrativo, escribiendo algunas leyendas de sucesos históricos de su patria, como el *Ultimo rey de Mallorca*, donde su saber arqueológico, su segunda vista para comprender las edades pasadas y su habilidad para representarlas con el vivo y peculiar colorido que debieron de tener, compiten con la vigorosa concisión de su estilo.

También mostró Quadrado actividad fructifera y feliz disposición para la dramaturgia, traduciendo el *Saul* de Alfieri; refundiendo ó imitando en castellano el *Macbet*, *El Rey Lear* y *Medida por medida* de Shakespeare; y componiendo los dramas originales *Leovigildo*, *Cristina de Noruega* y *Martin Venegas*. En estas últimas composiciones teatrales, Quadrado se inspira en ideas y sentimientos muy semejantes á los de Alejandro Manzoni, cuyos *Himnos Sacros*, acertó á traducir muy bien, aunque siendo más fiel al espíritu del original que á la letra y á las combinaciones del metro y de la rima.

La fama de Quadrado, hasta hace poco tiempo muy inferior á su mérito, crece y se extiende hoy merced al erudito y elocuente estudio que ha hecho de sus obras D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Resumiendo lo que tan sabio crítico dice, bien podemos asegurar que fué Quadrado un polígra-

fo tan fecundo como original, sobresaliendo en la controversia religiosa y política, casi á par de Balmes, de quien fué colaborador en *El Pensamiento de la Nación*, y cuyo propósito de fundir en una las dos ramas de la dinastía borbónica secundó fervorosamente.

En un principio fué Quadrado tradicionalista, inspirándose acaso en Bonald, en el Conde José de Maistre y en otros autores, como Augusto Nicolás, por ejemplo, que aceptando por filosofía primera el más extremado sensualismo de Condillac, fundaron sobre él sus religiosas creencias, ya que, incapaz el alma humana de hallar en su centro ó de recibir por comunicación espiritual inmediata verdad alguna trascendente, tuvo que recibirla por medio de los sentidos, por virtud de la palabra hablada ó escrita y conservada luego por tradición en el pueblo escogido y en la Iglesia.

Por influjo de Balmes, que se apartó del tradicionalismo tan de moda en su tiempo, y que dió en su filosofía fundamental mayor valer á la razón humana, Quadrado modificó después sus ideas y dejó de ser acérrimo tradicionalista.

Más que como teólogo y filósofo, se distinguió Quadrado como historiador, arqueólogo y crítico de Bellas Artes.

Su continuación del discurso sobre la Historia Universal de Bossuet es digna de elogio por la fuerza y claridad de estilo con que expone y sintetiza los hechos. Su historia de Mallorca es pintoresca y amena, á par que instructiva, se-

gún la manera de Barante, en su *Historia de los Duques de Borgoña de la casa de Valois*.

Y siguiendo tal vez las huellas de Agustín Thierry en su *Historia del tercer estado*, Quadrado compuso su erudita y bien pensada obra *Forences y ciudadanos*, donde se adelanta ó precede á Alejandro Herculano en conocer y explicar bien el estado social de los pueblos en la Edad Media.

Con todo, la mayor gloria de Quadrado es la de su importante colaboración en la empresa, acometida y en gran parte llevada á cabo por el ilustre pintor y dibujante D. Francisco Javier Parcerisa, con el auxilio del entendido y entusiasta D. Pablo Piferrer, de quien ya en otro lugar hemos tratado, y que por desgracia murió muy joven. Tuvo por objeto la mencionada empresa componer y publicar los *Recuerdos y bellezas de España*, valiéndose para ello de la palabra y de las artes del dibujo. Excelente, aunque no mucho, por haberle sorprendido tan prematuramente la muerte, fué lo que Piferrer escribió. En aquel trabajo le sucedieron D. Francisco Pi y Margall, si bien con menor originalidad y acierto; D. Pedro de Madrazo, elegantísimo prosista y gran conocedor de Bellas Artes, y don José María Quadrado que sobresale entre ambos.

Implicaba lo que todos ellos escribieron la importación en España y para España de una nueva estética: de la arqueología romántica, aplicada á la descripción, examen y juicio de nuestros antiguos monumentos medioevales.

Chateaubriand en *El genio del cristianismo* y en otros escritos, Walter Scot en muchas de sus novelas, y Victor Hugo en *Nuestra Señora de Paris*, habian entusiasmado y preparado los espiritus para este nuevo ó más bien renacido modo de considerar y entender las artes del dibujo. Y sin duda Quadrado en la bella descripción que hizo de diecisiete provincias, fué quien realizó mejor y más cumplidamente el propósito concebido por Parcerisa, acertando además á combinar agradable y doctamente con la descripción de los monumentos, los sucesos históricos y los usos, costumbres y leyes de la edad en que fueron erigidos.

Como periodista y polemista Quadrado fué fecundísimo, quedándonos de él gran multitud de artículos sobre política y crítica literaria publicados por vez primera en *La Palma*, en *El Conculiador*, en *El Pensamiento de la Nación* y en otros periódicos, y que merecen ser coleccionados y se están ya coleccionando en varios volúmenes, á los que sirve de Introducción el ya citado doctísimo estudio de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Entre las excelencias que dicho crítico halla y celebra en los mencionados opúsculos, se cuentan la moderación y la templanza que emplea el autor al impugnar á los que sostienen ó siguen opiniones contrarias á las suyas. «Solo una vez en su vida, dice Menéndez, y ciertamente con causa grave y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó á Quadrado moderación en el

ataque. Me refiero á la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico relato que la célebre novelista había escrito de su viaje á la isla.

Como ya en otra ocasión escribí yo recordando una frase de Moncada, fué esta venganza merecida más que lícita; pero justo es añadir ahora que por lícita yo no la tengo, porque no agravan, por graves que sean, las ofensas de damas ilustres y discretas, con las cuales debe ser todo hombre indulgente y fino, y mucho menos cruel que lo fué Quadrado con la célebre escritora francesa.

La biografía de Quadrado se puede cifrar en pocas palabras. Nació en Ciudadela, Isla de Menorca, á 14 de Junio de 1819. Murió en Palma de Mallorca el día 6 de Julio de 1896.

Pasó la mayor parte de su vida estudiando, escribiendo y cuidando del archivo general de las Islas Baleares, con no menos atinado esmero que el empleado por D. Próspero Bofarull en el archivo de la corona de Aragón.

Don Joaquín Roca y Cornet

es uno de los poetas catalanes de quienes publicamos versos en este FLORILEGIO, por haberlos escrito en la lengua nacional ó digase castellana.

El movimiento intelectual que en las islas

Baleares, en el antiguo reino de Valencia y más enérgicamente en Cataluña, propende á restaurar el habla lemosina y á escribir en ella en prosa y en verso, será sin duda muy útil, podrá ser ó habrá sido ya fecundo en bienes y en gloria, aunque no sea más que por haber producido tan egregios poetas como Victor Balaguer y Mosén Jacinto Verdaguer, y dramaturgo tan aplaudido como Angel Guimerá, poeta lírico también de gran crédito y nombradía. No podemos, con todo, desconocer y lamentar, hasta cierto punto, que tal diversidad de lenguas rompa la unidad nacional literaria y arrebatada á la lengua y poesía castellanas una buena parte de su riqueza.

En España, en vez de una sola literatura, hay por lo menos dos, suponiendo que no son diversas sino la misma, la catalana, la valenciana y la mallorquina.

Para mí, que he coleccionado poesías castellanas solamente, y que solamente también de poetas castellanos trato, ocurre la dificultad de que siempre al mencionar catalanes, valencianos ó mallorquines, lo hago considerándolos como cultivadores del idioma de Castilla, cuya riqueza, así como el tesoro poético de la patria grande, han acrecentado con sus producciones. No se extrañe, pues, que tengamos poco en cuenta, por entender que no nos incumbe, los trabajos y los merecimientos que cada uno haya hecho ó haya podido hacer en favor del habla regional y de la exclusiva cultura de la patria

chica. Por esto no decimos nada en este FLORILEGIO, ni insertamos un solo verso de Balaguer, Verdaguer y Guimerá, ya citados, ni de otros egregios poetas.

De los que insertamos versos y decimos algo, únicamente insertamos y decimos estimándolos como poetas castellanos.

Las noticias que damos de ellos por otras causas y sobre otros puntos, tendrán á menudo que ser muy incompletas.

Valga lo dicho como observación general y para en adelante, y valga también para disculpa de que nos limitemos á decir de D. Joaquín Roca y Cornet, que nació en Barcelona en 1804 y que murió en la misma ciudad en 1873; que fué colaborador de Balmes en *La Civilización*; que compuso versos en castellano, de los que en la *Ascensión* damos muestra, y que dejó varios escritos en prosa, entre los que sobresalen *Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo* y *La esperanza del cristianismo*.

Don Tomás Aguiló, célebre poeta mallorquín, compuso muy lindos versos en su dialecto regional, y asimismo no pocos en castellano de los que damos muestra.

Nació en Palma de Mallorca el día 30 de Mayo de 1812 y murió en la misma ciudad el 30 de Noviembre de 1884.

Infatigable prosista escribió mucho sobre di-

versos asuntos. Su fama es, sin embargo, harto menor que la de D. Mariano, su primo, que lleva el mismo apellido, y cuyos estudios y trabajos para el renacimiento de la antigua lengua catalana le han hecho tan famoso.

D. Mariano fué también celebradísimo poeta, conquistando en los juegos florales de Barcelona en 1866 el título de Maestro en gay saber. Su nombradía, con todo, es mayor entre nosotros como filólogo y erudito que como poeta.

Bajo su dirección y por su cuidado se publicaron en Barcelona no pocos libros catalanes, entre ellos *Tirante el blanco*; escribió una bibliografía catalana premiada por la Biblioteca Nacional; compuso un Diccionario de dicha lengua regional y reunió una colección de rondallas, canciones y adagios, y una gran multitud de romances, compuestos en la misma lengua y conservados los más por tradición oral entre los campesinos y la gente del pueblo.

D. Francisco Rodríguez Zapata y Alvarez nació en Alanís, provincia de Sevilla, en 4 de Octubre de 1813. Fué discípulo de los más predilectos de D. Alberto Lista.

Cursó en la Universidad de Sevilla las Facultades de Teología, Filosofía y Letras, Leyes y Cánones. Fué nombrado por el claustro de dicha Universidad profesor sustituto de Instituciones

Teológicas en 1835, cuando sólo contaba veinte años de edad.

Fué canónigo de la insigne Abadía de Olivares, habiéndose ordenado de sacerdote en 1837. Fué capellán real en la de San Fernando de Sevilla en el año de 1853.

En 1847 fué nombrado después de brillantes oposiciones catedrático de Retórica y Poética del Instituto de Sevilla, sucediendo á D. Alberto Lista en esta enseñanza, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte.

Dedicado al cultivo de la poesía, con talento, imaginación y buen gusto literario dentro del estilo propio que constituye el carácter de la escuela sevillana, produjo composiciones líricas muy recomendables juzgadas favorablemente por su sabio maestro y que le colocan entre los más caracterizados representantes de dicha escuela poética.

Fué académico preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Y por último, fué elevado á la dignidad de Canónigo de la Metropolitana y Patriarcal iglesia de Sevilla; en donde falleció á la edad de setenta y seis años el 15 de Agosto de 1889.

Don Gabriel García y Tassara, aceptando el concepto que él mismo formaba de su ingenio, puede ser calificado de poeta político social, cuyas sentencias y observa-

ciones sobre la civilización del mundo en su tiempo, y cuyos vaticinios y visiones del porvenir se fundan en cierta filosofía de la historia que en parte él adoptó y en parte compuso.

Según expone y declara en el prólogo de sus poesías, coleccionadas y publicadas en Madrid en 1872, los poetas del siglo XIX son y deben ser de dos principales maneras: una, y de seguro que al decirlo pensaba en Zorrilla, es la de aquellos que fantasean y pintan la sociedad antigua, el orden y el concierto de los Estados y de los individuos de Europa, para todo lo cual había llegado el momento fatídico, ó al menos él así lo imaginaba, de la radical transformación ó de la ruina; y otra, la de aquellos que contemplan, estudian y describen tal ruina ó tal transformación, y pronostican y quizás hasta preparan el advenimiento de la *ciudad nueva* ó sea de la *Jerusalén futura*, ya que en tal manera de poetizar hay no poco de apocalíptico.

Para cumplir con esta misión de vidente ó profeta, que casi se atribuía Tassara, él estaba sin duda preparado, así por su índole y carácter como por las circunstancias de su vida y por los sucesos que presenció y que más influyeron en su espíritu.

Nació Tassara en la ciudad de Sevilla el día 19 de Julio de 1817. Su madre, que había quedado viuda, contrajo segundas nupcias con don Manuel Barreiro, oficial superior de artillería, el cual cuidó con cariñoso esmero de la educación de sus entenados, Gabriel, nuestro poeta, y

Carlos, que siguió la carrera de las armas y llegó á general.

Gabriel estudió humanidades bajo la dirección del muy docto maestro Fray Manuel Sotelo, empezó luego la carrera de Jurisprudencia en la Universidad sevillana, y antes de concluirla y siendo aún muy mozo, se vino á Madrid hacia el año de 1839, ansioso probablemente de notoriedad y de fortuna.

Aunque Tassara carecía de un título universitario, había aprovechado mucho en sus estudios y sabía bastante más de aquello que por lo común solía saber la juventud de entonces. Su saber y su talento le valieron para ganarse la amistad y la confianza de varios notables hombres políticos, como D. Pedro Pidal, Pacheco, Pastor Díaz, Rios y Rosas y D. Francisco de Cárdenas. Con ellos y alistado en el partido conservador escribió en *El Correo nacional*, en *El Heraldo*, en *El Sol*, en *El Piloto* y en otros periódicos.

Acaso su carácter independiente no consintió que él aceptase y desempeñase ningún empleo importante del gobierno de España, pero aceptó y desempeñó con buen tino y mejor éxito la representación diplomática de España en Washington. Allí supo y logró hacerse muy simpático y ganarse las voluntades de las personas de más valer é influjo, y singularmente del Presidente de la República y del Ministro de Estado. Lo cierto es que nunca, como en tiempo de Tassara, se han mostrado los anglo-americanos me-

nos promovedores de rebeliones en Cuba ni menos exigentes y contrarios de nuestra nación.

Los ejercicios de Tassara, primero como periodista y como diplomático luego, hubieron de contribuir á que, dejando en segundo término como poeta el amor de las mujeres, la contemplación de la naturaleza y el estudio íntimo del alma, buscase y tomase para fuente de inspiración y objeto de sus cantos los sucesos políticos, los trastornos y revoluciones que conmovían profundamente al mundo á mediados del último siglo, y el término que de todo ello podía columbrarse para lo futuro.

La estrecha amistad que unió á Tassara con don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, contribuyó no poco á impulsar en aquella dirección sus pensamientos.

La imponente revolución de 1848, que derribó en Francia el trono de Luis Felipe, que se extendió por toda Alemania, que estuvo á punto de desbaratar el imperio austriaco haciendo independiente y hasta vencedora á la Hungría, y que en Italia echó por tierra no pocos tronos, y entre ellos el trono temporal del Sumo Pontífice, hirió con tal fuerza la mente de muchos políticos españoles, liberales-conservadores hasta aquel día, eclécticos á lo Cousin y doctrinarios á lo Guizot, que renegaron de aquellas doctrinas de *justo medio* que al parecer habían traído el mundo á tan desastrado remate y acabaron por hacerse retrógrados echando de menos el antiguo régimen.

A los ojos de los mencionados y ya contritos liberales-conservadores, aparecía mucho más ominosa la nueva revolución por mostrarse en ella el empeño de ser social y no meramente política: por el advenimiento del cuarto estado, que ya pugnaba por triunfar realizando sistemas que implicaban y requerían la previa y radical destrucción de todo el orden secular, cimiento y base de la sociedad humana.

Entre los personajes que más hondamente sintieron la impresión de aquel tremendo espectáculo, descolló D. Juan Donoso Cortés, gran poeta en prosa. Su impetuoso y desbordado lirismo rompía los diques del metro y de la rima, y se desataba como un torrente. En mi sentir, ninguno de los que en Francia han escrito prosa lírica, en el siglo XIX, ni Chateaubriand, ni Lermínier, ni el Abate Lamennais, ni Edgardo Quinet, ni Pelletan han sido tan enérgicos, tan originales y tan llenos de majestad como Donoso. Nuestro mismo Castelar, aunque era más espontáneo cuando improvisaba ó casi improvisaba, era harto inferior á Donoso por su estilo, cuya exuberancia y excesiva riqueza de imágenes, no consentían el vigor conciso que en Donoso nos maravilla.

La flamante doctrina que prestó á Donoso asunto para su elocuencia, fuerza es confesar que vino de Francia. Esta doctrina fué el tradicionalismo. Acaso haya habido tradicionalistas en España sin que nada deban á los tradicionalistas franceses, pero siempre deberían su origen, me-

nos inmediato, al extremado sensualismo de Condillac, de donde el tradicionalismo procede. Como quiera que ello sea, lo que no se puede negar es que Donoso hubo de inspirarse en Bonald, y en el Conde José de Maistre, pero exageró las doctrinas de ambos, las compaginó y concertó á su manera, combinó con ellas no pocas ideas de Proudhon, tomándolas al revés al contradecirlas, y formó con todo ello el más elocuente, atrevido y fantástico poema en prosa que puede imaginarse: *El ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Cuanto allí dice Donoso es evidente que no puede tomarse por lo serio para la práctica de la vida. Yo recelo que para tal práctica no lo tomaba por lo serio el mismo Donoso. La imbecilidad de la razón humana, su irresistible inclinación al error, la benéfica institución del verdugo, la vileza del linaje humano fuera de las vías católicas, la inevitable necesidad de que el mismo Verbo hecho hombre, derramase su sangre para redimirnos, ya que toda la sangre humana derramada en expiatorios sacrificios, no hubiera bastado á lograr nuestra redención y otras mil estupendas ferocidades de Donoso, no pasan de ser imaginaciones y primores poéticos, que al mismo Donoso hubieron de perturbarle poquísimo cuando no peroraba ó escribía, valiéndose de ellos como espantable y aterradora máquina de sus poemas, pues poemas eran sus discursos y sus libros.

No se puede ni se debe decir que Tassara fuese disciplinado y dócil discípulo de Donoso, sino

sólo que siguió su humor, que gustó de sus sueños y que se embriagó en el fervoroso raudal de su elocuencia; pero Tassara poetizando no era tétrico como Donoso. Las más altas esperanzas jamás le abandonaron. Creyó como Donoso que iba á morir ó que moría ya la Europa descreída y sin Dios. Imaginó que

La voz de las catástrofes eternas
Va á despertar al tiempo en sus cavernas.

Dijo, aludiendo al advenimiento del cuarto estado,

Los bárbaros están dentro de Roma.

Y le pareció que veía

Los tronos derretidos como cera,
Tronos y altares, leyes y blasones,
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,
La Europa ardiendo como cien liones.

El más insolente y maligno de todos los diablos andaba suelto por el mundo haciendo de las suyas, pero á Tassara no le daba susto ni le repugnaba en demasía, antes bien solía tener con él familiaridad y trato y conversaciones misteriosas, cuyo sentido es difícil de explicar. A veces Tassara llega á confesarnos que él también ha contribuido, según sus fuerzas, á la obra diabólica, destruyendo la sociedad antigua.

Mas no por eso se arrepiente Tassara. Aunque descubre con justificado terror que *sobre su frente hierve el caos*, no se arredra ni vacila. Cree que él cumple en parte una misión providencial.

Y del seno de ese caos, del enorme montón de tantas ruinas ve surgir, resplandeciente de gloria y de hermosura, la Jerusalén nueva. Entonces exclama:

La lira estremeciéndose en mis manos,
Voces sonando en mi interior secretas,
Siento en mí con delirios sobrehumanos,
Siento la inspiración de los profetas.

Entonces escribe Tassara su magnífico *Himno al Mesías*. La fe y la confianza en Dios no le abandonan nunca. Su alma se sobrepone á todas las catástrofes, desprecia las ruindades y los temores y canta llena de fe:

Cuanto en la tierra esperanzó la mente
En su alterno vaivén de orgullo ó calma,
Nada es igual á lo que el alma siente
Cuando se pierde en lo infinito el alma.

En suma, Tassara, desordenado con frecuencia y hasta confuso y delirante á veces, no se puede negar que es un gran poeta. Gentil y cristiano, antiguo y moderno, clásico y romántico al mismo tiempo, busca y halla las fuentes de su inspiración en la Biblia, en Horacio y en Virgilio y en no pocas de las novísimas filosofías. Su fervoroso catolicismo, no obstante, prevalece, impera y se sostiene sobre todo, pero no desesperándole sino esperanzándole, y prestando además pasmoso y soberano hechizo á su contemplación de cuantas son las cosas creadas, á su manera de concebir la historia y hasta al vehemente amor que las mujeres le infunden.

Harto menos estimado, comprendido y aplau-

dido de lo que merece, Tassara murió en Madrid el 14 de Febrero de 1875.

Don José Zorrilla es el singular poeta de quien más por extenso he tratado en la introducción de esta obra. Poco tengo que añadir aquí si no quiero repetirme ó si no quiero modificar el juicio que formé entonces y del que no me aparto ahora.

Es cierto que sólo traté de Zorrilla como poeta lírico y legendario, y que apenas traté de él como autor dramático, por no entrar esto en mi plan ni ser de mi incumbencia. Acaso se me dirá, que se comprende mejor á Zorrilla después de estudiar su teatro y no estudiando solo sus poesías líricas y sus leyendas.

Zorrilla fué fecundo autor de dramas, aplaudidísimo casi siempre. Hasta el día de hoy se pone en escena y se admira su *Don Juan Tenorio*, aunque buena parte del público se sabe de memoria los más lindos versos que contiene aquel extraño y popular poema.

Muchas otras de sus composiciones dramáticas, nunca ó rara vez se representan ya, pero casi todas se leen con gusto. Por ellas compite Zorrilla con los más notables dramaturgos que en el florecimiento del romanticismo hubo en nuestra España: con García Gutiérrez, con D. Angel de Saavedra Duque de Rivas, y con Hartzenbusch.

Consta su teatro de muy cerca de treinta composiciones. Recordaremos aquí los títulos de las más famosas: *Cada cual con su razón*, *Aventuras de una noche*, *El zapatero y el rey*, primera y segunda parte, *El molino de Guadalajara*, *Sancho García*, *El caballo del rey D. Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *El alcalde Ronquillo*, y *Traidor, inconfeso y mártir*.

Por su forma, propia para la escena, se distinguen de las leyendas estos dramas: pero por el fondo, por el estilo y por el carácter de la inspiración, son muy semejantes á las leyendas. Todo cuanto de las leyendas se dice puede también decirse de los dramas.

Zorrilla siempre y por todo debe ser calificado de incomparable y hasta de inconmensurable entre los poetas. En mi sentir á ninguno se parece y yo no acierto á compararle con ninguno. No hallo tampoco una medida común para estimar su altura con relación á la de otros; así ni la mido ni la estimo.

Poca ó ninguna semejanza tienen los dramas de Zorrilla con los de Lope, Tirso, Calderón y demás autores del siglo xvii y menos aún se asemejan á los modernos dramas alemanes ó franceses: á los de Schiller, Dumas y Victor Hugo. Zorrilla es solo y siempre Zorrilla, y ya este es rarísimo mérito.

Dijo el gran maestro de Alejandro que la poesía vale é importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las representa como deben ser; pero Zorrilla

dido de lo que merece, Tassara murió en Madrid el 14 de Febrero de 1875.

Don José Zorrilla es el singular poeta de quien más por extenso he tratado en la introducción de esta obra. Poco tengo que añadir aquí si no quiero repetirme ó si no quiero modificar el juicio que formé entonces y del que no me aparto ahora.

Es cierto que sólo traté de Zorrilla como poeta lírico y legendario, y que apenas traté de él como autor dramático, por no entrar esto en mi plan ni ser de mi incumbencia. Acaso se me dirá, que se comprende mejor á Zorrilla después de estudiar su teatro y no estudiando solo sus poesías líricas y sus leyendas.

Zorrilla fué fecundo autor de dramas, aplaudidísimo casi siempre. Hasta el día de hoy se pone en escena y se admira su *Don Juan Tenorio*, aunque buena parte del público se sabe de memoria los más lindos versos que contiene aquel extraño y popular poema.

Muchas otras de sus composiciones dramáticas, nunca ó rara vez se representan ya, pero casi todas se leen con gusto. Por ellas compite Zorrilla con los más notables dramaturgos que en el florecimiento del romanticismo hubo en nuestra España: con García Gutiérrez, con D. Angel de Saavedra Duque de Rivas, y con Hartzenbusch.

Consta su teatro de muy cerca de treinta composiciones. Recordaremos aquí los títulos de las más famosas: *Cada cual con su razón*, *Aventuras de una noche*, *El zapatero y el rey*, primera y segunda parte, *El molino de Guadalajara*, *Sancho García*, *El caballo del rey D. Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *El alcalde Ronquillo*, y *Traidor, inconfeso y mártir*.

Por su forma, propia para la escena, se distinguen de las leyendas estos dramas: pero por el fondo, por el estilo y por el carácter de la inspiración, son muy semejantes á las leyendas. Todo cuanto de las leyendas se dice puede también decirse de los dramas.

Zorrilla siempre y por todo debe ser calificado de incomparable y hasta de inconmensurable entre los poetas. En mi sentir á ninguno se parece y yo no acierto á compararle con ninguno. No hallo tampoco una medida común para estimar su altura con relación á la de otros; así ni la mido ni la estimo.

Poca ó ninguna semejanza tienen los dramas de Zorrilla con los de Lope, Tirso, Calderón y demás autores del siglo xvii y menos aún se asemejan á los modernos dramas alemanes ó franceses: á los de Schiller, Dumas y Victor Hugo. Zorrilla es solo y siempre Zorrilla, y ya este es rarísimo mérito.

Dijo el gran maestro de Alejandro que la poesía vale é importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las representa como deben ser; pero Zorrilla

ni como son ni como deben ser las representa, sino que las representa como él las imagina. Esta imaginación suya, no obstante, ó bien por que coincide con la del pueblo en el momento en que el poeta poetiza, ó bien por el mágico poder de sugestión que en ella hay y que al pueblo se impone, hicieron de Zorrilla en su tiempo un popularísimo y original poeta, que arrebató al vulgo en pos de sí y le obliga á entrar y á deleitarse en el mundo fantástico que para él ha creado sin otra mira ni propósito que la de su solaz y esparcimiento. De aquí que Zorrilla sea el poeta más del arte por el arte que jamás ha existido: el menos tendencioso, el menos docente de todos. En realidad no es impío ni pio, ni retrógrado ni progresista, ni liberal ni servil, ni cristiano ni moro. Es productor de representaciones ideales, que nos encantan y entretienen, aunque más que imitar y representar á la naturaleza, imitan y representan lo que él, allá en el fondo de su espíritu, ha concebido y creado. Para concebirlo y crearlo, apenas se entera Zorrilla, ni es menester que se entere, de los objetos materiales que le rodean, de la vida y de la marcha de la humanidad, y de los grandes sucesos que por la historia sabemos. Todo lo entiende á su modo y esto le basta. Mientras menos entiende de lo que realmente hay, más y mejor puede añadir de su propia cosecha. Así, hablando de Roma, dice:

Aún niño me cantaron
Un no sé qué de Césares y Reyes.

Y, ya hombre, prosigue en el mismo *no sé qué* sin aspirar á ponerlo en claro. Él se lo explica mejor con su fantasía.

Durante algunos meses Zorrilla vivió en Marsán, en las *landas*, entre Burdeos y Bayona. Aquel punto, en medio de espesos y magníficos pinares, le convidó á vivir en retraimiento y soledad amena. Ofreciale también aquel punto exquisito regalo gastronómico, al que Zorrilla era muy inclinado, por lo cual no le censuro, sino le aplaudo. Había allí parada y fonda de ferrocarril, y el cocinero fondista era benemérito, hábil y más enamorado de su arte que del provecho que alcanzaba ejerciéndole. ¡Bien guisaba aquel cocinero! Allí se comía muy delicadamente; Zorrilla, además, mientras allí estuvo, se complació contemplando la naturaleza circunstante, vagando por la densa floresta, viendo saltar á las ardillas entre sus ramas, sorprendiendo á las liebres que salían de sus madrigueras y corrían por el bosque á la luz de la luna, y oyendo cantar, en la alborada, á los pintados y gordos pajarillos, que tal vez luego se comía. ¿Y qué sacó el poeta de esta contemplación de las cosas naturales? Pues sacó un curiosísimo y hermoso poema, donde pintaba, lamentándola, la destrucción de las florestas: el estrago y ruina que la civilización no podía menos de causar pronto en aquellos bosques, destruyendo su frondosidad y su pompa y dando desastrado remate al rústico hechizo de que en ellos se gozaba. Zorrilla no se enteró, ni quiso enterarse de que la civilización, lejos de

destruir aquellos bosques, había logrado producirlos, convirtiendo en terreno fértil lo que antes era estéril arena y charcos malsanos. Esta discrepancia entre la realidad y lo ideado ó imaginado por el poeta, poco perjudica con todo á la belleza de los versos escritos sobre el asunto. La civilización, desecando los pantanosos esteros y saneando aquellas marismas, no había procurado lo bello sino lo provechoso y lo útil. Si produjo la hermosura de los pinares fué para utilidad y provecho y no por gala. Si para utilidad y provecho le hubiera convenido arrasarlos y quemarlos, los hubiera arrasado y quemado. Esto basta para disculpar la distracción de Zorrilla y justificar sus versos sobre la destrucción de las florestas. Estupendamente hermosas son las que se destruyen en el Brasil, abrasando en ingente incendio los gigantescos árboles seculares para dedicar luego el despojado terreno al cultivo del maiz, del café ó de la caña de azúcar. Sobre tal destrucción de las florestas, verdaderamente causada por la cultura, ha compuesto un hermoso poema descriptivo, el inspirado poeta brasileño Araujo Portoalegre. Zorrilla, sin conocerle, sigue sus huellas, y ya que no se le adelante, casi le alcanza. Esto prueba el soberano poder de la imaginación de Zorrilla y cuán poco su propia observación y su experiencia le valían para sus creaciones.

Zorrilla no fué historiador, ni naturalista, ni jurisconsulto, ni arqueólogo, ni filólogo, ni nada más que poeta: poeta exclusivo y puro que ja-

más abandonaba su mundo encantado é imaginario en el que imperaba como prodigioso rey mago, sino para convertirse en un mortal cualquiera de bondadoso y excelente carácter, aunque poco inclinado á la vida juiciosa y tranquila, y menos aún á la meditación y á los estudios.

Su vida fué la de un trovador anacrónico y rezagado que tardó siglos en nacer. En vez de nacer en el siglo XII, Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817. Su padre que vino de Valladolid á Madrid en 1827, puso á su hijo en el Seminario de Nobles para que allí se educase. En compañía allí de jóvenes distinguidos de nuestra aristocracia y bajo la dirección y magisterio de los Padres Jesuitas, Zorrilla en vez de aprender y de prepararse para una profesión prosáicamente útil, aprendió artes de elegancia y de adorno, y se sintió estimulado, por alabanzas y aplausos prematuros y generosos, á dedicarse á la poesía. Resultó de aquí que, cuando su padre, desterrado en Lerma después de la muerte de Fernando VII, se empeñó en que su hijo estudiase leyes, éste no quisiese estudiar y se entregase á mil románticas y extravagantes divagaciones. El padre, que era muy rígido, exigió que su hijo se fuese á Lerma con él, pero Zorrilla desobedeció aquel mandato, se escapó de la galera en que á Lerma le conducían y se vino á Madrid, empezando desde entonces su vida azarosa é inquieta, en lucha siempre con la falta de recursos.

De súbito, el día 15 de Febrero de 1837, cuan-

do no había cumplido aún los veinte años, Zorrilla salió de la menesterosa obscuridad en que vivía y se hizo famoso y celebrado en toda España por los extraños versos que leyó en el entierro de Larra. Allí, junto al recién abierto sepulcro del suicida, formuló Zorrilla esta curiosa y tétrica definición del poeta:

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
El poeta en su misión,
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

Frutos de bendición fueron sin duda los suyos, ya que gustamos siempre de no pocos de ellos, y los saboreamos con deleite. En lo que no queremos convenir es en que sea maldita la planta que los produce, á no ser que se entienda por esta maldición la casi irremediable pobreza y los constantes apuros económicos á que se condena el poeta, que no es más que poeta, sin otro oficio ni beneficio, sobre todo cuando vive en una época como la época en que Zorrilla vivía, en que los versos, si se pagaban profusamente con alabanzas, no solían pagarse con dinero. Echarse á poeta entonces para ganarse la vida, era como poner tienda de sastre en clima muy templado y entre gente tan primitiva que anda desnuda. La propiedad literaria estaba hartamente menos asegurada que en el día de hoy. Pocos eran los libros que se leían y menos los que se compraban. Los editores pagaban mezquinamente cuando algo pagaban. El teatro, que en el día es un recurso y medio de ganar algún dinero, si se atina con el

gusto del público, no lo era entonces aún. El *Don Juan Tenorio*, á lo que parece, no llegó á valer á Zorrilla más de mil pesetas, y hoy produce á los que le compraron miles de duros anuales.

Esta dificultad, esta casi imposibilidad de vivir de la poesía trajo graves inconvenientes á la de Zorrilla, siendo el principal inconveniente un exceso de producción forzada. Tal producción prueba, sin duda, la fertilidad y el brio del ingenio que la tiene, pero suele oponerse á la inspiración y amenguarla y suele trocar la concisión elegante ó enérgica en desmayada y difusa palabrería. A menudo la destreza técnica, acrecentada por el ejercicio continuo, viene á encubrir la carencia de sentimiento y de ideas.

No sólo para agradar al público, sino para someterse á un antojo ó á un cálculo mercantil de los editores, el poeta menesteroso escribe sobre lo que no quería ó no pensaba escribir. Zorrilla, si no escribió acrósticos y versos de pie forzado porque tales primores no estaban ya seriamente de moda, llegó á escribir dos gruesos tomos de leyendas en verso con láminas ó estampas forzadas, ajustando lo que contaba en las leyendas á las preciosas estampas con que Gustavo Doré había ilustrado los poemas del tiempo del Rey Arturo, compuestos por el laureado poeta inglés Alfredo Tennyson.

Tales son los *Ecos de las Montañas* publicados por los Sres. Montaner y Simón, en 1868, en la ciudad de Barcelona. Son de maravillar la faci-

lidad y maestría que muestra Zorrilla en la verificación de esta obra y la riqueza del lenguaje y la gala y el primor de no pocas descripciones; pero la manifestación de estas mismas prendas nos induce á lamentar que se empleen en la rara tarea de ilustrar las estampas en vez de ser ilustradas por ellas. Cuánto mejor no hubiera sido que Zorrilla hubiese compuesto otros poemas libre de toda sujeción á estampas, y que los Sres. Montaner y Simón hubieran divulgado las estampas en España con una buena traducción de los poemas de Tennyson, traducción que poseemos en parte, merced al indisputable talento y acendrado buen gusto del Sr. D. Lope Gisbert.

A pesar de la situación difícil y anacrónica en que se colocó Zorrilla, su fantasía poderosa le hizo triunfar por completo en otras ocasiones. A veces hasta llegamos á dar por cierto, por real y vivido, cuando dice:

Yo soy el trovador que vaga errante.
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejéis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas,
Por hermosas esclavas y princesas,

Después de oír ó de leer estos y otros versos de la Introducción á los *Cantos del trovador*, nos olvidamos de que Zorrilla, á quien va á pedir socorro, diciéndole *mandad que cante*, es al li-

brero calculador y codicioso, y Zorrilla se nos aparece convertido en algo semejante al rapsoda de las edades heroicas de la antigua Grecia ó más bien al trovador errante ó al juglar de los siglos medios.

Prolijo sería contar aquí los varios sucesos de su vida de trovador y sus diversas peregrinaciones. Baste recordar que estuvo en Méjico, donde muchos señores principales y el mismo Emperador Maximiliano le ampararon y favorecieron: donde fué tan bien acogido, agasajado y honrado como el cantor de la Iliada en la isla de Sicos.

Después de la trágica muerte del Emperador Zorrilla volvió á España, tan falto de recursos como de costumbre.

Poco tiempo después, siendo D. Manuel Ruiz Zorrilla ministro de Fomento, el ilustre poeta le visitó y ambos se reconocieron por parientes cercanos. El ministro quiso protegerle y llamó al director de Instrucción Pública, que era entonces quien esto escribe, encargándole que buscara para él un buen empleo. De solo dos se podía disponer en mi Dirección: de director de la Biblioteca Nacional y de director del Museo Arqueológico. Pero ambos empleos se hallaban ocupados por otros excelentes literatos y poetas y hubiera sido menester, al colocar á Zorrilla, desnudar á un santo para vestir á otro, como vulgarmente se dice.

Yo, sin embargo, no tenía menor empeño que el ministro en la colocación de Zorrilla, de

quien era yo admirador y amigo desde mi primera mocedad, siendo estudiante en Granada.

Allí vivió él en la misma fonda en que yo vivía, cuando él fué á inspirarse para escribir su poema. Y casi siempre, mientras él allí estuvo, le acompañé y hasta le serví de *cicerone*, yendo con él á la Alhambra, al Generalife, á la Cartuja, al Sacro-Monte y á la Fuente del Avellano, de la que sin duda el poeta hizo salir más tarde al hermoso Azael, al Angel de las perlas que tantas venturas y grandezas pronosticó y que tan espléndido tesoro regaló á Alhamar el Nazarita.

Algo, aunque no fuese tan espléndido, anhelaba yo que se regalase á Zorrilla por ocurrencia mia. Impulsado por este anhelo, tuve una que me atrevo á calificar de feliz, aunque me esté mal el decirlo. Expuse mi proyecto á Don Manuel que le aprobó y me autorizó para llevarle á cabo. Fui al punto á ver á Don Cristino Martos, Ministro de Estado entonces, y sin dificultad conseguí de su munificencia aún más de lo que yo deseaba. La fundación piadosa de Monserrat, que tenemos en Roma y que el Ministro de Estado administra, produce una renta de unos cuantos miles de duros. De ellos propuse á Don Cristino que diera á Zorrilla tres mil anuales, pero á Don Cristino le pareció poca y concedió cuatro mil á Zorrilla, con el motivo ó pretexto de que fuese á estudiar aquellos archivos para poder reivindicar bastantes predios rústicos y urbanos pertenecientes á la fundación y de los que se

había incautado el gobierno de Italia. Así logramos que Zorrilla viviese con holgura, aunque por desgracia sólo algunos meses. Uno de los ministros que reemplazó á Martos redujo á la mitad la pensión concedida al poeta, y otro, más económico y menos poético redujo la pensión á la nada. Zorrilla, no tuvo tiempo para registrar los archivos, que probablemente no hubiera registrado nunca, ni tuvo tiempo tampoco para componer la multitud de leyendas que yo le excitaba á componer sobre las aventuras y las hazañas de los españoles en Italia y Sicilia: sobre los Reyes aragoneses Don Pedro el Grande, Don Fadrique de Sicilia y Don Alfonso V el Magnánimo, con su brillante corte de Nápoles; sobre Don Enrique el Senador, sobre Don Gil de Albornoz, restaurador del poder temporal del Padre Santo y sobre otros muchos personajes y sucesos. Apenas tuvo tiempo Zorrilla para establecerse en Roma y acaso se entretuvo más de lo que convenia, vagando por los pinares de Marsan y muy obsequiado y bien cuidado por aquel excelente fondista cocinero de que ya di noticia.

En los últimos años de su existencia estuvo y pudo estar Zorrilla muy satisfecho y ufano, pero en muy estrecha pobreza. España le colmó de honores y de distinciones, pero no pudo ó no quiso darle materiales bienes de fortuna y él no supo buscarlos tampoco.

La Academia Española, que le había elegido en balde académico de número, volvió á elegirle

y él entró en la Academia, leyendo su discurso en versos, agradable rareza si los versos hubieran sido mejores.

En el Ateneo de Madrid se celebraron brillantísimas veladas en honra suya, leyéndose sus más hermosas poesías, oídas con entusiasmo y deleite y terminadas por estrepitosos aplausos. Y por último, en la ciudad de Granada se verificó la coronación de este glorioso poeta, sin que la pasión política fuese parte en aquel triunfo, como tal vez en el de Quintana pudo serlo, aunque tanto ó más que él le mereciese Quintana.

De todos modos, esto es sin comparar y sin medir, porque ya he dicho que tengo á Zorrilla por incomparable y por inconmensurable, Zorrilla es un singular y altísimo poeta y no pocos de sus versos se leerán siempre con placer y admiración por cuantos entiendan de poesía y sepan la lengua castellana que irreflexivamente y por instinto misterioso y semi-divino Zorrilla sabía y manejaba mejor que los gramáticos, los retóricos y los filólogos más consumados.

Zorrilla murió en Madrid el día 23 de Enero de 1893.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, menos conocido y celebrado como poeta lírico que como dramaturgo, crítico juicioso y erudito literato, nació en Madrid el día 6 de Septiembre de 1806.

Era su padre un ebanista alemán. Su madre era española. Á los dos años de edad, el poeta quedó huérfano de su madre, la cual murió á causa de la terrible impresión que le causó ver arrastrar por la plebe amotinada el cuerpo ensangrentado de Vigufi con una soga al cuello, y por las amenazas soeces con que uno de los amotinados respondió al grito de lástima que exhaló ella ante aquel espectáculo.

En escribir la vida y en examinar y juzgar las obras de Hartzenbusch se han empleado dignamente D. Antonio Ferrer del Río, D. Aureliano Fernández Guerra y D. Eugenio de Ochoa, cuyos trabajos recomiendo al lector que quiera tener de todo más circunstanciada noticia que la que yo puedo darle. Yo me limitaré á decir sobre Hartzenbusch muy poco.

Aunque estudió humanidades en el colegio de los Jesuitas, muerto ya su padre y muy falto de recursos, Hartzenbusch, para ganarse la vida, tuvo que ejercer el oficio de carpintero.

Durante algún tiempo fué taquígrafo también, pero siempre siguió estudiando y esforzándose recatadamente para adquirir conocimientos literarios y para ser buen escritor, y sobre todo poeta dramático, que era lo que más le entusiasmaba.

En aquel largo período de obscuridad, de pobreza y de afanosas tentativas, Hartzenbusch tradujo del francés ó arregló algunos dramas, refundió otros de nuestro antiguo teatro y además compuso varios originales con éxito menos que mediano ó poco lisonjero.

Así es que de repente, y casi desconocido, surgió á gloriosa celebridad en la noche del 19 de Enero de 1837, en que se representó, con merecido y grande aplauso, su hermoso drama *Los Amantes de Teruel*.

La reputación de Hartzenbusch persistió y se extendió desde entonces en adelante. Aunque modestamente, pudo ya subsistir con el cultivo de las letras y dejar de ser artesano.

Las mejores obras que ha producido después, y dado al teatro, son: *Doña Mencía ó las bodas en la Inquisición*, *Alfonso el Casto*, *La jura en Santa Gadea*, *Honoría*, *La visionaria*, *La coja y el escondido*, *Juan de las Viñas*, las dos comedias de magia tituladas *La redoma encantada* y *Los polvos de la madre Celestina*, *Vida por honra* y *El mal apóstol y el buen ladrón*.

Acaso de toda esta labor literaria, para el teatro, el drama *Los Amantes de Teruel* siga siendo la más excelente, sin que nada en la competencia iguale á este drama, aunque bastante se le acerque y le alcance en mérito *Doña Mencía*.

De todos modos, bien puede afirmarse que la reflexión y el atinado esmero se muestran siempre en el teatro de Hartzenbusch; que la crítica precede ó acompaña á su inspiración; y que, en sus dos principales y ya citados dramas, el enredo está muy ingeniosamente urdido, los caracteres bien trazados y desenvueltos, y la acción y el desenlace representados con arte y acierto dichoso para interesar y conmover á los espectadores.

En las demás obras dramáticas de inferior valer, Hartzenbusch se distingue siempre por lo castizo y correcto del lenguaje y por la habilidad primorosa de su versificación y de su estilo.

Como crítico y erudito no es menos estimable. De ello dan prueba los estudios con que ordenó é ilustró las obras de Lope, de Tirso, de Calderón y de Alarcón, publicadas en la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra.

Su bien lograda fama no pudo menos de obtener oficialmente el reconocimiento y el premio debidos.

La Real Academia Española le recibió, el 18 de Marzo de 1847, entre sus individuos de número.

En 1854 fué nombrado Director de la Escuela Normal. Y por último fué Director de la Biblioteca Nacional desde el año de 1862 hasta el año de 1875, en que pidió y obtuvo ser jubilado.

Murió Hartzenbusch el día 2 de Agosto de 1880.

Á su talento, laboriosidad, buen gusto y recto juicio, debemos otras varias obras además de las ya citadas; varias novelitas cortas en prosa, como son: *La hermosura por castigo*, *Mariquita la pelona*, *La reina sin nombre* y *La locura contagiosa*, notable esta última por haber dado asunto, á pesar de su candidez, á *El loco de la guardilla*, de Narciso Serra; multitud de fábulas morales, y muy discretas observaciones sobre el comentario de D. Diego Clemencin al *Quijote*.

Entusiasta admirador de Cervantes, Hartzen-

busch estudió con detenida y escrupulosa atención el libro inmortal donde se refieren las hazañas del Ingenioso Hidalgo, siendo fruto de este estudio, además de las susodichas observaciones, 1.633 notas con que corrigió ó trató de corregir las erratas que hay ó que se supone que hay en las muchas y sucesivas ediciones que se han hecho de la famosa novela desde que por primera vez salió al público de casa de Juan de la Cuesta. Estas notas ó correcciones de Hartzenbusch fueron publicadas como apéndice y complemento de la reproducción que por medio de la foto-tipografía hizo el coronel don Francisco López Fabra de la primera edición del *Quijote*.

La fama y los merecimientos de Hartzenbusch como poeta lírico son harto menos importantes. Sus versos, con todo, son muy agradables de leer por la pulcritud y elegante corrección del estilo y por los sentimientos delicados y generosos que manifiestan y expresan.

Si el plan de este FLORILEGIO nos hubiera consentido incluir alguna traducción ó paráfrasis, sin duda hubiéramos insertado en él, la que tan libre como dichosamente hizo Hartzenbusch de *La Campana* de Schiller. Con esta hermosa paráfrasis, trajo á nuestro idioma y literatura una de las más excelentes composiciones líricas de la edad moderna. En su género pocas son las poesías que se le parecen y menos son aún las que con ella compiten. El italiano Manzoni y el angloamericano Greenleaf Whitier siguen

la misma dirección, pero no se adelantan á Schiller, y rara vez le igualan. Sosteniendo las antiguas creencias religiosas, fortalecida el alma por un amplio espiritualismo cristiano, desechando y condenando peligrosas novedades y con un espíritu conservador lleno de rectitud y de firmeza, el poeta alemán cree y nos mueve á creer que sin reformas, sin revoluciones ni cambios y tal como está la sociedad de hoy, bastan el cumplimiento del deber, la confianza en Dios y el amor de la humanidad y de la patria para que se logren la paz, la concordia y el bien de nuestro linaje, hasta donde en esta vida terrenal es posible. La paráfrasis de Hartzenbusch refleja con exactitud y limpieza la profunda buena fe que inspiró la poesía original. Así es que al leer la paráfrasis nos movemos á exclamar con Horacio: *dictæ per carmina sortes et vitæ mostrata via est*, mejor que por la lectura de las flamantes y atrevidas sociologías, rastreas á veces, de Comte, Spencer y Nietzsche, pongamos por caso.

Don Juan Florán, Marqués de Tabuerniga, es uno de los menos conocidos entre los poetas y prosistas españoles del siglo pasado. Yo me inclino á creer que, no la falta ó escasez de mérito, sino las circunstancias adversas, tienen la culpa de dicha corta nombradía.

En los mejores y más activos años de su exis-

tencia, desde 1823 hasta 1835 ó 36, Florán vivió lejos de España, emigrado, ya en Inglaterra ya en Francia. Bajo el velo del anónimo, escribió mucho para revistas y periódicos en los idiomas de los mencionados países. Y aunque escribió y publicó también, dando su nombre, obras extensas, en uno ó en más volúmenes, estas obras circulan y se leen poco en España, llegando á ser algunas de ellas rarezas de bibliófilo entre nosotros. Los títulos de estas obras son los siguientes: *Memoires d'un Cadet de famille*, *Études sur la littérature originale des espagnols* y *Costumbres familiares de los americanos del Norte*.

Compuso además multitud de versos, así en castellano como en inglés y en francés, que no creo hayan sido coleccionados nunca, y que, por las muestras que de ellos damos en este FLORILEGIO, merecen coleccionarse y llamar la atención del público.

La composición cuyo título es *La despedida*, está llena de juvenil y cándida lozanía, de gracia y de sencillez elegante; y el soneto que también publicamos, es una primorosa y agradable paráfrasis de aquellos versos de Virgilio en la Égloga II:

Nec sum adeo informis. Nuper me in littore vidi,
Cum placidam ventis staret mare: non ego Daphnim,
Judice te, metuam, si nunquam fallit imago.

Versos de los que pone Lope en boca de Marambaquis esta chistosa imitación en parodia:

Y no soy yo tan feo,
Que ayer me vi mas no como me veo
En un caldero de agua que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: esto desprecia Zapaquilda,
¡Oh, celos!, etc....

Florán ha sabido hacer de todo ello un precioso cuadro idílico y campestre.

Á pesar de lo expuesto, repito que se conoce muy poco á Florán. Los datos biográficos que de él ponemos aquí, los tomamos de los *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, por D. Eugenio de Ochoa, obra publicada en París en 1840.

Nació Florán en Cartagena hacia los primeros años del siglo XIX. Hijo de un oficial de marina, estuvo á punto de seguir la misma carrera que su padre, pero el escaso favor que mostraba Fernando VII á la Real Armada y la poca esperanza que la profesión militar ofrecía, hecha la paz de 1815, decidió al padre de Florán á que su hijo dejase las armas y se dedicase á las letras. Florán aceptó gustoso este cambio, y en Córdoba, bajo la dirección del ilustre D. Manuel Arjona, estudió humanidades y muy especialmente los idiomas latino y griego.

Su afición y su aptitud para la poesia se mostraron gallardamente desde la primera mocedad, en que escribió los ya mencionados versos cuyo título es *La despedida*.

En Granada, y en el Colegio de Santiago, cursó Florán la jurisprudencia.

Durante el periodo constitucional de 1820 á

1823, Florán hubo de tomar parte en los sucesos políticos, y, comprometido, ó creyéndose comprometido cuando se restableció el poder absoluto del monarca, Florán emigró, como ya hemos dicho.

De vuelta á España no creo que le sonriese mucho la fortuna. Acaso le perjudicó la independencia de su carácter. Acaso el ser como extranjero en su patria, después de tan larga ausencia, fué estorbo para su medro. Me parece recordar con todo que, después del pronunciamiento de Vicálvaro, Florán fué elegido diputado é hizo una brillantísima campaña en aquellas Cortes, apareciendo como orador elocuente, de opiniones conservadoras y muy entusiasta defensor de la dinastía y de la reina, harto poco lisonjeadas entonces por el partido liberal exaltado.

Más tarde estuvo Florán de Cónsul de España en Londres. Cesante luego, por su mala ventura, vivió en Madrid retirado, y murió, ya que no en la obscuridad, sin que le echasen de menos sino algunos pocos amigos. Si no recuerdo mal, habitaba Florán, cuando murió, en un cuarto contiguo al que yo habitaba en una casa de la calle de Silva. Aunque le traté poco, me atrevo á asegurar que era persona discretísima, de amena conversación y de muy finos modales. Bien merece más circunstanciada biografía, donde las pocas noticias que aquí damos se completen, por persona más investigadora que yo y más aficionada á saber y hacer saber vidas ajenas.

Don Baltasar Lirola nació en Dalías (Almería), en los primeros años del siglo pasado. Hizo brillantemente los estudios de Teología, recibió las sagradas órdenes, fué cura párroco de Oria y en 1830 hizo oposición á la canongía Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Guadix, para la que fué elegido por unanimidad. Don Baltasar, sin embargo, renunció dicha prebenda y aceptó el puesto de canónigo en la Abadía del Sacro-Monte de Granada, puesto del que tomó posesión en 1.º de Marzo de 1831. En aquel ameno y sagrado retiro pasó el resto de su vida que terminó antes de llegar á la vejez, en Diciembre de 1849.

El Sr. Lirola honró el púlpito granadino y la buena literatura, predicando muy notables sermones y escribiendo con gran limpieza de estilo, en revistas y periódicos.

Elegante, pulcro y atildado en su persona, con su afable trato, buena presencia, discreta conversación y finos modales, supo ganarse el afecto de la alta sociedad granadina, de la que fué muy estimado y querido.

Sabía y gustaba mucho de letras humanas. En la selecta biblioteca, que tenía en su celda, había excelentes libros de historiadores, filósofos y poetas que él prestaba gustoso á sus discípulos predilectos, para que aprendiesen y se ilustrasen leyéndolos.

En el colegio dependiente de la Abadía y donde se estudiaban las asignaturas de segunda enseñanza, las ciencias eclesiásticas y los dos pri-

meros años de la carrera de Jurisprudencia, don Baltasar tuvo cátedra siempre, con aprovechamiento y satisfacción de su auditorio de estudiantes por la claridad con que explicaba, por su indulgencia con los desaplicados y por su bondadosa paciencia con los rudos.

Don Baltasar Lirola fué también poeta, aunque no escribió muchos versos. Una de sus mejores composiciones es la que se titula *Sierra Nevada*, inserta en esta obra. En Granada la celebraron mucho, á mí ver no sin fundamento. Uno de los canónigos de la Abadía, me escribió elogiando esta última composición de Don Baltasar, en la que presagia su muerte, que fué la corona de siempre vivas que sin saberlo labró él para adornar su tumba.

Durante un año, de 1841 á 1842, si no recuerdo mal, estuve yo de colegial en el Sacro Monte, del que siempre conservé recuerdo gratisimo, y muy singularmente de las lecciones de Don Baltasar Lirola que fué mi maestro y de los buenos libros que allí leía y que él me prestaba.

Don Antonio María Segovia se distinguió en los primeros años del reinado de Isabel II, compitiendo con Larra, Mesonero Romanos, D. Serafin Estébanez Calderón y don Santo López Pelegrín, escritores todos que solían publicar artículos satíricos y ligeros cuadros de costumbres en los periódicos, bajo el velo

de un pseudónimo tan transparente y claro, que más que por disfraz, le llevaban por gala y chiste. Así como los mencionados escritores se apellidaban *Figaro*, *El curioso parlante*, *El Solitario* y *Abenamar*, Segovia se apellidó *El Estudiante*.

Sus obrillas, ya en prosa, ya en verso, merecen ser alabadas y pueden leerse y se leen todavía con mucho agrado por el ingenio y la gracia, por el lenguaje castizo y correcto y por el estilo desenfadado y elegante con que están escritas. No llega Segovia, en su españolismo purista, al extremo de Estébanez Calderón, extremo primoroso y admirable, pero que tiene algo de afectado. Su estilo es, con todo, más puro y castizo que el de *Figaro* y que el de *El curioso parlante*, y si bien con menos fertilidad y fácil inventiva que *El curioso parlante* y con menos brío que *Figaro* en el sentir y en el pensar, á veces vence y supera á ambos en pulcritud y nitidez graciosa, muy propia de nuestra tierra, por donde recordamos á nuestros autores festivos del siglo XVII, sin el mal gusto, el culteranismo y los retruécanos de entonces.

Halló Segovia más tarde un modo muy discreto y ameno de entretener al lector y de provocar su risa con cierta persistencia cómica y pesadez aparente, pesadez que en realidad no lo era, porque daba ocasión á mil divertidas digresiones, cuya incoherencia regocija y sorprende. Al leer estas producciones de Segovia recuerdo yo aquellos tres duros ó escudos romanos que Casti había tomado prestados y que

meros años de la carrera de Jurisprudencia, don Baltasar tuvo cátedra siempre, con aprovechamiento y satisfacción de su auditorio de estudiantes por la claridad con que explicaba, por su indulgencia con los desaplicados y por su bondadosa paciencia con los rudos.

Don Baltasar Lirola fué también poeta, aunque no escribió muchos versos. Una de sus mejores composiciones es la que se titula *Sierra Nevada*, inserta en esta obra. En Granada la celebraron mucho, á mí ver no sin fundamento. Uno de los canónigos de la Abadía, me escribió elogiando esta última composición de Don Baltasar, en la que presagia su muerte, que fué la corona de siempre vivas que sin saberlo labró él para adornar su tumba.

Durante un año, de 1841 á 1842, si no recuerdo mal, estuve yo de colegial en el Sacro Monte, del que siempre conservé recuerdo gratisimo, y muy singularmente de las lecciones de Don Baltasar Lirola que fué mi maestro y de los buenos libros que allí leía y que él me prestaba.

Don Antonio María Segovia se distinguió en los primeros años del reinado de Isabel II, compitiendo con Larra, Mesonero Romanos, D. Serafin Estébanez Calderón y don Santo López Pelegrín, escritores todos que solían publicar artículos satíricos y ligeros cuadros de costumbres en los periódicos, bajo el velo

de un pseudónimo tan transparente y claro, que más que por disfraz, le llevaban por gala y chiste. Así como los mencionados escritores se apellidaban *Figaro*, *El curioso parlante*, *El Solitario* y *Abenamar*, Segovia se apellidó *El Estudiante*.

Sus obrillas, ya en prosa, ya en verso, merecen ser alabadas y pueden leerse y se leen todavía con mucho agrado por el ingenio y la gracia, por el lenguaje castizo y correcto y por el estilo desenfadado y elegante con que están escritas. No llega Segovia, en su españolismo purista, al extremo de Estébanez Calderón, extremo primoroso y admirable, pero que tiene algo de afectado. Su estilo es, con todo, más puro y castizo que el de *Figaro* y que el de *El curioso parlante*, y si bien con menos fertilidad y fácil inventiva que *El curioso parlante* y con menos brío que *Figaro* en el sentir y en el pensar, á veces vence y supera á ambos en pulcritud y nitidez graciosa, muy propia de nuestra tierra, por donde recordamos á nuestros autores festivos del siglo XVII, sin el mal gusto, el culteranismo y los retruécanos de entonces.

Halló Segovia más tarde un modo muy discreto y ameno de entretener al lector y de provocar su risa con cierta persistencia cómica y pesadez aparente, pesadez que en realidad no lo era, porque daba ocasión á mil divertidas digresiones, cuya incoherencia regocija y sorprende. Al leer estas producciones de Segovia recuerdo yo aquellos tres duros ó escudos romanos que Casti había tomado prestados y que

cuando su acreedor se los pedía, en vez de pagárselos, le componía un soneto, llegando á componer con dicho fin cerca de cuatrocientos.

Otra gracia que también poseía Segovia era la de remedar y poner en caricatura diferentes estilos. Perfecto dechado en este género es un capítulo del *Quijote*, traducido fielmente al lenguaje periodístico de ahora. Y no logra menos chistosa fidelidad un extenso artículo, redactado por un sabio alemán que ha estudiado por principios la lengua castellana y que sale á la defensa del libro de *Impresiones de viaje por Alemania*, producción de un señor titulado, de la que *El Contemporáneo* había hecho crítica harto poco piadosa. Segovia, con sutiles razonamientos y enmarañadas filosofías, llega casi á probar que las tales *Impresiones* fueron atinadísimas y luminosas.

Segovia, por último, parodiaba deliciosamente el truculento y sibilitico lenguaje de los Krausistas.

Se me dirá tal vez que es lástima que Segovia emplease su talento en obras de burlas de tan corta extensión y de tan poca importancia; pero á eso contestaré que Luciano no compuso más extensos escritos y que, prescindiendo de los antiguos clásicos, autores hay en los tiempos modernos que se han hecho famosos de la misma suerte. Valga para ejemplo Pablo Luis Courier en Francia.

Yo, por otra parte, me complazco en celebrar

á Segovia, aunque pudiera ser recusado como juez parcial, porque Segovia fué muy mi amigo, me animó á escribir y yo le considero como maestro. En *El Cócora* fui su constante colaborador; excitado por él empecé á componer y compuse una zarzuela que nunca se ha representado; y por él también escribí mi primer cuento, *El pajar verde*, mucho antes de que yo escribiese otros cuentos y las varias novelas que he escrito, y cuando no se escribían aún tantos cuentos y novelas como ahora se escriben.

Sin duda tiene la mencionada contra quien pretende apreciar el mérito de aquellas personas en cuya compañía ha vivido, y á las cuales, aun cuando no deba protección, debe leales consejos y buenas palabras que dan esperanza y aliento.

De la vida de Segovia diré aquí muy poco. Nació en Madrid el 29 de Junio de 1808.

Su padre era magistrado. Con él pasó Segovia su infancia en Andalucía. Con la protección del duque del Infantado, entró Segovia en la carrera militar como cadete de guardias de Infantería española. Después de los sucesos del 7 de Julio de 1822, disuelto el cuerpo de guardias, Segovia dejó la carrera militar y desempeñó algunos modestos empleos en varias capitales de provincia.

Después de la muerte de Fernando VII, empezó á escribir para el público en diversos periódicos, según hemos dicho ya. Sus opiniones conservadoras le movieron á emigrar á París

cuando el pronunciamiento de 1840 dió la Regencia á Espartero, y en Paris se proporcionó ó procuró proporcionarse recursos con la literatura, como algunos otros emigrados, y muy singularmente su amigo D. Eugenio de Ochoa, de cuyos *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, tomamos las anteriores noticias.

Triunfante de nuevo el partido conservador y vuelto á España Segovia, la fortuna le fué más propicia. Sirvió á su país en la carrera consular y su buen nombre como literato le abrió las puertas de la Real Academia Española, en la que entró el 27 de Febrero de 1845. En 1873 sucedió á D. Manuel Bretón de los Herberos como secretario perpetuo de la mencionada Academia.

Murió Segovia el día 14 de Enero de 1874.

Hombre de afable trato y de conversación amenísima, Segovia fué muy bien recibido y estimado en la alta sociedad madrileña.

Con Bretón de los Herreros y con Ventura de la Vega, con el Marqués de Molins, y más tarde con D. Antonio Cánovas del Castillo, Segovia fué uno de los que asistían los sábados á los banquetes con que D. José Joaquín de Osma obsequiaba á los literatos, los cuales, de buen humor, con el bienestar que sentían de sobremesa y con un poquito de amor propio tal vez, imaginaron alguna vez que renovaban, en la edad presente, aquel banquete famoso que Platon describe y donde Aristófanes, Alcibiades y

Sócrates, dijeron sobre el amor cosas tan sublimes y delicadas.

Don Fermín de la Puente y Apecechea nació en la ciudad de Méjico en el día 9 de Noviembre de 1812, cuando Nueva España era aún nuestra colonia. El padre de D. Fermín fué Oidor de aquella real Cancillería, y fué su madre una señora mejicana, natural de Zacatecas.

D. Fermín vino á España muy niño y á poco quedó huérfano. Un rico tío suyo, por parte de madre, cuidó de su educación, la cual fué tan esmerada como cristiana.

D. Fermín estudió muy bien humanidades, llegó á poseer magistralmente la lengua latina y compartió su admiración y su amor á la literatura entre la *Biblia* y otros escritos devotos ó religiosos y los autores clásicos de la antigua Roma.

Debe ser contado entre los poetas de la escuela sevillana, como discípulo de D. Alberto Lista. Él también se consideraba discípulo de D. José Musso y Valiente, cuya vida escribió con el entusiasmo y amistoso afecto que tan honrado, virtuoso y entendido maestro merecía.

Sobre los estudios y sobre las obras de don Fermín y su mérito literario, han escrito con elogio D. Antonio Sánchez Mogel, D. Marce-

lino Menéndez y Pelayo y el Padre Blanco García.

De sus versos damos muestra en la linda composición titulada *La corona de Flora*.

D. Fermín entró como individuo de número en la Real Academia Española, ocupando el sillón vacante por la muerte de Lista en 1848 y desocupado después durante algún tiempo porque D. José Zorrilla no llegó á tomar asiento en él, aunque fué elegido entonces por vez primera.

D. Fermín, académico ya, y movido por el amor de la tierra en que nació, patria de su madre, así como por su fervoroso españolismo contribuyó poderosamente á estrechar y á fomentar las fraternales relaciones literarias entre las Repúblicas hispano-americanas y su antigua metrópoli. A él se debe en gran parte la creación de Academias correspondientes de la Española en Méjico, en Guatemala, en el Perú, en Colombia, en Chile, en Venezuela y en otros puntos.

D. Fermín de la Puente y Apecechea murió en Omoño el día 20 de Agosto de 1875.

Ha sido muy encomiada su traducción en octavas reales de los libros I y IV de la *Eneida*.

Tres años después de su muerte, en 1876, publicó su familia, elegantemente impresa, con un prólogo de D. Salvador López Guijarro, y con el título de *Los libros sapienciales*, una traducción parafrástica en verso del *Eclesiastes*, de *Los Proverbios* y de otros escritos atribuidos á

Salomón, así como también la traducción de algunos Salmos. Por apéndice ó complemento se insertan en el mismo volumen algunas poesías originales del Sr. Apecechea.

Don Enrique Gil y Carrasco

fué «poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable, siquier alguna vez adolezca de difuso ó de incorrecto; novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott; crítico de juicio penetrante, amplio y seguro, y pintor tan galano como discreto y exacto de impresiones de viajes, monumentos, tipos provinciales y escenas de costumbres».

Este atinado juicio de D. Gumersindo Laverde Ruiz, tomado del prólogo de las poesías de D. Enrique Gil, le retrata y le aprecia mejor que cuanto yo pueda decir en su elogio.

Prueba de la exactitud de dicho juicio dan las poesías mismas entre las que sobresale *Una gota de rocío*, no pocos artículos en prosa, de costumbres, de viajes y de crítica literaria y la interesante novela titulada *El señor de Bembibre*.

La obscuridad en que pasó su primera juventud el poeta, su humilde y resignada melancolía á par que el íntimo y claro convencimiento que tiene su alma del valer propio, todo se manifiesta candorosamente en la composición *La*

violeta, por la que logró su autor y logrará siempre, mientras haya buen gusto y mientras sea la poesía comprendida y gustada, que no quede

Con frívolos cantares confundido
El himno de su amante corazón.

De su paso por el mundo poco tenemos que decir aquí.

Nació en Villanueva del Vierzo el día 15 de Julio de 1815. Murió en Berlín el día 22 de Febrero de 1846, cuando no había cumplido treinta y un años.

No restablecidas aún las relaciones entre España y Prusia, no teníamos en la capital de aquel reino representación diplomática y don Enrique Gil fué allí con una comisión de nuestro Gobierno que, sin duda para favorecerle, le confió D. Luis González Bravo siendo ministro. Este y otros notables literatos y personajes políticos, como Ros de Olano, Pastor Díaz y Santos Alvarez fueron grandes amigos suyos, lamentaron su muerte y honraron su memoria.

Espronceda, que fué también su amigo y su protector y que murió antes que él, recibió el tributo del cariño, de la admiración y de la gratitud de Enrique Gil en unos versos muy sentidos.

Don Fernando de la Vera é
Isla entra en mi FLORILEGIO por derecho pro-

pio y con título más que suficiente. Dar prueba de ello los elegantes y sentidos versos, reunidos y publicados en un volumen, (Madrid, 1883) del cual volumen tomamos é insertamos dos hermosas é inspiradas composiciones: *En la tumba de don Enrique Gil y La Fuente*.

La rara modestia y el bondadoso candor de don Fernando de la Vera, impidieron que él buscase nombradía. Nadie, pues, debe extrañar que no la encontrase. A él mismo pudiera aplicarse con no menor fundamento, lo que él dice de Enrique Gil:

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia
Ni la ambición lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

Fué Vera leal amigo de Enrique Gil, de Zorrilla y de Espronceda. Zorrilla autoriza el tomo de sus poesías con una extensa carta-prólogo de mucho más de trescientos endecasílabos, llenos por desgracia de lastimosa garrulería. Más y mejor fué lo que Vera dió á sus amigos que lo que recibió de ellos. Harto bien lo demuestran, así como los versos á Enrique Gil, los que escribió en la muerte del cantor de *El Diablo Mundo*. Nadie con mayor fidelidad y acierto ni con mayor efusión de melancólica ternura lloró nunca al malogrado poeta y acertó á hacer su apolo-

gia. Nadie procuró nunca disculpar más bondadosamente sus extravíos, y que, aun en medio de ellos resplandeciese limpia la nobleza del alma.

De su amistad el celo fervoroso
Fué igual en el dolor y en la alegría;
Enemigo leal y generoso
Ni aun pudo imaginar la hipocresía;
Cuando su rostro audaz y desdenoso
Ostentaba el desprecio y la ironía,
Bastaba una mirada de cariño
Para darle el calor de encanto niño.
Tal fué el claro poeta: si en su frente
Más de una vez las nubes amontona
La tempestad del alma, y tristemente
Obscurece el fulgor de su corona.
¿Quién en el canto al par tierno y valiente
De tan insigne vate no perdona
Los ecos que á su lira en nota dura
Pudo arrancar la escéptica amargura?

La franca sinceridad de Vera presta á casi todos sus versos, un valer y un encanto que en los del poeta de afición aparecen con mucha más frecuencia que en los del poeta de oficio.

Harto se nota que Vera compuso sus versos casi involuntariamente, sin pensar en la honra y en el provecho que pudieran conquistarle, sino movido por el estro solo y para desahogo de su alma religiosa y enamorada. De aquí que sea poco lo que escribió y que esto poco sea conciso, sin contener más de lo que debe contener; sin que nada huelgue ó esté de sobra. Las coplas de pie quebrado *La Fuente* son la más bella manifestación, no sólo de su estilo, sino también de sus creencias y de sus nobles y puros afectos.

Aunque no hay asunto más trillado por los poetas que el de describir una fuente, tomarla por símbolo de la vida humana y deducir una lección moral de todo ello, la íntima y natural sinceridad con que Vera se expresa sin rebuscar frases raras y sin alambicar conceptos, da encantadora novedad á esta poesía. Sin duda que no es nuevo ni es inaudito lo que en ella dice su autor. Cualquiera niño de la doctrina sabe todo aquello por que en su catecismo lo ha aprendido; pero la gracia del poeta no está en descubrir ó revelar lo que no se sabe, sino en expresarse con tal intensidad y fervor en las palabras que penetre en el corazón de quien le lea ó le oiga y encienda allí fuego igual al que en él arde y luz tan clara y brillante como la que á él ilumina. La conformidad con los designios inexcrutables del cielo, la no fingida y honda fe en la benéfica sabiduría de esos designios, la resignación sin la menor queja á los golpes de la adversa fortuna, la justificación de la Providencia, y hasta la misma ultramundana esperanza que pone la beatitud en el reconocimiento del bien mismo que se ha realizado, aun sin más premio, ni goce, ni deleite que el reconocimiento de este bien, todo está enérgica y dulcemente dicho y sentido en las últimas estrofas ó coplas de *La Fuente*, y todo tiene allí la poderosa y mágica virtud de penetrar en las almas, capaces de comunicarse por entendimiento ó por amor con la del poeta.

Su fervorosa religiosidad logró inspirarle también varias interpretaciones ó felices paráfrasis

de algunos salmos, así como su gentileza y su inocente galantería, le movieron á cantar y á celebrar con harta más profano aunque siempre delicado acento, la gracia y la belleza de algunas elegantes damas.

Completa por último el modesto pero acrisolado tesoro de poesía que Vera nos ha legado una serie de más de treinta bien trazados sonetos en el primor y artificio de cada uno de los cuales aparece siempre una idea ingeniosa ó un elevado sentimiento. Valgan para prueba los tercetos del que fué escrito en elogio de Selgas.

Quando á la tierra por su bien te asomas,
El vuelo de las águilas dominas,
El arrullo te envidian las palomas,
Y las flores te dan suaves y finas
En el idilio dulce sus aromas,
En la sátira amarga sus espinas.

Aunque yo soy y fui siempre admirador de Horacio, sumiso partidario de su doctrina y firme creyente en la verdad de casi todas sus sentencias, hay una cuya verdad no me limito á desconocer, sino que no logro explicarme racionalmente su significado.

¿Qué significa el afirmar que á los poetas medianos ni los postes los aguantan? Demos por cierto que sea ó deba ser inaguantable la medianía de los versos, como tal vez lo es para todo sujeto muy descontentadizo y refinado en sus gustos, la medianía de cualquier obra ú objeto que no es indispensable. Lo lujoso y esplendente ó no ha de ser ó ha de ser bueno. Fuerza es

tener en casa mesas y sillas aunque sean malas, pero más vale dejar desnudas y limpias las paredes que afeirlas con malas pinturas. Hasta aquí, aunque sea extremada la displicencia, comprendemos que se afirme que son inaguantables los poetas medianos. Lo que no se comprende ni se ve es el límite ó la raya que separa al poeta mediano del excelente y hasta del grande. ¿Los mismos grandes poetas no son ó no pueden ser á veces medianos ó menos que medianos cuando dormitan como Horacio declara que dormitaba el propio Homero? Homero, pues, sería entonces inaguantable. Y por el contrario ¿no hay ó no puede haber poetas, cuyo ordinario valer no pase más allá de una estimable medianía, y que en un momento dichoso de inspiración eleven el vuelo hasta las mayores alturas, hasta donde pudo elevarse el de Horacio ó el de Píndaro su envidiado modelo?

En suma, para determinar si un poeta es mediano ó grande, no tenemos, ó al menos no tengo yo, medida que valga. Si la comparación es medida, comparado con Píndaro, Horacio sería mediano é inaguantable por consiguiente.

Espero que se me perdone esta corta digresión en que trato de responder á una censura que se hace ya de mi FLORILEGIO, censura injusta, porque yo no tengo, ni nadie me ha dado una marca para apreciar la altura de los poetas que han de entrar en él, rechazar á los que no lleguen y aceptar solo á los que lleguen á la marca ó suban por cima de ella.

Yo no me he comprometido tampoco á incluir en mi FLORILEGIO á cuantos fuesen los poetas españoles del siglo XIX que llegaran á la marca, dado que la hubiese y supiese yo manejarla. No pocos quedan excluidos de mi FLORILEGIO, sin que sea por desdén; y tal vez hay alguno de los incluidos que están por bajo de otros que son excelentes y que en el FLORILEGIO no figuran. Citaré á algunos según acudan á mi memoria. Así Cienfuegos, Rubí, Villergas, Príncipe, Gil y Zárate, los Asquerinos, y multitud de dramaturgos y de hombres políticos que han empezado por tocar la lira ó que han seguido tocándola en sus horas de ocio. Supongo que en todas partes acontecerá lo que en España acontece: que apenas hay persona discreta, de cierta cultura intelectual y dotada de algún ingenio que no haya escrito versos en sus verdes mocedades: ¿Cómo pues, incluirlos á todos? Contentémonos pues con incluir composiciones de aquellos que nos parezcan buenos y que nos sean simpáticos: composiciones que tengan algo de original y de característico y que no puedan ser tildadas de disparatadas ó insignificantes. Y si yo alguna vez peco ó se me prueba ó se me acusa de que peco contra esta regla que me impongo, el público, y no yo, tiene la culpa, que concedió en algún tiempo ó que todavía concede aplauso y admiración á quien poco lo merece. Yo no soy ni quiero ser iconoclasta. No vengo á derribar ídolos. Acepto los que hay. Y si mi modestísimo FLORILEGIO aspirase á ser algo pareci-

do á un templo de la inmortalidad, yo no me atrevería á arrojar de él á quien en él ha entrado con esquila de convite concedida por el vulgo. Yo respeto esta concesión y reconozco hasta cierto punto el mérito que presupone en quien la alcanza. Aunque supongamos al vulgo ciego por la ignorancia y extraviado por modas absurdas, todavía prueba envidiable y raro talento, quien acierta á ponerle en comunicación magnética con su espíritu y á divertirle ó á conmoverle, aun cuando sea por un corto período.

Por lo expuesto van en mi FLORILEGIO composiciones que yo tal vez estimo en poco. Pero en cambio incluyo otras composiciones aunque el gran público las desconozca ó apenas las estime, porque yo las apreció y las taso en muy alto precio y no dudo de que esta estimación que yo les doy, acabará por prevalecer en la posteridad, mientras que bastante de lo muy celebrado en el día se apreciará en lo futuro mucho menos, ya que no se olvide.

Á la primera clase de poesías, cuya estimación ha de ser persistente y creciente, pertenecen las de D. Fernando de la Vera é Isla y por eso las incluyo en el FLORILEGIO.

Nació este poeta, de quien no he podido adquirir sino muy escasas noticias biográficas, en la segunda década del siglo XIX, creo que en la ciudad de Mérida. Fué su padre coronel de Ingenieros é individuo de muy noble é ilustre familia.

En 1843 entró D. Fernando en la carrera di-

plomática y la siguió prestando muy buenos servicios. Estuvo de agregado en París, de oficial en el Ministerio, de primer secretario en Berlín y en Lisboa, de encargado de negocios en Caracas y en Atenas y de comisario regio en Jerusalem. Siendo en 1870 director del archivo del Ministerio de Estado dejó la carrera y se jubiló, porque no quiso jurar la constitución á causa de sus sentimientos dinásticos y de sus ideas conservadoras.

Hacia el año de 1850 tuve yo la satisfacción, hallándome de agregado diplomático en Lisboa, de servir bajo las inmediatas órdenes de D. Fernando que era allí entonces encargado de negocios interino. Más que jete fué para mí amigo constante y afectuoso compañero. Su discreción, su bondad y la franca á par que noble sencillez de su trato eran ensalzadas por cuantas personas le conocían haciéndole respetado y bien querido.

D. Fernando de la Vera é Isla murió en Madrid el día 31 de Julio de 1891.

Don Antonio García Gutiérrez, por la muestra que damos de su ingenio insertando en esta obra dos lindas composiciones suyas, puede y debe ser estimado como dulce y melodioso cantor de amores, y puede y debe ser contado entre los buenos poetas líricos que durante el siglo XIX hubo en España. Su va-

ler, con todo, es muchísimo más alto como dramaturgo. En la lírica compiten con él y le vencen no pocos poetas sus contemporáneos. Como autor de dramas se adelanta y vence á cuantos florecieron en su época, si nos olvidamos de que D. Angel de Saavedra escribió el *Don Alvaro* y prescindimos de él.

Claro testimonio y título irrecusable de esta primacía de García Gutiérrez da su rico teatro que atesora cerca de sesenta composiciones originales.

Las más aplaudidas y las más merecedoras de aplauso son: *El Trovador*, *El Paje*, *El Rey monje*, *El encubierto de Valencia*, *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *Un duelo á muerte*, *Venganza catalana*; las zarzuelas *El grumete* y *La espada de Bernardo*; y las comedias *La bondad sin experiencia*, *La criolla* y *Crisálida y mariposa*.

Nos apartaríamos demasiado de nuestro plan y tendríamos que extendernos mucho, si nos empeñásemos en examinar y juzgar aquí la importancia y el mérito del teatro de García Gutiérrez. Contentémonos, pues, con aceptar la atinada crítica de D. Cayetano Rossell y del Padre Agustino Francisco Blanco García, cuyos estudios sobre dicho teatro recomendamos á nuestros lectores.

El Padre Blanco García, con imparcialidad que le honra y con espíritu exento de prejuicios y capaz y pronto para contemplar y percibir toda belleza, no sólo encomia á *Simón Bocanegra* y á *Juan Lorenzo*, donde sus opiniones y doctri-

nas hallan satisfacción y concordancia, sino que también admira aquellos dramas más inspirados por las atrevidas y vehementes pasiones que se complacia en pintar el romanticismo. Así es que si bien condena en *El Trovador*, como no puede menos de condenar, la apasionada violencia del amor terrenal que atropella todo decoro y rompe todo freno, todavía aplaude con entusiasmo al poeta por «inimitable intérprete de luchas internas y vigorosos afectos» y por la «intuición maravillosa propia de todos los grandes artistas con que sabía penetrar hondo en los dominios del alma».

De la vida de García Gutiérrez diré en sucinto resumen que nació en Chiclana el día 5 de Julio de 1813. Fugitivo de la casa paterna, y falto de recursos, sentó plaza de soldado cuando decretó Mendizábal la quinta de cien mil hombres, prometiendo hacer subtenientes á los seis meses á los que se alistasen voluntarios y tuviesen aprobados dos años de estudios mayores.

Soldado era, pues, García Gutiérrez, cuando se estrenó *El Trovador* en el teatro de la Cruz, y obtuvo el más estrepitoso triunfo. Se dice que García Gutiérrez fué el primer dramaturgo que salió á la escena española, llamado por el público, para recibir sus aplausos. Además de éstos y de la consiguiente nombradía de que gozó desde entonces, logró el poeta la licencia absoluta, abandonando las armas para seguir la carrera de las letras á la que desde su niñez por decidida afición se inclinaba.

Esta carrera procura muy cortos provechos en España, y entonces procuraba menos, aun en el mismo teatro que es el más lucrativo de todos los géneros literarios.

García Gutiérrez, por consiguiente, tuvo que aceptar y desempeñar varios empleos públicos, harto contrarios, casi siempre, á su modo de ser, estudios y aficiones. Fué de nuestra Comisión de Hacienda en Inglaterra, Cónsul en Bayona y en Génova y Director del Museo Arqueológico. Pasó en América cinco años, principalmente en Méjico, donde se inspiró para escribir, y escribió, gran parte de un poema sobre Hernán Cortés y la Conquista de Nueva España.

Entró en la Real Academia Española el 11 de Mayo de 1862, en el sillón vacante por muerte de D. Antonio Gil y Zárate.

D. Antonio García Gutiérrez murió en Madrid, el día 26 de Agosto de 1884.

Don Gregorio Romero Larrañaga es uno de los muchos poetas de segundo ó tercer orden, que adquirieron alguna celebridad y recibieron aplausos durante el fervor del romanticismo, hacia la mitad del siglo pasado.

Poco sé y poco diré de su vida. En la ya mencionada época habitaba en Madrid. Escribía y publicaba leyendas en verso y poesías líricas en

revistas y periódicos y abastecía también los teatros con dramas traducidos ó arreglados y originales suyos. Entre estos últimos pueden citarse: *Doña Gimena de Ordóñez*, *Garcilaso de la Vega* y *Misterios de honra y venganza*. En colaboración con D. Eusebio Asquerino compuso los dramas titulados *Juan Bravo* y *Felipe el Hermoso*.

A toda esta labor dramática da cortísimo aprecio el Padre Blanco García, pero yo no me atrevo á decidir si con estricta justicia ó involuntariamente excitado por radical divergencia de sentimientos y de ideas. Romero Larrañaga era, valiéndonos de la fraseología usada hoy, en extremo liberal y progresista, abominando de la Inquisición, con lo cual, si se prescinde de la época, harto menos humana que la presente, en que la Inquisición desplegaba su actividad más terrible, va ó puede ir implícita grave censura contra la civilización católica de España, cuando lograba su mayor encumbramiento y predominio.

Como quiera que ello sea, y poniéndonos del lado de Romero Larrañaga, en ser liberales y en abominar del Santo Oficio, no puede negarse que sus dramas, así como sus leyendas, pasaron ya de moda, no se leen ni se representan y apenas se recuerdan. Sus narraciones en verso que obtuvieron más favor con el público de su tiempo, fueron *El sayón* y *Amar con poca fortuna*. La que en cierto modo ha conservado hasta hoy la no escasa celebridad que entonces obtuvo y la que todavía se conserva en la memoria de algu-

nas personas y se recita y se oye con agrado es la oriental que se titula *El de la cruz colorada*, por más que nadie desconozca que está muy por bajo de la oriental de Zorrilla, algo semejante por el asunto, aunque trocando los papeles, en que un generoso moro deja en libertad, no á un caballero cristiano, sino á una linda dama de León que llevaba cautiva.

Don José Amador de los Ríos

nació en Baena (provincia de Córdoba) el día 1.º de Mayo de 1818. Murió en Sevilla el 17 de Marzo de 1878. Su vida, consagrada constantemente al estudio, no puede contarse cumplidamente sin referir, analizar y encomiar las importantes producciones literarias que dicho estudio dió por fruto.

Aquí nos limitaremos á decir que viviendo en Sevilla todavía y en su primera mocedad, Don José Amador de los Ríos se dedicó á la poesía y compuso versos que en 1839 publicó en un volumen con los de su amigo D. Juan José Bueno. Dos años más tarde y en compañía de Don José Lorenzo de Figueroa, tradujo el Sr. Amador, completó y rectificó una historia de la literatura española sacada de la que escribió el fecundísimo escritor ginebrino Simondi sobre las literaturas del Mediodía de Europa.

La decidida afición y los no vulgares conocimientos del Sr. Amador en arqueología y Bellas

Artes se mostraron sucesivamente en diversas producciones suyas: en *Sevilla pintoresca*, en *Toledo pintoresca*, en algunos artículos de la lujosa y magnífica obra titulada *Monumentos arquitectónicos de España* y en una extensa y muy erudita disertación sobre el arte latino bizantino, con ocasión del descubrimiento de las coronas votivas de Guarrazar, de las cruces y otras antigüallas de la época visigótica.

El talento y el saber del Sr. Amador le dieron pronto crédito y fama, y en Madrid ya, le abrieron las puertas de las reales Academias de la Historia y de Bellas Artes.

Nombrado catedrático de la Universidad Central, para enseñar, como enseñó la Historia crítica de nuestra literatura, escribió ó más bien empezó á escribir una obra fundamental y vastísima sobre el asunto de su cátedra. De siete gruesos volúmenes consta lo que compuso y publicó de dicha obra y no pasa del reinado de los Reyes Católicos. El extremoso deseo de decir cosas inauditas y recónditas, deseo muy conveniente sin duda para que los autores investiguen con diligencia y aprendan con detención y esmero lo que han de exponer más tarde, suele tener la contra de hacer difusos los libros, perdiéndose quien los escribe en un dedalo de pormenores y no logrando abarcar el conjunto, ó presentándole al lector con tan enormes proporciones que no le dejen ver ni gozar la unidad armónica que debe haber en toda producción artística como lo es una Historia.

El Sr. Amador, dista, sin embargo, muchísimo de haber ido tan lejos como los Padres Mohedanos en la profundidad y detenimiento de su investigación. Dichos Padres escribieron y publicaron (en el siglo XVIII) doce ó trece volúmenes de Historia literaria de España y se quedaron en la época de Lucano.

Como quiera que ello sea, nadie puede negar y todos aplaudimos el saber, la elevada crítica y el talento de escritor conque el Sr. Amador de los Ríos acertó á exponer con claridad y con orden lo más obscuro y desconocido hasta él del desarrollo intelectual de nuestra patria, abriendo así y allanando el camino por donde se adelantan hoy con paso firme y seguro é iluminándolo todo escritores más dichosos, ya que sin ser menos doctos pueden ser más amenos y no tan prolijos.

Debemos también á la asidua é infatigable laboriosidad del Sr. Amador el libro titulado *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España* ampliado más tarde, al menos en la parte social y política, por una Historia en tres gruesos volúmenes de los judíos españoles.

Imposible sería sin extenderse demasiado y sin ir inoportunamente más allá de los límites que debe tener esta nota biográfica, estimar aquí el mérito de estos trabajos del Sr. Amador sobre los judíos de España, comparando dichos trabajos con los que han hecho sobre la misma materia escritores alemanes y franceses de estos

últimos tiempos. Sólo me atreveré á indicar que si bien el Sr. Amador trata con menos claridad y con más somero conocimiento que algunos modernos escritores extranjeros, israelitas no pocos de ellos, de la floreciente poesía religiosa y de las altas especulaciones filosóficas de los judíos españoles, todavía se adelanta á dichos escritores extranjeros en explicarnos el estado social de los judíos en nuestro país, la importancia política que tuvieron y sus relaciones con la nación en cuyo seno vivían y con los gobiernos musulimes y cristianos que simultánea ó sucesivamente dirigieron sus destinos.

En colaboración con D. Juan de la Rada y Delgado y D. Cayetano Rosell, escribió también el Sr. Amador una *Historia de la Villa y Corte de Madrid*.

Ilustró por último con estudios críticos y notas interesantes las obras completas del Marqués de Santillana y dirigió la lujosa edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, escrita por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, y publicada en cuatro volúmenes en folio, desde 1851 á 1855, por la Real Academia de la Historia. Esta edición completa de la *Historia de las Indias* escrita por Oviedo está enriquecida por el Sr. Amador con la vida de aquel primer cronista de las cosas de América, con el examen crítico de todas sus obras y con un muy curioso glosario de las voces americanas que en la mencionada historia se emplean. Implica además la empresa realizada por el Sr. Amador laudables

esfuerzos de investigación y muy cuidadoso esmero para compulsar las ediciones antiguas, buscar y estudiar los códices de lo inédito y ordenarlo, depurar el texto y concertarlo todo.

No bastando tantos y tan varios trabajos literarios é históricos á consumir la actividad mental del Sr. Amador, éste se dedicó también á la política, fué una ó dos veces diputado y trató de adquirir reputación en la oratoria del Parlamento; pero por un capricho de la suerte ó más bien de la moda, su primer discurso en el Congreso de Diputados gustó muy poco y esto le desengañó y le retrajo de la política. El Sr. Amador hubo de compararse cuando habló por vez primera al *nauta* que se engolfa en mares desconocidos. Y este picaro vocablo *nauta*, tal vez sobrado académico, chocó y estimuló un poco el buen humor de los Diputados. No comprendo yo qué razón hubo de haber para ello.

Cada día, por temporadas, suelen aparecer ó brotar entre los políticos vocablos no menos exquisitos que el de *nauta* y á nadie chocan y todos gustan de ellos y los repiten hasta la saciedad. Apenas hay persona que, al tratar ahora de negocios de Estado no busque la *orientación* asegurando que la halla, y no aspire á ser ó no se precie ya de ser *primate*, en cuya comparación lo de *nauta* no debiera causar la menor extrañeza. El *nauta* la causó con todo, y esto le movió á dejar el proceloso mar de la política, volviendo al seguro puerto de sus eruditas investigaciones y tareas literarias donde tanta

gloria había adquirido para él y para su patria.

Lo que no abandonó nunca el Sr. Amador de los Ríos fué el culto de las Musas al que desde su temprana juventud, según ya hemos dicho, con fervorosa devoción se había consagrado.

Clara manifestación de su persistencia en este culto y de que las Musas se complacieron en él y le fueron propicias, da sin duda el tomo de poesías que el Sr. Amador publicó en Madrid en el año de 1880. De él hemos tomado para muestra é insertado en nuestro Florilegio dos lindas y discretas composiciones.

Los lazos de buena amistad y de paisanaje que con el Sr. Amador me unieron y no la autortad, ni el crédito, ni la reputación literaria, que yo tuviese, me valieron la honra de escribir el prólogo del mencionado tomo de poesías.

Nada mejor acertaría yo hoy á decir en elogio y para recomendación del poeta que lo que dije entonces; pero como dicho prólogo es muy extenso y no puedo transcribirle aquí, me limito á transcribir uno de sus párrafos que retrata en parte la indole poética del Sr. Amador y la importancia de sus versos.

«En todos ellos hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diría que los olvidaba, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiración propia. Apenas se advierte en sus poe-

sías la imitación de otros autores tan frecuente en los poetas poco eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leído poco se apasiona de lo poco que ha leído y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leído mucho como le sucedía á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilación en elegir modelos, por desecharlos todos y por buscar en el fondo de su alma lo que antes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces, hace que el erudito huya de repetirlo, mientras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oído, cree haberlo inventado y á menudo nos da por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.»

Don Antonio Trueba nació en Montellano (Vizcaya), el día 24 de Diciembre 1819. Hijo de padres poco favorecidos con bienes de fortuna, sus estudios no pasaron más allá de las primeras letras, y á la edad de quince ó dieciséis años vino á Madrid y se dedicó al comercio de la ferretería.

Su privilegiado talento, guiado y estimulado por las candorosas y nobles pasiones del alma,

gloria había adquirido para él y para su patria.

Lo que no abandonó nunca el Sr. Amador de los Ríos fué el culto de las Musas al que desde su temprana juventud, según ya hemos dicho, con fervorosa devoción se había consagrado.

Clara manifestación de su persistencia en este culto y de que las Musas se complacieron en él y le fueron propicias, da sin duda el tomo de poesías que el Sr. Amador publicó en Madrid en el año de 1880. De él hemos tomado para muestra é insertado en nuestro Florilegio dos lindas y discretas composiciones.

Los lazos de buena amistad y de paisanaje que con el Sr. Amador me unieron y no la autortad, ni el crédito, ni la reputación literaria, que yo tuviese, me valieron la honra de escribir el prólogo del mencionado tomo de poesías.

Nada mejor acertaría yo hoy á decir en elogio y para recomendación del poeta que lo que dije entonces; pero como dicho prólogo es muy extenso y no puedo transcribirle aquí, me limito á transcribir uno de sus párrafos que retrata en parte la indole poética del Sr. Amador y la importancia de sus versos.

«En todos ellos hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diría que los olvidaba, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiración propia. Apenas se advierte en sus poe-

sías la imitación de otros autores tan frecuente en los poetas poco eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leído poco se apasiona de lo poco que ha leído y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leído mucho como le sucedía á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilación en elegir modelos, por desecharlos todos y por buscar en el fondo de su alma lo que antes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces, hace que el erudito huya de repetirlo, mientras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oído, cree haberlo inventado y á menudo nos da por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.»

Don Antonio Trueba nació en Montellano (Vizcaya), el día 24 de Diciembre 1819. Hijo de padres poco favorecidos con bienes de fortuna, sus estudios no pasaron más allá de las primeras letras, y á la edad de quince ó dieciséis años vino á Madrid y se dedicó al comercio de la ferretería.

Su privilegiado talento, guiado y estimulado por las candorosas y nobles pasiones del alma,

por la contemplación de toda hermosura y por las firmes creencias que desde la niñez había recibido en la casa paterna, entre gente sencilla y rústica, en los alegres campos de su país y en la escuela de su lugar, bastó sin cultivo literario para hacer de él un muy simpático poeta, naturalísimo, espontáneo y todo lo popular que puede ser un poeta lírico en nuestra tierra. Quiero decir con esto que su inspiración venía del pueblo como para las abejas viene la miel de las flores. Pero así como la miel, ya fabricada, no vuelve á las flores de donde las abejas la sacaron, sino que sirve para regalo y deleite de las personas que tienen buen paladar y que pueden saborearla, así los cantares de Trueba fueron mejor entendidos y gustados que por el vulgo, por sujetos intelectuales que les dieron fama, leyéndolos y aplaudiéndolos.

No me atreveré yo á afirmarlo rotundamente: Diré sólo que me doy á recelar á menudo que los refinamientos artísticos en que se funda la aparente sencillez de la buena poesía, se escapan casi siempre á la comprensión del vulgo. Sin duda el poeta toma del vulgo esa sencillez, la imita con arte exquisito, abstrae y desecha cuanto hay de rudo, de grosero, de cansado y de insignificante en lo que imita, y en su imitación pone sólo lo excelente y lo bello. Así como el perfumista destila de las flores la más pura y aromática quinta esencia, así el poeta popular suele destilar de los actos, pasiones y dichos vulgares, la esencia de su poesía; pero el vulgo luego aun-

que dicha poesía en su origen es suya, rara vez la reconoce y la estima. Las gentes muy educadas son las que ensalzan y admiran al poeta hasta por la misma contraposición de los cuadros que traza con el medio social en que dichas gentes viven. A Teócrito, por ejemplo, doy yo por seguro que los campesinos de Sicilia, sus contemporáneos no le comprenderían mucho mejor que los campesinos de ahora que no saben el griego, pero le comprendían y le celebraban los elegantes y discretos cortesanos de Siracusa y de Alejandría reinando Hieron y Ptolomeo Filadelfo.

La poesía de Trueba, á pesar de su novedad, á pesar de que está inmediatamente tomada de la naturaleza, sin que en ella se note el menor rastro de imitación de la antigua poesía bucólica ó campestre, es, á mi ver, bastante parecida á dicha poesía.

La popularidad de los cantares de Trueba nunca ó rara vez llegó hasta las modestas personas que los inspiraron. Las peregrileras, las serranas, las niñas devotas, enamoradas, soñadoras é inocentes no penetraron el sentido de esos cantares ni los guardaron mejor en la memoria que la vaquera de la Finojosa, si en realidad hubo alguna vez tal vaquera, los graciosos versos del Marqués de Santillana. La lejanía en que vivió Trueba durante años, de las montañas y valles en que pasó su niñez, tal vez hicieron que los viese y se los representase como á través de un velo mágico, poniendo en ellos con la imagina-

ción lo más delicado de aquella poesía, que en no pocas de sus composiciones nos encanta. Ello es que cuando en otras composiciones pinta Trueba la vida, los amores y las fiestas de los menestrales y de las muchachas de Madrid, acaso se muestra harto más cerca de la realidad, pero también bastante más prosaico.

De todos modos, Trueba puede ser calificado de poeta popular con las restricciones que dejamos expuestas. Tiene además el mérito de ser muy castizo. Lo mismo que en sus versos, en sus cuentos y demás narraciones en prosa, tal vez haya algo de exageradamente sentimental, no muy propio de nuestro pueblo, pero este sentimentalismo proviene del alma de Trueba y no está tomado de libros extranjeros, de sentimientos y de ideas, de literaturas extrañas que han entrado como elementos en las composiciones de otros autores, desfigurando así la condición y el carácter de los personajes que crean.

Así como Fernán Caballero tiene la gloria de haber hecho resurgir en España la novela de costumbres, cuyo cultivo y cuya producción habían decaído tanto, así Trueba tiene la gloria de haber sido el iniciador del florecimiento de otro linaje de literatura, hoy en auge y de moda: del cuento ó novelita corta. Pero Trueba vence á Fernán Caballero, y vence también á muchos de los que han escrito ó escriben cuentos después de él, en ser más español que todos. Las niñas que nos pinta, como también sus novios y enamorados, tal vez no sean muy conformes con la

realidad, pero lo ideal y lo fantástico con que él los engalana, procede de su propia alma y no de la lectura de libros franceses, ingleses y alemanes, como tal vez ocurre en algunas novelas de Fernán Caballero, resultando algo de híbrido ó mestizo, á menudo empalagoso y falso.

El mérito de las composiciones de Trueba, fué reconocido y celebrado si no por muchas personas, porque en España se lee todavía poquísimo, por los pocos que leen, sobre todo en la clase media.

Claro testimonio del favor que obtuvo Trueba con el público ilustrado, harto reducido en España para los libros, fué el nombramiento de archivero y cronista con que le favoreció y honró el Señorío de Vizcaya. Y más claro testimonio aún, confirmando su fama póstuma y perpetuándola para los tiempos futuros, fué la estatua, obra de Mariano Benlliure, que le erigieron en Bilbao el día 10 de Noviembre de 1895.

Trueba había muerto cerca de siete años antes: el 10 de Marzo de 1889.

Las principales obras que nos ha dejado son: *El libro de los cantares*, *El libro de las montañas*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos campesinos*, *Legendas genealógicas de España*, su autobiografía y *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*.

Doña Carolina Coronado nació en 1823, en Almendralejo, en la misma población

donde trece años antes había nacido D. José de Espronceda.

Por la espontaneidad y candorosa sencillez de la inspiración y por la no aprendida, vaga y dulce melodía de sus cantares, doña Carolina debe ser considerada, á pesar de los defectos que una crítica severa y escrupulosa puede hallar en sus composiciones, como la más estimable y simpática de nuestras poetisas líricas. Don Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Angel Fernández de los Ríos la han elogiado como merece en prólogos escritos para las ediciones de sus versos en 1843 y 1852. La justicia entra sin duda por más que la galantería en los elogios de ambos.

Todavía, sin embargo, se extrema más en elogiarla el malgrado y discreto Padre Blanco Garcia, algunas de cuyas palabras nos complacemos en citar: «No fué, dice, su numen tan poderoso y tan fecundo como el de la Avellaneda»; pero más adelante añade: «Desde la poesía á *La palma*, que elogió Espronceda en otra no menos hermosa, hasta las hoy injustamente olvidadas: *Tú eres el miedo*, *La rosa blanca*, *Se va mi sombra pero yo me quedo*, etc., el mundo interior absorbe por completo las facultades y la atención de la poetisa descubriéndole sus misterios é intimidados, que ella sabe traducir con femenina delicadeza».

¿Cómo olvidar, por ejemplo, una vez leídas las cantigas de *El amor de los amores*, tan aladas, tan bellas y conceptuosas? Quizá no pueda el lector darse cuenta del orden con que van suce-

diéndose los pensamientos; quizá no se descubre el plan general, pero embelesa aquello mismo que se desconoce, y no es posible resistir á la magia con que atraen aquellos rumores indecisos y desatados, aquella frase dulce y melancólica que recuerda ya el amor puro de la bíblica sulamita, ya la plegaria ferviente de Santa Teresa y San Juan de la Cruz: la queja del alma en la soledad, cuando busca extática la compañía y los ósculos del amado.»

En efecto, *El amor de los amores* es el punto culminante hasta donde lograron subir la fantasía y el sentimiento de la Coronado, exaltada ella, en su más temprana juventud, á orillas del Gevora, en soledad agreste y esquivia, y encendida el alma en amor ferviente, á par que suave, por un objeto inmaterial, etéreo, inocente y puro; por un objeto, que en su indeterminada vaguedad, no es hombre, ni ángel, ni Dios, sino el amor mismo que ama á quien le ama y que infunde en su corazón castísimo fuego abrasador de impurezas. El desorden de toda la composición deja patente la irreflexión casi divina con que está escrita. Y es de maravillar que el cantar amoroso de Salomón, tan imitado y tan parafraseado en todas las lenguas cultas y por tantos poetas místicos de diferentes países, aparezca tan original y tan nuevo y tenga tan raro hechizo en los versos de la poetisa extremeña. Hay en estos versos una sinceridad inconsciente que los avalora. Es el alma, inmaculada y limpia de la niña, de quince años, que sueña con el

amor, y que le llama en el silencio nocturno, en la umbría espesura del soto, procurando evocarle, atrayéndole y haciéndole descender del cielo con amorosos conjuros.

Aunque hasta la edad de veinte años puede decirse que la señorita Coronado vivió retirada, ya en el campo, ya en una población de Extremadura, la fama difundió por todas partes su nombre y el valer de sus escritos, haciendo resonar las concordes y múltiples alabanzas de su raro talento poético. Espronceda en verso y Donoso Cortés en prosa, la ensalzaron. Hasta la falsa noticia de su prematura muerte contribuyó á glorificarla. Precedida, pues, de muy brillante nombradía, Doña Carolina vino por primera vez á Madrid en 1846. En el Liceo, entonces en su auge, la recibieron en triunfo, obsequiándola con una corona de laurel. Desde entonces sus poesías líricas fueron general y constantemente admiradas, suscitando el éxito y el aplauso mayor y más fecunda actividad en la simpática y lisonjeada dama que los había alcanzado. Y no limitándose ya á lo lírico ni satisfecha sólo con escribir en verso, doña Carolina escribió también para el teatro, y compuso además novelas en prosa, estudios críticos y hasta impresiones de viaje, aunque todo esto, si bien muy digno de estimación, no de tanto valer como su poesía lírica, y por el público hartamente celebrado. Recordaremos, no obstante, como obras dramáticas suyas *El cuadro de la Esperanza*, *Don Alfonso IV*, *Petrarca* y *El divino Figueroa*, dramas no repre-

sentados y algunos inéditos: como novelas, *Paquita*, *La luz del Tajo*, *Jarilla* y *Sigea*; y por último un extraño paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús y una interesante colección de cartas que llevan por título *Un paseo desde el Tajo al Rhin, descansando en el Palacio de cristal*.

Prendado de la joven poetisa el Sr. D. Horacio Perry, Secretario de la Legación de los Estados Unidos, logró ser correspondido y contrajo matrimonio con ella, cuando ella estaba en lo más florido de su juventud, con razón admirada por su gracia, lozanía, talento y virtudes.

Era el Sr. Perry persona amabilísima, de afable trato, de noble y bondadoso carácter y de tan gentil y distinguida presencia, que bien podía enamorar y enamoró sin duda á la poetisa, sin atender á ninguna otra consideración ni atractivo. El matrimonio, pues, del Sr. Perry y de doña Carolina, fué tan dichoso como podía y debía esperarse. Marido y mujer han vivido largos años, en santa paz, amándose y respetándose siempre y constituyendo una familia modelo. La fortuna y la prudencia y aptitud del Sr. Perry para los asuntos mercantiles é industriales le han favorecido y han permitido que viva doña Carolina, no sólo con holgura, sino con espléndidez, hasta el día presente, pudiendo ella además satisfacer su amor al prójimo y su fervorosa caridad cristiana con generosos auxilios á los desvalidos y menesterosos.

El Sr. Horacio Perry murió años ha. Su viuda, aunque le llora inconsolable con extremos de

dolor harto poco frecuentes en el día, vive aún en Lisboa en gran soledad y retraimiento, donde únicamente la consuela su linda y discreta hija Matilde, cuyos afectuosos cuidados y desvelos aplauden y admiran cuantos la conocen.

Hallándome yo en Lisboa como Ministro de España, conocí y traté mucho á doña Carolina y á su hija, muy queridas y respetadas ambas por la alta sociedad portuguesa. El Sr. Perry vivía aún, y en su casa y familia todo era prosperidad y ventura. La poetisa, aficionada como en sus primoros años al retiro y á la vida campestre, satisfacía rica y elegantemente una afición tan sin pecado. Siguiendo la margen derecha del caudaloso río, desde el centro de Lisboa hasta su desembocadura, hay un lugar llamado Pazo de Arcos, donde la poetisa tenía una hermosa quinta, cercada de risueños jardines y de frondosa arboleda, en la que solía pasar meses enteros.

Al otro lado de Lisboa, aunque á mucha menor distancia de la población, poseía también la poetisa otra casa de campo, ni con mucho tan alegre como la de Pazo de Arcos, pero verdaderamente magnífica y digna de un soberano. Se llama la Mitra, por haber pertenecido al patriarca. Allí solía pasar doña Carolina el resto del año; allí la visité yo muchas veces, gozando de la franca y amable hospitalidad, y de la amena y discreta conversación de la madre y de la hija; y allí, en su desconsolada viudez doña Carolina vive ahora.

La Mitra, en la orilla misma del río, dilatado

allí en ingente remanso donde el agua dulce se mezcla con las ondas del mar y forma un lago espacioso y tranquilo, convida á soñadora quietud y á dulce y melancólico retraimiento. La gran extensión de terreno cubierto de árboles, el silencio y la apacible severidad de los jardines, el esplendor del palacio, pues bien puede de tal ser calificado, y la magnitud, por último, de la capilla que al palacio está unida y que más que capilla es un hermoso templo, todo presta singular encanto á aquel sitio y á aquella vivienda. El brillo suntuoso del edificio, algo deslustrado por los años, convida al espíritu á lamentar la decadencia presente y á evocar las pasadas grandezas y el fausto de los portugueses, cuando, como dijo uno de sus mejores líricos, triunfaron de Adamastor, humillaron el poder mahometano en los mares de la India y de la China, llegaron á las encantadas regiones orientales,

Y lograron traer al Tajo ufano
Los diamantes y perlas que adornaban
El alcázar del sol y el resplugente
Tálamo de la aurora.

La triste majestad de los recuerdos se diría que anida en aquel palacio. No es extraño, pues, que se invente y fantasee algo que, si no es verdad, lo parece, por lo conforme que está con la apacible y callada tristeza de aquella mansión, y con el carácter de la ilustre dama que la habita; de aquella dama tan inclinada desde la niñez á místicos arrobos y á vagos ensueños de puro

amor ultramundano. Se dice, en suma, que, en aquella soledad, doña Carolina consagra un delicado y constante culto de amor á su marido, cuyos restos mortales, hábilmente embalsamados, y encerrados en un féretro, yacen en el centro de la grandiosa capilla.

Sea de esto lo que sea, lo que sí me atrevo á asegurar yo, es que, la ilustre poetisa sigue y seguirá siempre mientras viva, tan afable, tan afectuosa y buena como de costumbre, y que no cansará ni mortificará á nadie hablando de su dolor, por extremado y grande que sea; dolor, por otra parte mitigado y dulcificado por la fe religiosa, por la conformidad con Dios y por las esperanzas del cielo.

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda ocupa preeminente lugar entre los poetas de la Isla de Cuba en la *Antología de poetas hispano-americanos* publicada en 1893 por la Real Academia Española.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo explica, no obstante, el motivo que tenemos para incluir á doña Gertrudis en el número de los poetas propiamente españoles. «La grande alma poética, dice, que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa, por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares en el

parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo».

Coincidiendo con D. Marcelino, creo yo que doña Gertrudis, si bien merece contarse entre los más egregios poetas, es más bien una ilustre poetisa; una de las más egregias é inspiradas que ha habido en el mundo.

Negando ciertos apotegmas menos ingeniosos que falsos y que fueron muy repetidos por los admiradores de doña Gertrudis, no quiere el señor Menéndez que se afirme, hablando de la ilustre cubana, que *es mucho hombre esta mujer; que no es una poetisa, que es un poeta*. «La Avellaneda, añade, era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario, quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo, ni renegado de la envoltura en que Dios quiso

amor ultramundano. Se dice, en suma, que, en aquella soledad, doña Carolina consagra un delicado y constante culto de amor á su marido, cuyos restos mortales, hábilmente embalsamados, y encerrados en un féretro, yacen en el centro de la grandiosa capilla.

Sea de esto lo que sea, lo que sí me atrevo á asegurar yo, es que, la ilustre poetisa sigue y seguirá siempre mientras viva, tan afable, tan afectuosa y buena como de costumbre, y que no cansará ni mortificará á nadie hablando de su dolor, por extremado y grande que sea; dolor, por otra parte mitigado y dulcificado por la fe religiosa, por la conformidad con Dios y por las esperanzas del cielo.

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda ocupa preeminente lugar entre los poetas de la Isla de Cuba en la *Antología de poetas hispano-americanos* publicada en 1893 por la Real Academia Española.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo explica, no obstante, el motivo que tenemos para incluir á doña Gertrudis en el número de los poetas propiamente españoles. «La grande alma poética, dice, que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa, por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares en el

parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo».

Coincidiendo con D. Marcelino, creo yo que doña Gertrudis, si bien merece contarse entre los más egregios poetas, es más bien una ilustre poetisa; una de las más egregias é inspiradas que ha habido en el mundo.

Negando ciertos apotegmas menos ingeniosos que falsos y que fueron muy repetidos por los admiradores de doña Gertrudis, no quiere el señor Menéndez que se afirme, hablando de la ilustre cubana, que *es mucho hombre esta mujer; que no es una poetisa, que es un poeta*. «La Avellaneda, añade, era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario, quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo, ni renegado de la envoltura en que Dios quiso

encerrarle. Faltaría algo á nuestra lírica moderna si la Avellaneda no hubiese traído á ella con tanto brío y tanta sinceridad, esta nota originalísima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente».

La fecunda actividad de doña Gertrudis se manifestó en todos los géneros de amena literatura. En prosa escribió muchas novelas. Los títulos de las principales son: *Dos mujeres*, *Españolito*, y *Guatimozin*; pero cualquiera que sea el mérito de estas obras, la moda y el gusto que influyeron en producirlas, han pasado ya, y es muy de temer que las obras pasen también y se olviden. Aún en el tiempo en que aparecieron, las eclipsaban conquistando toda la popularidad las novelas de otra mujer, que escribía bajo el seudónimo de Fernán Caballero. El arte de escribir novelas y el buen fin y la inspiración para escribirlas, han venido después á ser mucho mayores.

La novela ha vuelto á florecer en España. No debe, pues, extrañarse que casi todas las que se compusieron en castellano en los dos primeros tercios del siglo XIX, estén arrumbadas y olvidadas: las de la Avellaneda inclusive. En el día es Doña Emilia Pardo Bazán, entre las mujeres, la que conquista más lauros y se adelanta á todas como novelista.

Tal vez persistan más la reputación de autora de la Avellaneda y el deleite y aplauso con que se lean sus escritos en prosa si atendemos, á sus narraciones cortas, cuentos y leyendas, de los

cuales escribió bastante también: *El artista Barquero*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El ama blanca*, *La Baronesa de Toux* y *El cacique Turmequé*.

Lo evidente con todo, es que los triunfos inolvidables y los inmarcesibles laureles, los conquistó la Avellaneda no con su prosa, sino con sus versos: componiendo dramas y cantando de amor humano y divino en inmortales canciones.

Su riquísima labor dramática, ha sido magistralmente estimada y juzgada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Nada mejor podemos hacer que trasladar aquí las palabras de crítico tan sabio y discreto.

«En la elocuencia trágica, dice, la Avellaneda no cede á ninguno de sus contemporáneos, salvo Hartzenbusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romántico, tomando de la una la pompa y majestad, de la otra la variedad y el movimiento. Se han notado en *Alfonso Munio* reminiscencias del estilo de Quintana, en *Saul* imitaciones de Alfieri, en Baltasar analogías con el *Sardanápalo* de Byron; pero todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma única y definitiva de la tragedia moderna, parece á lo menos la única forma en que la tragedia neoclásica francesa ó italiana puede resucitar. El tercer acto de *Alfonso Munio*, lleno de misterioso prestigio y de te-

rror trágico, es al mismo tiempo admirablemente teatral, y si el efecto escénico decae en el cuarto, no decae ni un punto en todo el drama la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que con más riqueza de lirismo se ostentan igualmente en *Saul*. Baltasar es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima á la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal que puede ser hermano ó pariente del Sardanápalo byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él. Sardanápalo, epicureo elegante, *dandy* trágico como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el simbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando á los mismos vicios aspecto de elegancia y de nobleza. Pero Baltasar es más solemne, trágica y expiatoria figura: es una especie de *ateista místico* como notó Valera: encarna de un modo más alto el hastío y el pesimismo románticos, que enervan é incapacitan para la acción; y es á un tiempo representación simbólica del Oriente decrepito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cumplimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente á la sublimidad de la concepción.»

Algo habia yo escrito sobre *Baltasar*, que cita el Sr. Menéndez coincidiendo con mi juicio. No es, pues, de extrañar que yo coincida ahora con el suyo. Y si en el mérito de la labor dramática de doña Gertrudis estamos de acuerdo, más lo estamos todavía en el mérito de su poesía lírica. Nuestro parecer y nuestro fallo sobre ella han sido, ya precedidos, ya seguidos y confirmados siempre, por los críticos más inteligentes y juiciosos de nuestro país: por D. Juan Nicasio Gallego, por D. Nicomedes Pastor Díaz, por el Padre Blanco Garcia y por no pocos otros.

Cuando la Avellaneda, en 1868, ya en edad algo avanzada, quiso hacer é hizo en parte una edición completa de sus obras, me honró pidiéndome que escribiese yo el prólogo que habia de aparecer en el tomo primero. Escribirle hubiera sido para mi grandísima satisfacción de amor propio. La antigua y constante amistad, que me unía á la autora, también hubiera quedado satisfecha. Pero sobre todo esto vinieron á ponerse mi temor de no acertar á componer nada que fuese digno del asunto y tal vez una desidia inexplicable y lastimosa. En suma, el caso fué que yo no escribí el prólogo que se me pedía. En cambio y no bien salieron á la luz pública los dos primeros volúmenes de la mencionada edición, escribí yo y publiqué en la *Revista de España* un extenso artículo sobre las poesías líricas de la Avellaneda, artículo encomiástico sin duda, como función de desagravios; pero, según mi persistente sentir, así de entonces como de ahora, no

favorable sino estrictamente justo. Acaso en el único punto en que disiento hoy un poco de mi opinión de entonces, más bien redundo mi dissentimiento en pro que en contra, no en menoscabo sino en auge de la gloria de la poetisa. Me inclinaba yo á creer que el amor humano había inspirado á la Avellaneda más hermosos y apasionados versos que el amor divino. Hoy, aunque vacilo á veces, me inclino á menudo á creer y á sostener lo contrario. De todos modos, ora amando á un hombre, ora elevando su alma hasta el cielo en alas del amor de Dios ó bien penetrando el alma en el propio abismo del alma, aspirando á unirse allí con el ser infinito, para anegarse en su luz y abrasarse en su fuego, la Avellaneda es siempre una egregia é inspirada poetisa.

En la Introducción de este FLORILEGIO dije ya tanto en su elogio, que no quiero insistir por temor de repetirme.

Me remito además al extenso artículo que escribí entonces, donde examino y juzgo las poesías de la Avellaneda según los diferentes sentimientos que las inspiran; las que describen la hermosura ó la sublimidad del universo visible y las que proceden de los vehementes afectos del amor humano. Me remito también á dicho artículo en cuanto propende á ensalzar la maestría de la Avellaneda como versificadora, maestría con tanta razón ensalzada por el Sr. Col y Vehí. Pero no acierto á resistirme á la tentación de trasladar aquí los últimos párrafos del artículo

mencionado, aunque resulte notable desproporción entre lo dilatado de esta semblanza y la brevedad de muchas de las que contiene este libro, en las que trato de calificar y apreciar á poetas de muy grande y merecida fama. Sean disculpa de esta desproporción que reconozco y confieso, no sólo el mérito de la Avellaneda, sino la singularidad de ser mujer quien la ocasiona y el debatirse tanto ahora lo que llaman el feminismo, ó sea la aptitud de la mujer para las ciencias y las artes, y su importancia en el progreso intelectual y moral del humano linaje.

«El alma de la señora de Avellaneda es capaz de todos los afectos sublimes y de todas las grandes pasiones, se ha inspirado con frecuencia en el amor de la misma poesía, y ha creado bellísimas composiciones en alabanza de este arte divino, ponderando su influjo en las almas, sus excelencias y su gloria. Son de este género las odas ó canciones á Quintana, á Pastor Díaz, á Heredia *Á la poesía y Al genio poético*.

No diré yo que faltan en la lira de la Avellaneda, pero sí que tienen poca resonancia las cuerdas del patriotismo, del amor á la libertad y de la filantropía; esto es, del amor á la humanidad por ella misma, y no por el amor de Dios, que es la caridad cristiana. Tal vez estas pasiones y estos sentimientos sean más varoniles que femeninos. Lo cierto es que la voz de la patria, la de la santa libertad y la del ferviente anhelo de encaminar á mejor término á la humana especie, hallan débil eco en el por otra parte apa-

sionado y gran corazón de la poetisa. De aquí que sus versos, acaeciéndoles en esto lo mismo que á los de la mayor parte de los poetas del día, sean más bien una conversación interior, un soliloquio, ó á lo más una confidencia á un amigo, que una arenga, una amonestación, una alta enseñanza dirigida á las muchedumbres; como eran, en lo antiguo, los cantos de Pindaro, Corina y Tirteo, y han sido en nuestra edad, los de Schiller, Manzoni y Quintana.

Tal vez la influencia del cristianismo no ha sido favorable en la mujer al desarrollo de ciertas calidades activas, de ciertas brillantes energías del alma. La modestia, el recogimiento, la resignación, la sumisión, el sacrificio y la humildad son las virtudes que el cristianismo infunde más en el alma de las mujeres. Todo esto es contrario, hasta cierto punto, al papel de filósofas y de maestras de las gentes. El consejo de la primera mujer trajo al mundo la muerte y el pecado. ¿Cómo ha de atreverse una mujer humildemente cristiana á aconsejar y á enseñar á las muchedumbres? Nuestra religión le baja el orgullo y la somete al hombre. Si una mujer nos salvó de la muerte y del pecado, no fué con sabiduría, ni con enseñanzas, ni con energías briosas de la inteligencia, sino con humilde conformidad y muda obediencia á los divinos decretos. Todas en ella fueron virtudes pasivas. Llevó en su seno al Salvador; le crió á sus pechos; lloró su muerte al pie de la Cruz. El tipo ideal de la mujer cristiana es la Virgen y la Madre dolorosa. La

manifestación real de la mujer cristiana, en la vida, es la esposa retirada, cuidando de su casa y de sus hijos, afanada en las labores y cuidados domésticos; la virgen asceta, solitaria y silenciosa, y la hermana de la caridad, consagrada al alivio de nuestros males y miserias. Cuando el hombre, en las épocas de gran fe cristiana, ha levantado á la mujer sobre un pedestal deslumbrante de gloria, y le ha tributado adoración y culto, ha sido como imagen transfigurada de aquellas humildes virtudes, ó como una alegoría, un simbolo ó una idea, ya de la filosofía, ya de la misma religión, ya de la hermosura. El hombre la ha humillado hasta hacer de ella su sierva, ó la ha encumbrado hasta hacer de ella una deidad; pero no ha sabido hacer de ella una compañera, una igual, un sujeto merecedor de toda su confianza.

De aquí, sin duda, el que hubiese tantas y tan notables poetisas y filósofas en la antigua Grecia, y el que proporcionalmente no las haya habido en la moderna Europa, sino en aquellas sociedades que se han apartado un poco de la verdadera fe y se han vuelto á impregnar de espíritu pagano. Salvo la gloriosa aparición de nuestra gran santa y doctora, no presenta la civilización moderna, desde Hipatia hasta el día, tres mujeres comparables á nuestras contemporáneas Jorge Sand, Mme. Staël y Mme. Varnhagen. Hasta el miedo de caer en ridículo, hasta la nota de marisabidillas con que los hombres la hemos perseguido siempre, ha helado la inspira-

ción y el amor á la poesía y á la ciencia en muchos corazones femeninos. No es, pues, de extrañar que en España, país eminentemente católico, y donde además no han escaseado nunca las burlas y el escarnio implacable contra las mujeres doctas y licurgas, falten algunas cuerdas á la lira de la Avellaneda.

Aún nos queda que hablar de una: de la que ella cree más sonora y más rica en melodía; de la que ella ha pulsado con más confianza y con más amor, desde que empezó á cantar; de la cuerda religiosa. Siendo nuestra poetisa profundamente creyente, y estando dotada, como lo está, de los más vivos afectos, no cabe duda de que sus mejores poesías serían sus poesías sagradas, si el temor y el respeto no prevaleciesen en ella sobre el amor divino, y viniesen como á cortarle las alas. Sus poesías sagradas son devotas; pero no llegan á ser místicas, no por falta de fervor y de raptó, sino por timidez humilde. La Avellaneda, considerándose como un ser débil, desvalido y pecador, busca á Dios para que la ampare, para que la defienda, para que la proteja y la salve; pero no le envía sus suspiros de amor; no vuela á Él con toda el alma; no tiende el vuelo su espíritu para unirse á Dios estrechamente y como perderse y aniquilarse en Él, en aquella unión íntima que describen con palabras de fuego, que pintan y esmaltan con ardientes é inextinguibles llamas San Juan de la Cruz y Santa Teresa.

La Avellaneda, en cambio, se ha apoderado,

del estilo de los bíblicos cantores, de las galas y pompa oriental de los Salmos, y acierta á pintar, como nadie pintó nunca en nuestra hermosa y robusta lengua castellana, la terrible majestad y la fortaleza omnipotente del Dios de los ejércitos, defensor y vengador de sus amigos:

Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno...
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta
Desde la majestad de su almo trono,
Y de prolijos males le di cuenta,
Gimiendo en mi abandono.

Protector de mi vida
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado.
Y yo el alma senti fortalecida
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,
Y en alas de los fúlgidos querubens
Descendió á mi defensa.

¡Cuál al mirar su saña
Tembló medrosa la terrestre esfera,
Rodando de su asiento la montaña
Como liquida ceral...

¡Cuál volvió las espaldas
Mi enemigo cruel de espanto lleno!
Mas, como niño á las maternas faldas,
Yo me acogí á su seno.

Embebida la Avellaneda en la lectura del *Salterio*, del *Libro de Job* y de los *Evangelios*, ha escrito y publicado, en la colección que examinamos, otras muchas poesías religiosas, donde describe con no menos belleza y grandilocuencia la

fuerza, el poder y la gloria de Dios, y su bondad para con los hombres. Sus odas ó himnos *Á la Ascensión, Á la Resurrección, Al Espíritu Santo, El Te-Deum, El Miserere, La Cruz, etc.*, son trabajos muy estimables, ricos de estilo, de bellezas de dicción y de conocimiento elevado del asunto.

Sólo ya en sus últimas composiciones empieza á tocar la Avellaneda en el verdadero misticismo. Confieso que, por amor al arte y por amor á la gloria de esta ilustre amiga mía, deseo que penetre más en él. El misticismo abriría en su corazón, á no dudarlo, una nueva, caudalosa y limpia vena de magnífica y sublime poesía. Así como la frescura del suelo y algunas hierbas y florecillas silvestres suelen dar indicio del oculto manantial, así en algunas de las composiciones de la Avellaneda se prevé, se presiente ya este misticismo futuro, y las encantadas flores que han de germinar y nacer con su riego saludable.

Casi en las últimas páginas del tomo está la *Dedicación de la lira á Dios*. En estos versos se columbra ya el misticismo naciente. Dios y el alma se dirían que empiezan á compenetrarse. La poetisa empieza á estar de veras herida del divino amor. Aún no se cree unida con Dios; pero le siente cerca de su alma, en intimidad misteriosa. Aún no llega el espíritu mortal á estrecharse y unimismarse con lo infinito y eterno; pero ya le manda, en oración jaculatoria, su anhelo de unión.

Soy un gusano del suelo
Cuyo anhelo
Se alza á tu eterna beldad;
Soy una sombra que pasa,
Mas se abrasa
Ardiendo en sed de verdad.
Soy hoja que el viento lleva,
Pero eleva
A Ti un susurro de amor...
Soy una vida prestada,
Que en su nada
Tu infinito ama, Señor.
Soy un perenne deseo
Y en Ti veo
Mi objeto digno, inmortal;
Soy una inquieta esperanza
Que en Ti alcanza
Su complemento final.

Ya aquí se nota algo más que la mera devoción, algo más que el rezo humilde del pecador penitente ó del fervoroso católico; ya aquí pugna el alma por aniquilarse, por perder los sentidos y las potencias, para estrecharse y confundirse con su mismo Hacedor infinito, único objeto digno de ella.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,
Y en quien su alta ambición reposo alcanza,
Hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

Esto ya es misticismo y puro amor divino. A este período que comienza, ha precedido sin duda otro período de lenta elaboración ó fermentación, permítasenos la frase, de los elementos místicos en el corazón de la autora. En la poesía titulada *Soledad del alma*, es donde se ad-

vierte más este interno trabajo, este dolor que acompaña al brotar de las nuevas alas con que el alma, abandonada y desengañada ya de todo lo terreno, quiere volar al empireo. Elocuentemente expresa la poetisa esta situación del espíritu:

La flor delicada, que apenas existe una aurora,
Tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor...
Mas ¡ay! que del alma las flores, que un día atesora,
Muriendo marchitas no dejan perfume enredor.
La luz esplendente del astro fecundo del día,
Se apaga, y sus huellas aún forman hermoso arrebol...
Mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,
¿Qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?
Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,
Y aun su eco difunde en los aires fugaz vibración...
Mas todo es silencio profundo, de muerte espantosa,
Si da un pecho amante el postrero tristísimo són.

Más adelante añade la poetisa, persistiendo en la misma melancólica meditación:

¡Ah! Nada: ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa
Cambian del alma desierta la lúgubre faz...
A ella no llegan crepúsculo, aroma, ni brisa...
A ella no brindan las sombras ensueños de paz.
Vista los campos de flores gentil primavera,
Doren las mieses los besos del cielo estival,
Pámpanos ornen de otoño la faz placentera,
Lance el invierno brumoso su aliento glacial.
Siempre perdidas, vagando en su estéril desierto,
Siempre abrumadas del peso de vil nulidad,
Gimen las almas do el fuego de amor está muerto...
Nada hay que pueble ó anime su gran soledad.

No, no: el fuego de amor no está muerto en el alma de la poetisa, y ha de volver á encender-

se más puro y más luciente y más ardoroso que nunca al contacto y contemplación de las cosas divinas; su gran soledad volverá á poblarse de más bellos fantasmas; su sol volverá á lucir y á iluminarla interiormente, y su lira volverá á sonar con más poderosas vibraciones. Entonces podrá decir con el santo y elocuente amigo de Teresa de Jesús:

¡Cuán dulce y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras;
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!

Una mente y un corazón como los que posee la señora de Avellaneda no decaen, ni se agostan, ni se marchitan, aunque pase la juventud del cuerpo, aunque se acabe la primavera de la vida. Antes bien se educan, se mejoran, se perfeccionan y se hermosean, creciendo todas sus facultades con progreso é incremento infinitos, y depurándose y santificándose todas sus aspiraciones y pensamientos.

La señora de Avellaneda, estamos persuadidos de ello, seguirá siendo poetisa lírica con más alta inspiración. Tal vez un respeto extremado á la letra inmutable de sus creencias positivas la tiene encadenada aún, y no la deja alzarse y volar á un misticismo exento de cadenas tradicionales, y en consonancia con el maravilloso desenvolvimiento metafísico del siglo en que vivimos. Tal vez ideas y conceptos, hondamente arraigados en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO R. 123
1625 MONTERREY, MEX.

su mente desde la infancia, no la dejan oír y aceptar el consejo del gran místico y poeta alemán Novalis: «Lo que se dice de Dios no me satisface; lo que está por cima de mi idea de Dios es mi vida y mi luz.» Pero como quiera que ello sea, y aunque la señora de Avellaneda muriese para la poesía y no volviese á dar muestras de sí en nuevas composiciones, bastan las que ha escrito, y que rápida y someramente hemos estudiado y juzgado, para reconocer en ella, no sólo á una poetisa lírica sin par entre las españolas, sino á uno de nuestros más notables, valientes é inspirados poetas líricos de la presente edad».

Después de haber dado tan larga cuenta de la vida del espíritu de la poetisa cubana, debo y quiero ser sobrio al referir su vida mortal.

Nació doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en la ciudad de Puerto Príncipe (Isla de Cuba), el día 23 de Marzo de 1814. Fué su padre un oficial de marina llamado D. Manuel.

En 1836 vino á España con su madre doña Francisca Arteaga, casada en segundas nupcias con don Gaspar Escalada, oficial de Infantería. Residió durante un año en la Coruña. Disgustos de familia la movieron después á separarse de su madre, y en compañía de un su hermano mayor y buscando el apoyo de sus parientes paternos, pasó á establecerse en Sevilla. Residiendo allí empezó á publicar sus composiciones en revistas y periódicos, con el seudónimo de *La Peregrina*.

Pronto adquirió reputación de notable poe-

sa, creciendo después su fama, desde 1840 en que vino á residir en Madrid hasta que llegó á la mayor altura, con sus triunfos en el Liceo y más aún con los éxitos brillantísimos de sus dramas y tragedias.

Aunque fué muy estimada y considerada por el Duque de Frías, por D. Juan Nicasio Gallego, por D. Nicomedes Pastor Díaz y por no pocos otros personajes ilustres en la política, en letras y en armas, no podemos afirmar que la ciega fortuna le sonriese ni favoreciese nunca.

La poesía rara vez ha traído á quien la cultiva ventajas materiales, y entonces menos que ahora.

A pesar de los escasos bienes con que la fortuna la dotó, el esplendor glorioso que le prestaba su ingenio y la simpática gallardía de su persona, bastaron á infundir verdadero amor por ella en no pocas almas.

Doña Gertrudis fué casada dos veces. Su primer marido D. Pedro Sabater, murió poco tiempo después de contraer matrimonio.

Con su segundo marido el coronel de artillería D. Domingo Verdugo, volvió doña Gertrudis á Cuba su patria. Allí enviudó de nuevo, y después de visitar los Estados Unidos, de residir algún tiempo en Francia y luego cerca de Sevilla, en una casa de campo de su propiedad, regresó á Madrid, en donde murió el día 2 de Febrero de 1873.

Ya entonces, preocupada la gente con los asuntos políticos y marchito y agostado el entu-

siasmo por la literatura y la poesía que el romanticismo había creado y fomentado, la alta fama de la Avellaneda había venido á eclipsarse aunque para revivir como debe revivir y revive con inmortales resplandores entre cuantos sienten y comprenden la belleza.

Yo asistí al modestísimo entierro de la poetisa. No llegaban á diez los individuos que la acompañaron á su última morada. Entre ellos don Luis Vidart era el único que yo conocía. Desdeñ fué aquél hartó extraño si se atiende á la frecuencia con que hoy se prodigan las apoteosis póstumas y hasta las estatuas, lo cual no deploro sino que lo aplaudo, porque así prosperará el arte de la escultura y se hermostearán con monumentos los paseos y las plazas.

Era mi propósito encerrar en este tomo V todas las notas biográficas y críticas, relativas á los poetas contenidos en el FLORILEGIO, pero me he dejado llevar por el interés y la afición que dichos poetas y su ingenio y su arte me inspiran, y me he extendido demasiado.

Ni con mucho he tratado de la mitad de los mencionados poetas. Necesito, pues, escribir y publicar un Apéndice, á fin de dar por completo cima á mi tarea.

Esta será más ardua en adelante, y me ofre-

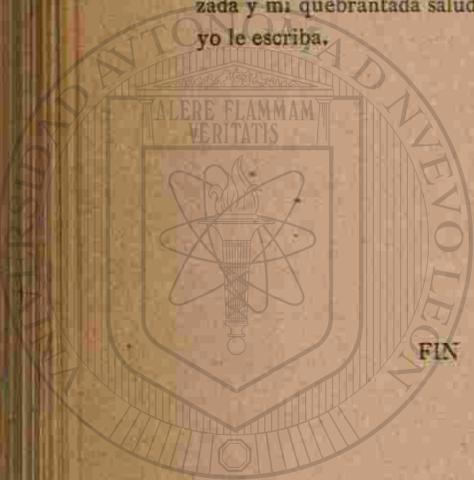
cerá dificultades mayores. Muchos de los poetas de quienes he de hablar han muerto recientemente ó viven aún. Bien puede recelarse que la amistad ó que momentáneos prestigios que la posteridad desvanece á menudo, tuerzan ahora mi juicio y me hagan parcial á mi despecho.

Yo, sin embargo, me propongo completar las Notas, ó sea éstas á modo de semblanzas, procurando vencer las dificultades.

No se ha de negar que en el día de hoy se sobrepone á la poesía lírica lo escrito en desatada prosa, y singularmente la novela, que, con gran fecundidad, ha vuelto á florecer, y está muy de moda; mas no por eso puede decirse que la poesía lírica haya decaído entre nosotros. Poetas no inferiores á Quintana, Espronceda y Zorrilla han vivido y cantado en España hasta terminar casi el siglo XIX, y aun hay otros que en nada desmerecen de aquéllos, y que en el siglo XX viven aún. Así entre los primeros D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Adelardo López de Ayala, D. Ramón de Campoamor y D. Gaspar Núñez de Arce, y entre los que viven aún, sin afirmar que sea el único, sino sólo el que más viva y luminosamente acude y se presenta en mi memoria, el presbítero mallorquín D. Miguel Costa.

Quedo, pues, en escribir y publicar un Apéndice de este FLORILEGIO, si bien tomando para ello todo el tiempo que yo necesite y dejando en

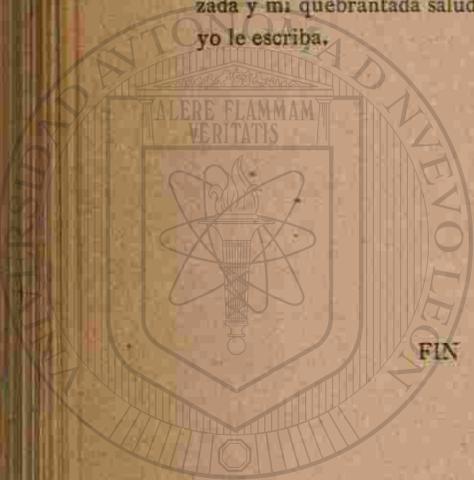
libertad á los suscriptores de adquirir el referido Apéndice, que constará de un solo tomo, ó de no adquirirle cuando aparezca, si mi edad avanzada y mi quebrantada salud no se oponen á que yo le escriba.



INDICE

	PÁGS.
D. Juan Meléndez Valdés	6
D. Gaspar Melchor de Jovellanos	10
D. José de Vargas y Ponce	17
D. Leandro Fernández de Moratín	20
D. Juan Bautista Arriaza	28
D. Manuel José Quintana	32
D. Juan Nicasio Gallego	38
D. Dionisio Solís	44
D. Bartolomé José Gallardo	46
D. Juan María Maury	51
D. José Somoza	52
D. Francisco Martínez de la Rosa	56
D. Manuel María de Arjona	63
D. Félix José Reinoso	66
D. Alberto Lista	69
D. Javier de Burgos	74
D. Manuel Bretón de los Herreros	77
D. Serafín Estébanéz Calderón	90
D. Agustín Durán	95
D. Ventura de la Vega	97
D. Manuel de Cabanyes	103
D. Nicomedes Pastor Díaz	105
D. Bernardino Fernández de Velasco, <i>Duque de Frías</i>	112
D. Juan Arolas	121
D. Pablo Piferrer	130
D. Juan Francisco Carbó	132
D. Manuel Milá y Fontanals	137
D. Juan de la Pezuela	145

libertad á los suscriptores de adquirir el referido Apéndice, que constará de un solo tomo, ó de no adquirirle cuando aparezca, si mi edad avanzada y mi quebrantada salud no se oponen á que yo le escriba.



INDICE

	PÁGS.
D. Juan Meléndez Valdés	6
D. Gaspar Melchor de Jovellanos	10
D. José de Vargas y Ponce	17
D. Leandro Fernández de Moratín	20
D. Juan Bautista Arriaza	28
D. Manuel José Quintana	32
D. Juan Nicasio Gallego	38
D. Dionisio Solís	44
D. Bartolomé José Gallardo	46
D. Juan María Maury	51
D. José Somoza	52
D. Francisco Martínez de la Rosa	56
D. Manuel María de Arjona	63
D. Félix José Reinoso	66
D. Alberto Lista	69
D. Javier de Burgos	74
D. Manuel Bretón de los Herreros	77
D. Serafín Estébanéz Calderón	90
D. Agustín Durán	95
D. Ventura de la Vega	97
D. Manuel de Cabanyes	103
D. Nicomedes Pastor Díaz	105
D. Bernardino Fernández de Velasco, <i>Duque de Frías</i>	112
D. Juan Arolas	121
D. Pablo Piferrer	130
D. Juan Francisco Carbó	132
D. Manuel Milá y Fontanals	137
D. Juan de la Pezuela	145

